

EDAD A
CCIÓN G



HISTORIA
DE
ESPAÑA

— 1116 ③ 0111 —
2.

DP208

T67

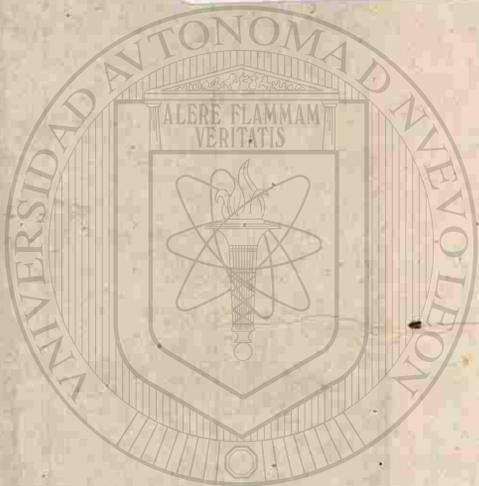
V.2

C.1





1080043897



C47-6476



BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

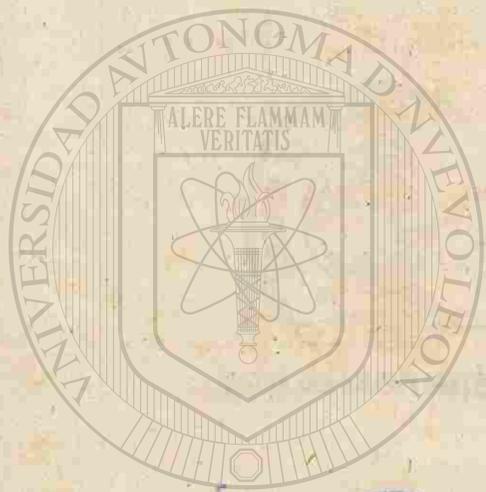
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

946

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria



Biblioteca Universitaria
Calle Alameda

HISTORIA

DEL

Levantamiento, Guerra y Revolucion DE ESPAÑA,

El Conde de Toreno.

TOMO II.



54725

MÉGICO.

IMPRESA DE GALVAN A CARGO DE MARIANO ARREVALO

calle de Cadena número 2

1839.

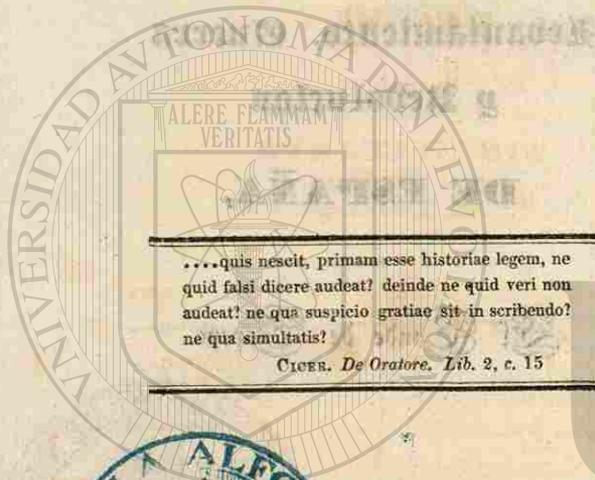
17113

DP 208

T67

V.2

ISTORIA



...quis nescit, primam esse historiae legem, ne quid falsi dicere audeat? deinde ne quid veri non audeat? ne qua suspicio gratiae sit in scribendo? ne qua simultatis?

CICER. De Oratore. Lib. 2, c. 15



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

RESUMEN

DEL

LIBRO CUARTO.

JUNTA de Madrid.—Comision que da al marques de Lazan.—Su proclama de 4 de junio.—Su zelo en favor de la diputacion de Bayona.—Valdes.—Marques de Astorga.—Obispo de Orense.—Proclama de Bayona á los zaragozanos.—Comisionados enviados á Zaragoza.—Avisos enviados por Napoleon á América.—Napoleon renuncia la corona de España en José.—Llegada de José á Bayona.—Recibimiento de José en Marrac.—Diputaciones españolas.—La de los grandes.—La del consejo de Castilla.—La de la inquisicion.—La del ejército.—Otra proclama de los de Bayona.—Prévia disposiciones para abrir el congreso de Bayona.—Abrense sus sesiones.—Sus discusiones.—Si gozó de libertad.—Juramento prestado á la consti-

4
tucion.—Reflexiones sobre la constitucion.—Vi-
sita de la junta de Bayona á Napoleon.—Feli-
citaciones de la servidumbre de Fernando.—Fe-
licitacion de Fernando mismo.—Ministerio nom-
brado por José.—Jovellanos.—Empleos de pa-
lacio.—José entra en España el 9 de julio.—
Primera expedicion de los franceses contra San-
tander.—Expedicion contra Valladolid.—Que-
ma de Torquemada.—Entrada en Palencia.—
Accion de Cabezon.—Entran los franceses en
Valladolid.—Segunda expedicion contra San-
tander.—Obispo de Santander.—Noble accion
de su junta.—Expedicion contra Zaragoza.—
Accion de Mallen.—De Alagon.—Cataluña.—
Somatenes.—Accion del Bruch.—Defensa de
Esparraguera.—Chabran en Tarragona.—
Reencuentro de Arbos.—Saqueo de Villafran-
ca de Panades.—Segunda accion del Bruch.—
Expedicion de Duhesme contra Gerona.—Re-
sistencia de Mongat.—Saqueo de Mataró.—
Ataque de los franceses contra Gerona.—Vuel-
ve Duhesme á Barcelona.—Reencuentro de Gra-
nollers.—Somatenes del Llobregat.—Murat.—
Envia á Dupont á Andalucía.—Accion de Al-
colea.—Saco de Córdoba.—Situacion angustia-
da de los franceses.—Excesos de los paisanos
españoles.—Resistencia de Valdepeñas.—Reti-
rase Dupont á Andújar.—Saqueo de Jaen.—
Expedicion de Moncey contra Valencia.—

5
Reencuentro del puerto Pajazo.—De las Cabri-
llas.—Preparativos de defensa en Valencia.—
Refriega en el pueblo de Cuarte.—Defensa de
Valencia.—Proposicion de Moncey para que ca-
pitule la ciudad.—Hechos notables de algunos
españoles.—Retirase Moncey.—Inaccion de
Cervellon.—Conducta laudable de Llamas.—
Enfermedad de Murat.—Enfermedades en su
ejército.—Opinion de Larrey.—Savary sucede
á Murat.—Singular comision de Savary.—Su
conducta.—Envia á Vedel para reforzar á Du-
pont.—Paso de Sierra-Morena.—Refuerzos en-
viados á Moncey.—Caulincourt.—Saquea á
Cuenca.—Frere.—Segundo refuerzo llevado á
Dupont por el general Gobert.—Desatiéndese á
Bessieres.—Cuesta.—Ejército de Galicia des-
pues de la muerte de Filangieri.—Batalla de
Rioseco 14 de julio.—Avanza Bessieres á Leon:
su correspondencia con Blake.—Viage de José
á Madrid.—Reirato de José.—Su proclama-
cion.—Su reconocimiento.—Consejo de Casti-
lla.—Acontecimientos que precedieron á la bata-
lla de Bailen.—Distribucion del ejército espa-
ñol de Andalucía.—Consejo celebrado para ata-
car á los franceses.—Accion de Mengíbar.—
Batalla de Bailen 19 de julio.—Capitulacion
del ejército frances.—Rinden las armas los
franceses.—Reflexiones sobre la Batalla.—Ca-
mina el ejército rendido á la costa.—Desórden

en Lebrija causado por la presencia de los prisioneros. — En el puerto de Santa María. — Correspondencia entre Dupont y Morla. — Consternacion del gobierno frances en Madrid. — Retírase José. — Españoles que le siguen. — Destrozos causados en la retirada.



HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO CUARTO.

ANTES de haber tomado la insurreccion de España el alto vuelo que le dieron en los últimos dias de mayo las renunciias de Bayona, recordará el lector como se habian derramado por las provincias emisarios franceses y españoles que con seductoras ofertas trataron de alucinar á los gefes que las gobernaban. La junta suprema de Madrid, principal instigadora de semejantes misiones y providencias, viéndose así comprometida, siguió con esmerada porfia en su propósito, y al crujido de la insurreccion general reiterando avisos, instrucciones y cartas confidenciales, avivó su desacordado zelo en favor de la usurpacion extraña, conservando la ciega y vana esperanza de sosegar por me-

Junta de Madrid.

en Lebrija causado por la presencia de los prisioneros. — En el puerto de Santa María. — Correspondencia entre Dupont y Morla. — Consternacion del gobierno frances en Madrid. — Retírase José. — Españoles que le siguen. — Destrozos causados en la retirada.



HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO CUARTO.

ANTES de haber tomado la insurreccion de España el alto vuelo que le dieron en los últimos dias de mayo las renunciias de Bayona, recordará el lector como se habian derramado por las provincias emisarios franceses y españoles que con seductoras ofertas trataron de alucinar á los gefes que las gobernaban. La junta suprema de Madrid, principal instigadora de semejantes misiones y providencias, viéndose así comprometida, siguió con esmerada porfia en su propósito, y al crujido de la insurreccion general reiterando avisos, instrucciones y cartas confidenciales, avivó su desacordado zelo en favor de la usurpacion extraña, conservando la ciega y vana esperanza de sosegar por me-

Junta de Madrid.

dios tan frágiles el asombroso sacudimiento de una grande y pundonorosa nacion.

Sobresaltada en extremo con la conmocion de Zaragoza, acudió con presteza á su remedio. Punzábala este suceso no tanto por su importancia, cuanto por el temor sin duda de que con él se trasluciesen las órdenes que para resistir á los franceses le habian sido comunicadas desde Bayona, y á cuyo cumplimiento habia faltado. Presumia que Palafox sabedor de ellas, y encargado de otras iguales ó parecidas, le daría entera publicidad, poniendo así de manifiesto la reprehensible omision de la junta, á la que por tanto era urgente aplacar aquel levantamiento. Como el caso requería pulso, se escogió al efecto al marques de Lazan, hermano mayor del nuevo capitán general de Aragon, en cuya persona concurrían las convenientes calidades para no excitar con su nombre recelos en el asustadizo pueblo, y poder influir con éxito y desembarazadamente en el ánimo de aquel caudillo. Pero el de Lazan al llegar á Zaragoza, en vez de favorecer los intentos de los que le enviaban, y persuadido tambien de cuán imposible era resistir al entusiasmo de aquellos moradores, se unió á su hermano y en adelante partió con él los trabajos y penalidades de la guerra.

Arrugándose mas y mas el semblante del reino, y tocando á punto de venir á las manos, en 4¹ de junio circuló la junta, de acuerdo con Murat, una proclama en la que se ostentaban las ventajas de

Comision que da al marqués de Lazan.

Su proclama de 4 de junio.

(1 Ap. n. L.)

que todos se mantuviesen sosegados, y aguardasen á que *el héroe que admiraba al mundo concluyera la grande obra en que estaba trabajando de la regeneracion politica*. Tales expresiones alborotaban los ánimos léjos de apaciguarlos, y por cierto rayaba en avilantez el que una autoridad española osase ensalzar de aquel modo al causador de las recientes escenas de Bayona, y ademas era, por decirlo así, un desenfreno del amor propio imaginarse que con semejante language se pondría pronto término á la insurreccion.

Viendo cuán inútiles eran sus esfuerzos, y ansiosa de encontrar por todas partes apoyo y disculpa á sus compromisos, trabajó con ahinco la junta para que acudiesen á Bayona los individuos de la diputacion convocada á aquella ciudad. Crecían los obstáculos para la reunion con los bullicios de las provincias, y con la repulsa que dieron algunos de los nombrados. Indicamos ya como el bailío Don Antonio Valdes habia rehusado ir, prefiriendo con gran peligro de su persona fugarse de Búrgos donde residia á la mengua de autorizar con su presencia los escándalos de Bayona. Excusóse tambien el marques de Astorga sin reparar en que siendo uno de los primeros próceres del reino, la mano enemiga le perseguiria y le privaria de sus vastos estados y riquezas. Pero quien aventajó á todos en la resistencia fué el reverendo obispo de Orense Don Pedro de Quevedo y Quintano. La contestacion de este prelado al llamamiento de Bayona, obra señalada de pa-

Su celo en favor de la diputacion de Bayona.

Valdes.

Marqués de Astorga.

Obispo de Orense.

triotismo, unió á la solidez de las razones un atrevimiento hasta entónces desconocido á Napoleon y sus secuaces. Al modo de los oradores mas egregios de la antigüedad, usó con arte de la poderosa arma de la ironía, sin deslucirla con bajas é impropias expresiones. Desde Orense y en 29 de mayo, no levantada todavía Galicia, y sin noticia de la declaracion de otras provincias, dirigió su contestacion al ministro de gracia y justicia. Como en su contenido se sentaron las doctrinas mas sanas y los argumentos mas convincentes en favor de los derechos de la nacion y de la dinastia reinante, recomendamos muy particularmente la lectura de tan importante documento, que á la letra hemos insertado en el apéndice.¹ Dificilmente pudieran trazarse con mayor vigor y maestría las verdades que en él se reproducen. Así fué que aquella contestacion penetró muy allá en todos los corazones, causando impresion profundísima y duradera. Pero Murat y la junta de Madrid no por eso cesaron en sus tentativas, y con fatal empeño aceleraron la partida de las personas que de montón se nombraban para llenar el hueco de las que esquivaban el ominoso viage.

¹ Proclama de Bayona á los zaragozanos.

El 15 de junio debian abrirse las sesiones de aquella famosa reunion, y todavía en los primeros dias del propio mes no alcanzaban á treinta los que allí asistian. Miétras que los demas llegaban, y para no darles huelga, obligó Napoleon á los presentes á convidar á los zaragozanos por medio de una proclama¹ á la paz y al sosiego. Queriendo agre-

¹ Ap. n. 3.)

gar al escrito la persuasion verbal, fueron comisionados para llevarle al príncipe de Castel-Franco, Don Ignacio Martinez de Villela consejero de Castilla, y el alcalde de corte Don Luis Marcelino Pereira. No les fué dable penetrar en Zaragoza, y ménos el que se atendiera á sus intempestivas amonestaciones. Tuviéronse por dichosos de regresar á Bayona: merced á los franceses que los custodiaban, bajo cuyo amparo pudieron volver atras sin notable azar, aunque no sin mengua y sobresalto.

Comisionados enviados á Zaragoza.

Napoleon que miraba ya como suya la tierra peninsular, trató tambien por entónces de alargar mas allá de los mares su poderoso influjo, expidiendo á América buques con cuyo arribo se previniesen los intentos de los ingleses, y se preparasen los habitantes de aquellas vastas y remotas regiones españolas, á admitir sin desvío la dominacion del nuevo soberano, procedente de su estirpe. Hizo que á su bordo partiesen proclamas y circulares autorizadas por Don Miguel de Azanza, quien ya firmemente adicto á la parcialidad de Napoleon, se figuraba que el emperador de los franceses habia de respetar la union íntegra de aquellos países con España, y no seguir el impulso y las variaciones de su interes ó su capricho.

Avisos enviados por Napoleon á América.

Luego que Fernando VII y su padre hubieron renunciado la corona, se presumió que Napoleon cederia sus pretendidos derechos en alguna persona de su familia. Fundábase sobre todo la conjetura en la indicacion que hizo Murat á la junta de Madrid

Napoleon renuncia la corona de España en José.

triotismo, unió á la solidez de las razones un atrevimiento hasta entónces desconocido á Napoleon y sus secuaces. Al modo de los oradores mas egregios de la antigüedad, usó con arte de la poderosa arma de la ironía, sin deslucirla con bajas é impropias expresiones. Desde Orense y en 29 de mayo, no levantada todavía Galicia, y sin noticia de la declaracion de otras provincias, dirigió su contestacion al ministro de gracia y justicia. Como en su contenido se sentaron las doctrinas mas sanas y los argumentos mas convincentes en favor de los derechos de la nacion y de la dinastia reinante, recomendamos muy particularmente la lectura de tan importante documento, que á la letra hemos insertado en el apéndice.¹ Dificilmente pudieran trazarse con mayor vigor y maestría las verdades que en él se reproducen. Así fué que aquella contestacion penetró muy allá en todos los corazones, causando impresion profundísima y duradera. Pero Murat y la junta de Madrid no por eso cesaron en sus tentativas, y con fatal empeño aceleraron la partida de las personas que de montón se nombraban para llenar el hueco de las que esquivaban el ominoso viage.

¹ Proclama de Bayona á los zaragozanos.

El 15 de junio debian abrirse las sesiones de aquella famosa reunion, y todavía en los primeros dias del propio mes no alcanzaban á treinta los que allí asistian. Miétras que los demas llegaban, y para no darles huelga, obligó Napoleon á los presentes á convidar á los zaragozanos por medio de una proclama¹ á la paz y al sosiego. Queriendo agre-

¹ Ap. n. 3.)

gar al escrito la persuasion verbal, fueron comisionados para llevarle al príncipe de Castel-Franco, Don Ignacio Martinez de Villela consejero de Castilla, y el alcalde de corte Don Luis Marcelino Pereira. No les fué dable penetrar en Zaragoza, y ménos el que se atendiera á sus intempestivas amonestaciones. Tuviéronse por dichosos de regresar á Bayona: merced á los franceses que los custodiaban, bajo cuyo amparo pudieron volver atras sin notable azar, aunque no sin mengua y sobresalto.

Comisionados enviados á Zaragoza.

Napoleon que miraba ya como suya la tierra peninsular, trató tambien por entónces de alargar mas allá de los mares su poderoso influjo, expidiendo á América buques con cuyo arribo se previniesen los intentos de los ingleses, y se preparasen los habitantes de aquellas vastas y remotas regiones españolas, á admitir sin desvío la dominacion del nuevo soberano, procedente de su estirpe. Hizo que á su bordo partiesen proclamas y circulares autorizadas por Don Miguel de Azanza, quien ya firmemente adicto á la parcialidad de Napoleon, se figuraba que el emperador de los franceses habia de respetar la union íntegra de aquellos paises con España, y no seguir el impulso y las variaciones de su interes ó su capricho.

Avisos enviados por Napoleon á América.

Luego que Fernando VII y su padre hubieron renunciado la corona, se presumió que Napoleon cederia sus pretendidos derechos en alguna persona de su familia. Fundábase sobre todo la conjetura en la indicacion que hizo Murat á la junta de Madrid

Napoleon renuncia la corona de España en José.

y consejo real, de que pidiesen por rey á José. Ignorábase no obstante de oficio si tal era su pensamiento, cuando en 25 de mayo dirigió Napoleon una proclama¹ á los españoles, en la que aseguraba que „no queria reinar sobre sus provincias, pero sí adquirir derechos eternos al amor y al reconocimiento de su posteridad.” Apareció pues por este documento de una manera auténtica que trataba de desprenderse del cetro español, mas todavía guardó silencio acerca de la persona destinada á empuñarle. Por fin el 6 de junio se pronunció claramente dando en Bayona mismo un decreto del tenor siguiente. ¹ „Napoleon por la gracia de Dios &c. „A todos los que verán las presentes, salud. La junta de estado, el consejo de Castilla, la villa de Madrid, &c. &c. habiéndonos por sus exposiciones „hecho entender que el bien de la España exigía que „se pudiese prontamente un término al interregno, „hemos resuelto proclamar como nos proclamamos „por las presentes, rey de España y de las Indias á „nuestro muy amado hermano José Napoleon, actualmente rey de Nápoles y de Sicilia.

„Garantimos al rey de las Españas la independencia é integridad de sus estados, así los de Europa como los de Africa, Asia y América.” Y encargamos, &c. (Sigue la fórmula de estilo.)

Era este decreto el precursor anuncio de la llegada de José, quien el 7 entró en Pau á las ocho de la mañana, y puesto en camino poco despues se encontró con Napoleon á seis leguas de Bayona, has-

(1 Ap. n. 4.)

(1 Ap. n. 6.)

Llegada de José á Bayona.
22.

ta donde habia salido á esperarle. Mostraba este tanta diligencia porque no habiendo de antemano consultado con su hermano la mudanza resuelta, temió que no aceptase el nuevo solio, y quiso remover prontamente cualquiera obstáculo que le opusiese. En efecto, José contento con su delicioso reino de Nápoles, no venia decidido á admitir el cambio que para otros hubiera sido tan lisonjero. Y aquí tenemos una corona arrancada por la violencia á Fernando VII, adquirida tambien mal de su grado por el señalado para sucederle.

Napoleon, atento á evitar la negativa de su hermano, le hizo subir en su coche, y exponiéndole sus miras políticas en trasladarle al trono español, trató con particularidad de inculcarle los intereses de familia, y la conveniencia de que se conservase en ella la corona de Francia, para cuyo propósito y el de prevenir la ambicion de Murat y de otros extraños, nada era mas acertado, añadía, que el poner como de atalaya á José en España, desde donde con mayor facilidad y superiores medios, se posesionaria del trono de Francia, en caso de que vacase inesperadamente. Además, le manifestó haber ya dispuesto del reino de Nápoles para colocar en él á Luciano, Asegúrase que la última indicacion movió á José mas que otra razon alguna, por el terreno amor que profesaba á aquel su hermano. Sea pues de esto lo que fuere, lo cierto es que Napoleon habia de tal modo preparado las cosas, que sin dar

tiempo ni vagar fué José reconocido y acatado como rey de España.

Así sucedió, que al llegar entre dos luces á Marrac, recibió los obsequios de tal de boca de la emperatriz, que con sus damas habia salido á recibirle al pié de la escalera. Ya le aguardaban dentro del palacio los españoles congregados en Bayona, á quienes se les habia citado de antemano, teniendo Napoleon tanta priesa en el reconocimiento del nuevo rey, que no permitió cubrir las mesas ni descanso alguno á su hermano ántes de desempeñar aquel cuidado, cuyo ceremonial se prolongó hasta las diez de la noche.

Naturalmente debió durar mas de lo necesario, habiendo ignorado los españoles el motivo á que eran llamados. Advertidos despues, tuvieron que concertarse apresuradamente allí mismo en uno de los salones, y arreglar el modo de felicitar al soberano recién llegado. Para ello se dividieron en cuatro diputaciones, á saber: la de los grandes, la del consejo de Castilla, la de los consejos de la inquisicion, Indias y hacienda reunidos los tres en una, y la del ejército. Pusieron todas separadamente y por escrito una exposicion gratulatoria, y ántes de que se leyese á José con toda solemnidad, se presentaba cada una á Napoleon para su aprobacion previa: menuada censura, indigna de su alta gerarquía.

Era la diputacion de los grandes la primera en orden, é iba á su cabeza el duque del Infantado, quien habia tenido el encargo de estender la felici-

Recibimien-
to de José en
Marrac.

Diputacio-
nes españolas.

La de los
grandes.

tacion. Principiando por un cumplido vago, concluia esta con decir: „las leyes de España no nos permiten ofrecer otra cosa á V. M. Esperamos „que la nacion se explique y nos autorice á dar ma- „yor ensanche á nuestros sentimientos.” Dificil seria expresar la irritacion que provocó en el altivo ánimo de Napoleon tan inesperada cortapisa. Fuera de sí y abalanzándose al duque, díjole, que „sien- „do caballero se portase como tal, y que en vez de „alterar acerca de los términos de un juramento, el „cual así que pudiera intentaba quebrantar, se pu- „siese al frente de su partido en España, y lidiase „franca y lealmente... Pero le advertia que si fal- „taba al juramento que iba á prestar, quizá estaria „en el caso ántes de ocho dias de ser arcabuceado.” Tardíos eran á la verdad los escrúpulos del duque, y ó debía haberlos sepultado en lo mas íntimo del pecho, ó sostenerlos con el brio digno de su cuna, si arrastrado por el clamor de la conciencia, queria acallarla dándoles libre salida. Mas el del Infantado arredróse, y cedió á la ira de Napoleon. Por eso hubo quien achacara á otro haberle apuntado la cláusula, dejándole solo al duque la gloria de haberla escrito, sin pensar en el aprieto en que iba á encontrarse. Corrigieron entónces los grandes su primera exposicion, reconocieron por rey á José, é hizo la lectura de ella, aunque no pertenecia á la clase, Don Miguel José de Azanza.

Los magistrados que llevaban la voz á nombre del consejo de Castilla, si bien incensaron al nuevo

La del conse-
jo de Castilla.

(1 Ap. n. e.) rey diciéndole: ¹ „V. M. es rama principal de una „familia destinada por el cielo para reinar,“ esquivaron tambien, pero de un modo mas encapotado que los grandes, el reconocimiento claro y sencillo, limitándose por falta de autoridad, segun expresaban, á manifestar cuáles eran sus deseos: tan cuidadosos andaban siempre el consejo y sus individuos, de no comprometerse abiertamente en ningun sentido.

A todos los parabienes respondió José con afable cortesanía, mereciendo particular mención el modo con que habló al inquisidor Don Raimundo Ethenard y Salinas, á quien dijo „que la religion „era la base de la moral y de la prosperidad pública; y que aunque habia paises en que se admitian „muchos cultos, sin embargo, debia considerarse á la „España como feliz porque no se honraba en ella sino „el verdadero.“ Con un tan claro elogio de las ventajas de una religion exclusiva, los inquisidores, que fundadamente consideraban su tribunal como el principal baluarte de la intolerancia, creyéronse asegurados. Ya ántes alimentaban la esperanza de mantenerse desde que Murat mismo habia correspondido á sus congratulaciones con halagüeñas y favorables palabras. El no haberse abolido aquel terrible tribunal en la constitucion de Bayona, y el que uno de sus ministros en representacion suya la autorizase con su firma, acrecentó la confianza de los interesados en conservarle, y puso espanto á los que á su nombre se estremecian. Ahora que

La de la inquisicion.

han transcurrido años, y que otros excesos han casi borrado los de Napoleon, atribuiráse á sueño de los partidarios del santo oficio el haberse imaginado que aquel hubiese sostenido tan odiosa institucion. Mas si recordamos que en los primeros tiempos de la irrupcion francesa, muchos emisarios de su gobierno encarecian la utilidad de la inquisicion como instrumento político, y si tambien atendemos al modo arbitrario y escudriñador con que en la ilustrada Francia se disminuía y cercenaba la libertad de escribir y pensar, no nos parecerá que fuesen tan desvariadas y fútiles las esperanzas de los inquisidores. Quizá José y algunos españoles de su bando hubieran querido la abolicion inmediata; ¿pero qué podia él ni que valian ellos contra la imperiosa voluntad de Napoleon? Que este acabase despues en diciembre de 1808 con la inquisicion, en nada destruye nuestros recelos. Entónces restablecida, como á su tiempo verémos, por la junta central con gran descrédito suyo, entendió el soberano frances ser oportuno descuarjar tan mala planta, procurando grangearse por aquel medio, y en contraposicion de la autoridad nacional, el aprecio de muchos hombres de saber, atemorizados y desabridos con el renacimiento de tan odioso tribunal.

En la contestacion que dió José al duque del Parque, representante del ejército, tambien notamos ciertas expresiones bastantemente singulares. „Yo „me honro, dijo, con el título de su primer soldado; y „ora fuese necesario como en tiempos antiguos com-

La del ejército.

„batir á los moros, ora sea menester rechazar las injustas agresiones de los eternos enemigos del continente, yo participaré de todos vuestros peligros.” Extraña mezcla poner al par de los ingleses á los moros y sus guerras. Probablemente fué adorno oratorio mal escogido; dado que no siendo creible que por aquellas palabras hubiera querido anunciar en nuestros días temores de una irrupcion agarena, era forzoso imaginarse que se encubria en su sentido el ulterior proyecto de invadir la costa africana; y cierto que si el primer pensamiento hubiera pasado de desvarío, hubiérase el segundo reprendido de sobradamente anticipado cuando la nueva corona apenas habia tocado su cabeza.

Todavía era muy corto el número de diputados que concurrían en Bayona, á la sazón que en 8^o de junio dieron los presentes otra proclama á todos los españoles con objeto de recomendar á su afecto la nueva dinastía, y de reprimir la insurreccion. José por su parte aceptó en decreto de 10^o la cesion de la corte de España que en su persona habia hecho su hermano, confirmando á Murat en la lugar-tenencia del reino, cuyo puesto habia ejercido sucesivamente á nombre de Carlos IV y de Napoleon.

[¹ Ap. n. 7.] Acompañaba á este decreto² otro en que mostraba cuáles eran sus intenciones, y en el que ya llamaba suyos á los pueblos de España. Estos documentos corrian con dificultad en las provincias; pero si alguno de ellos se introducía, soplabá el fuego en vez de apagarle.

Otra proclama de los de Bayona.

[¹ Ap. n. 7.]

[² Ap. n. 8.]

[³ Ap. n. 9.]

Acercábase el dia de abrirse el congreso de Bayona, y á duras penas crecía el número de individuos que debían componerle. Por fin, fueron llegando algunos de los que forzadamente obligaban á salir de Madrid, ó de los que cogían en los pueblos ocupados por las tropas francesas. Pocos fueron los que de grado acudieron al llamamiento; y mal podia ser de otra manera viendo los convocados que la insurreccion prendia por todas partes, y el gran compromiso á que se exponían. Antes de dar principio á las sesiones, Napoleon entregó á Don Miguel José de Azanza un proyecto de constitucion. Extrema curiosidad se despertó con deseo de averiguar quién fuese el autor. Ni entónces ni ahora ha sido dable el descubrirle, bien que se advierta que una mano española debió en gran parte coadyuvar el desempeño de aquel trabajo. Nosotros no aventuraremos conjeturas mas ó ménos fundadas; pero sí se nos ha aseverado de un modo indudable por persona bien enterada, que dicha constitucion ó sus bases mas esenciales fueron entregadas al emperador frances en Berlin, despues de la batalla de Jena. Debió pues salir de pluma que vislumbrase, ya cuál suerte aguardaba á España con la incierta política del príncipe de la Paz, y la desmesurada ambicion del gabinete de Francia. Napoleon escogió á Don Miguel de Azanza, como en otro libro indicamos, para presidir el congreso; y se nombraron por secretarios, á Don Mariano Luis de Urquijo del consejo de estado, y á Don Antonio Ranz Romanillos del de ha-

Prévias disposiciones para abrir el congreso de Bayona.

„batir á los moros, ora sea menester rechazar las injustas agresiones de los eternos enemigos del continente, yo participaré de todos vuestros peligros.” Extraña mezcla poner al par de los ingleses á los moros y sus guerras. Probablemente fué adorno oratorio mal escogido; dado que no siendo creible que por aquellas palabras hubiera querido anunciar en nuestros días temores de una irrupcion agarena, era forzoso imaginarse que se encubria en su sentido el ulterior proyecto de invadir la costa africana; y cierto que si el primer pensamiento hubiera pasado de desvarío, hubiérase el segundo reprendido de sobradamente anticipado cuando la nueva corona apenas habia tocado su cabeza.

Otra proclama de los de Bayona.

(1 Ap. n. 7.)

(1 Ap. n. 8.)

Todavía era muy corto el número de diputados que concurrían en Bayona, á la sazón que en 8^o de junio dieron los presentes otra proclama á todos los españoles con objeto de recomendar á su afecto la nueva dinastía, y de reprimir la insurreccion. José por su parte aceptó en decreto de 10^o la cesion de la corte de España que en su persona habia hecho su hermano, confirmando á Murat en la lugar-tenencia del reino, cuyo puesto habia ejercido sucesivamente á nombre de Carlos IV y de Napoleon. Acompañaba á este decreto^o otro en que mostraba cuáles eran sus intenciones, y en el que ya llamaba suyos á los pueblos de España. Estos documentos corrian con dificultad en las provincias; pero si alguno de ellos se introducía, soplabá el fuego en vez de apagarle.

[2 Ap. n. 9.]

Acercábase el dia de abrirse el congreso de Bayona, y á duras penas crecía el número de individuos que debían componerle. Por fin, fueron llegando algunos de los que forzadamente obligaban á salir de Madrid, ó de los que cogían en los pueblos ocupados por las tropas francesas. Pocos fueron los que de grado acudieron al llamamiento; y mal podia ser de otra manera viendo los convocados que la insurreccion prendia por todas partes, y el gran compromiso á que se exponían. Antes de dar principio á las sesiones, Napoleon entregó á Don Miguel José de Azanza un proyecto de constitucion. Extrema curiosidad se despertó con deseo de averiguar quién fuese el autor. Ni entónces ni ahora ha sido dable el descubrirle, bien que se advierta que una mano española debió en gran parte coadyuvar el desempeño de aquel trabajo. Nosotros no aventuraremos conjeturas mas ó ménos fundadas; pero sí se nos ha aseverado de un modo indudable por persona bien enterada, que dicha constitucion ó sus bases mas esenciales fueron entregadas al emperador frances en Berlin, despues de la batalla de Jena. Debió pues salir de pluma que vislumbrase, ya cuál suerte aguardaba á España con la incierta política del príncipe de la Paz, y la desmesurada ambicion del gabinete de Francia. Napoleon escogió á Don Miguel de Azanza, como en otro libro indicamos, para presidir el congreso; y se nombraron por secretarios, á Don Mariano Luis de Urquijo del consejo de estado, y á Don Antonio Ranz Romanillos del de ha-

Prévias disposiciones para abrir el congreso de Bayona.

cienda. Encargó tambien que se eligiesen dos comisiones, á cuyo prévio exámen se confiase el preparar los asuntos para los debates, y proponer las modificaciones que pareciese oportuno adoptar en la nueva constitucion.

Abrense sus sesiones.

Concluidas que fueron estas disposiciones preliminares, abrió sus sesiones la junta de Bayona el 15 de junio, dia de antemano señalado. Pronunció Don Miguel de Azanza en calidad de presidente el discurso de apertura. En él decia: ' „Gracias y honor „inmortal á este hombre extraordinario, (Napoleon) „que nos vuelve una patria que habíamos perdi- „do”.... „Ha querido despues que en el lugar de su „residencia y á su misma vista se reunan los dipu- „tados de las principales ciudades, y otras personas „autorizadas de nuestro pais, para discurrir en co- „mun sobre los medios de reparar los males que he- „mos sufrido, y sancionar la constitucion que nues- „tro mismo regenerador se ha tomado la pena de „disponer para que sea la inalterable norma de nues- „tro gobierno.... De este modo podrán ser útiles „nuestros trabajos, y cumplirse los altos designios „del héroe que nos ha convocado....” Pesa que un hombre, cuyo concepto de probidad se habia hasta entónces mantenido sin tacha, se abatiese á pronun- ciar expresiones adulatorias, poco dignas de la boca de un ministro puro y honrado. Porque en efecto, ¿dónde estaban los diputados de las principales ciudades? y si la patria estaba perdida ¿no habia tambien *el hombre extraordinario* contribuido en

(1 Ap. n. 10.)

gran manera á hundirla en el abismo? ¿En dónde y cómo nos la habia vuelto? Sin la constancia española, sin la pertinaz guerra de seis años, hubiera sido tratada con el vilipendio que otros estados, y partida despues ó desmembrada al antojo del extranjero. Suerte que hubiera merecido, si en silencio hubiese dejado que tan indignamente se la humillase y oprimiese. Pudiera Azanza haber cumplido con el encargo de presidente, sin aparecer oficioso ni lisonjero.

Sus discusiones.

Redujéronse á doce las sesiones de Bayona. En la misma del 15 se procedió á la verificacion de poderes, y se leyó el decreto de Napoleon, por el que cedia la corona de España á su hermano José; habiéndose acordado en la del 17 pasar á cumplimentar al nuevo monarca. En nada fueron notables los discursos que al caso se pronunciaron, sino en haberse especificado en el contexto del de la junta „que „habian hecho y que harian (sus individuos) cuan- „to estuviese de su parte para atraer á la tranquili- „dad y al orden las provincias que estaban agita- „das.” Por el mismo tenor y segun costumbre fué la contestacion de José, no echando en olvido la repetida cantilena de que los ingleses eran los que fomentaban la inquietud de los pueblos.

Presentóse el dia 20 el proyecto de constitucion, y ordenó la junta su impresion, habiéndose oido en los siguientes varios discursos acerca de sus articulos. Se ventilaron tambien otros puntos, y en la citada sesion del 20 se propuso para halagar al pueblo

la supresion de los cuatro maravedís en cuartillo de vino, y la de tres y un tercio por ciento de los frutos que no diezaban, cuyo acuerdo quedó en el inmediato dia aprobado por José. En la del 22 Don Ignacio de Tejada, designado por Murat para representar el nuevo reino de Granada, sostuvo en un vehemente discurso lo conveniente que seria afianzar la union con la metrópoli de las provincias americanas. Cuatro religiosos que tenian voz como diputados de los regulares, pidieron en otra sesion que no se suprimiesen del todo los conventos, y que solo se minorase el número. ¡Ojalá se hubieran mostrado siempre tan sumisos y conformes! Se atrevió á proponer la abolicion del santo oficio Don Pablo Arribas, sosteniéndole Don José Gomez Hermosilla; pero el inquisidor Ethenard levantándose muy alborotado, se opuso, é intentó probar lo útil del establecimiento, considerado por el lado político. Apoyáronle con fuerza los consejeros de Castilla, siendo natural se estrechasen para defensa mútua dos cuerpos que en sus respectivas jurisdicciones tanto daño habian acarreado á España. El duque del Infantado queria que no se rebajase á ménos de 80,000 ducados el máximo de los mayorazgos: desechóse la propuesta, no habiendo tampoco las dos anteriores tenido resulta. Fué notable y digna de loa la que promovió Don Ignacio Martinez de Villela, sino con mejor éxito, de que se comprendiese en la ley fundamental un artículo para que ninguno pudiese ser incomodado por sus opiniones políticas y reli-

giosas. Admiraria que aquel mismo magistrado, años adelante se convirtiese en duro y constante perseguidor, si por desgracia no ofreciese la flaqueza humana, la rencorosa envidia, ó la desapoderada ambicion, repetidos ejemplos de tan lamentables mudanzas. Por tal término anduvieron las discusiones, hasta que el 30 se concluyeron y cerraron las de la constitucion; en cuyo dia se le añadió un último artículo declarando, que despues del año de 20 se presentarían de órden del rey las mejoras y modificaciones que la experiencia hubiese enseñado ser necesarias y convenientes.

En vista de la adición de este artículo y de las cortas discusiones que hubo, han pretendido algunos y de aquellos que han tratado de defenderse, que la junta habia gozado de libertad. Concediendo que esto fuese cierto, levantárase contra los miembros un grave cargo por no haber sostenido mejor los derechos de la nacion, ya que hubiesen creído inútil recordar los de Fernando y su familia. Pareceria pues imposible, á no leerlo en sus obras, que hombres graves hayan querido persuadir al público que allí se procedió sin embarazo, discutiéndose las materias con toda franqueza y al sabor y segun el dictámen de los vocales. No hay duda que sobre puntos accesorios fué lícito hablar, y aun indicar leves modificaciones. Pero ¿qué hubiera acontecido si alguno se hubiese propasado, no á renovar la cuestion decidida ya de mudanza de dinastía, sino á enmendar cualquiera artículo de los sustanciales

Si se gozó
de libertad.

®

de la constitucion? ¡Qué si hubiese reclamado la libertad de imprenta, la publicidad de las sesiones, una manera en fin, mas acertada de constituirse las córtes? O para siempre hubiera enmudecido el audaz diputado de cuyos labios hubieran salido semejantes proposiciones, ó de priesa y estrepitosamente se hubiera disuelto el congreso de Bayona. Así en el corto número de doce sesiones se cumplió con las formalidades de estilo, se tocaron varias materias, y se discutió y aprobó á la unanimidad una constitucion de ciento cuarenta y seis artículos. ¡Mas á qué cansarse? Para conceptuar de qué libertad gozaron los diputados, basta decir que fué en Bayona, y á vista de Napoleon, donde celebraron sus sesiones.

Juramento
prestado á la
constitucion.

Al fin el 7 de julio reunido el congreso en el mismo sitio de los anteriores dias, que fué en el palacio llamado del obispado viejo, juró José la observancia de la constitucion en manos del arzobispo de Burgos, y tambien la juraron, aceptaron y firmaron los diputados cuyo número no pasó de noventa y uno, siendo de notar que apenas veinte habian sido nombrados por las provincias. Los demas, ó eran de aquellos que habian acompañado al rey Fernando, ó individuos de diversas corporaciones ó clases residentes en Madrid y ciudades oprimidas por los soldados franceses. Para que subiera la cuenta obligaron tambien á españoles transeuntes casualmente en Bayona, á que pusiesen su firma en la nueva constitucion. Pero á pesar de tales es-

fuerzos nunca pudo completarse el número de ciento cincuenta que era el determinado en la convocatoria.

Ahora seria oportuno entrar en el exámen de esta constitucion, si por lo ménos hubiera gobernado de hecho la monarquía. Mas ilegítima en su origen, y bastarda produccion de tierra extraña nunca plantada en la nuestra, no seria justo que nos detuviese largo tiempo, ni cortase el hilo de nuestra narracion. Sin embargo, atendiendo al elogio que de algunos ha merecido, séanos lícito poner aquí ciertas observaciones, que si bien restringidas y generales, no por eso dejarán de dar una idea de los defectos fundamentales que la obscurecian y antilaban.

Reflexiones
sobre la cons-
titucion.

Desde luego nótese que falta en aquella constitucion lo que forma la base principal de los gobiernos representativos, á saber, la publicidad. Por ella se ilustra y conoce la opinion, y la opinion es la que dirige y guia á los que mandan en estados así constituidos. Dos son los únicos y verdaderos medios de conseguir que la voz pública suba con rapidez á los representantes de una gran nacion, y que la de estos descienda y cunda á todas las clases del pueblo. Son pues la libertad de imprenta y la publicidad en las discusiones del cuerpo ó cuerpos que deliberan. Por la última, como decia el mismo Burke, llega á noticia de los poderdantes el modo de pensar y obrar de sus diputados, sirviendo tambien de escuela instructiva á la juventud; y por la primera,

esencialmente unida á la naturaleza de un estado libre, conforme á la expresion del gran jurísculto Blackstone, se enteran los que gobiernan de las variaciones de la opinion y de las medidas que imperiosamente reclama, por cuya mútua y franca comunicacion, acumulándose cuantiosa copia de saber y datos, las resoluciones que se toman en una nacion de aquel modo regida, no se apartan en lo general de lo que ordena su interés bien entendido; desapareciendo en cotejo de tamaño beneficio los cortos inconvenientes que en ciertos y contados casos pudieran acompañar á la publicidad, y de que nunca se ve del todo desembarazada la humana naturaleza. Pues aquellos dos medios tan necesarios de estamparse en una constitucion que se preciaba de representativa, no se vislumbraban siquiera en la de Bayona. Al contrario, por el artículo 80 se prevenia „que las sesiones de las cortes no fuesen „públicas.” Y en tanto grado se huía de conceder dicha facultad, que en el 81 íbase hasta graduar de rebelion el publicar impresas ó por carteles las opiniones ó votaciones. Quien con tanto esmero habia trabado la libertad de los diputados, no era de esperar obrase mas generosamente con la de la imprenta. Deferíase su goce á dos años despues que la constitucion se hubiese planteado, no debiendo esta tener su cumplido efecto ántes de 1813. Pero aun entónces, ademas de las limitaciones que hubieran entrado en la ley, parece ser que nunca se hubieran comprendido en su contexto los papeles

periódicos. Así se infiere de lo prevenido en el artículo 45. Porque al paso que se crea un junta de cinco senadores encargados de velar acerca de la libertad de imprenta, se exceptuan determinadas semejantes publicaciones, las que sin duda reservaba el gobierno á su propio examen. Véase pues cuán tardía y escatimada llegaría concesion de tal importancia.

Tampoco se habia compuesto ni deslindado atinadamente la potestad legislativa. Al sonido de la voz senado, cualquiera se figuraría haber sido erigido aquel cuerpo con la mira de formar una segunda y separada cámara que tomase parte en la discusion y aprobacion de las leyes; pero no era así. Ceñidas sus facultades en los tiempos tranquilos á velar sobre la conservacion de la libertad individual y de la de imprenta, ensanchábanse en los borrascosos ó cuando parecieren tales á la potestad ejecutiva, á suspender la constitucion y á adoptar las medidas que exigiese la seguridad del estado. Un cuerpo autorizado con facultad tan amplia y poderosa, debiera al ménos haber ofrecido en su independencia un equilibrio correspondiente y justo. Mas constando de solos veinticuatro individuos nombrados por el rey y escogidos entre empleados antiguos, ántes era sostenimiento de la potestad ejecutiva que valladar contra sus usurpaciones.

Para evitar estas ó resistirles gananciosamente no era mas propicia ni recomendable la manera como se habian constituido las córtes, las cuales ade-

mas de verse privadas de la publicidad, sólido cimiento de su conservacion, llevaban consigo la semilla de su propia desorganizacion y ruina. Por de pronto el rey estaba obligado solamente á convocarlas cada tres años; y como para todo este intermedio se votaban las contribuciones, no era probable que se las hubiera congregado con mas frecuencia. El número de vocales se limitaba á ciento sesenta y dos divididos en tres estamentos, clero, nobleza y pueblo; componiéndose los dos primeros de cincuenta individuos. Debían, reunidos en la misma sala, discutir las materias y decidir las á pluralidad de votos, y no por separacion de clase. En cuya virtud sin resultar las ventajas de la cámara de lores en Inglaterra, ni la del senado en los Estados Unidos, sirviendo de contrapeso entre la potestad real ó ejecutiva y la popular; aquí juntos y amontonados todos los estamentos ó brazos, hubieran presentado la imagen del desórden y la confusion. Cuando el cuerpo que ha de formar las leyes está dividido en dos cámaras, al choque funesto de las clases que es temible exista estando reunidos los privilegiados y los que no lo son, sucede cuando deliberan separadamente el saludable contrapeso de las opiniones individuales, estableciéndose una mútua correspondencia entre los vocales de ambas cámaras que no disienten en el modo de pensar, sin atender á la clase á que pertenecen. Por lo ménos así nos lo muestra la experiencia, gran maestra en semejantes materias. Cuánto mas se reflexiona acer-

ca del artificio de esta constitucion, mas se descubre que solo en el nombre quería darse á España un gobierno monárquico representativo.

Habia empero artículos dignos de alabanza. Merecíanla pues aquellos en que se declaraba la supresion de privilegios onerosos, la abolicion del tormento, la publicidad en los procesos criminales y el limite de 20,000 pesos fuertes de renta señalado á la excesiva acumulacion de mayorazgos. Mas estas mejoras que ya desaparecian junto á las imperfecciones sustanciales arriba indicadas, del todo se deslustraban y ennegrecian con la monstruosidad (no puede dársele otro nombre) de insertar en la ley fundamental del estado que habria perpetuamente una alianza ofensiva y defensiva, tanto por tierra como por mar entre España y Francia. Todo tratado ó liga de suyo variable supone por lo ménos el convenio recíproco de los dos ó mas gobiernos que están interesados en su cumplimiento. Exigiase aun mas en este caso: ya que quisiera darse á la alianza la duracion y firmeza de una ley fundamental, menester era que la otra parte, la Francia, se hubiese comprometido á lo mismo en las constituciones del imperio. Podrá redargüirse que estaba sujeta esta determinacion á un tratado posterior y especial entre ambas naciones. Pero segun el artículo 24 de la constitucion que era en donde se adoptaba el principio, debía el tratado limitarse á especificar el contingente con que cada una habia de contribuir, y no de manera alguna á variar la base

admitida de una alianza perpetua ofensiva y defensiva. No es de este lugar examinar la utilidad ó perjuicio que se seguiria á España, país casi aislado, de atarse con semejante vínculo y abrazar todas las desavenencias de una nacion como la Francia contigua á tantas otras y con intereses tan complicados. Aquí solo consideramos la cuestion constitucional, bajo cuyo respecto no pudo ser ni mas fuera de sazón ni mas extraña. Al ver adoptado semejante artículo no podemos ménos de asombrarnos por segunda vez de que haya habido españoles de los firmantes, tan olvidados de sí propios, que hayan asegurado en sus defensas haberse gozado en Bayona de entera é ilimitada libertad. Porque si á sabiendas y voluntariamente le admitieron y aprobaron, ¿cómo pudieran disculparse de haber encaadenado la suerte de su patria á la de otra nacion, sin que esta se hubiera al propio tiempo comprometido á igual reciprocidad? Mas afortunadamente y para honra del nombre español si hubo algunos que con placer firmaron la constitucion de Bayona, justo es decir que el mayor número lo hicieron obligados de la penosa é involuntaria situacion en que los habia colocado su aciaga estrella.

En el mismo dia 7 de julio Don Miguel de Azanza propuso y se acordó la acuñacion de dos medallas que perpetuasen la memoria del juramento á la constitucion, trasladándose en seguida la junta en cuerpo al palacio de Marrae á cumplimentar á Napoleon. Llevó la palabra el presidente, y en silen-

Vista de la
Junta de Bayona á Napoleon.

cio aguardaron todos con ansiosa curiosidad la respuesta del soberano de Francia, rodeado de los diputados españoles. Tres cuartos de hora duró el discurso del último, embarazoso en la expresion é infecundo en sus conceptos. Levantando pues la cabeza y echando una mirada esquivá y torva, la inclinaba despues aquel príncipe sobre el pecho, articulando de tiempo en tiempo palabras sueltas ó frases truncadas é interrumpidas, sin que centellase ninguno de aquellos rasgos originales que á veces brillaban en sus conversaciones ó arengas. Parecia representar su voz el estado de su conciencia. Impacientábanse todos, mas el disimulo reinaba por todas partes. Sus cortesanos quedaron inmóviles, y aturridos los españoles, á cuyos ojos achicóse en gran manera el objeto que tan agigantado les habia parecido de léjos. Fatigado el concurso y quizá Napoleon mismo, despidió este á los diputados, que sobrecogidos y silenciosos se retiraron. Azaroso andaba en todo lo de España.

Aun duraban las discusiones de la constitucion cuandó llegó á Bayona una carta escrita en Valencey en 22 de junio por la servidumbre de Fernando y los infantes, en la que „juraban¹ obediencia á „la nueva constitucion de su país y fidelidad al rey „de España José I.” Segun Escoiquiz fué efecto de intimacion del príncipe de Talleyrand hecha á nombre de Napoleon, añadiendo que para evitar mayores males accedieron encargándose él mismo de extender la carta en términos estudiados y me-

Felicitation de la servidumbre de Fernando.

(1 Ap. n. 11.)

didos. Si así hubiera pasado, merecían disculpa Escoiquiz y sus compañeros; pero aconteció muy de otra manera. Y ó aquel se imaginó que nunca se trasluciría el contenido de su carta, ó con los infortunios se había enteramente desmemoriado. En ella se prestaba el juramento de un modo claro no ambiguo; y lo que era peor, se pedían nuevas gracias expresadas en una nota adjunta, afirmándose también que *estaban prontos á obedecer ciegamente su voluntad* (la de José) *hasta en lo mas mínimo*. Véase pues lo que llamaba Escoiquiz juramento condicional y aéreo, y carta escrita en términos medios.

Felicitation
de Fernando
mismo.
(1 Ap. n. 12.)

Asimismo Fernando escribió con igual fecha á Napoleon en nombre suyo y de su hermano y tío, dándole el parabien de haber sido ya instalado en el trono de España su hermano José; con una carta (leida en 30 de junio ante los diputados de Bayona) inclusa para el último, en que se decia despues de felicitarle, „que se consideraba miembro de „la augusta familia de Napoleon, á causa de que „habia pedido al emperador una sobrina para esposa, y esperaba conseguirla:” tan caida y por el suelo andaba la corona de Carlos V y Felipe II.

Ministerio
nombrado por
Jose.

En 4 de julio habia José arreglado definitivamente su ministerio. Tocó á Don Mariano Luis de Urquijo la secretaría de estado, á cuyo puesto correspondia, segun la constitucion de Bayona, refrendar todos los decretos. En el reinado de Carlos IV, todavia aquel muy jóven, habia sido nombrado ministro interino de estado. Adornado de ciertas cali-

dades brillantes y exteriores, no se le reputaba por hombre de saber profundo: tachábanle de presuntuoso. Quiso en su ministerio enfrenar el tribunal de la inquisicion, y restablecer á los obispos en sus primitivos derechos. Acarreóle su intento la enemistad de Roma y de una parte del clero español. Con esto y haber el príncipe de la Paz recobrado su antigua é ilimitada privanza, fué desgraciado Urquijo, encerrado en la ciudadela de Pamplona, y confinado despues á Bilbao su patria. No tuvo parte en los primeros desaciertos de Madrid y Bayona, y solo acudió á esta ciudad en virtud de reiterado llamamiento de Napoleon, quien le deslumbró prodigando lisonjas á su amor propio. Encargóse Don Pedro Cevallos del ministerio de negocios extranjeros, con repugnancia y violencia segun el propio se expresa, con gusto y solicitud suya segun otros. Don Sebastian de Piñuela y Don Gonzalo Ofárril se mantuvieron en sus respectivos ministerios de gracia y justicia y de guerra. Obtuvo el de Indias Don Miguel José de Azanza, reservándose el de marina para Don José Mazarredo, quien en dicho ramo gozaba de gran concepto, habiendo ilustrado su nombre en varias campañas; pero que sin práctica en las materias de estado, y preocupado y nimio en otras, abrazó sin discernimiento, á manera de frenesí, el partido del rey intruso. Púsose la hacienda al cuidado del conde de Cabarrus frances de nacimiento, mas por aficion y enlaces de corazon español. Decidido en Zaragoza á seguir la gloria

sa causa de aquellos moradores, fuese temor ó enfado de algun peligro que habia corrido en Agreda, mudó despues de parecer, y aceptó el ministerio que José le confirió. „Hombre extraordinario (segun le pinta su amigo Jovellanos) en quien competian los talentos con los desvarios, y las mas nobles calidades con los mas notables defectos.” No era fácil que en un tiempo en que el nuevo rey ansiaba grangearse la estimacion pública, se hubiese olvidado en la reparticion de empleos y gracias del hombre insigne que acabamos de citar, de Don Gaspar Melchor de Jovellanos. Libertado de su largo y penoso encierro al advenimiento al trono de Fernando VII, habíase retirado á Jadraque en casa de un amigo para recobrar su salud debilitada y perdida con los malos tratamientos y duro padecer. Buscóle en su rincon Murat mandándole pasase á Madrid: excusóse con el mal estado de su cuerpo y de su espíritu. Acosáronle poco despues los de Bayona; José de oficio para que fuese á Asturias á reducir al sosiego á sus paisanos, y confidencialmente Don Miguel de Azanza, anunciándole que se le destinaba para el ministerio de lo interior. Disculpóse con el primero en términos parecidos á los que habia usado con Murat, y al segundo le manifestó „que estaba léjos de admitir ni el encargo, ni el ministerio, y que le parecia vano el empeño de reducir con exhortaciones á un pueblo tan numeroso y valiente, y tan resuelto á defender su libertad.” Reiteráronse las instancias por medió de Ofárril,

Jovellanos.

Mazarredo y Cabarrus. Acometido tan obstinadamente de todos lados, expresó en una de sus contestaciones „que cuando la causa de la patria fuese tan desesperada como ellos se pensaban, seria siempre „la causa del honor y la lealtad, y la que á todo „trance debia preciarse de seguir un buen español.” Sordos á sus razones y á sus disculpas, le nombraron ministro mal de su grado, é insertaron en la gaceta de Madrid su nombramiento: señalada perfidia con que trataron de comprometerle. Por dicha salvóle la honra lo terso y limpio de su noble conducta, y sirvió de obstáculo á la persecucion que su constante resistencia hubiera podido acarrearle, la victoria de Bailen: con cierta prolijidad hemos referido este hecho como ejemplo digno de ser transmitido á la posteridad.

Formado que hubo su ministerio el rey intruso, se ocupó en proveer los empleos de palacio en los grandes que estaban en Bayona; ^(1 Ap. n. 13.) y cuya enumeracion omitimos por inútil y fastidiosa. El duque del Infantado fué nombrado coronel de guardias españolas, y de walongas el príncipe de Castel-franco. Mucho desmereció el primero, viéndole la nacion volver favorecido por la estirpe que habia despojado del trono al rey Fernando, y cuya pérdida habia en gran parte provenido de haber escuchado sus consejos. Pocos fueron los franceses que acompañaron á José, y en eminente puesto solamente colocó al general Saligny duque de San German, escogido para ser uno de los capitanes de guardias

Empleos de palacio.

de corps. Imitó en eso la política de Luis XIV, quien, según expresa el marques de San Felipe ^[1 Ap. n. 14], „mandó prudentísimamente que ningún vasallo suyo entrase en España. . . . Con lo que explicaba „entregar enteramente al rey (Felipe V) al dictamen de los españoles, y que ni los zelos de su favor, ni el mando turbase la pública quietud.”

José entra en España el 9 de julio.

Al fin, arreglado lo interior de palacio y el supremo gobierno, determinó José, de acuerdo con su hermano, entrar en España el 9 de julio, confiados ambos en que á favor de ciertas ventajas militares alcanzadas por las armas francesas, sería fácil llegar sin impedimento á la capital del reino; por lo cual es ya ocasion de hablar de las acciones de guerra, y reencuentros que hubo por aquel tiempo antes de proceder mas adelante.

Primera expedición de los franceses contra Santander.

Santander, punto marítimo y cercano á las provincias aldañas de Francia, fijó primero la atención de Napoleon. Por su orden se encomendó al mariscal Bessieres que destacase la suficiente fuerza para ahogar aquella insurrección. Este en 2 de junio hizo partir de Búrgos al general Merle, poniendo bajo su mando seis batallones y 200 caballos. Ya dijimos que al levantarse Santander se había colocado en las principales gargantas de su cordillera la gente de nuevo alistada. El 4, advertidos los gefes españoles de que los franceses avanzaban, dispusieron replegarse á las posiciones más favorables, resueltos á impedir el paso. Aguardaban ser acometidos en la mañana del 5; mas aclarando el

dia y disipada la densa niebla que con frecuencia cubre aquellas alturas, notaron con sorpresa que los franceses habían alzado el campo y desaparecido. La bisoña tropa atribuyó la retirada á temores del ejército enemigo, con lo que adquirió una desgraciada y ciega confianza: muy otra era la causa.

Habíase insurreccionado Valladolid; cundía el fuego de un pueblo en otro, y tocando casi á los mismos muros de Búrgos, en donde el mariscal Bessieres tenía asentado su cuartel general, receloso este de ver cortadas sus comunicaciones, si de pronto no acudía al remedio. Consideraba mayor el peligro y mas graves las conmociones cercanas con un caudillo de nombre, como lo era Don Gregorio de la Cuesta. Y en tal estado pareció oportuno no alejar ni esparcir su fuerza, y obrar solamente contra el enemigo mas inmediato. Mandó por tanto á las tropas enviadas ántes camino de Santander que retrocediendo viniesen al encuentro del general Lassalle, quien asistido de cuatro batallones de infantería y 700 caballos se dirigía hácia Valladolid.

Habia el último salido de Búrgos el 5 de junio, y al anocheecer del 6 llegó á Torquemada, villa situada cerca de Pisuerga, y que domina el campo de la margen opuesta. Muchos vecinos abandonaron el pueblo, algunos se quedaron; y preparándose para la defensa, etajaron con cadenas y carros el puente bastante largo por donde se va á la villa. Ciento de los mas animosos parapetados detras ó subidos en la iglesia y casas inmediatas, dispararon contra los

Expedición contra Valladolid.

Quema de Torquemada.

de corps. Imitó en eso la política de Luis XIV, quien, según expresa el marques de San Felipe ^[1 Ap. n. 14], „mandó prudentísimamente que ningún vasallo suyo entrase en España. . . . Con lo que explicaba „entregar enteramente al rey (Felipe V) al dictamen de los españoles, y que ni los zelos de su favor, ni el mando turbase la pública quietud.”

José entra en España el 9 de julio.

Al fin, arreglado lo interior de palacio y el supremo gobierno, determinó José, de acuerdo con su hermano, entrar en España el 9 de julio, confiados ambos en que á favor de ciertas ventajas militares alcanzadas por las armas francesas, sería fácil llegar sin impedimento á la capital del reino; por lo cual es ya ocasion de hablar de las acciones de guerra, y reencuentros que hubo por aquel tiempo antes de proceder mas adelante.

Primera expedición de los franceses contra Santander.

Santander, punto marítimo y cercano á las provincias aldañas de Francia, fijó primero la atención de Napoleon. Por su orden se encomendó al mariscal Bessieres que destacase la suficiente fuerza para ahogar aquella insurrección. Este en 2 de junio hizo partir de Búrgos al general Merle, poniendo bajo su mando seis batallones y 200 caballos. Ya dijimos que al levantarse Santander se había colocado en las principales gargantas de su cordillera la gente de nuevo alistada. El 4, advertidos los gefes españoles de que los franceses avanzaban, dispusieron replegarse á las posiciones más favorables, resueltos á impedir el paso. Aguardaban ser acometidos en la mañana del 5; mas aclarando el

dia y disipada la densa niebla que con frecuencia cubre aquellas alturas, notaron con sorpresa que los franceses habían alzado el campo y desaparecido. La bisoña tropa atribuyó la retirada á temores del ejército enemigo, con lo que adquirió una desgraciada y ciega confianza: muy otra era la causa.

Habíase insurreccionado Valladolid; cundía el fuego de un pueblo en otro, y tocando casi á los mismos muros de Búrgos, en donde el mariscal Bessieres tenía asentado su cuartel general, receloso este de ver cortadas sus comunicaciones, si de pronto no acudía al remedio. Consideraba mayor el peligro y mas graves las conmociones cercanas con un caudillo de nombre, como lo era Don Gregorio de la Cuesta. Y en tal estado pareció oportuno no alejar ni esparcir su fuerza, y obrar solamente contra el enemigo mas inmediato. Mandó por tanto á las tropas enviadas ántes camino de Santander que retrocediendo viniesen al encuentro del general Lassalle, quien asistido de cuatro batallones de infantería y 700 caballos se dirigía hácia Valladolid. Había el último salido de Búrgos el 5 de junio, y al anocheecer del 6 llegó á Torquemada, villa situada cerca de Pisuerga, y que domina el campo de la margen opuesta. Muchos vecinos abandonaron el pueblo, algunos se quedaron; y preparándose para la defensa, etajaron con cadenas y carros el puente bastante largo por donde se va á la villa. Ciento de los mas animosos parapetados detras ó subidos en la iglesia y casas inmediatas, dispararon contra los

Expedición contra Valladolid.

Quema de Torquemada.

franceses que se adelantaban. No arredrados estos con el incierto y lejano fuego del pasainage, aceleraron el paso, y bien pronto desembarazando el puente, penetraron por las calles, y saquearon y quemaron lastimosamente sus casas y edificios. Dispersos los defensores, fueron unos acuchillados por la caballería, otros atravesados por las bayonetas de los infantes. y tratados los demas moradores con todo el rigor de la guerra, sin que se perdonase á edad ni sexo.

Entrada en
Palencia.

En Palencia se habian tambien reunido los mozos con varios soldados sueltos á las órdenes del anciano general Don Diego de Tordesillas. Mas atemorizados con el incendio de Torquemada, se retiraron á tierra de Leon, procurando el obispo aplacar la furia de los franceses con un obsequioso recibimiento. Llegaron el 7, y á sus ruegos se contentaron con desarmar á los habitantes, imponiéndoles ademas una contribucion bastante gravosa.

Accion de
Cabezón.

En Dueñas se engrosó la division de Lassalle con la de Merle de vuelta de Reinosa, y allí acordaron el modo de atacar á D. Gregorio de la Cuesta. Habia el general español ocupado á Cabezón, distante dos leguas de Valladolid. Contaba bajo su mando 5000 paisanos mal armados y sin instruccion militar, 100 guardias de Corps de los que habian acompañado á Bayona á la familia real, y 200 hombres del regimiento de caballería de la Reina. Reduciase su artillería á cuatro piezas que habian

salvado del colegio de Segovia sus oficiales y cadetes. Cabezón, situado á la orilla izquierda de Pisuerga, contiguo al puente á donde viene á parar la calzada de Burgos, y en parage mas elevado, ofrecia abrigo y reparo á la gente allegadiza de Cuesta si hubiera sabido ó querido este aprovecharse de tamaña ventaja. Pero con asombro de todos, haciendo pasar al otro lado del rio lo grueso de sus tropas, colocó en una misma línea la caballería y los paisanos, entre los que se distinguia por su mejor arreo y disciplina el cuerpo de estudiantes. Situó cerca y á la salida del puente dos cañones, y dejó los otros dos del lado de Cabezón. Quedaron asimismo por esta parte algunas compañías de paisanos de las parroquias de Valladolid cada una con su bandera para guardar los vados del rio: inexplicable arreglo y ordenacion en un general veterano.

Temprano en la mañana del 13 empezó el ataque. El frances Lassalle marchó por el camino real, cubriendo el movimiento de su izquierda con el monasterio de bernardos de Palazuelo. El general Merle tiró por su derecha hácia Cigales con intento de interceptar á Cuesta si queria retirarse del lado de Leon, como se lo habian los enemigos pensado al verle pasar el rio, no pudiendo achacar á ignorancia semejante determinacion. La refriega no fué ni larga ni empeñada. A las primeras descargas los caballos, que estaban avanzados y al descubierto en campo raso, empezaron á inquietarse sin

que fueran dueños los ginetes de contenerlos. Perturbaron con su desasosiego á los infantes y los desordenaron. Al punto dióse la señal de retirada, agolpándose al puente la caballería, precedida por los generales Cuesta y Don Francisco Eguia, su mayor general. Los estudiantes se mantuvieron aun firmes, pero no tardaron en ser arrollados. Unos huyendo hácia Cigales fueron hechos prisioneros por los franceses, ó acuchillados en un soto á que se habian acogido. Otros procurando vadear el rio ó cruzarle á nado, se ahogaron con la precipitacion y angustia. No fueron tampoco mas afortunados los que se dirigieron al puente. Largo y angosto caian sofocados con la muchedumbre que allí acudía ó muertos por los fuegos franceses, y el de un destacamento de españoles situados al pié de la ermita de la Virgen del Manzano, cuyos soldados poco ciertos mas bien ofendian á los suyos que á los contrarios. Grande fué la pérdida de nuestra parte, cortísima la de los franceses. El general Cuesta tranquilamente continuó su retirada, y sin detenerse se replegó con la caballería á Rioseco pasando por Valladolid. No faltó quien atribuyese su extraña conducta á traicion ó despiques, por haberle forzado á comprometerse en la insurreccion. Otras batallas posteriores en que exponiendo mucho su persona anduvo igualmente desacertado en las disposiciones, probaron que no obraba de mala fe sino con poco conocimiento de la estrategia.

Los enemigos temerosos de alguna emboscada

cañonearon al principio á Cabezon sin entrar en el pueblo. Con el ruido y las balas ahuyentaron á los vecinos, y solo á medio dia penetraron en las casas, saqueándolas y abrasando en las eras los efectos y ajuar que no pudieron llevar consigo. Fué el botín abundante, porque como era domingo casi todos los habitantes de Valladolid habian ido allí como á fiesta y romería, imaginándose á fuer de inexpertos segura y fácil la victoria. El camino de Cabezon estaba sembrado de despojos de innumerable gentío que precipitadamente queria ponerse en salvo. Los franceses avanzaron con lentitud, y no entraron en Valladolid hasta las cinco de la tarde. El obispo y unos cuantos regidores y ministros de la chancillería salieron á recibirlos para calmar su enojo. Respetaron la ciudad, quitaron las armas á los vecinos, se llevaron algunos en rehenés, y la gravaron con una fuerte contribucion. No se detuvieron sino hasta el 16, en cuyo dia abandonaron la ciudad, queriendo apagar la insurreccion de Santander.

El general Lassalle se apostó en Palencia para observar á Cuesta, y apoyar la expedicion que iba á la Montaña capitaneada por el general Merle. Llegó este á Reinosa el 20 con fuerza considerable, y el 21 marchó sobre Lantueno. Guardaba las entradas de aquel lado Don Juan Manuel Velarde con 3000 hombres, los mas paisanos, y dos piezas de grueso calibre. Cuando la primera retirada del enemigo, los españoles en vez de redoblar sus esfuerzos, descuidaron los preparativos de defensa, y la

Entraron los franceses en Valladolid.

Segunda expedicion contra Santander.

gente como nueva é indisciplinada se desbandó en parte, juzgando ya inútil su asistencia. Los franceses atacaron en dos columnas: opúsoseles escasa resistencia, pues en breve cedieron á la pericia de aquellos los nuevos reclutas, salvándose el mayor número por las fraguras, y reparándose los ménos de una segunda linea de defensa formada entre las Fraguas y Somahoz. Estrechado allí el camino de un lado por un despeñadero y del otro por la roca Tajada, ofreció facilidad para que se le embarazase con ramas, peñascos y troncos, colocando detras algunos cañones. Mas los españoles desmayados con el primer descabro, y viendo que las tropas ligeras del enemigo avanzaban por su derecha é izquierda y los flanqueaban á pesar de lo escabroso del terreno, se retiraron apresuradamente, dejando libre el paso al general Merle, quien se posesionó de Santander el 23.

Por el Escudo las avanzadas de la division española que ocupaba aquel punto á las órdenes de Don Emeterio Velarde, ya el 19 reconocieron al enemigo que venia sobre ellos con 1200 infantes y 60 cañones. Era su general el de brigada Ducos, quien habia partido de Miranda de Ebro, empezando su movimiento á la misma sazón que Merle. La fuerza española era aun mas flaca por esta parte que por la de Reinosa, y solo tenia un cañon servible. Rechazóse sin embargo en un principio al enemigo. Disponíanse de nuevo á resistirle, cuando informado Don Emeterio de la rota experimentada

por los de Lantueno, formó un consejo de guerra, y en él se decidió separarse guarecidos de la densa niebla esparcida por las montañas, y por cuya causa habia cesado el fuego de una y otra parte. El general Ducos avanzó entónces, y juntándose con Merle, llegó en su compañía á Santander.

El obispo luego que supo que los franceses se aproximaban á la montaña, arrebatado de entusiasmo montó en una mula, y pertrechado de todas armas se encaminó á donde acampaba el ejército; pero encontrándole á poco deshecho y disperso, decayó de ánimo, y huyó como los demas refugiándose á Asturias, lo cual dió lugar á la voz de haber servido dicho prelado de guia á las tropas en aquella sazón.

Pocos dias despues del levantamiento de Santander habia entrado de arribada en el puerto un buque frances, procedente de sus colonias y ricamente cargado. La junta en medio de sus apuros tuvo la generosidad de no aprovecharse del precioso socorro que el acaso le ofrecia, y permitió al buque seguir su viage á Francia, dando ademas libertad y poniendo á su bordo al cónsul y á los otros franceses que en un principio habian sido arrestados. Accion tan noble y rara no evitó á Santander el ser molestado en lo sucesivo con derramas é imposiciones extraordinarias.

El vigilante cuidado de Napoleon no se adormeció del lado de Aragon, disponiendo que el general de brigada Lefebvre Desnouettes con 5000 hombres

Obispo de Santander.

Noble accion de su junta.

Expedicion contra Zaragoza.

de infantería y 800 caballos partiese el 7 de junio de Pamplona. Llegó el 8 delante de Tudela. Los vecinos habían cortado el puente del Ebro con intento de impedir el paso; pero los franceses cruzando en barcas el rio, se apoderaron de la ciudad, á pesar de gente y socorros que había enviado Zaragoza á las órdenes del marques de Lazan. Arcabucearon para escarmiento algunas personas, como si fuera delito defender sus hogares contra el extranjero: repararon el puente, y prosiguieron su marcha. El marques de Lazan que con tropa colecticia se había adelantado hasta Tudela, se replegó y tomó posesion el 12 junto á un olivar, apoyando su izquierda en la villa de Mallen, y la derecha en el canal de Aragon. Resistieron con valor sus soldados, mas atacando los enemigos vigorosamente uno de los flancos, comenzaron los nuestros á ciar, y del todo se desordenaron con una carga que les dieron los lanceros polacos. No por eso se abatieron los aragoneses, y todavía el 13 pelearon en Gallur, aunque tambien con desventaja. En la madrugada del 14, noticioso el general Palafox de la rota de la gente de su hermano, salió en persona de Zaragoza acompañado de 5000 paisanos mal armados, dos piezas de artillería, 80 caballos del regimiento de dragones del rey, con otros oficiales y soldados sueltos, y fué al encuentro del enemigo dirigiéndose á la villa de Alagon, cuatro leguas distante de aquella capital. Pareció oportuno posesionarse de aquel punto, cuya posicion elevada entre los rios

Accion de
Mallen.

De Alagon.

Jalon y Ebro era ademas favorecida por los olivares y tapias que estrechan el camino que viene de Navarra. A las tres de la tarde colocó su gente el general Palafox mas allá de la villa, distribuyendo tiradores por delante de sus flancos, y enfilando la entrada con los dos cañones que tenia. Los mal disciplinados paisanos fueron fácilmente arrollados por las tropas aguerridas del enemigo. En vano se trató de detenerlos. Sin embargo, con algunos de ellos mas valerosos ó serenos, con los pocos soldados de línea que allí había y la artillería, defendióse por largo rato y vivamente la entrada de la villa. Al fin resolvió Palafox retirarse con doscientos cincuenta hombres que le quedaban, y en cuyo número se contaban soldados del primer batallon de voluntarios de Aragon y los del rey de caballería con algunos tiradores diestros. De los paisanos, siendo muchos del partido de Alcañiz, se recogieron los mas á sus casas, entrando por la noche con Palafox en Zaragoza los que eran de allí naturales. Los franceses entónces se aproximaron á aquella ciudad, en cuyas cercanías los dejaremos para tomar despues el hilo, y no interrumpirle en la narracion de su memorable sitio.

Debía dar la mano á las operaciones de Aragon el ejército frances de Cataluña. Napoleon, figurándose que dueño de Barcelona y Figueras, lo era de la provincia, no creyó arriesgado sacar parte de las fuerzas que la ocupaban. Así ordenó que de aquel punto se enviasen socorros á Aragon y Valencia.

®
Cataluña.

Conformándose el general Duhesme con lo que se le mandaba, dispuso que 3800 hombres conducidos por el general Schwartz se dirigiesen á Zaragoza, y que 4200 á las órdenes de Chabran se apoderasen de Tarragona y Tortosa, continuando en seguida su marcha á Valencia. Los primeros debían al paso castigar á Manresa por su anterior levantamiento, quemar sus molinos de pólvora, é imponer al vecindario 750,000 francos de contribucion. Ambas expediciones salieron de la capital el 4 de junio. La de Schwartz se detuvo en Martorell el 5 á causa de una abundante lluvia, con cuya feliz demora alcanzaron á tiempo á Igualada y Manresa los avisos de sus confidentes. La insurreccion ya comenzada, tomó incremento y extraordinario ensanche, tocóse á somaten, se despacharon expresos á todas partes, y resolvieron aguardar al enemigo en la posicion del Bruch y Casa-Masana.

Es el somaten en Cataluña „un género de somatenes. „corro, como dice Zurita, repentino y cierto que „muchas veces ha sido de grande efecto.” Está conocido de tiempo inmemorial, teniendo que acudir al repique de la campana concegil, todos los hombres aptos para las armas en las diversas veguerias ó partidos, segun lo dispone el usage de Barcelona. Fué en este caso no ménos provechoso que en otros antiguos y renombrados. Habia pocas armas y municiones tan escasas, que careciendo de balas de fusil, se cortaron las varillas de hierro de las cortinas para que supliesen la falta.

Los somatenes de Igualada y Manresa fueron los primeros que se prepararon, y al hijo de un mercader, llamado Francisco Riera, teníaese por principal caudillo. Apostáronse pues, y se escondieron entre los matorrales y arboleda de las alturas del Bruch. Apenas habia pasado la columna francesa las casas que llevan el mismo nombre, y tomado la revuelta que forma el camino real ántes de emparejar con el de Manresa, cuando fué detenida por el inesperado fuego de los encubiertos somatenes. Schwartz, despues de un rato de espera, embistió á sus contrarios: replegáronse estos, y disputando el terreno á palmos, se dividieron, unos yendo la vuelta de Igualada y otros la de Casa-Masana. Desalojados del último punto, y teniéndose por perdidos, apriesa se retiraban, y completa hubiera sido su derrota, á no haber afortunadamente Schwartz desistido de perseguirlos. Admirados los manresanos de la suspension del frances, cobraron aliento, y engrosados con el somaten de San Pedor, compuesto de buenos y esforzados tiradores, volvieron de nuevo á la carga. Venia con los recién llegados un tambor, quien como mas experto hizo las veces de general en gefe. Vivamente acometieron todos juntos á los franceses de Casa-Masana, los que se recogieron al cuerpo de la columna que comia el rancho á retaguardia.

El número de somatenes crecia por momentos, sus ánimos se enardecian, adquiriendo ventaja sobre los franceses descaecidos con la impensada em-

bestida. Schwartz al ver retirarse su vanguardia, y al ruido de la caja del somaten de San Pedor, persuadióse que tropa de línea auxiliaba al paisanage. Formó entónces el cuadro para evitar ser envuelto, y al cabo de cierto tiempo determinó retroceder á Barcelona. Aunque molestados los enemigos por los somatenes en flanco y retaguardia, llegaron sin desórden hasta Esparraguera.

Defensa de
Esparraguera.

Los vecinos de esta villa puestos en acecho, y sabiendo que los enemigos se retiraban, atajaron la calle larga y angosta que la atraviesa, con todo linage de obstáculos, en especial con muebles y utensilios de casa. Al anochecer se acercaron los franceses, y penetrando en la calle con imprudencia la cabeza de la columna, cayeron en la celada que les estaba armada. De todas partes empezaron á ofenderlos á tejazos y pedradas con algunos escopetazos, y hasta con calderadas de agua hirviendo. Schwartz suspendió el paso, y dividiendo su gente en dos trozos, la hizo caminar á derecha é izquierda de la villa. Apretó despues la marcha durante la noche hostigado incesantemente por los somatenes, los que le cogieron un cañon en la Riera de Cabrera, y le acosaron hasta Martorell. No imitaron sus habitantes el ejemplo de los de Esparraguera, y así fuéles permitido á los franceses entrar en Barcelona el 8 de junio; pero tan destrozados y abatidos, que dieron claro indicio de la rota experimentada. Su pérdida no dejó de ser considerable, mayormente si se atiende á que fueron acometidos por gente

allegadiza y con escasas y malas armas. De los nuestros pocos perecieron, estando siempre amparados del terreno, y protegidos en el alcance por toda la poblacion.

Toca á los catalanes la gloria de haber sido los primeros en España que postraron con feliz éxito el orgullo de los invasores. Fué en efecto la victoria del Bruch la que ántes que ninguna otra mereció ser calificada con tal nombre. Y semejante triunfo admirable en sus circunstancias, resonando por todo el principado, excitó noble emulacion en todos sus habitantes, declarándose á porfia los pueblos unos en pos de otros y denodadamente.

Con razon Duhesme se sobrecogió al saber el inesperado descalabro, mas que por su importancia, por el aliento que infundia en los apellidados insurgentes. Atento al corto número de tropas que mandaba, obró cuerdamente en no aventurarse á nuevos riesgos y en reconcentrar sus fuerzas. Conservar sus comunicaciones con Francia debió ser su principal mira, y mal lo hubiera conseguido desparamando sus soldados en diversas direcciones: así fué que llamó á Chabran á Barcelona.

Con mayor felicidad que Schwartz habia aquel dado principio á su expedicion de Valencia, penetrando sin tropiezo el 7 de junio en los muros de Tarragona. Guarnecia la plaza el regimiento suizo de Wimpffen al servicio de España, cuya oficialidad condujose con tal mesura, que no despertando los recelos del frances, tuvo la dicha de mantener

Chabran en
Tarragona.

intacto su cuerpo, despues señalado apoyo de la buena causa. El general Chabran, en cumplimiento de las órdenes de su gefe, evacuó el 9 á Tarragona, mas á su vuelta encontró sublevado el país que poco ántes habia pacíficamente atravesado. En el Vendrell y en Arbos opúsosele empeñada resistencia. Trescientos suizos de Wimpffen que iban á incorporarse con los de Tarragona, ayudaron y sostuvieron á los paisanos, y defendieron juntos con notable bizarría la posicion de Arbos, aunque no fuese el terreno favorable á soldados bisoños. Despues de repetidos ataques consiguieron los franceses ahuyentar á los somatenes, y apoderarse de la artillería que consigo tenian. Entraron en Arbos, y para vengarse del atrevido arrojó de sus habitantes, maltrataron y mataron á muchos de ellos. Continuó Chabran á Villafranca de Panades y no cesó el estrago, saqueando allí y quemando casas y edificios en desagravio, segun decia, del asesinato del gobernador español Toda, de que ya hablamos: singular equidad la de castigar una poblacion entera por las demasias de contados individuos. Duhesme salió en busca de la tropa que volvia de Tarragona, habiendo sabido que en la ruta topaba con resistencia, y reunidos unos y otros entraron en Barcelona el dia 12.

Aunque resueltos á no intentar de nuevo expediciones lejanas ni otras importantes operaciones que las que exigiese la libre comunicacion con Francia, quisieron sin embargo viéndose todos juntos, probar

Reencuentro
en Arbos.

Saqueo de V.
Villafranca de
Panades.

fortuna con deseo de castigar al paisanage de Manresa y su comarca. Para lo cual, reunidas las columnas de Schwartz y Chabran, salieron el 13 al mando del último, tomando el mismo camino que la vez primera. En el tránsito saquearon y quemaron muchas casas de Martorell y Esparraguera, ahora desapercibida, y cometieron todo linage de desórdenes y excesos, con cuyo desmandado porte provocábase la ira del tenaz catalan; no se le arredraba.

Interesada la gloria de los manresanos en sostener el sitio del Bruch, testigo de sus primeros laureles, habian atendido á fortificarle y guarnecerle debidamente en union con la junta de Lérida y pueblos del contorno. Apellidaron allí sus somatenes, y les agregaron los soldados escapados de Barcelona, y cuatro compañías de voluntarios leridanos al mando de Don Juan Baguet, con algunas piezas de artillería traídas de las fortalezas del principado. El 14 trató Chabran de forzar la posicion; mas á pesar de venir los franceses con dobles fuerzas y de caminar advertidos, fué vana su empresa. Estrellóse su desapoderado orgullo contra las flacas armas del somaten catalan, y de pocos y mal regidos soldados. En reiterados ataques quisieron enseñorearse de la posicion: rechazados en todos, volvieron atras sus pasos, y con pérdida de 500 hombres y alguna artillería, perseguidos y hostigados por los paisanos, se metieron vergonzosamente en Barcelona.

Segunda
accion del
Bruch.

Expedición de
Duhesme con-
tra Gerona.

Frustradas las primeras tentativas, y no habiendo podido ser ejecutadas las órdenes de Napoleon, suspendió Duhesme darles el debido cumplimiento, y volvió exclusivamente la atención á asegurar y poner libres las comunicaciones con Francia. Para ello salió de Barcelona el 17 de junio con siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artillería, prefiriendo al camino que va por Hostalrich el de la marina. Habíanse armado los paisanos del Vallés, y en número de 9000 aguardaban á los franceses en la cresta de Mongat. Los inexpertos somatenes se imaginaron que solo por el frente habían de ser acometidos; pero el general frances disfrazando con varios ataques falsos el verdadero, los envolvió por su derecha, y en breve los deshizo y dispersó. Dueño el enemigo de Mongat, batería de la costa, cometió con los paisanos inauditas crueldades. Mataró que había pensado en defenderse, no cejó en su propósito con la desgracia acaecida. Colocando artillería en las avenidas del camino de Barcelona, hicieron los vecinos fuego contra las columnas francesas que se acercaban. No tardaron en ser desbaratados, y el mismo día 17 entraron los enemigos en Mataró y la saquearon. Ciudad de 20,000 habitantes, y rica por sus fábricas de algodón, vidrio y encajes, ofreció al vencedor copioso botín, no perdonando su codicia ni los vestidos de las mugeres, ni otros objetos de poco valor y uso comun. El asesinato, la violencia hasta de las vírgenes mas tiernas acompañaron al pillage, confun-

Saqueo de
Mataró.

Resistencia de
Mongat.

diéndose á veces, cebados en los mismos excesos, el general con el soldado: largos dias llorará Mataró aquel tan aciago y cruel.

En la mañana siguiente continuaron los franceses la marcha sobre Gerona. En su tránsito dejaron sangriento rastro por las muertes, robos y destrozos con que affigieron á todos los pueblos. En tanto grado convierte la guerra en hombres inhumanos á los soldados de una nacion culta. Habia solamente de guarnicion en Gerona 300 hombres del regimiento de Ultonia y algunos artilleros, los que con gente de mar de la vecina costa dirigieron los fuegos de aquella arma. Limitadísimo número si los nobles, el clero y todos los vecinos sin excepcion, inflamados de ardor patrio, no hubiesen sostenido con el mayor brio los puntos que se confiaron á su cuidado. Era gobernador interino Don Julian de Bolívar.

Ataque de
los franceses
contra Gerona.

A las nueve de la mañana del propio dia 20 se presentó el enemigo en las alturas de la aldea de Palausacosta; mas incomodado con algunos cañones del baluarte de la Merced y fuerte de capuchinos, se replegó á Salt y Santa Eugenia, cuyas aldeas saqueó á sangre y fuego. Por la tarde, después de varios reconocimientos, atacó formalmente dirigiendo su izquierda por los lugares que acabamos de mencionar, al paso que su derecha, cruzando el Oña, acometió con ímpetu é intentó forzar la puerta del Cármen. Los sitiados le repelieron con valor y serenidad. Señalóse Ultonia, cuyo teniente

coronel Don Pedro O-dally quedó herido. Atacó en seguida el fuerte de Capuchinos en donde fué igualmente repelido, habiendo experimentado considerable pérdida. Burladas sus esperanzas, colocó una batería cerca de la cruz de Santa Eugenia, no léjos de la plaza: causó algun daño en el colegio tridentino y otros edificios, y respondiéndole con acierto á sus fuegos las baterías de la plaza, la noche puso término al combate.

Fué aquella sumamente lóbrega, y confiados los franceses en la obscuridad se acercaron calladamente al muro, y de tal manera y con tanto arrojo, que hasta hallarse muy cerca no fueron sentidos. Peleóse entónces por ambos lados con braveza, alumbrados solamente por los fognazos del cañon, y no interrumpido el silencio sino por su estruendo y los ayes de los heridos y moribundos. ¡Espantosa noche! El enemigo osó arrimar escalas al baluarte de Santa Clara. Algunos de sus soldados pusieronse encima de la misma muralla, y apresuradamente les seguian sus compañeros, cuando una partida del regimiento de Ultonia matando á los ya encaramados, precipitó á los otros y estorbó á todos continuar en aquel intento. El fuego sin embargo no cesó hasta que el baluarte de San Narciso, tirando á metralla, destrozó á los acometedores y los dispersó, dejando el campo, como despues se vió, sembrado de cadáveres y heridos. No cansados todavía los franceses, renovaron el ataque á las doce de la noche, queriendo asaltar el baluarte de San

Pedro, pero fueron rechazados de modo que desistieron de proseguir en su empresa, retirándose temprano por el camino de Barcelona en la mañana del 21. Aunque corta, fué notable esta primer defensa de Gerona, cuya plaza tanto lustre adquirió despues en otra inmediata acometida, y sobre todo en el célebre sitio del siguiente año. Los somatenes molestaron por todas partes al enemigo, habiendo impedido con su ayuda que pasase al otro lado del Ter. No fué ménos que de 700 hombres la pérdida de los franceses, la de los españoles mucho mas reducida.

Duhesme volvió á Barcelona dejando en Mataró parte de su ejército que puso al cuidado de Charbran, y cuyo trozo, compuesto de 3500 hombres, fué al Vallés á buscar vituallas. Rodeados siempre los franceses por el paisanage, tuvieron en Moncada que romper á viva fuerza un cordon de somatenes, siendo al cabo detenidos cerca de Granollers por el teniente coronel Don Francisco Milans, quien los ahuyentó haciéndoles perder la artillería. A la retirada, como de costumbre, talaron y destruyeron el pais por donde pasaron.

Al propio tiempo que tan mal parados andaban los invasores en aquella parte de Cataluña, tampoco se descuidaron sus naturales en el mediodia, formando á la márgen derecha del Llobregat una línea de hombres belicosos que defendía los caminos de Garraf, Ordal y Esparraguera. Los capitaneaba Don Juan Baguet, que con los voluntarios de

Vuelve Duhesme á Barcelona.

Rescuentro de Granollers.

Somatenes del Llobregat.

Lérida había la segunda vez contribuido á repeler en el Bruch á los franceses. Desde allí enviaban partidas sueltas que recorrian la tierra en todas direcciones. Incomodado Duhesme de verse así estrechado, envió contra ellos al general Lechi, quien el 30 de junio obligó á los somatenes á abandonar su posicion cogiéndoles algunos cañones y aventajándose á todos los suyos en cometer demasías. No por eso desmayaron los vencidos, apareciéndose en breve hasta en las cercanías de la misma Barcelona.

Murat.

Por este término y con éxito vario se ejecutaron las órdenes de Napoleon en Cataluña, Aragon y Castilla. Fueron parecidas las que significó para las otras provincias al gran duque de Berg, cuya solícita diligencia procuró aniquilar en derredor suyo la semilla insurreccional que brotaba con lozanía. Insinuamos ántes varias de sus providencias, y las que de consuno con la junta de Madrid se habían tomado para cortar las conmociones sin tener que venir á las manos. Inútiles fueron sus esfuerzos, como lo serán siempre todos los que se dirijan á contener por la persuasión el levantamiento de una nacion entera. No le pesó quizá á Murat, á cuyo gusto y anterior vida se acomodaban mas las armas que los discursos. Así fué que á veces á un tiempo y otras muy de cerca, mandó que sus tropas acompañasen ó siguiesen á las proclamas y exhortaciones de la junta. Consideró como de mayor importancia las Andalucías y Valencia, y de consiguiente trató ante todo de asegurarse de aque-

llas provincias, mayormente habiendo dado Sevilla ya en primeros de mayo muestras de desasosiego y grave alteracion.

Dupont acantonado en Toledo recibió la orden de dirigirse á Cádiz, y el 24 del mismo mayo se puso en marcha. Llevaba consigo los dos regimientos suizos de Reding y Preux al servicio de España, la division de infantería del general Barbou compuesta de 6000 hombres y ademas 500 marinos de la guardia imperial, con 3000 caballos mandados por el general Fresia. Iban todos tan confiados en el buen éxito de su empresa, que Dupont señalaba de antemano al ministro de Guerra de Francia el dia que habia de entrar en Cádiz. Atravesaron la Mancha tranquilamente, y en tal abundancia hallaban los mantenimientos, que dejaron almacenados en el pósito de Santa Cruz de Mudela la galleta y víveres que á prevencion traian, y de los que pocos dias despues se apoderaron aquellos vecinos, cogiendo tambien parte de los soldados que los custodiaban y matando otros. El 2 de junio penetraron los franceses por las estrechuras de Sieramorena. Hasta allí, si bien habian notado inquietud y desvío en los habitantes, ningun síntoma grave se habia manifestado. En la Carolina se despertó su recelo viéndola sola y desierta; y al entrar en Andújar supieron el levantamiento general de Sevilla y la formacion de una junta suprema. No por eso suspendieron su marcha, llegando al amanecer del 7 delante del puente de Alcolea. Don Pedro

Envia á
Dupont á An-
dalucía.

Lérida había la segunda vez contribuido á repeler en el Bruch á los franceses. Desde allí enviaban partidas sueltas que recorrian la tierra en todas direcciones. Incomodado Duhesme de verse así estrechado, envió contra ellos al general Lechi, quien el 30 de junio obligó á los somatenes á abandonar su posicion cogiéndoles algunos cañones y aventajándose á todos los suyos en cometer demasías. No por eso desmayaron los vencidos, apareciéndose en breve hasta en las cercanías de la misma Barcelona.

Murat.

Por este término y con éxito vario se ejecutaron las órdenes de Napoleon en Cataluña, Aragon y Castilla. Fueron parecidas las que significó para las otras provincias al gran duque de Berg, cuya solícita diligencia procuró aniquilar en derredor suyo la semilla insurreccional que brotaba con lozanía. Insinuamos ántes varias de sus providencias, y las que de consuno con la junta de Madrid se habían tomado para cortar las conmociones sin tener que venir á las manos. Inútiles fueron sus esfuerzos, como lo serán siempre todos los que se dirijan á contener por la persuasión el levantamiento de una nacion entera. No le pesó quizá á Murat, á cuyo gusto y anterior vida se acomodaban mas las armas que los discursos. Así fué que á veces á un tiempo y otras muy de cerca, mandó que sus tropas acompañasen ó siguiesen á las proclamas y exhortaciones de la junta. Consideró como de mayor importancia las Andalucías y Valencia, y de consiguiente trató ante todo de asegurarse de aque-

llas provincias, mayormente habiendo dado Sevilla ya en primeros de mayo muestras de desasosiego y grave alteracion.

Dupont acantonado en Toledo recibió la orden de dirigirse á Cádiz, y el 24 del mismo mayo se puso en marcha. Llevaba consigo los dos regimientos suizos de Reding y Preux al servicio de España, la division de infantería del general Barbou compuesta de 6000 hombres y ademas 500 marinos de la guardia imperial, con 3000 caballos mandados por el general Fresia. Iban todos tan confiados en el buen éxito de su empresa, que Dupont señalaba de antemano al ministro de Guerra de Francia el dia que habia de entrar en Cádiz. Atravesaron la Mancha tranquilamente, y en tal abundancia hallaban los mantenimientos, que dejaron almacenados en el pósito de Santa Cruz de Mudela la galleta y víveres que á prevencion traian, y de los que pocos dias despues se apoderaron aquellos vecinos, cogiendo tambien parte de los soldados que los custodiaban y matando otros. El 2 de junio penetraron los franceses por las estrechuras de Sieramorena. Hasta allí, si bien habian notado inquietud y desvío en los habitantes, ningun síntoma grave se habia manifestado. En la Carolina se despertó su recelo viéndola sola y desierta; y al entrar en Andújar supieron el levantamiento general de Sevilla y la formacion de una junta suprema. No por eso suspendieron su marcha, llegando al amanecer del 7 delante del puente de Alcolea. Don Pedro

Envia á
Dupont á An-
dalucía.

Agustin de Echávarri, oficial de cierto arrojo, pero ignorante en el arte de la guerra, y á quien vimos al frente de la insurreccion cordobesa, se habia situado en aquel parage. Tenia á sus órdenes 3000 hombres de línea, compuestos de parte de un batallón de Campo-mayor, de soldados de varios regimientos provinciales con granaderos de los mismos, á los que se agregaba alguna caballería y un destacamento de suizos. No habia entre ellos cuerpo completo que estuviese presente. El número de paisanos era mas considerable, y habíase de Sevilla recibido bastante artillería. Los españoles levantando una cabeza de puente, habian colocado en ella doce cañones para impedir el paso de Guadalquivir y cubrir así la ciudad de Córdoba, puesta á su márgen derecha y distante unas tres leguas de las ventas de Alcolea. El puente es largo y torcido, formando un ángulo ó recodo que estorba el que por él se enfilen los fuegos de cañon. A la izquierda del rio se habia quedado la caballería española con intento de acometer á los enemigos por el flanco y espalda, al tiempo que estos comenzasen el ataque de frente. Los franceses para desembarazarse trataron de dar á aquella una vigorosa carga, la cual repetida contuvo á los ginetes españoles sin lograr desbaratarlos. A poco la infanteria francesa avanzó al puente. Los fuegos bien dirigidos de la obra de campaña recién construida, y sostenida tambien valerosamente por el oficial Lasala que mandaba á los de Campo-mayor y granaderos pro-

Accion de
Alcolea.

vinciales, mantuvieron por algun tiempo con firmeza la posicion atacada. Pero el paisanage todavia no fogueado, desamparando á la tropa, facilitó á los franceses escalar la posicion, que levantada de prisa ni era perfecta ni estaba del todo concluida. Sin embargo, la caballeria española no habiendo caido en desmayo, trató de favorecer á los suyos, y de nuevo y con ventaja acometió á la francesa. Dupont teniendo que enviar una brigada al socorro de su gente, no prosiguió el alcance contra los infantes españoles, los que retirándose con orden, solo perdieron un cañon, cuya cureña se habia descompuesto. El reencuentro duró dos horas. Costó á los franceses 200 hombres, no mas á los españoles por haberse retirado tranquilamente. Echávarri juzgando que no era posible defender á Córdoba, abandonó la ciudad sin detenerse en sus muros.

Llegaron á su vista los franceses á la tres de la tarde del mismo dia 7 de junio. Habian los vecinos cerrado las puertas, mas bien para capitular que para defenderse. Entabláronse sobre ello pláticas, cuando con pretexto de unos tiros disparados de las torres del muro y de una casa inmediata, apuntaron los enemigos sus cañones contra la Puerta-nueva, hundiéndola á poco rato y sin grande esfuerzo. Metiéronse pues dentro, hiriendo, matando y persiguiendo á cuantos encontraban: saquearon las casas y los templos, y hasta el humilde asilo del pobre y desvalido habitante. La célebre catedral, la antigua mezquita de los árabes, rival en su tiempo en

Saco de Córdoba.

santidad de Medina y la Meca, y tan superior en magnificencia, esplendidez y riqueza, fué presa de la insaciable y destructora rapacidad del extranjero. Destruídos quedaron entónces los conventos del Cármen, San Juan de Dios y Terceros, sirviéndoles de infame lupanar la iglesia de Fuensanta y otros sitios no ménos reverenciados de los naturales. Grande fué el destrozo de Córdoba, muchas las preciosidades robadas en su recinto. Ciudad de 40,000 almas, opulenta de suyo y con templos en que había acumulado mucha plata y joyas la devoción de los fieles, fué gran cebo á la codicia de los invasores. De los solos depósitos de tesorería y consolidacion, sacó el general Dupont mas de 10.000,000 de reales, sin contar con otros muchos de arcas públicas y robos hechos á particulares. Así se entregó al pillage una poblacion que no había ofrecido ni intentado resistencia. Bajo fingidos motivos á fuego y sangre penetraron los franceses por sus calles, á la misma sazón que se confesenciaba. Y no satisfechos con la ruina y desolacion causada, acabaron de oprimir á los desdichados moradores, gravándolos con imposiciones muy pesadas. Mas tan injusto y atroz trato, alcanzó en breve el merecido galardón, siendo quizá la principal causa de la pérdida posterior del ejército de Dupont, el codicioso anhelo de conservar los bienes mal adquiridos en el saco de aquella ciudad.

A pesar del triunfo conseguido, el general frances andaba inquieto. Sus fuerzas no eran numerosas.

La insurreccion de todas partes le cercaba: con instancia pedia auxilios á Madrid, cuyas comunicaciones, ya ántes interrumpidas, fueron al último de todo cortadas. A su propia retaguardia el 9 de junio partidas de paisanos entraron en Andújar, y alborotada por la noche la ciudad, hicieron prisionero el destacamento frances allí apostado, y mataron al comandante con otros tres de su guardia que quisieron resistirse en casa de Don Juan de Salazar. Molestó sobre todo al enemigo Don Juan de la Torre, alcalde de Montoro, que á sus expensas había levantado un cuerpo considerable; mas cogido por sorpresa, debió la vida á la generosa intercesion del general Fresia, á quien había ántes hospedado y obsequiado en su casa. En el puerto del rey apresaron los naturales al abrigo de aquellas fraguras varios convoyes: y como en la comarca se había esparcido la voz de lo acaecido en Córdoba, hubo ocasion en que so color de desquite se ensañó el paisanage contra los prisioneros con exquisita crueldad. Fué una de sus víctimas el general René, á quien cogieron y mataron estando ántes herido: lamentable suceso, pero desgraciadamente inevitable consecuencia de los desmanes cometidos en Córdoba y otros parages por el extranjero. Pues que, si en efecto era difícil contener en una guerra de aquella clase al soldado de una nacion culta como la Francia y sometido á la dura disciplina militar, cuánto no debía serlo reprimir los excesos del cultivador español, que ciego en su venganza y sin fre-

Situacion angustiada de los franceses. Excesos de los paisanos españoles.

no que le contuviese, veía talados sus campos y quemados los pacíficos hogares de sus antepasados por los mismos que poco ántes preciábanse de ser amigos. Había corrido el alboroto de la Sierra hasta la Mancha, y el 5 de junio los vecinos de Santa Cruz de Mudela, arremetiendo á unos 400 franceses que había en el pueblo y matando á muchos, obligaron á los demas á fugarse camino de Valdepeñas. En esta villa opusieron los naturales al paso de los enemigos, y estos para esquivar un duro choque, echando por fuera de la poblacion tomaron despues el camino real, aguardando á un cuarto de legua en el sitio apellidado de la Aguzadera á ser reforzados. No tardó en efecto en llegar en el mismo día, que era el 6 de junio, el general Liger-Belair, procedente de Manzanares con 600 caballos, é incorporados todos resolvieron sobre Valdepeñas.

Resistencia de
Valdepeñas.

Los moradores de esta villa alentados con la anterior retirada de los franceses, y temiendo tambien que quisiesen vengar aquella ofensa, resolvieron impedir la entrada. Es Valdepeñas poblacion rica de 3000 vecinos, asentada en los llanos de la Mancha, y á la que dan celebridad sus afamados vinos. Atraviésala por medio la calle llamada Real, tránsito de los que viajan de Castilla á Andalucía, y la cual tiene de largo cerca de un cuarto de legua. Aprovechándose de su extension, dispusieronla los habitantes de modo que en ella se entorpeciese la marcha de los franceses. La cubrieron con arena, esparciendo debajo clavos y agudos hierros; de tre-

cho en trecho y disimuladamente ataron maromas á las rejas, cerraron y atrancaron las puertas de las casas, y embarazaron las callejuelas que salian á la principal avenida. No contentos con resistir detras de las paredes, osaron en número de mas de 1000 ponerse en fila á la orilla del pueblo. Pero viendo lo numeroso de la caballería enemiga, despues de algun tiroteo se agacharon en lo interior, pertrechados de armas y medios ofensivos.

Los franceses al aproximarse enviaron por delante una descubierta, la cual, segun su costumbre, con paso acelerado se adelantó al pueblo. Penetró, y muy luego los caballos tropezando y cayendo unos sobre otros, miserablemente arrojaron á los ginetes. Entónces de todas partes llovieron sobre los derribados tiros, pedradas, ladrillazos, atormentando tambien sus carnes con agua y aceite hirviendo. Quisieron otros proteger á los primeros, y cúpoles igual y malhadado fin. Irritado Liger-Belair con aquel contratiempo, entró la villa por los costados incendiando las casas y destrozándolas. Pasaron de ochenta las que se quemaron, y muchas personas fueron degolladas hasta en los campos y las cuevas. Habian los enemigos perdido ya mas de 100 hombres, al paso que la villa se arruinaba y se hundia. Conmovidos de ello y recelosos de su propia suerte, varios vecinos principales resolvieron, yendo á su cabeza el alcalde mayor Don Francisco María Osorio, avistarse con el general Liger-Belair, quien temeroso tambien de la raina de los suyos, escuchó

las proposiciones, convino en ellas, y saliendo todos juntos con una divisa blanca, pusieron de consuno término á la matanza. Mas la contienda habia sido tan reñida, que los franceses escarmentados no se atrevieron á ir adelante, y juzgaron prudente retroceder á Madrilejos.

Retirase Dupont á Andújar.

Dupont aislado, sin noticia de lo que á la otra parte de los montes pasaba, aturdido con lo que de cerca veia, pensó en retirarse; y el 16 de junio saliendo por la tarde de Córdoba se encaminó á Andújar, en donde tomó posesion el 19. Desde aquel punto con objeto de abastecer á su gente, y deseo de no abandonar el terreno sin castigar á Jaen, á la cual se achacaba haber participado del alboroto y muerte del comandante frances de Andújar, envió allí el 20 al oficial Baste con la suficiente fuerza. Entraron los enemigos en la ciudad sin hallar oposicion, y con todo la pillaron y maltrataron horrosamente. Degollaron hasta niños y viejos, ejerciendo aervas crueldades contra religiosos enfermos de los conventos de Santo Domingo y S. Agustín: tal fué el último, notable y fiero hecho cometido por los franceses en Andalucía, ántes de rendirse á las huestes españolas.

Saqueo de Jaen.

Expedicion de Moncey contra Valencia.

Casi al propio tiempo determinó Murat enviar tambien una expedicion contra Valencia. Mandábala el mariscal Moncey y se componia de 8000 hombres de tropa francesa, á los que debian reunirse guardias españolas, walonas y de Corps. Mas todos estos en su mayor parte se desbandaron pasando por

atajos y trochas del lado de sus compatriotas. Moncey salió de Madrid el 4 de junio y llegó á Cuenca el 11. Deteniéndose algunos dias, disgustóse Murat, y despachó para aguijarle al general de caballería Excelmans con otros muchos oficiales, quienes arrestados en Saelices y conducidos prisioneros á Valencia, terminaron su comision de un modo muy diverso del que esperaban. En Cuenca fueron recibidos los franceses con tibieza, mas no hostilmente. Prosiguiendo su marcha, hallaron por lo general los pueblos desamparados, pronóstico que vaticinaba la resistencia con que iban á tropezar.

La junta de Valencia habia en tanto adoptado las medidas vigorosas de defensa que la premura del tiempo le permitia. Recreciéronse al oír que Moncey se aproximaba del lado de Cuenca, y se dieron nuevas órdenes é instrucciones al mariscal de campo Don Pedro Adorno, á cuyo mando, como ya dijimos, se habian confiado las tropas apostadas en los desfiladeros de las Cabrillas, á donde el enemigo se dirigia. Lo mas de la gente era nueva é indisciplinada, y por eso convenia aprovecharse de las ventajas que ofreciese el terreno. Tratóse pues de disputar primeramente á los franceses el paso del Gabriel en el puente Pajazo, en donde remata la cuesta de Contreras, y en cuya cabeza construyeron los españoles una mala bateria de cuatro cañones, sostenida por un trozo de un regimiento suizo, colocándose la otra tropa en diferentes puntos de dicha cuesta. Detuviéronse los franceses, hasta que

Reencuentro del puente Pajazo.

á duras penas por los malos senderos y escabrosidades, acercaron casi á la rastra unos cañones. Con su auxilio el 20 rompieron el fuego, y vadeando unos el rio, y otros acometiendo de frente, se apoderaron de la batería española, habiendo habido muchos de los suizos que se les pasaron. Los nuevos reclutas que nunca habian sido fogueados, abandonados por aquellos veteranos, no tardaron en dispersarse, replegándose parte de ellos con algunos soldados españoles á las Cabrillas.

Cundió la nueva de la derrota, súpola la junta de Valencia, y grande fué la consternacion y el sobresalto. En tamaño apuro envió al ejército en comision á su vocal el P. Rico, ó ya quisiesen vengarse así algunos del estrecho en que los habia metido, ó ya tambien porque gozando de suma popularidad, pensaron otros que era aquel el modo mas propio de calmar la pública agitacion y alejar la desconfianza. Obedeció Rico, y el 23 por la noche

De las Cabri-
llas.

llegó á las Cabrillas ocho leguas de Valencia, y cuyos montes parten término con Castilla. Habíanse recogido á sus cumbres los dispersos del Cabriel, y allí se encontró el P. Rico con 180 hombres del regimiento de Saboya, mandados por el capitán Gamindez, con tres cuerpos de nueva creacion, algunos caballos y artilleros que habian conservado dos cañones y un obus, componiendo en todo cerca de 3000 hombres. Eran contados los oficiales veteranos, siendo el de mayor graduacion el brigadier Marimon, de guardias españolas. Ig-

norábase el paradero de Adorno. Reunidas todas aquellas reliquias, se colocaron en situacion ventajosa á espaldas y á legua y media del pueblo de Siete-Aguas, hasta cuyas casas enviaban sus descubiertas. Gamindez mandó el centro, la izquierda Marimon, y colocáronse guerrillas sueltas por la derecha. El 24 avanzaron los franceses, y los nuestros favorecidos de tierra tan quebrada los molestaron bastantemente. Impacientado Moncey, destacó por su izquierda y del lado de la sierra de los Ajos al general Arizpe con bascos acostumbrados á trepar por las asperezas del Pirineo. Encaramáronse pues á pesar de escabrosidades y derrumbaderos, y arrollando á las guerrillas, facilitaron el ataque de frente. Defendiéronse bien los de Saboya, quedando los mas de ellos y los artilleros muertos junto á los cañones, y prisionero con otros su comandante Gamindez. Lo restante de la gente bisoña huyó precipitadamente. La pérdida de los españoles fué de 600 hombres, muy inferior á la de los contrarios. El mariscal Moncey al instante traspasó la sierra por el portillo de las Cabrillas, desde donde registrándose las ricas y frondosas campiñas de la huerta de Valencia, se encendió la ansiosa codicia de sus fatigados soldados. Si entonces hubiera proseguido su marcha, fácilmente se hubiera enseñoreado de la ciudad; pero obligado á detenerse el 25 en la venta de Buñol para aguardar la artillería, y queriendo adelantarse cautelosamente, dió tiempo á que Rico volviendo á Valencia al rayar el alba de

aquel mismo dia, apellidase guerra dentro de sus muros.

Preparativos de defensa en Valencia.

Está asentada Valencia á la derecha del Guadalaviar ó Turia, 100,000 almas forman su poblacion, excediendo de 60,000 las que habitan en los lugares, casas de campo y alquerías de sus deliciosas vegas. Ceñida de un muro antiguo de mampostería con una mala ciudadela, no podia ofrecer al enemigo larga y ordenada resistencia, si militarmente hubiera de haberse considerado su defensa. Mas á la voz de la desgracia de las Cabrillas, en lugar de abatirse, creciendo el entusiasmo al mas subido punto, tomó la junta activas providencias, y los moradores no solo las ejecutaron debidamente, sino que tambien por sí procedieron á dar á los trabajos la amplitud y perfeccion que permitia la brevedad del tiempo. Sin distincion de clase ni de sexo acudieron todos á trabajar en las fortificaciones que se levantaban. En el corto espacio de sesenta horas construyéronse en las puertas baterías con sacos de tierra. En la de Cuarte, como era por donde se aguardaba al enemigo, ademas de dos cañones de á 24, se colocó otro en el primer piso de la torre, abriéndose una zanja ancha y profunda en medio de la calle del arrabal que embocaba la batería. A la derecha de esta puerta y ántes de llegar á la de San José, entre el muro y el rio, se situaron cuatro cañones y dos obuses, impidiendo lo sólido del malecon que se abriese un foso. Dióse á esta obra el nombre de batería de Santa

Catalina, del de una torre ántes demolida y que ocupaba el mismo espacio. Lo expresamos por su importancia en la defensa. Dentro del recinto se cortaron y atajaron las calles, callejuelas y principales avenidas con carros, coches, vigas, calesas y tartanas. Tapáronse las entradas y ventanas de las casas con colchones, mesas, sillas y todo género de muebles, cubriendo por el mismo término y cuidadosamente lo alto de las azoteas ó terrados. Detras de semejantes y tan repentinos atrincheramientos estaban preparados sus dueños con armas arrojadas y de fuego, y aun hubo mugeres que no olvidaron el aceite hirviendo. Afanados todos mutuamente se animaban, habiendo resuelto defender heroicamente sus hogares.

La junta ademas para dilatar el que los franceses se acercasen, trató de formar un campo avanzado á la salida del pueblo de Cuarte, distante una legua de Valencia. Le componian cuerpos de nueva formacion y se habia puesto á las órdenes de D. Felipe Saint-March. Situóse la gente en la ermita de San Onofre á orillas del canal de regadío que atraviesa el camino que va á las Cabrillas. Entretanto Don José Caro, nombrado brigadier al principio de la insurreccion, y que mandaba una division de paisanos en el ejército de Cervellon, apostado, segun dijimos, en Almansa, corrió apresuradamente al socorro de la capital luego que supo el progreso del enemigo. A su llegada se unió á Saint-March, y juntos dispusieron el modo de contener al

Retriega en el pueblo de Cuarte.

mariscal frances. Emboscaron al efecto en los algarrobales, viñedos y olivares que pueblan aquellos contornos, tiradores diestros y esforzados. El cuerpo principal se colocó á espaldas de una batería que enfilaba el camino hondo, por donde era de creer arremetiese la caballería enemiga y cuyo puente se habia cortado. Como los generales habian previsto que al fin tendrían que ceder á la superioridad y pericia francesa, deseosos de que su retirada no causara terror en Valencia, habian pensado, Caro en tirar por la izquierda, y Saint-March pasar el rio por la derecha y situarse en el collado del almacen de pólvora. Pero para verificar, llegado el caso, su movimiento con orden y evitar que dispersos fueran á la ciudad, establecieron á su retaguardia una segunda línea en el pueblo de Cuarte, rompiendo el camino y guarneciendo las casas para su defensa.

Defensa de
Valencia.

A las once de la mañana del dia 27 empezó el fuego, duró hasta las tres, siendo muy vivo durante dos horas. Al fin los franceses cruzaron el canal, y forzaron la primera línea. Caro y Saint-March se retiraron segun habian convenido. Los franceses vencedores iban á perseguirlos, cuando notaron que desde el pueblo de Cuarte se les hacia fuego. Molestados tambien por el continuado de los paisanos metidos en los cañamares de dicho pueblo, no pudieron entrarle hasta las seis de la tarde; huyendo los vecinos al amparo de las acequias, cañaverales y moreras que cubren sus campos. La pérdi-

da fué considerable de ambas partes: la artillería quedó en poder de los franceses.

Avanzó entónces Moncey hasta el huerto de Juliá, media legua de Valencia. Por la noche pasó al capitán general conde de la Conquista un oficio para que rindiese la plaza. Fué portador el coronel Solano. Congregóse la junta, á la que se unieron para deliberar en asunto tan espinoso el ayuntamiento, la nobléza é individuos de todos los gremios. El de la Conquista inclinábase á la entrega, viendo cuán imposible seria resistir con gente allegadiza, y en ciudad, por decirlo así, abierta á enemigos aguerridos. Sostuvo la misma opinion el emisario Solano, y en tanto grado, que se esforzó en probar no habia nada que temer respecto de lo pasado, así por la condicion suave y noble del mariscal frances, como tambien por los vínculos particulares que le enlazaban con los valencianos; lo cual aludia á conocerse en aquel reino familias del nombre de Moncey, y haber quien le conceptuara oriundo de la tierra. Así se discurría acerca de la proposicion, cuando el pueblo advertido de que se negociaba, desafortadamente se agolpó á la sala de sesiones de la junta. Atemorizados los que en su seno buscaban la rendicion, y alentados los de la parcialidad opuesta, no se titubeó en desechar la demanda del enemigo. Y puestos todos sus individuos al frente del mismo pueblo, recorrieron la línea animando y exhortando á la pelea. Con la oportuna resolucion

Proposicion
de Moncey pa-
ra que capitale
la ciudad.

mariscal frances. Emboscaron al efecto en los algarrobales, viñedos y olivares que pueblan aquellos contornos, tiradores diestros y esforzados. El cuerpo principal se colocó á espaldas de una batería que enfilaba el camino hondo, por donde era de creer arremetiese la caballería enemiga y cuyo puente se habia cortado. Como los generales habian previsto que al fin tendrían que ceder á la superioridad y pericia francesa, deseosos de que su retirada no causara terror en Valencia, habian pensado, Caro en tirar por la izquierda, y Saint-March pasar el rio por la derecha y situarse en el collado del almacen de pólvora. Pero para verificar, llegado el caso, su movimiento con orden y evitar que dispersos fueran á la ciudad, establecieron á su retaguardia una segunda línea en el pueblo de Cuarte, rompiendo el camino y guarneciendo las casas para su defensa.

Defensa de
Valencia.

A las once de la mañana del dia 27 empezó el fuego, duró hasta las tres, siendo muy vivo durante dos horas. Al fin los franceses cruzaron el canal, y forzaron la primera línea. Caro y Saint-March se retiraron segun habian convenido. Los franceses vencedores iban á perseguirlos, cuando notaron que desde el pueblo de Cuarte se les hacia fuego. Molestados tambien por el continuado de los paisanos metidos en los cañamares de dicho pueblo, no pudieron entrarle hasta las seis de la tarde; huyendo los vecinos al amparo de las acequias, cañaverales y moreras que cubren sus campos. La pérdi-

da fué considerable de ambas partes: la artillería quedó en poder de los franceses.

Avanzó entónces Moncey hasta el huerto de Juliá, media legua de Valencia. Por la noche pasó al capitán general conde de la Conquista un oficio para que rindiese la plaza. Fué portador el coronel Solano. Congregóse la junta, á la que se unieron para deliberar en asunto tan espinoso el ayuntamiento, la nobléza é individuos de todos los gremios. El de la Conquista inclinábase á la entrega, viendo cuán imposible seria resistir con gente allegadiza, y en ciudad, por decirlo así, abierta á enemigos aguerridos. Sostuvo la misma opinion el emisario Solano, y en tanto grado, que se esforzó en probar no habia nada que temer respecto de lo pasado, así por la condicion suave y noble del mariscal frances, como tambien por los vínculos particulares que le enlazaban con los valencianos; lo cual aludia á conocerse en aquel reino familias del nombre de Moncey, y haber quien le conceptuara oriundo de la tierra. Así se discurria acerca de la proposicion, cuando el pueblo advertido de que se negociaba, desafortadamente se agolpó á la sala de sesiones de la junta. Atemorizados los que en su seno buscaban la rendicion, y alentados los de la parcialidad opuesta, no se titubeó en desechar la demanda del enemigo. Y puestos todos sus individuos al frente del mismo pueblo, recorrieron la línea animando y exhortando á la pelea. Con la oportuna resolucion

Proposicion
de Moncey pa-
ra que capitale
la ciudad.

se embraveció tanto la gente, que no hubo ya otra voz que la de vencer ó morir.

El 28 á las once de la mañana se rompió el fuego. Como Moncey era dueño de casi todo el arabal de Cuarte, le fué fácil ordenar sus batallones detras del convento de San Sebastian. A su abrigo dirigieron los enemigos sus cañones contra la puerta de Cuarte y batería de Santa Catalina. Tres veces atacaron con el mayor ímpetu del lado de la primera, y otras tantas fueron rechazados. Mandaba la batería española con mucho acierto el capitán Don José Ruiz de Alcalá, y el puesto los coroneles baron de Petrés y Don Bartolomé de Georget. Los enemigos no perdonaron medio de flanquear á los nuestros por derecha é izquierda, pero de un costado se lo estorbaron los fuegos de Santa Catalina, y del otro el granado de fusilería que desde la muralla hacian los habitantes. El entusiasmo de los defensores tocaba en frenesí cada vez que el enemigo huía, pero siempre se mantuvo el mejor orden. Temióse por un rato carecer de metralla, y sin tardanza de las casas inmediatas se arrancaron rejas, se enviaron barras y otros utensilios de hierro que cortados en menudos pedazos, pudieron suplir aquella falta, acudiendo á porfía las señoras de la clase mas elevada á coser los saquillos de la recien fabricada metralla. Con tal ejemplo, ¿qué brazo varonil hubiera cedido el paso al enemigo? El capitán general, los magistrados y aun el arzobispo aparecíanse á veces en medio de aquel importante puesto dan-

do brio con su presencia á los ménos esforzados.

Moncey, tratando de variar su ataque, recogió sus soldados á la cruz de Mislata, y acometió despues de un respiro la batería de Santa Catalina, á la derecha como dijimos de la de Cuarte. Era comandante del punto el coronel Don Firmo Valles, y de la batería Don Manuel de Velasco y Don José Soler. Dos veces y con gran furia embistieron los franceses. La primera cieron abrasados por el fuego de cañon y el que por su flanco izquierdo les hacia la fusilería; y la segunda huyeron atropelladamente sin que los contuviesen las exhortaciones de sus gefes. No por eso desistió Moncey, y fingiendo querer atacar el muro por donde mira á la plazuela del Carbon, emprendió nueva acometida contra la batería de Santa Catalina. Vano empeño. Sus soldados repelidos dejaron el suelo empapado en su sangre. Distinguióse allí el oficial Don Santiago O'lalor, asesinado alevemente en el propio dia por mano desconocida.

Los franceses perturbados con defensa tan inesperada y recia, trataron de dar una última embestida á la ciudad. Eran las cinco de la tarde cuando avanzando Moncey con el grueso de su ejército hacía la puerta de Cuarte, hizo marchar una columna por el convento de Jesus para atacar la de San Vicente situada á la izquierda de la primera, y confiada al cuidado del coronel Don Bruno Barrera, bajo cuyas órdenes dirigian la artillería los oficiales Don Francisco Cano y Don Luis Almela. Con-

siderábase aquella parte del muro la mas flaca, mayormente su centro en donde está colocada en medio de las otras dos la puerta tapiada de Santa Lucía, antiguamente dicha de la Boatella. Empezóse el ataque, y los españoles apuntaron con tal acierto sus cañones, que lograron desmontar los de los enemigos, y desaljarlos del punto que ocupaban con notable matanza. Desde aquella hora, que era ya la de las ocho de la noche, cesó el fuego en ambas líneas. Durante los diversos ataques arrojaron los franceses á la ciudad granadas que no causaron daño.

Hechos notables de algunos españoles.

El padre Rico anduvo constantemente por los parages de mayor riesgo, y coadyuvó grandemente á la defensa con su energia y brioso porte. Fué imperturbable en su valor Juan Bautista Moreno que sin fusil y con la espada en la mano alentaba á sus compañeros, y tomó á su cargo abrir y cerrar las puertas sin reparar en el peligro que á cada paso le amenazaba. Mas sublime ejemplo dió aún con su conducta Miguel García, mesonero de la calle de San Vicente, quien hizo solo á caballo cinco salidas, y sacando en cada una de ellas cuarenta cartuchos, los empleaba como diestro tirador atinadamente; Hechos son estos dignos de la recordacion histórica, y no deben desdenarse aunque vengan de humilde lugar. Al contrario, conviene repetirlos y grabarlos en la memoria de los buenos ciudadanos, para que sean imitados en aquellos casos en que peligré la independencía de la patria.

La resistencia de Valencia, aunque de corta duracion, tuvo visos de maravillosa. No tenia soldados que la defendiesen, habiendo salido á diversos puntos los que ántes la guarnecian, ni otros gefes entendidos sino oficiales subalternos que guiaron el denuedo de los paisanos. Los franceses perdieron mas de 2000 hombres, y entre ellos al general de ingenieros Cazal con otros oficiales superiores. Los españoles resguardados detras de los muros y baterías, tuvieron que llorar pocos de sus compatriotas, y ninguno de cuenta.

Al amanecer del 29 Don Pedro Túpper puesto de vigía en el miguelete ó torre de la catedral, avisó que los enemigos daban indicio de retirarse. Apenas se creia tan plausible nueva, mas bien pronto todos se cercioraron de ello viendo marchar al enemigo por Torrente para tomar la calzada que va á Almansa. La alegría fué colmada, y esperábase que el conde de Cervellon acabaria en el camino de destruir al mariscal Moncey, ó por lo ménos le molestaría y picaría por todos lados. Muy léjos estaba de obrar conforme al comun deseo. El general español habia venido á Alcira cuando supo el paso de los franceses por las Cabrillas y su marcha sobre Valencia. Allí permaneció tranquilo, y no trató de disputar á Moncey el paso del Júcar despues de su derrota delante de los muros de la capital. Tachósele de remiso, principalmente porque habiendo consultado á los oficiales superiores sobre el rumbo que en tal oportunidad convendria seguir, opina-

Retírase Moncey.

Inacción de Cervellon.

ron todos que se impidiese á los franceses cruzar el rio: no abrazó su dictámen fundándose en lo disciplinados que todavía estaban sus soldados: prudencia quizá laudable, pero amargamente censurada en aquellos tiempos.

Perjudicó tambien á su fama, aun en el concepto de los juiciosos, la contraposicion que con la suya formó la conducta de Don Pedro González de Llamas y la de Don José Caro. A este le hemos visto acudir al socorro de Valencia, y si bien no con feliz éxito, por lo ménos retardó con su movimiento el progreso del enemigo, lo cual fué de suma utilidad para que se preparasen los vecinos de la ciudad á una noble y afortunada resistencia. El general Llamas que de Murcia se habia acercado al puerto de Almansa, noticioso por su parte de que los franceses iban á embestir á Valencia, habia avanzado rápidamente y colocándose á la espalda en Chiva, cortándoles así sus comunicaciones con el camino de Cuenca. Y despues obedeciendo las órdenes de la junta provincial, hostigó al enemigo hasta el Júcar, en donde se paró asombrado de que Cervellon hubiese permanecido inactivo. Prodigáronse pues alabanzas á Llamas, y achacóse á Cervellon la culpa de no haber derrotado al ejército de Moncey ántes de la salida del territorio valenciano. Como quiera que fuese, costóle al fin el mando tal modo de comportarse, graduado por los mas de reprehensible timidez. Moncey prosiguió su retirada incomodado por el paisanagé, y á punto que no osa-

Conducta laudable de Llamas.

ba desviarse del camino real. Pasó el 2 de julio el puerto de Almansa, y en Albacete hizo alto y dió descanso á sus fatigadas tropas.

Entretanto no sabia el gobierno de Madrid cuál partido le convenia abrazar. Notaba con desconsuelo burladas sus esperanzas, no habiendo reprimido prontamente la insurreccion de las provincias con las expediciones enviadas al intento. Temia tambien que las tropas desparramadas por diversos y lejanos puntos, y molestadas sin gozar de un instante de sosiego, no acabasen por perder la disciplina. Mucho contribuyó á su desconcierto la enfermedad grave de que fué acometido el gran duque de Berg en los primeros dias de junio, con lo cual se hallaron los individuos de la junta faltos de un centro principal que diera union y fuerza. Hubo entre los suyos quien le creyó envenenado, y entre los españoles no faltó tambien quien atribuyera su mal á castigo del cielo por las tropelías y asesinatos del 2 de mayo. Los ociosos y lenguaraces buscaban el principio en un origen impuro, dando lugar á sus sueltas palabras los deslices de que no estaba exento el duque. Mas la verdadera enfermedad de este era uno de aquellos cólicos por desgracia harto comunes en la capital del reino, y que por serlo tanto los ha distinguido en una disertacion el docto Luzuriaga con el nombre de cólicos de Madrid. Agregáronsele unas tercianas tan pertinaces y recias, que descaeciendo su espíritu y su cuerpo, tuvo que conformarse con el dictámen de

Enfermedad de Murat.

los facultativos de trasladarse á Francia, y tomar las aguas térmales de Bareges. Provocó tambien á sospecha de emponzoñamiento el haber amalado muchos de los soldados franceses, y muerto algunos con síntomas de índole dudosa. Para serenar los ánimos el baron Larrey, primer cirujano del ejército invasor, examinó los alimentos, y el boticario mayor del mismo Mr. Laubert analizó detenidamente el vino que se les vendía en varias tabernas y bodegones de dentro y fuera de Madrid. Nada se descubrió de nocivo en el líquido, solamente á veces habia con él mezcladas algunas sustancias narcóticas mas ó ménos excitativas, como el agua de laurel y el pimiento que para dar fuerza suelen los vinateros y vendedores añadir al vino de la Mancha, á semejanza del óxide de plomo ó sea litargirio que se emplea en algunos de Francia para corregir su acedia. La mixtion no causaba molestia á los españoles por la costumbre, y sobre todo por su mayor sobriedad: dañó extremadamente á los franceses no habituados á aquella bebida, y que abusaban en sumo grado de los vinos fuertes y licorosos de nuestro terruño. El examen y declaracion de Larrey y Laubert tranquilizó á los franceses, recelosos de cualquiera asechanza de parte de un pueblo gravemente ofendido; pero el de España con dificultad hubiera recurrido para su venganza á un medio que no le era usual, cuando tantos otros justos y nobles se le presentaban.

En lugar de Murat envió Napoleon á Madrid al

Enferme-
das en su ejér-
cito. Opinión
de Larrey.

general Savary, el que llegó el 15 de Junio. No agradó la eleccion á los franceses, habiendo en su ejército muchos que por su graduacion y militar renombre reputábanse como muy superiores. Asimismo en el concepto de algunos menoscababa la estimacion de la persona escogida, el haber sido con frecuencia empleada en comisiones mas propias de un agente de policia que de quien habia servido en la carrera honorífica de las armas. No era tampoco entre los españoles juzgado Savary con mas ventaja, porque habiendo sido el celador asiduo del viaje de Fernando, coadyuvó con palabras engañosas á arrastrarle á Bayona. Sin embargo, su nombre no era ni tan conocido ni odiado como el de Murat: además, llegó en sazón en que muy poco se curaban en las provincias de lo que se hacia ó deshacia en Madrid. Asuntos inmediatos y de mayor cuantia embargaban toda la atencion.

El encargo confiado á Savary era nuevo y extraño en su forma. Autorizado con iguales facultades que el lugarteniente Murat, no le era lícito poner su firma en resolucion alguna. Al general Belliard tocaba con la suya legalizarlas. El uno leía las cartas, oficios é informes dirigidos al lugarteniente; respondia, determinaba: el otro ceñíase á manera de una estampilla viva á firmar lo que le era prescrito. Los decretos se encabezaban á nombre del gran duque como si estuviese presente ó hubiese dejado sus poderes á Savary, y este disponiendo en todo soberanamente, incomodaba á varios de

Savary enco-
de á Murat.

Singular co-
mision de Sa-
vary.

los otros gefes que se consideraban desairados.

Su conducta.

Para mostrar que él era la suprema cabeza, á su llegada se alojó en palacio, y tomó sin tardanza providencias acomodadas al caso. Prosiguió las fortificaciones del Retiro, y construyó un reducto al rededor de la fábrica real de porcelana allí establecida, y á que dan el nombre de casa de la China, en donde almacenó las vituallas y municiones de guerra. Pensó despues en sostener los ejércitos esparcidos por las provincias. Tal habia sido la órden verbal de Napoleon, quien juzgaba, „ser lo „mas importante ocupar muchos puntos, á fin de „derramar por todas partes las novedades que habia querido introducir....” Conforme á ella é incierto de la suerte de Dupont, cuya correspondencia estaba cortada, resolvió Savary reforzarle con las tropas mandadas por el general Vedel que se hallaban en Toledo. Ascendian á 6000 infantes y 700 caballos con doce cañones. El 19 de junio salieron de aquella ciudad, juntándoseles en el camino los generales Roize y Liger-Belair con sus destacamentos, los cuales hemos visto fueron compelidos á recogerse á Madrilejos por la insurreccion general de la Mancha.

Envia á Vedel para reforzar á Dupont.

Los franceses por todas partes se encontraban con pueblos solitarios, incomodándoles á menudo los tiros del paisanage oculto detras de los crecidos panes, y ¡ay de aquellos que se quedaban rezagados! No obstante, asomaron sin notable contratiempo á Despeñaperros en la mañana del 26 de junio.

Paso de Sierra-morena.

La posicion estaba ocupada por el teniente coronel español Don Pedro Valdecañas, empleado ántes en la persecucion de contrabandistas por aquellas sierras, y ahora apostado allí con objeto de que colocándose á la retaguardia de Dupont, le interceptase la correspondencia é impidiese el paso de los socorros que de Madrid le llegasen. Habia atajado el camino en lo mas estrecho con troncos, ramas y peñascos, desmoronándole del lado del despeñadero, y situando detras seis cañones. Paisanos los mas de su tropa, y él mismo poco práctico en aquella clase de guerra, desaprovechó la superioridad que le daba el terreno. Cedieron luego los nuestros al ataque bien concertado de los franceses, perdieron la artillería, y Vedel prosiguió sin embarazo á la Carolina, en cuya ciudad se le incorporó un trozo de gente que le enviaba Dupont á las órdenes del oficial Baste, el saqueador de Jaen. Llevada pues á feliz término la expedicion, creyó Vedel conveniente enviar atras alguna tropa para reforzar ciertos puntos que eran importantes, y conservar abierta la comunicacion. Por lo demas, bien que pareciesen cumplidos los deseos del enemigo en la union de Vedel y Dupont, pudiendo no solo corresponder libremente con Madrid, mas aun hacer rostro á los españoles y desbaratar sus mal formadas huestes, no tardaríamos en ver cuán de otra manera de lo que esperaban remataron las cosas.

Aquejábale igualmente á Savary el cuidado de Moncey, cuya suerte ignoraba. Despues de haber-

Refuerzos enviados á Moncey.

se adelantado este mariscal mas allá de la provincia de Cuenca, habian sido interrumpidas sus comunicaciones, hechos prisioneros soldados suyos sueltos y descarriados, y aun algunas partidas. Juntándose pues número considerable de paisanos, alentados con aquellos que calificaban de triunfos, fué necesario pensar en dispersarlos. Con este objeto se ordenó al general Caulincourt, apostado en Tarazona, que marchase con una brigada sobre Cuenca. Dió vista á la ciudad el 3 de julio, y una gavilla de hombres desgobernada le hizo fuego en las cercanías á bulto y por corto espacio. Bastó semejante demostracion para entregar á un horroroso saco aquella desdichada ciudad. Hubo regidores é individuos del cabildo eclesiástico que saliendo con bandera blanca quisieron implorar la merced del enemigo; mas resuelto este al pillage sin atender á la señal de paz, los forzó á huir recibiendo á cañonazos. Espantáronse á su ruido los vecinos, y casi todos se fugaron, quedando solamente los ancianos y enfermos, y cinco comunidades religiosas. No perdonaron los contrarios casa ni templo que no allanasen y profanasen. No hubo muger por enferma ó decrépita, que se libertase de su brutal furor. Al venerable sacerdote Don Antonio Lorenzo Urban, de edad de ochenta y tres años, ejemplar por sus virtudes, le traspasaron de crueles heridas, despues de recibir de sus propias manos el escaso peculio que todavía sa ardiente caridad no habia repartido á los pobres. Al franciscano, el P. Gas-

Caulincourt se
quea á Cuenca

par Navarro, tambien octogenario, atormentáronle crudamente para que confesase dinero que no tenia. Otras y no ménos crueles, bárbaras y atroces acciones mancharon el nombre frances en el no merecido saco de Cuenca.

No satisfecho Savary con el refuerzo que se enviaba á Moncey al mando de Caulincourt, despachó otro nuevo á las órdenes del general Frere, el mismo que ántes habia ido á apaciguar á Segovia. Llegó este á Requena el 5 de julio, donde noticioso de que Moncey se retiraba del lado de Almansa, y de estar guardadas las Cabrillas por el general español Llamas, revolió sobre San Clemente, y se unió con el mariscal. Poco despues informado Savary de haberse puesto en cobro las reliquias de la expedicion de Valencia, y deseoso de engrosar su fuerza en derredor suyo, mandó á Caulincourt y á Frere que se restituyesen á Madrid: con lo que enflaquecido el cuerpo de Moncey, y quizá ofendido este de que un oficial inferior en graduacion y respetos pudiese disponer de la gente que debia obedecerle, desistió de toda empresa ulterior, y se replegó á las orillas del Tajo.

Los franceses que esparcidos no habian conseguido las esperadas ventajas, comenzaron á pensar en mudar de plan, y reconcentrar mas sus fuerzas. Napoleon sin embargo, tenaz en sus propósitos, insistia en que Dupont permaneciese en Andalucía, al paso que mereció su desaprobacion el que le enviasen continuados refuerzos. Savary, inmediato

Frere.

al teatro de los acontecimientos, y fiado en el favor de que gozaba, tomó sobre sí obrar por rumbo opuesto, ó indicó á Dupont la conveniencia de desamparar las provincias que ocupaba. Para que con mas desembarazo pudiera este gefe efectuar el movimiento retrógrado, dirigió aquel sobre Manzanares al general Gobert con su division, en la que estaba la brigada de coraceros que habia en España. Mas Dupont, ya fuese temor de su posicion, ó ya deseos de conservarse en Andalucía, ordenó á Gobert que se le incorporase, y este se sometió á dicho mandato, despues de dejar un batallon en Manzanares y otro en el puerto del Rey.

Tan discordes andaban unos y otros, como acontece en tiempos borrascosos, estando solo conformes y empeñados en aumentar fuerzas hácia el mediodía. Y al mismo tiempo el punto que mas urgía auxiliar que era el de Bessieres, amenazado por las tropas de Galicia, Leon y Asturias, quedaba sin ser socorrido. Claro era que una ventaja conseguida por los españoles de aquel lado, comprometeria la suerte de los franceses en toda la península, interrumpiria sus comunicaciones con la frontera, y los dejaria á ellos mismos en la imposibilidad de retirarse. Pues á pesar de reflexion tan obvia, desatendióse á Bessieres, y solo tarde y con una brigada de infantería y 300 caballos, se acudió de Madrid en su auxilio. Felizmente para el enemigo la fortuna le fué allí mas favorable; merced á la impericia de ciertos gefes españoles.

Segundo refuerzo llevado á Dupont por el general Gobert.

Desatendiendo á Bessieres.

Despues de la batalla de Cabezón se habia retirado á Benavente el general Cuesta. Recogió dispersos, prosiguió los alistamientos, y se le juntaron el cuerpo de estudiantes de Leon y el de Covadonga de Asturias. Diéronse en aquel punto las primeras lecciones de táctica á los nuevos reclutas, se los dividió en batallones que llamaron tercios, y esmeróse en instruirlos Don José de Zayas. De esta gente se componía la infantería de Cuesta, limitándose la caballería al regimiento de la reina y guardias de Corps que estuvieron en Cabezón, y al escuadrón de carabineros que ántes habia pasado á Asturias. Era ejército endeble para salir con él á campaña, si las tropas de la última provincia y las de Galicia no obraban al propio tiempo y mancomunadamente. Por lo cual con instancia pidió el general Cuesta que avanzasen y se le reuniesen. La junta de Asturias, propensa á condescender con sus ruegos, fué detenida por las oportunas reflexiones de su presidente el marqués de Santa-Cruz de Marcenado, manifestando en ellas que léjos de acceder, se debia exhortar al capitán general de Castilla á abandonar sus llanos y ponerse al abrigo de las montañas; pues no teniendo soldados ni unos ni otros, sino hombres, infaliblemente serian deshechos en descampado, y se apagaría el entusiasmo que estaba tan encendido. Convencida la junta de lo fundado de las razones del marqués, acordó no desprenderse de su ejército, y solo por halagar á la multitud, consintió en que quedase unido á los castellanos

Cuesta.

el regimiento de Covadonga, compuesto de mas de 1000 hombres, y mandado por Don Pedro Mendez de Vigo, y ademas que otros tantos bajasen á Leon del puerto de Leitariegos, á las órdenes del mariscal de campo, conde de Toreno, padre del autor.

Tambien encontró en Galicia la demanda de Cuesta graves dificultades. Habia sido el plan de Filangieri fortificar á Manzanal, y organizar allí y en otros puntos del Vierzo sus soldados, ántes de aventurar accion alguna campal. Mas la junta de Galicia, atenta á la quebrantada salud de aquel general y al desvío con que por extrangero le miraban algunos, relevándole del mando activo, le habia llamado á la Coruña, y nombrado en su lugar al cuartel maestro general Don Joaquin Blake. Púsose este al frente del ejército el 21 de junio, y perseguido Filangieri de adversa estrella, pereció, como hemos dicho, el 24. Persistió Blake en el plan anterior de adiestrar la tropa, esperando que con los cuerpos que habia en Galicia, los de Oporto y nuevos alistados, conseguirian armar y disciplinar 40,000 hombres. La inquietud de los tiempos le impidió llevar su laudable propósito á cumplido efecto. Deseoso de examinar y reconocer por sí la sierra y caminos de Fuencebado y Manzanal, habia salido de Villafranca, y pareciéndole conveniente tomar posicion en aquellas alturas que forman una cordillera avanzada de la del Cebrero y Piedrafitá, límite de Galicia, se situó allí extendiendo su derecha hasta el monte Teleno que mira á Sanabria,

Ejército de Galicia despues de la muerte de Filangieri.

y su izquierda hácia el lado de Leon por la Cepe-da. Así no solamente guarecia todas las entradas principales de Galicia, sino tambien disfrutaba de los auxilios que ofrecia el Vierzo. Empezaba pues á poner en planta su intento de ejercitar y organizar su gente, cuando el 28 de junio se le presentó Don José de Zayas, rogándole á nombre del general Cuesta, que con todo ó parte de su ejército avanzase á Castilla. Negóse Blake, y entónces pasó el comisionado á avistarse con la junta de la Coruña de quien aquel dependia. La desgracia ocurrida con Filangieri, el terror que infundió su muerte, las instancias de Cuesta y los deseos del vulgo, que casi siempre se gobierna mas bien por impulso ciego que por razon, lograron que triunfase el partido mas pernicioso; habiéndose prevenido á Blake que se juntase con el ejército de Castilla en las llanuras. Poco ántes de haber recibido la orden, redujo aquel general á cuatro divisiones las seis en que á principios de junio se habia distribuido la fuerza de su mando, ascendiendo su número á unos 27,000 hombres de infantería, con mas de treinta piezas de campaña y 150 caballos de distintos cuerpos. Tomó otras disposiciones con acierto y diligencia; y si al saber y práctica militar que le asistia, se le hubiera agregado la conveniente fortaleza ó mayor influjo para contrarrestar la opinion vulgar, hubiera al fin arreglado debidamente el ejército puesto á sus órdenes. Mas oprimido bajo el peso de aquella, tuvo que ceder á su impetuoso torrente, y pasar en los pri-

meros dias de julio á unirse en Benavente con el general Cuesta. Dejó solo en Manzanal la segunda division, compuesta de cerca de 6000 hombres á las órdenes del mariscal de campo Don Rafael Martingengo, y en la Puebla de Sanabria un trozo de 1000 hombres á las del marqués de Valladares, el que obró despues en Portugal de concierto con el ejército de aquella nacion. Llegado que fué á Benavente con las otras tres divisiones, dejó allí la tercera al mando del brigadier Don Francisco Riquelme sirviendo como de reserva, y constando de 5000 hombres. Púsose en movimiento camino de Rioseco con la primera y cuarta division, acaudilladas por el gefe de escuadra Don Felipe Jado Cagigal y el mariscal de campo marqués de Portago; llevó ademas el batallon de voluntarios de Navarra que pertenecia á la tercera. Se habia tambien arreglado para la marcha una vanguardia que guiaba el conde de Maceda, grande de España y coronel del regimiento de infantería de Zaragoza. Ascendia el número de esta fuerza á 15,000 hombres, la cual formaba con la de Cuesta un total de 22,000 combatientes. Contábanse entre unos y otros muchos paisanos vestidos todavia con su humilde y toscó trage, y no llegaban á 500 los ginetes. Reunidos ambos generales, tomó el mando el de Castilla como mas antiguo, si bien era muy inferior en número y calidad su tropa. No reinaba entre ellas la conveniente armonía. Repugnábanle á Blake muchas ideas de Cuesta, y ofendíase este de que un ge-

neral nuevamente promovido y por una autoridad popular pudiese ser obstáculo á sus planes. Pero el primero por desgracia sometiéndose á la superioridad que daban al de Castilla los años, la costumbre del mando, y sobre todo, ser su dictámen el que con mas gusto y entusiasmo abrazaba la muchedumbre, no se opuso, según hemos visto, á salir de Benavente ni al tenaz propósito de ir al encuentro del enemigo por las llanuras que se extendian por el frente.

Noticiosos los franceses del intento de los españoles, quisieron adelantárseles, y el 9 salió de Burgos el general Bessieres. No estaban el 13 á larga distancia ambos ejércitos, y al amanecer del 14 de julio se avistaron sus avanzadas en Palacios, lengua y media distante de Rioseco. El de los franceses constaba de 12,000 infantes y mas de 1500 caballos: superior en número el de los españoles, era inferiorísimo en disciplina, pertrechos, y sobre todo, en caballería, tan necesaria en aquel terreno, siendo de admirar que con ejército tan novel y desapercibido se atreviese Cuesta á arriesgar una accion campal.

La desunion que habia entre los generales españoles, si no del todo manifiesta todavia, y la condicion imperiosa y terca del de Castilla, impidieron que de antemano se tomasen mancomunadamente las convenientes disposiciones. Blake en la tarde del 13 al aviso de que los franceses se acercaban, pasó desde Castromonte, en donde tenia su cuartel general, á Rioseco, en cuya ciudad estaba el de

Batalla de Rio-
seco, 14 de ju-
lio.

meros dias de julio á unirse en Benavente con el general Cuesta. Dejó solo en Manzanal la segunda division, compuesta de cerca de 6000 hombres á las órdenes del mariscal de campo Don Rafael Martiengo, y en la Puebla de Sanabria un trozo de 1000 hombres á las del marqués de Valladares, el que obró despues en Portugal de concierto con el ejército de aquella nacion. Llegado que fué á Benavente con las otras tres divisiones, dejó allí la tercera al mando del brigadier Don Francisco Riquelme sirviendo como de reserva, y constando de 5000 hombres. Púsose en movimiento camino de Rioseco con la primera y cuarta division, acaudilladas por el gefe de escuadra Don Felipe Jado Cagigal y el mariscal de campo marqués de Portago; llevó ademas el batallon de voluntarios de Navarra que pertenecia á la tercera. Se habia tambien arreglado para la marcha una vanguardia que guiaba el conde de Maceda, grande de España y coronel del regimiento de infantería de Zaragoza. Ascendia el número de esta fuerza á 15,000 hombres, la cual formaba con la de Cuesta un total de 22,000 combatientes. Contábanse entre unos y otros muchos paisanos vestidos todavia con su humilde y toscó trage, y no llegaban á 500 los ginetes. Reunidos ambos generales, tomó el mando el de Castilla como mas antiguo, si bien era muy inferior en número y calidad su tropa. No reinaba entre ellas la conveniente armonia. Repugnábanle á Blake muchas ideas de Cuesta, y ofendíase este de que un ge-

neral nuevamente promovido y por una autoridad popular pudiese ser obstáculo á sus planes. Pero el primero por desgracia sometiéndose á la superioridad que daban al de Castilla los años, la costumbre del mando, y sobre todo, ser su dictámen el que con mas gusto y entusiasmo abrazaba la muchedumbre, no se opuso, según hemos visto, á salir de Benavente ni al tenaz propósito de ir al encuentro del enemigo por las llanuras que se extendian por el frente.

Noticiosos los franceses del intento de los españoles, quisieron adelantárseles, y el 9 salió de Burgos el general Bessieres. No estaban el 13 á larga distancia ambos ejércitos, y al amanecer del 14 de julio se avistaron sus avanzadas en Palacios, lengua y media distante de Rioseco. El de los franceses constaba de 12,000 infantes y mas de 1500 caballos: superior en número el de los españoles, era inferiorísimo en disciplina, pertrechos, y sobre todo, en caballería, tan necesaria en aquel terreno, siendo de admirar que con ejército tan novel y desapercibido se atreviese Cuesta á arriesgar una accion campal.

La desunion que habia entre los generales españoles, si no del todo manifiesta todavia, y la condicion imperiosa y terca del de Castilla, impidieron que de antemano se tomasen mancomunadamente las convenientes disposiciones. Blake en la tarde del 13 al aviso de que los franceses se acercaban, pasó desde Castromonte, en donde tenia su cuartel general, á Rioseco, en cuya ciudad estaba el de

Batalla de Rio-
seco, 14 de ju-
lio.

Cuesta, y juntos se contentaron con reconocer el camino que va á Valladolid, persuadido el último que por allí habian de atacar los franceses. A esto se limitaron las medidas previamente combinadas.

Volviendo Don Joaquin Blake á su campo, preparó su gente, reconoció de nuevo el terreno, y á las dos de la madrugada del 14 situó sus divisiones en el parage que le pareció mas ventajoso, no esperando grande ayuda de la cooperacion de Cuesta. Empezó sin embargo este á mover su tropa en la misma direccion á las cuatro de la mañana; pero de repente hizo parada, sabedor de que el enemigo avanzaba del lado de Palacios á la izquierda del camino que de Rioseco va á Valladolid. Advertido Blake, tuvo tambien que mudar de rumbo y encaminarse á aquel punto. Ya se deja discurrir de cuánto daño debió de ser para alcanzar la victoria movimiento tan inesperado, teniendo que hacerse por paisanos y tropas bisoñas. Culpa fué grande del general de Castilla no estar mejor informado en un tiempo en que todos andaban solícitos en acechar voluntariamente los pasos del ejército frances. Cuesta, temiendo ser atacado, pidió auxilio al general Blake, quien le envió su cuarta division al mando del marques de Portago, y se colocó él mismo con la vanguardia, los voluntarios de Navarra y primera division en la llanura que á manera de mesa forma lo alto de una loma puesta á la derecha del camino que media entre Rioseco y Palacios, y á cuyo descampado llaman los naturales campos de Monclin. Cons-

taba esta fuerza de 9000 hombres. No era respetable la posicion escogida, siendo por varios puntos de acceso no difícil. Cuesta se situó detras á la otra orilla del camino, dejando entre sus cuerpos y los de Blake un claro considerable. Mantúvose así apartado por haber creído, segun parece, que eran franceses los soldados del provincial de Leon que se mostraron á lo léjos por su izquierda, y quizá tambien llevado de los zelos que le animaban contra el otro general su compañero.

Al avanzar dudó un momento el mariscal Bessieres si acometeria á los españoles, imaginándose que eran muy superiores en número á los suyos. Pero habiendo examinado de mas cerca la extraña disposicion, por lo cual quedaba un claro en tanto grado espacioso, que parecian las tropas de su frente mas bien ejércitos distintos que separados trozos de uno mismo y solo, recordó lo que habia pasado allá en Cabezon, y arremetiendo sin tardanza, resolvió interponerse entre Blake y Cuesta. Habia juzgado el franceses que eran dos líneas diversas, y que la ignorancia ó impericia de los gefes habia colocado á los soldados tan distantes unos de otros. Difícil era por cierto presumir que el interes de la patria, ó por lo ménos el honor militar, no hubiese acallado en un dia de batalla mezquinas pasiones. Nosotros creemos que hubo de parte de Cuesta el deseo de campaar por sí solo y acudir al remedio de la derrota, luego que hubiese visto destrozado en parte ó por lo ménos muy comprometido á su rival.

No era dado á su ofendido orgullo descubrir lo arriesgado y aun temerario de tal empresa. De su lado Blake hubiera obrado con mayor prudencia, si conociendo la inflexible dureza de Cuesta, hubiese evitado exponerse á dar batalla con una parte reducida de su ejército.

Prosiguiendo Bessieres en su propósito, ordenó que el general Merle y Sabathier acometiesen, el primero la izquierda de la posición de Blake, y el segunda su centro. Iba con ellos el general Lasalle acompañado de dos escuadrones de caballería. Resistieron con valor los nuestros, y muchos, aunque bisoños, aguantaron la embestida como si estuvieran acostumbrados al fuego de largo tiempo. Sin embargo, el general Merle encaramándose del lado del camino por el tajo de la meseta, los nuestros comenzaron á ciar, y á desordenarse la izquierda de Blake. En tanto avanzaba Mouton para acometer á los de Cuesta, é interponerse entre los dos grandes y separados trozos del ejército español. A su vista los carabineros reales y guardias de Corps, sin aguardar aviso se movieron, y en una carga bizarrísima arrollaron las tropas ligeras del enemigo, y las arrojaron en una torrentera de las que causan en aquel país las lluvias. Fué al socorro de los suyos la caballería de la guardia imperial, y nuestros ginetes, cediendo al número, se guarecieron de su infantería. Cayeron muertos en aquel lance los ayudantes mayores de carabineros Escobedo y Chaperon, lidiando este bravamente y cuerpo á cuerpo

con varios soldados del ejército contrario. Arreiciando la pelea, se adelantó la cuarta división de Galicia, puesta ántes á las órdenes inmediatas de Cuesta con consentimiento de Blake. Dicen unos que obró por impulso propio, otros por acertada disposición del primer general. Iban en ella dos batallones de granaderos entresacados de varios regimientos, el provincial de Santiago y el de línea de Toledo, á los que se agregaron algunos bisoños, entre otros el de Covadonga. Arremetieron con tal brío, que fueron los franceses rechazados y deshechos, cogiendo los nuestros cuatro cañones. Momento apurado para el enemigo y que dió indicio de cuán otro hubiera sido el éxito de la batalla á haber habido mayor acuerdo entre los generales españoles. Mas la adquirida ventaja duró corto tiempo. En el intervalo habia crecido el desorden y la derrota en las tropas de Blake. En balde este general habia querido contener al enemigo con la columna de granaderos provinciales que tenia como en reserva. Estos no correspondieron á lo que su fama prometia por culpa en gran parte de algunos de los gefes. Fueron como los demas envueltos en el desorden, y caballos enemigos que subieron á la altura acabaron de aumentar la confusion. Entónces Merle mas desembarazado revolvió sobre la cuarta división que habia alcanzado la ventaja arriba indicada, y flanquéandola por su derecha, la contuvo y desconcertó. Los franceses luego acometieron intrépidamente por todos lados, extendiéron-

se por la meseta ó alto de la posicion de Blake, y todo lo atropellaron y desbarataron, apoderándose de nuestras no aguerridas tropas la confusion y el espanto. Individualmente hubo soldados, y sobre todo oficiales que vendieron caras sus vidas, contándose entre los mas valerosos al ilustre conde de Maceda, quien, *pródigo de su grande alma*, cual otro Paulo, prefirió arrojarle á la muerte, ántes que ver con sus ojos la rota de los suyos. Vanos fueron los esfuerzos del general Blake y de los de su estado mayor, particularmente de los distinguidos oficiales Don Juan Moscoso, Don Antonio Burriel y Don José Maldonado para rehacer la gente. Eran sordos á su voz los mas de los soldados, manteniéndose por aquel punto solo unido y lidiando el batallon de voluntarios de Navarra mandado por el coronel Don Gabriel de Mendizabal. Cundiendo el desorden no fué tampoco dable á Cuesta impedir la confusion de los suyos, y ambos generales españoles se retiraron á corta distancia uno de otro sin ser muy molestados por el enemigo; pero entre sí con ánimo mas opuesto y enconado. Tomaron el camino de Villalpando y Benavente. Pasó de 4000 la pérdida de los nuestros entre muertos, heridos, prisioneros y extraviados, con varias piezas de artillería. De los contrarios perecieron unos 300 y mas de 700 fueron los heridos. Lamentable jornada debida á la obstinada ceguedad é ignorancia de Cuesta, al poco concierto entre él y Blake, y á la débil y culpable condescendencia de la junta de Galicia. La tro-

pa bisoña y aun el paisanage habiendo peleado largo rato con entusiasmo y denuedo, claramente mostraron lo que con mayor disciplina y mejor acuerdo de los gefes hubieran podido llevar á glorioso remate. Mucho perjudicó á la causa de la patria tan triste sucesó. Se perdieron hombres, se consumieron en balde armas y otros pertrechos, y sobre todo, se menoscabó en gran manera la confianza.

Rioseco pagó duramente la derrota padecida casi á sus puertas. Nunca pudo autorizar el derecho de la guerra el saqueo y destruccion de un pueblo que por sí no habia opuesto resistencia. Mas el enemigo con pretexto de que soldados dispersos habian hecho fuego cerca de los arrabales, entró en la ciudad matando por calles y plazas. Los vecinos que quisieron fugarse, murieron casi todos á la salida. Allanaron los franceses las casas, los conventos y los templos, destruyeron las fábricas, robándolo todo y arruinándolo. Quitaron la vida á mozos, ancianos y niños, á religiosos y á varias mugeres, violándolas á presencia de sus padres y maridos. Lleváronse otras al campamento, abusando de ellas hasta que hubieron fallecido. Quemaron mas de cuarenta casas, y coronaron tan horrorosa jornada con formar de la hermosa iglesia de Santa Cruz un infame lupanar, en donde fueron víctima del desenfreno de la soldadesca muchas monjas, sin que se respetase aun á las muy ancianas. No pocas horas duró el tremendo destrozo.

Bessieres, despues de avanzar hasta Benavente, Avanza Bessieres á Leon.

persiguió á Cuesta camino de Leon, á cuya ciudad llegó este el 17, abandonándola en la noche del 18 para retirarse hácia Salamanca. El general frances que habia dudado ántes si iria ó no á Portugal, sabiendo este movimiento y el que Blake y los asturianos se habian replegado detras de las montañas, desistió de su intento y se contentó con entrar en Leon y recorrer la tierra llana. Desde el 22 abrió el mariscal frances correspondencia con Blake, haciéndole proposiciones muy ventajosas para que él y su ejército reconociesen á José. Respondióle el general español con firmeza y decoro, concluyendo los tratos con una carta de este demasiadamente vanagloriosa, y una respuesta de su contrario atropellada y en que se pintaba el enfado y despecho.¹

La batalla de Rioscco, fatal para los españoles, llenó de júbilo á Napoleon, comparándola con la de Villaviciosa que habia asegurado la corona en las sienas de Felipe V. Satisfecho con la agradable nueva, ó mas bien sirviéndole de honroso y simulado motivo, abandonó á Bayona, de donde el 21 de julio por la noche salió para Paris, visitando ántes los departamentos del mediodía. No fué la vez primera ni la única en que alejándose á tiempo, procuraba que sobre otros recayesen las faltas y errores que se cometian en su ausencia.

José, á quien dejamos á la raya de España, y pisando su territorio, el 9 de julio habia seguido su camino á cortas jornadas. A do quiera que llegaba acogíanle friamente; las calles de los pueblos estaban

Su correspondencia con Blake.

(1. Ap. n. 14 su.)

Virgo de José á Madrid.

en soledad y desamparo, y no habia para recibirle, sino las autoridades que pronunciaban discursos, forzadas por la ocupacion francesa. El 16 supo en Burgos las resultas de la batalla de Rioscco, con lo que nias desahogadamente le fué lícito continuar su viage á Madrid. En el tránsito quiso manifestarse afable, lo cual dió ocasion á los satíricos donaires de los que le oian. Porque poco práctico en la lengua española, alteraba su pureza con vocablos y acento de la italiana, y sus arengas en vez de cautivar los ánimos, solo los movia á risa y burla.

El 20 en fin llegó á Chamartin á medio dia, y se apeó en la quinta del duque del Infantado, disponiéndose á hacer su entrada en Madrid. Verificóla pues en aquella propia tarde á las seis y media, yendo por la puerta de Recoletos, calle de Alcalá y Mayor hasta Palacio. Habian mandado colgar y adornar las casas. Raro ó ninguno fué el vecino que obedeció. Venia escoltado para seguridad y mayor pompa de mucha infanteria y caballería, generales y oficiales de estado mayor, y contados españoles de los que estaban mas comprometidos. Interrumpiase la silenciosa marcha con los solos vias de algunos franceses establecidos en Madrid, y con el estruendo de la artillería. Las campanas en lugar de tañer como á fiesta, las hubo que doblaron á manera de dia de difuntos. Pocos fueron los habitantes que se asomaron ó salieron á ver la ostentosa solemnidad. Y aun el grito de uno que prorumpió en *viva Fernando VII*, causó cierto desórden

Su entrada en la capital.

por el recelo de alguna oculta trama. Recibimiento que representaba al vivo el estado de los ánimos, y singular en su contraste con el que se había dado á Fernando VII en 24 de marzo. Asemejóse muy mucho al de Cárlos de Austria en 1710, en el que se mezclaron con los pocos víctores que le aplaudian, varios que osaron aclamar á Felipe V. Pero José no se ofendió ni de extraños clamores ni de la expresiva soledad como el austriaco. Este al llegar á la puerta de Guadalajara, torció á la derecha, y se salió por la calle de Alcalá, diciendo: „que era una corte sin gente.” José se posesionó de Palacio, y desde luego admitió á cumplimentarle á las autoridades, consejos y principales personas al efecto citadas.

Retrato de José.

Ahora no parecerá fuera de propósito que nos detengamos á dar una idea, si bien sucinta, del nuevo rey, de su carácter y prendas. Comenzaremos por asentar con desapasionada libertad, que en tiempos serenos y asistido de autoridad, si no mas legítima, por lo ménos de origen ménos odioso, no hubiera el intruso deshonrado el solio, mas sí cooperado á la felicidad de España. José había nacido en Córcega, año de 1768. Habiendo estudiado en el colegio de Autum, en Borgoña, volvió á su patria en 1785, en donde despues fué individuo de la administración departamental, á cuya cabeza estaba el célebre Paoli. Casado en 1794 con una hija de Mr. Clari, hombre de los mas acaudalados de Marsella, acompañó al general Bonaparte en su prime-

ra campaña de Italia. Hallábase embajador en Roma á la sazón que sublevándose el pueblo acometió su palacio y mató á su lado al general Duphot. Miembro á su regreso del consejo de los Quinientos, defendió con esfuerzo á su hermano que entónces en Egipto era vivamente atacado por el directorio. Despues de desempeñar comisiones importantes y de haber firmado el concordato con el Papa, los tratados de Luneville, Amiens y otros, tomó asiento en el senado. Mas cuando Napoleon convirtió la Francia en un vasto campo militar y sus habitantes en soldados, ciñó á su hermano la espada, dándole el mando del cuarto regimiento de línea, uno de los destinados al tan pregonado desembarco de Inglaterra. No descolló empero en las armas, cual conviniera al que fué á domeñar despues una nacion fiera y altiva como la española. Al subir Napoleon al trono ofreció á José la corona de Lombardía que se negó á admitir, accediendo en 1806 á recibir la de Nápoles, cuyo reino gobernó con algun acierto. Fué en España mas desgraciado, á pesar de las prendas que le adornaban. Nacido en la clase particular, y habiendo pasado por los vaivenes y trastornos de una gran revolucion política, poseía á fondo el conocimiento de los negocios públicos y el de los hombres. Suave de condicion, instruido y agraciado de rostro, y atento y delicado en sus modales, hubiera cautivado á su partido las voluntades españolas, si ántes no se las hubiera tan gravemente lastimado en su pundonoroso orgu-

llo. Además, la extrema propension de José á la molicie y deleites, obscureciendo algun tanto sus bellas dotes, dió ocasion á que se inventasen respecto de su persona ridículas consejas y cuentos creídos por una multitud apasionada y enemiga. Así fué que no contentos con tenerle por ébrio y disoluto, deformáronle hasta en su cuerpo, fingiendo que era tuerto. Su misma locucion fácil y florida perjudicóle en gran manera, pues arrastrado de su facundia, se arrojaba, como hemos advertido, á pronunciar discursos en lengua que no le era familiar, cuyo inmoderado uso unido á la fama exagerada de sus defectos, provocó á componer farsas populares que, representadas en todos los teatros del reino, contribuyeron no tanto al odio de su persona como á su desprecio; afecto del ánimo mas temible para el que anhela afianzar en sus sienas una corona. Por tanto, José, si bien enriquecido de ciertas y laudables calidades, carecia de las virtudes bélicas y austeras que se requerian entónces en España, y sus imperfecciones, débiles lunares en otra coyuntura, ofrecianse abultadas á los ojos de una nacion enojada y ofendida.

Su proclamacion,

Los pocos dias que el nuevo rey residió en Madrid, se pasaron en ceremonias y cumplidos. Señalóse el 25 de julio para su proclamacion. Prefirieron aquel dia por ser el de Santiago, creyendo así agradar á la devocion española que le reconocia como patron del reino. Hizo las veces de alferez mayor el conde de Campo de Alange, estando ausente

y habiendo rehusado asistir el marqués de Astorga, á quien de derecho competia.

Todas las autoridades, despues de haber cumplimentado á José, le prestaron con los principales personajes juramento de fidelidad. Solo se resistieron el consejo de Castilla y la sala de alcaldes. Muy de elogiar seria la conducta del primero, si con empeño y honrosa porfia se hubiera ántes constantemente opuesto á las resoluciones de la autoridad intrusa. Habia sí á veces suprimido la fórmula, al publicar sus decretos, de que estos se *guardasen y cumpliesen*, pero imprimiéndose y circulándose á su nombre: el pueblo, que no se detenia en otras particularidades, achacaba al consejo y vituperaba en él la autorizacion de tales documentos, y los hombres entendidos deploraban que se sirviese de un efugio indigno de supremos magistrados. Porque al paso que doblaban la cerviz al usurpador, buscaban con sutilezas é impropios ardides un descargo á la severa responsabilidad que sobre ellos pesaba: proceder que los malquistó con todos los partidos.

Desde la llegada de José á España habíase ordenado al consejo que se dispusiese á prestar el debido juramento. En el 22 de julio expresamente se le reiteró cumpliese con aquel acto, segun lo prevenido en la constitucion de Bayona, la cual ya de antemano se le habia ordenado que circulase. El consejo, sabedor de la resistencia general de las provincias, y previendo el compromiso á que se ex-

Su reconocimiento.

Consejo de Castilla.

ponia, habia procurado dar largas, y no ántes del 24 respondió á las mencionadas órdenes. En dicho dia remitió dos representaciones que abrazaban ambos puntos, el del juramento y el de la constitucion. Acerca de la última expuso: „Que él no representaba á la nacion, y si únicamente las cortes, las que no habian recibido la constitucion. „Que seria una manifiesta infraccion de todos los derechos mas sagrados, el que tratándose, no ya del establecimiento de una ley, sino de la extincion de todos los códigos legales y de la formacion de otros nuevos, se obligase á jurar su observancia „antes que la nacion los reconociese y aceptase.” Justa y saludable doctrina, de que en adelante se desvió con frecuencia el mismo consejo.

Hasta en el presente negocio cedió al fin respecto de la constitucion de Bayona, cuya publicacion y circulacion tuvo efecto con su anuencia en 26 de julio. Animáronle á continuar en la negativa del pedido juramento los avisos confidenciales que ya llegaban del estado apurado de los franceses en Andalucía: por lo cual el 28 insistió en las razones alegadas, añadiendo nuevas de conciencia. A unas y á otras le hubiera la necesidad obligado á encontrar salida y someterse á lo que se le ordenaba, segun ántes habia en todo practicado, si grandes acontecimientos allende la Sierra-morena no hubieran distraído de los escrúpulos del consejo y suscitado nuevos é impensados cuidados al gobierno intruso.

Al llegar aquí, de suyo se nombra la batalla de Bailen: memorable suceso, que exige lo reframos circunstanciadamente.

No habrá el lector olvidado como Dupont, despues de abandonar á Córdoba, se habia replegado á Andújar, y asentando allí su cuartel general, sucesivamente habia recibido los refuerzos que le llevaron los generales Vedel y Gobert. Antes de esta retirada y para impedir la, se habia formado un plan por los españoles. Don Francisco Javier Castaños se oponia á que este se realizase, pensando quizá fundadamente que ante todo debia organizarse el ejército en un campo atrincherado delante de Cádiz. En tanto Dupont frustró con su movimiento retrógrado el intento que habia habido de rodearle. Alentáronse los nuestros, y solo Castaños insistió de nuevo en su anterior dictámen. Inclínabase á adoptarle la junta de Sevilla, hasta que arrastrada por la voz pública, y noticiosa de que tropas de refresco avanzaban á unirse al enemigo, determinó que se le atacase en Andújar.

Castaños, desde que habia tomado el mando del ejército de Andalucía, habia tratado de engrosarle, y disciplinar á los innumerables paisanos que se presentaban á alistarse voluntariamente. En Utrera estableció su cuartel general, y en aquel pueblo y Carmona se juntaron unas en pos de otras todas las fuerzas, así las que venian de San Roque, Cádiz y Sevilla, como las que con Echávarri habian peleado en Alcolea. No tardaron mucho las

Acontecimientos que precedieron á la batalla de Bailen.

®

de Granada en aproximarse y darse la mano con las demas. Para mayor seguridad rogó Castaños al general Spencer, quien con 5000 ingleses, segun se apuntó, estaba en Cádiz á bordo de la escuadra de su nacion, que desembarcase y tomase posicion en Jerez. Por entónces no condescendió este general con su deseo, prefiriendo pasar á Ayamonte y sostener la insurreccion de Portugal. No tardó sin embargo el ingles en volver y desembarcar en el puerto de Santa María, en donde permaneció corto tiempo sin tomar parte en la guerra de Andalucía.

Puestos de inteligencia los gefes españoles, dispusieron su ejército en tres divisiones con un cuerpo de reserva. Mandaba la primera Don Teodoro Reding con la gente de Granada; la segunda el marques de Coupigny, y se dejó la tercera á cargo de Don Felix Jones que debia obrar unida á la reserva capitaneada por Don Manuel de la Peña. El total de la fuerza ascendia á 25000 infantes y 2000 caballos. A las órdenes de Don Juan de la Cruz habia una corta division, compuesta de las compañías de cazadores de algunos cuerpos, de paisanos y otras tropas ligeras, con partidas sueltas de caballería, que en todo ascendia á 1000 hombres. Tambien Don Pedro Valdecañas mandaba por otro lado pequeños destacamentos de gente allegadiza.

Los españoles avanzando se extendieron desde el 1.º de julio por el Carpio y ribera izquierda del Guadalquivir. Los franceses para buscar víveres y cubrir su flanco habian al propio tiempo enviado

Distribucion
del ejército
español de An-
dalucía.

á Jaen al general de brigada Cassagne con 1500 hombres. A las once del mismo dia acercándose los franceses á la ciudad, tuvieron varios reencuentros con los nuestros, y hasta el 3 que por la noche la desampararon. estuvieron en continuado rebato y pelea, ya con paisanos y ya con el regimiento de suizos de Reding y voluntarios de Granada que habian acudido á la defensa de los suyos. Dupont, sabedor del movimiento del general Castaños, no queriendo tener alejadas sus fuerzas, habia ordenado á Cassagne que retrocediese, y así se libertó Jaen de la ocupacion de unos soldados que tanto daño le habian ocasionado en la primera.

Instando de todos lados para que se acometiese decididamente al enemigo, celebraron en Porcuna el 11 de julio los gefes españoles un consejo de guerra en el que se acordó el plan de ataque. Conforme á lo convenido debia Don Teodoro Reding cruzar el Guadalquivir por Mengíbar y dirigirse sobre Bailen, sosteniéndole el marques de Coupigny que habia de pasar el rio por Villanueva. Al mismo tiempo Don Francisco Javier Castaños quedó encargado de avanzar con la tercera division y reserva y atacar de frente al enemigo, cuyo flanco derecho debia ser molestado por las tropas ligeras y cuerpos francos de Don Juan de la Cruz, quien atravesando por el puente de Marmolejo, que aunque cortado anteriormente estaba ya transitable, se situó al efecto en las alturas de Sementera.

El 13 se empezó á poner en obra el concertado

Consejo cele-
brado para ata-
car á los fran-
ceses.

movimiento, y el 15 hubo varias escaramuzas. Dupont inquieto con las tropas que veía delante de sí, pidió á Vedel que le enviase de Bailen el socorro de una brigada; pero este no queriendo separarse de sus soldados, fué en persona con su division, dejando solamente á Liger-Belair con 1300 hombres para guardar el paso de Mengíbar. En el mismo 15 los franceses atacaron á Cruz, quien despues de haber combatido bizarramente, se transfirió á Peñascal de Morales, replegándose los enemigos á sus posiciones. No hubo en el 16 por el frente, ó sea del lado de Castaños, sino un recio cañoneo; pero fué grave y glorioso para los españoles el choque en que se vió empeñado en el propio dia el general Reding.

Accion de
Mengíbar.

Segun lo dispuesto trató este general de atacar al enemigo, y al tiempo que le amenazaba en su posicion de Mengíbar, á las cuatro de la mañana cruzó el rio á media legua por el vado apellidado del Rincon. Le desalojó de todos los puntos, y obligó á Liger-Belair á retirarse hácia Bailen, de donde volando á su socorro el general Gobert, recibió este un balazo en la cabeza, de que murió poco despues. Cuerpos nuevos como el de Antequera y otros se estrenaron aquel dia con el mayor lucimiento. Contribuyó en gran manera al acierto de los movimientos el experto y entendido mayor general Don Francisco Javier Abadía. Nada embarazaba ya la marcha victoriosa de los españoles; mas Reding como prudente capitán suspendió perseguir al enemi-

go, y repasando por la tarde el rio, aguardó á que se le uniese Coupigny. Pareció ser dia de buen agüero porque en 1212 en el mismo 16 de julio, segun el cómputo de entónces, habíase ganado la célebre batalla de las Navas de Tolosa, pueblo de allí poco distante: siendo de notar que el parage en donde hubo mayor destrozo de moros, y que aun conserva el nombre de Campo de Matanza, fué el mismo en que cayó mortalmente herido el general Gobert.

De resultas de este descalabro determinó Dupont que Vedel tornase á Bailen, y arrojase los españoles del otro lado del rio. Empezaba el terror á desconcertar á los franceses. Aumentóse con la noticia que recibieron de lo ocurrido en Valencia, y por do quiera no veian ni soñaban sino gente enemiga. Así fué que Doufour, sucesor de Gobert, y Liger-Belair escarmentados con la pérdida que el 16 experimentaron en Mengíbar, y temerosos de que los españoles mandados por Don Pedro Valdecañas, que habian acometido y sorprendido en Linares un destacamento frances, se apoderasen de los pasos de la sierra y fuesen despues sostenidos por la division victoriosa de Reding, en vez de mantenerse en Bailen, caminaron á Guarroman tres leguas distante. Ya se habian puesto en marcha cuando Vedel de vuelta de Andújar llegó al primer pueblo, y sin aguardar noticia ni aviso alguno, recelándose que Doufour y su compañero pudiesen ser atacados,

prosiguió adelante, y uniéndose á ellos avanzaron juntos á la Carolina y Santa Elena.

En el intermedio y al día siguiente de la gloriosa acción que había ganado, movió el general Reding su campo, repasó de nuevo el río en la tarde del 17, é incorporándosele al amanecer el marques de Coupigny, entraron ambos el 18 en Bailen. Sin permitir á su gente largo descanso, disponíase á revolver sobre Andújar, con intento de coger á Dupont entre sus divisiones y las que habían quedado en los visos, cuando impensadamente se encontraron con las tropas de dicho general, que de priesa y silenciosamente caminaban. Había el frances salido de Andújar al anochecer del 18, despues de destruir el puente y las obras que para su defensa había levantado. Escogió la obscuridad deseoso de encubrir su movimiento, y salvar el inmenso bagage que acompañaba á sus huestes.

Abria Dupont la marcha con 2600 combatientes, mandando Barbou la columna de retaguardia.

Batalla de Bailen, 19 de julio.

Ni franceses ni españoles se imaginaban estar tan cercanos; pero desengañólos el tiroteo que de noche empezó á oirse en los puntos avanzados. Los generales españoles que estaban reunidos en una almazara ó sea molino de aceite á la izquierda del camino de Andújar, paráronse un rato con la duda de si eran fusilazos de su tropa bisoña ó reencuentro con la enemiga. Luego los sacó de ella una granada que casi cayó á sus piés á las doce y minutos de aquella misma noche, y principio ya del 19.

Eran en efecto fuegos de tropas francesas que habiendo las primeras y mas temprano salido de Andújar, habían tenido el necesario tiempo para aproximarse á aquellos parages. Los gefes españoles mandaron hacer alto, y D. Francisco Venegas Saavedra, que en la marcha capitaneaba la vanguardia, mantuvo el conveniente órden, y causó diversion al enemigo en tanto que la demas tropa ya puesta en camino volvía á colocarse en el sitio que ántes ocupaba. Los franceses por su parte avanzaron mas allá del puente que hay á media legua de Bailen. En unas y otras no empezó á trabarse formalmente la batalla hasta cerca de las cuatro de la mañana del citado 19. Aunque los dos grandes trozos ó divisiones en que se había distribuido la fuerza española allí presente, estaban al mando de los generales Reding, y Coupigny, sometido este al primero, ambos gefes acudian indistintamente con la flor de sus tropas á los puntos atacados con mayor empeño. Ayudóles mucho para el acierto el saber y tino del mayor general Abadía.

La primera acometida fué por donde estaba Coupigny. Rechazáronla sus soldados vigorosamente, y los guardias walonas, suizos, regimientos de Bujalance, Ciudad-Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores y el de caballería de España embistieron las alturas que el enemigo señoreaba, y le desalojaron. Rotó este enteramente, se acogió al puente, y retrocedió largo trecho. Reconcentrando en seguida Dupont sus fuerzas, volvió á posesionarse de parte del terre-

no perdido, y extendió su ataque contra el centro y costado derecho español en donde estaba Don Pedro Grimarest. Flaqueaban los nuestros de aquel lado; pero auxiliados oportunamente por Don Francisco Venegas, fueron los franceses del todo arrollados teniendo que replegarse. Muchas y porfiadas veces repitieron los enemigos sus tentativas por toda la línea, y en todas fueron repelidos con igual éxito. Manejaron con destreza nuestra artillería los soldados y oficiales de aquella arma, mandados por los coroneles Don José Juncar y Don Antonio de la Cruz, consiguiendo desmontar de un modo asombroso la de los contrarios. La sed causada por el intenso calor era tanta, que nada disputaron los combatientes con mayor encarnizamiento como el apoderarse, ya unos ya otros, de una noria sita mas abajo de la almazara ántes mencionada.

A las doce y media de la mañana Dupont lleno de enojo púsose con todos los generales á la cabeza de las columnas, y furiosa y bravamente acometieron juntos al ejército español. Intentaron con particular arrojó romper nuestro centro, en donde estaban los generales Reding y Abadía, llegando casi á tocar con los cañones los marinos de la guardia imperial. Vanos fueron sus esfuerzos, inútil su conato. Tanto ardimiento y maestría estrellóse contra la bravura y constancia de nuestros guerreros. Cansados los enemigos, del todo decaidos, menguados sus batallones, y no encontrando refugio ni sa-

lida, propusieron una suspension de armas que aceptó Reding.

Mientras que la victoria coronaba con sus laureles á este general, Don Juan de la Cruz no habia permanecido ocioso. Informado del movimiento de Dupont, en la misma noche del 18 se adelantó hasta los Baños, y colocándose cerca del Herrumblar á la izquierda del enemigo, le molestó bastante. Castaños debió fardar mas en saber la retirada de los franceses, puesto que hasta la mañana del 19 no mandó á Don Manuel de la Peña ponerse en marcha. Llevó este consigo la tercera division de su mando reforzada, quedándose con la reserva en Andújar el general en gefe. Peña llegó cuando se estaba ya capitulando: habia ántes tirado algunos cañonazos para que Reding estuviese advertido de su llegada, y quizá este aviso aceleró el que los franceses se rindiesen.

Vedel en su correría, no habiendo descubierto por la sierra tropas españolas, unido con Doufour permaneció el 18 en la Carolina, despues de haber dejado para resguardar el paso en Santa Elena y Despeña-Perros dos batallones y algunas compañías. Allí estaba cuando al alborar del 19 oyendo el cañoneo del lado de Bailen, emprendió su marcha, aunque lentamente, hácia el punto de donde partía el ruido. Tocaba ya á las avanzadas españolas, y todavía reposaban estas con el seguro de la pactada tregua. Advertido sin embargo Reding, envió al frances un parlamento con la nueva de lo

prosiguió adelante, y uniéndose á ellos avanzaron juntos á la Carolina y Santa Elena.

En el intermedio y al día siguiente de la gloriosa acción que había ganado, movió el general Reding su campo, repasó de nuevo el río en la tarde del 17, é incorporándosele al amanecer el marques de Coupigny, entraron ambos el 18 en Bailen. Sin permitir á su gente largo descanso, disponíanse á revolver sobre Andújar, con intento de coger á Dupont entre sus divisiones y las que habían quedado en los visos, cuando impensadamente se encontraron con las tropas de dicho general, que de priesa y silenciosamente caminaban. Había el frances salido de Andújar al anochechar del 18, despues de destruir el puente y las obras que para su defensa había levantado. Escogió la obscuridad deseoso de encubrir su movimiento, y salvar el inmenso bagage que acompañaba á sus huestes.

Abria Dupont la marcha con 2600 combatientes, mandando Barbou la columna de retaguardia.

Batalla de Bailen, 19 de julio.

Ni franceses ni españoles se imaginaban estar tan cercanos; pero desengañólos el tiroteo que de noche empezó á oirse en los puntos avanzados. Los generales españoles que estaban reunidos en una almazara ó sea molino de aceite á la izquierda del camino de Andújar, paráronse un rato con la duda de si eran fusilazos de su tropa bisoña ó reencuentro con la enemiga. Luego los sacó de ella una granada que casi cayó á sus piés á las doce y minutos de aquella misma noche, y principio ya del 19.

Eran en efecto fuegos de tropas francesas que habiendo las primeras y mas temprano salido de Andújar, habían tenido el necesario tiempo para aproximarse á aquellos parages. Los gefes españoles mandaron hacer alto, y D. Francisco Venegas Saavedra, que en la marcha capitaneaba la vanguardia, mantuvo el conveniente órden, y causó diversion al enemigo en tanto que la demas tropa ya puesta en camino volvía á colocarse en el sitio que ántes ocupaba. Los franceses por su parte avanzaron mas allá del puente que hay á media legua de Bailen. En unas y otras no empezó á trabarse formalmente la batalla hasta cerca de las cuatro de la mañana del citado 19. Aunque los dos grandes trozos ó divisiones en que se había distribuido la fuerza española allí presente, estaban al mando de los generales Reding, y Coupigny, sometido este al primero, ambos gefes acudian indistintamente con la flor de sus tropas á los puntos atacados con mayor empeño. Ayudóles mucho para el acierto el saber y tino del mayor general Abadía.

La primera acometida fué por donde estaba Coupigny. Rechazáronla sus soldados vigorosamente, y los guardias walonas, suizos, regimientos de Bujalance, Ciudad-Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores y el de caballería de España embistieron las alturas que el enemigo señoreaba, y le desalojaron. Rotó este enteramente, se acogió al puente, y retrocedió largo trecho. Reconcentrando en seguida Dupont sus fuerzas, volvió á posesionarse de parte del terre-

no perdido, y extendió su ataqué contra el centro y costado derecho español en donde estaba Don Pedro Grimarest. Flaqueaban los nuestros de aquel lado; pero auxiliados oportunamente por Don Francisco Venegas, fueron los franceses del todo arrollados teniendo que replegarse. Muchas y porfiadas veces repitieron los enemigos sus tentativas por toda la línea, y en todas fueron repelidos con igual éxito. Manejaron con destreza nuestra artillería los soldados y oficiales de aquella arma, mandados por los coroneles Don José Juncar y Don Antonio de la Cruz, consiguiendo desmontar de un modo asombroso la de los contrarios. La sed causada por el intenso calor era tanta, que nada disputaron los combatientes con mayor encarnizamiento como el apoderarse, ya unos ya otros, de una noria sita mas abajo de la almazara ántes mencionada.

A las doce y media de la mañana Dupont lleno de enojo púsose con todos los generales á la cabeza de las columnas, y furiosa y bravamente acometieron juntos al ejército español. Intentaron con particular arrojó romper nuestro centro, en donde estaban los generales Reding y Abadía, llegando casi á tocar con los cañones los marinos de la guardia imperial. Vanos fueron sus esfuerzos, inútil su conato. Tanto ardimiento y maestría estrellóse contra la bravura y constancia de nuestros guerreros. Cansados los enemigos, del todo decaidos, menguados sus batallones, y no encontrando refugio ni sa-

lida, propusieron una suspension de armas que aceptó Reding.

Mientras que la victoria coronaba con sus laureles á este general, Don Juan de la Cruz no habia permanecido ocioso. Informado del movimiento de Dupont, en la misma noche del 18 se adelantó hasta los Baños, y colocándose cerca del Herrumblar á la izquierda del enemigo, le molestó bastante. Castaños debió fardar mas en saber la retirada de los franceses, puesto que hasta la mañana del 19 no mandó á Don Manuel de la Peña ponerse en marcha. Llevó este consigo la tercera division de su mando reforzada, quedándose con la reserva en Andújar el general en gefe. Peña llegó cuando se estaba ya capitulando: habia ántes tirado algunos cañonazos para que Reding estuviese advertido de su llegada, y quizá este aviso aceleró el que los franceses se rindiesen.

Vedel en su correría, no habiendo descubierto por la sierra tropas españolas, unido con Doufour permaneció el 18 en la Carolina, despues de haber dejado para resguardar el paso en Santa Elena y Despeña-Perros dos batallones y algunas compañías. Allí estaba cuando al alborar del 19 oyendo el cañoneo del lado de Bailen, emprendió su marcha, aunque lentamente, hácia el punto de donde partía el ruido. Tocaba ya á las avanzadas españolas, y todavía reposaban estas con el seguro de la pactada tregua. Advertido sin embargo Reding, envió al frances un parlamento con la nueva de lo

acaecido. Dudó Vedel si respetaria ó no la suspension convenida, mas al fin envió un oficial suyo para cerciorarse del hecho.

Ocupaban por aquella parte los españoles las dos orillas del camino. En la ermita de San Cristobal, que está á la izquierda yendo de Bailen á la Carolina, se habia situado un batallon de Irlanda, y el regimiento de Ordenes Militares al mando de su valiente coronel Don Francisco de Paula Soler; enfrente y del otro lado se hallaba otro batallon de dicho regimiento de Irlanda con dos cañones. Pesoso Vedel de haber suspendido su marcha, ú obrando quizá con doblez, media hora despues de haber contestado al parlamento de Reding, y de haber enviado un oficial á Dupont, mandó al general Cassagne que atacase el puesto de los españoles últimamente indicado. Descansando nuestros soldados en la buena fe de lo tratado, fuéle fácil al frances desbaratar al batallon de Irlanda que allí habia, cogerle muchos prisioneros, y aun los dos cañones. Mayor oposicion encontró el enemigo en las fuerzas que mandaba Soler, quien aguantó bizarramente la acometida que le dió el gefe de batallon Roche. Interesaba mucho aquel punto de la ermita de San Cristobal, porque se facilitaba apoderándose de ella la comunicacion con Dupont. Viendo la porfiada y ordenada resistencia que los españoles ofrecian, iba Vedel á atacar en persona la ermita, cuando recibió la orden de su general en gefe de no

emprender cosa alguna, con lo que cesó en su intento calificado por los españoles de alevoso.

Negociábase pues el armisticio que ántes se habia entablado. Fué enviado por Dupont para abrir los tratos el capitan Villoutreys de su estado mayor. Pedia el frances la suspension de armas y el permiso de retirarse libremente á Madrid. Concedió Reding la primera demanda, advirtiendo que para la segunda era menester abocarse con Don Francisco Javier Castaños que mandaba en gefe. A él se acudió autorizando los franceses al general Chabert para firmar un convenio. Inclinábase Castaños á admitir la proposicion de dejar á los enemigos repasar sin estorbo la Sierra-morena. Pero la arrogancia francesa disgustando á todos, excitó al conde de Tyllý á oponerse, cuyo dictámen era de gran peso como de individuo de la junta de Sevilla, y de hombre que tanta parte habia tomado en la revolucion. Vino en su apoyo el haberse interceptado un despacho de Savary de que era portador el oficial Mr. de Fenélon. Preveníasele á Dupont en su contenido que se recogiese al instante á Madrid en ayuda de las tropas que iban á hacer rostro á los generales Cuesta y Blake que avanzaban por la parte de Castilla la Vieja. Tyllý, á la lectura del oficio insistió con ahinco en su opinion, añadiendo que la victoria alcanzada en los campos de Bailen de nada serviria sino de favorecer los deseos del enemigo, caso que se permitiese á sus soldados ir á juntarse con los que estaban allede la sierra. A sus palabras ir-

Capitulacion
del
ejército
frances.

ritados los negociadores franceses, se propasaron en sus expresiones hablando mal de los paisanos españoles y exagerando sus excesos. No quedaron en zaga en su réplica los nuestros, echándoles en cara escándalos, saqueos y perfidias. De ambas partes agriándose sobremanera los ánimos, rompiéronse las entabladas negociaciones.

Mas los franceses no tardaron en renovarlas. La posicion de su ejército por momentos iba siendo mas crítica y peligrosa. Al ruido de la victoria habia acudido de la comarca la poblacion armada, la cual y los soldados vencedores estrechando en derredor al enemigo abatido y cansado, sofocado con el calor y sediento, le sumergian en profunda afliccion y desconsuelo. Los gefes franceses, no pudiendo los mas sobrellevar la dolorosa vista que ofrecian sus soldados, y algunos, si bien los ménos, temerosos de perder el rico botin que los acompañaba, generalmente persistieron en que se concluyese una capitulacion. Y como las primeras conferencias no habian tenido feliz resulta, escogióse para ajustarla al general Marescot que por acaso se habia incorporado al ejército de Dupont. De antiguo conocia al nuevo plenipotenciario Don Francisco Javier Castaños, y lisonjeáronse los que le eligieron con que su amistad llevaria la negociacion á pronto y cumplido remate.

Habíanse ya trabado nuevas pláticas, y todavía hubo oficiales franceses que escuchando mas á los ímpetus de su adquirida gloria que á lo que su si-

tuacion y la fe empeñada exigian, propusieron embestir de repente las líneas españolas, y uniéndose con Vedel salvarse á todo trance. Dupont mismo sobrecogido y desatentado dió órdenes contradictorias, y en una de ellas insinuó á Vedel que se considerase como libre y se pusiese en cobro. Bastóle á este general el permiso para empezar á retirarse por la noche burlándose de la tregua. Notando los españoles su fuga, intimaron á Dupont que de no cumplir él y los suyos la palabra dada, no solamente se romperia la negociacion, sino que tambien sus divisiones serian pasadas á cuchillo. Arredrado con la amenaza, envió el frances oficiales de su estado mayor que detuviesen en la marcha á Vedel, el cual aunque cercado de un enjambre de paisanos, y hostigado por el ejército español, vaciló si habia ó no de obedecer. Mas aterrorizados oficiales y soldados, era tanto su desaliento, que de veintitres gefes que convocó á consejo de guerra, solo cuatro opinaron que debia continuarse la comenzada retirada. Mal de su grado sometióse Vedel al parecer de la mayoría.

Terminóse pues la capitulacion obscura y contradictoria en alguna de sus partes; lo que en seguida dió margen á disputas y altercados¹. Segun los primeros artículos, se hacia una distincion bien marcada entre las tropas del general Dupont y las de Vedel. Las unas eran consideradas como prisioneras de guerra, debiendo rendir las armas, y sujetarse á la condicion de tales. A las otras, si bien

(1 Ap. n. 15.)

forzadas á evacuar la Andalucía, no se las obligaba á entregar las armas sino en calidad de depósito, para devolvérselas á su embarco. Pero esta distincion desaparecia en el artículo 6.º en donde se estipulaba que todas las tropas francesas de Andalucía se harian á la vela desde San Lúcar y Rota para Rochefort en buques tripulados por españoles. Ignoramos si hubo ó no malicia en la insercion del artículo. Si procedió de ardid de los negociadores franceses, enredáronse entónces en su propio lazo, pues no era hacadero aprestar los suficientes barcos con tripulacion nacional. Tenemos por mas probable que anhelando todos concluir el convenio, se precipitaron á cerrarle, dejándole en parte ambiguo y vago.

La capitulacion firmóse en Andújar el 22 de julio por Don Francisco Javier Castaños y el conde de Tyllly á nombre de los españoles, y lo fué al de los franceses por los generales Marescot y Chabert. Al dia siguiente desfiló la fuerza que estaba á las órdenes inmediatas del general Dupont por delante de la reserva y tercera division españolas, á cuyo frente se hallaban los generales Castaños y D. Manuel de la Peña. Censuróse que se diera la mayor honra y prez de la victoria á las tropas que ménos habian contribuido á alcanzarla. Componíase la primera fuerza francesa de 8248 hombres, la cual, rindió sus armas á 400 toesas del campo. El 24 trasladóse el mismo Castaños á Bailen, en donde las divisiones de Vedel y Doufour que constaban de 9393

Rinden las
armas los fran-
ceses.

hombres abandonaron sus fusiles, colocándolos en pabellones sobre el frente de banderas. Además, entregaron unos y otros las águilas como tambien los caballos y artillería que contaba 40 piezas. De suerte que entre los que habian perecido en la batalla, los rendidos y los que despues sucesivamente se rindieron en la sierra y Mancha, pasaba el total del ejército enemigo de 21.000 hombres. El número de sus muertos ascendia á mas de 2.000 con gran número de heridos. Entre ellos perecieron el general Dupré y varios oficiales superiores. Dupont quedó tambien contuso. De los nuestros murieron 243, quedando heridos mas de 700.

Dia fué aquel de ventura y gloria para los españoles, de eterna fama para sus soldados, de terrible y dolorosa humillacion para los contrarios. Antes vencedores estos contra las mas aguerridas tropas de Europa, tuvieron que rendir ahora sus armas á un ejército bisono, compuesto en parte de paisanos y allegado tan apresuradamente, que muchos sin uniforme todavia conservaban su antiguo y tosco vestido. Batallaron sin embargo los franceses con honra y valentia; cedieron á la necesidad, pero cedieron sin afrenta. Algunos de sus caudillos no pudieron ponerse á salvo de una justa y severa censura. Allá en Roma en parecido trance pasaron sus cónsules bajo el yugo despojados, y medio desnudos al decir de Tito Livio: „Aquí hubo gefes que „tuvieron mas cuenta con la mal adquirida riqueza, „que con el buen nombre.” No ha faltado entre sus

Reflexiones
sobre la haza-
ña.

compatriotas quien haya achacado la capitulacion, al deseo de no perder el cuantioso botin que consigo llevaban. Pudo haber tan ruin pensamiento en ciertos oficiales, mas no en su mayor y mas respetable número. Guerreros bravos y veteranos lidiaron con arrojo y maestría; sometieron á su mala estrella y á la dicha y señalado brio de los españoles.

La victoria, pesada en la balanza de la razon, casi tocó en portento. Cierto que las divisiones de Reding y de Coupigny, únicas que en realidad lidiaron, contaban un tercio de fuerza mas que las de Dupont, constando estas de 8000 hombres, y aquellas de 14,000. ¡Pero qué inferioridad en su composicion! Las francesas, superiorísimas en disciplina, bajo generales y oficiales inteligentes y aguerridos, bien pertrechadas y con artillería completa y bien servida, tenían la confianza que dan tamañas ventajas y una serie no interrumpida de victorias. Las españolas, mal vestidas y armadas, con oficiales por la mayor parte poco prácticos en el arte de la guerra y con soldados inexpertos, eran mas bien una masa de hombres de repente reunidos, que un ejército en cuyas filas hubiese la concordancia y orden, propios de un ejército á punto de combatir. Nuestra caballería por su mala organizacion, conceptuábase como nula á pesar del valor de los ginetes, al paso que la francesa brillaba y se aventajaba por su arreglo y destreza. La posicion ocupada por los españoles, no fué mas favorable que la de los enemigos, habiendo al contrario tenido es-

tos la fortuna de acometer los primeros á los nuestros que comenzaban su marcha. Podrá alegarse que hallándose á la retaguardia de Dupont las fuerzas de Castaños y Peña, se le inutilizaba á aquel su superioridad, viéndose así perseguido y estrechado; pero en respuesta dirémos que tambien Reding tuvo á sus espaldas las tropas de Vedel, con la diferencia que las de Peña nunca llegaron al ataque, y las otras le realizaron por dos veces. No es extraño que mortificados los vencidos con la impensada rota, la hayan asimismo achacado á la penuria que experimentaban sus soldados, al cansancio y al calor terrible en aquella estacion y en aquel clima. Pero si los víveres abundaban en el campo de los españoles, era igual ó mayor la fatiga, y no herian con ménos violencia los rayos del sol á muchos de los que siendo de provincias mas frescas, estaban tan desacostumbrados como los franceses á los ardores de las del mediodía, de que varios cayeron sofocados y muertos. Hanse reprendido á Dupont y á sus generales graves faltas, y ¡cuáles no cometieron los españoles! Si Vedel y los suyos corrieron á la Carolina tras un enemigo que no existia, Castaños y la Peña se pararon sobrado tiempo en los visos de Andújar, figurándose tener delante un enemigo que habia desaparecido. El general frances, reputado como uno de los primeros de su nacion, aventajábase en nombradía al español, habiéndose ilustrado con gloriosos hechos en Italia y en las orillas del Danubio y del Elba. Castaños, despues de ha-

ber servido con distincion en la campaña de Francia de 1793, gozaba fama de buen oficial y de hombre esforzado, mas no habia todavía tenido ocasion de señalarse como general en gefe. Suave de condicion, amábale sus subalternos; mañero en su conducta, acusábanle otros de saber aprovecharse en beneficio propio de las hazañas ajenas. Así fué que quisieron privarle de todo loor y gloria en los triunfos de Bailen. Juicio apasionado é injusto. Pues si á la verdad no asistió en persona á la accion, y anduvo lento en moverse de Andújar, no por eso dejó de tomar parte en la combinacion y arreglo acordado para atacar y destruir al enemigo. Por lo demas la ventaja real que en esta célebre jornada asistió á los españoles, fué el puro y elevado entusiasmo que los animaba, y la certeza de la justicia de la causa que defendian, al paso que los franceses decaidos en medio de un pueblo que los aborrecia, abrumados con su bagage y sus riquezas, conservaban, sí, el valor de la disciplina y el suyo propio, pero no aquella exaltacion sublime con que habian asombrado al mundo en las primeras campañas de la revolucion.

Nos hemos detenido algun tanto en el cotejo de los ejércitos combatientes y en el de sus operaciones, no para dar preferencia en las armas á ninguna de las dos naciones, sino para descubrir la verdad y ponerla en su mas espléndido y claro punto. Los habitadores de España y Francia, como todos los de Europa igualmente bravos y dispuestos á las ac-

ciones mas dignas y elevadas, han tenido sus tiempos de gloria y abatimiento, de fortuna y desdicha, dependiendo sus victorias ó de la prevision y tino de sus gobiernos, ó de la maestría de sus caudillos, ó de aquellos acasos tan comunes en la guerra, y por los que con razon se ha dicho que las armas tienen sus dias.

Los franceses despues de haberse rendido, emprendieron su viage hácia la costa de noche y á cortas jornadas. Ademas de las contradicciones é inconvenientes que en sí envolvía la capitulacion, casi la imposibilitaban las circunstancias del dia. La autoridad, falta de la necesaria fuerza, no podia enfrenar el odio que habia contra los franceses, causadores de una guerra que Napoleon mismo calificó alguna vez de sacrilega.¹ El modo pérfido con que ella habia comenzado, los excesos, robos y saqueos cometidos en Córdoba y su comarca, tanto mas pesados, cuanto recaian sobre pueblos no habituados desde siglos á ver enemigos en sus hogares, excitaban un clamor general, y creíase universalmente que ni pacto ni tratado debia guardarse con los que no habian respetado ninguno. En semejante conflicto la junta de Sevilla consultó con los generales Morla y Castaños acerca de asunto tan grave. Disintieron ambos en sus pareceres. Con razon el último sostenia el fiel cumplimiento de lo estipulado, en contraposicion del primero que buscaba la aprobacion y aplauso popular. Adhirió la junta al dictámen de este, aunque injusto é indebido.

¹ Camina el ejército rendido á la costa.

(1 Ap. n. 16.)

Para cincerarse circuló un papel en cuyo contexto intentó probar que los franceses habian infringido la capitulacion, y que suya era la culpa si no se cumplia. Efugio indigno de la autoridad soberana cuando habia una razon principalísima, y que fundadamente podia producirse, cual era la falta de transportes y marinería.

Desorden en
Lebrija causado
por la pro-
sencia de los
Prisioneros.

Por pequeña ocasion aumentáronse las dificultades. Acaeció pues en Lebrija que descubriéndose casualmente en las mochilas de algunos soldados mas dinero que el que correspondia á su estado y situacion, irritóse en extremo el pueblo, y ellos para libertarse del enojo que habia promovido el hallazgo, trataron de descargarse acusando á los oficiales. Del alboroto y pendencia resultaron muertes y desgracias. Propúsoseles entónces á los prisioneros que para evitar disturbios se sujetasen á un prudente registro, depositando los equipages en manos de la autoridad. No cedieron al medio indicado, y otro incidente levantó en el puerto de Santa María gran bullicio. Al embarcarse allí el 14 de agosto para pasar la bahía, cayóse de la maleta de un oficial una patena y la copa de un cáliz. Fáciles adivinar la impresion que causaria la vista de semejantes objetos. Porque ademas de contravenirse á la capitulacion en que se habia expresamente estipulado la restitucion de los vasos sagrados, se escandalizaba sobre manera á un pueblo que en tan gran veneracion tenia aquellas alhajas. Encendidos los ánimos, se registraron los mas de los equipages, y apoderándo-

En el puerto
de Santa María

se de ellos, se maltrató á muchos prisioneros y se les despojó en general de casi todo lo que poseian.

Promovieron tales incidentes reclamaciones vivas del general Dupont y una correspondencia entre él y Don Tomas de Morla, gobernador de Cádiz. Pedia el frances en ella los equipages de que se habia privado á los suyos, é insistiendo en su demanda contestóle entre otras cosas Morla: „Si podia una capitulacion que solo hablaba de la seguridad de sus equipages, darle la propiedad de los tesoros que con asesinatos, profanaciones de cuanto hay sagrado, crueldades y violencias, habia acumulado su ejército de Córdoba y otras ciudades? „¿Hay razon, continuaba, derecho ni principio que prescriba que se debe guardar fe ni aun humanidad á un ejército que ha entrado en un reino aliado y amigo, so pretextos capciosos y falaces; que se ha apoderado de su inocente y amado rey y toda su familia con igual falacia; que les ha arrancado violentas é imposibles renunciaciones á favor de su soberano, y que con ellas se ha creido autorizado á saquear sus palacios y pueblos, y que por que no acceden á tan inicuo proceder, profanan sus templos y los saquean, asesinan sus ministros, violan las vírgenes, estupan á su placer bárbaro, y cargan y se apoderan de cuanto pueden transportar, y destruyen lo que nó? ¿Es posible que estos tales tengan la audacia oprimidos, cuando se les priva de estos que para ellos deberian ser honorosos frutos de su iniquidad, reclamar los prin-

Co rresponden-
cia entre Du-
pont y Morla.

„cipios de honor y probidad?” Verdades eran estas, si bien mal expresadas, por desgracia sobradamente obvias y de todos conocidas. Mas las perfidias y escándalos pasados no autorizaban el quebrantamiento de una capitulacion contratada libremente por los generales españoles. ¿Qué sería de las naciones, qué de su progreso y civilizacion, si echándose recíprocamente en cara sus extravíos, sus violencias, olvidasen la fe empeñada, traspasasen y abatiesen los linderos que ha fijado el derecho público y de gentes? En Morla fué mas reprehensible aquel lenguaje siendo militar antiguo, y hombre que despues, á las primeras desgracias de su patria, la abandonó villanamente y desertó al bando enemigo.

Consternacion
del gobierno
frances en Ma-
drid.

Al paso que con las victorias de Bailen fué en las provincias colmado el júbilo, y universal y extremado el entusiasmo, consternóse y cayó como postrado el gobierno de Madrid. Empezó á susurrarse tan grave suceso en el dia 23. De antemano, y varias veces, se habia anunciado la deseada victoria como si fuera cierta, por lo que los franceses calificaban la voz esparcida de vulgar é infundada. Sacóles del error el aviso de que un oficial suyo se aproximaba con la noticia. Llegó pues este, y supieron los pormenores de la desgracia acaecida. Habia cabido ser portador de la infausta nueva al mismo Mr. de Villoutreys que habia entablado en Bailen los primeros tratos, y á cuyo hado adverso tocaba el desempeño de enfadosas comisiones. Segun lo convenido en la capitulacion un oficial frances es-

coltado por tropa española, debía en persona comunicarla al duque de Róvigo, general en jefe del ejército enemigo, y ordenar tambien en su tránsito por la sierra y Mancha, á los destacamentos apostados en la ruta, y que formaban parte de las divisiones rendidas, ir á juntarse con sus compañeros ya sometidos para participar de igual suerte. Cumplió fielmente Mr. de Villoutreys con lo que se le previno, y todos obedecieron, incluso el destacamento de Manzanares. Fué el de Madrilejos el que primero resistió á la órden comunicada.

Llegó á Madrid el fatal mensajero en 29 de julio. ^{Retirase José.} Congregó José sin dilacion un consejo compuesto de personas las mas calificadas. Variaron los pareceres. Fué el del general Savary retirarse al Ebro. Todos al fin se sometieron á su opinion, así por salir de la boca del mas favorecido de Napoleon, como tambien porque avisos continuados manifestaban cuánto se empeoraba el semblante de las cosas. Por todas partes se conmovian los pueblos cercanos á la capital: no les intimidaba la proximidad de las tropas enemigas; cortábanse las comunicaciones; en la Mancha eran acometidos los destacamentos sueltos, y ya ántes en Villarta habian sus vecinos desbaratado é interceptado un convoy considerable. Agolpáronse uno tras otro los reverses y los contratiempos: pocos hubo en Madrid de los enemigos y sus parciales que no se abatiesen y descorazonasen. A muchos faltábales tiempo para alejarse de un suceso que les era tan contrario y ominoso.

Españoles que
le siguen.

José, resulto á partir, dejó á la libre voluntad de los españoles que con él se habian comprometido, quedarse ó seguirle en la retirada. Contados fueron los que quisieron acompañarle. De los siete ministros, Cabarrus, Ofárril, Mazarredo, Urquijo y Azanza mantuviéronse adictos á su persona y no se apartaron de su lado. Permanecieron en Madrid Peñuela y Cevallos. Imitaron su ejemplo los duques del Infantado y el del Parque, como casi todos los que habian presenciado los acontecimientos de Bayona y asistido á su congreso. No faltó quien los tachase de inconseguintes y desleales. Juzgaban otros diversamente, y decian que los mas habian sido arrastrados á Francia ó por fuerza ó por engaño, y que si bien se propasaron algunos á pedir empleos ó gracias, nunca era tarde para reconciliarse con la patria, arrepentirse de un tropiezo causado por el miedo ó la ciega ambicion, y contribuir á la justa causa, en cuyo favor la nacion entera se habia pronunciado. Lo cierto es que ni uno quizá de los que siguieron á José hubiera dejado de abrazar el mismo partido, á no haberles arretrado el temor de la enemistad y del odio que las pasiones del momento habian excitado contra sus personas.

Antes de abrir la marcha reconcentraron los enemigos hácia Madrid las fuerzas de Moncey y las desparramadas á orillas del Tajo. Clavaron en el Retiro y casa de la China mas de ochenta cañones, llevándose las vagillas y alhajas de los palacios de

la capital y sitios reales, que no habian sido de antemano robadas. Tomadas estas medidas, empezaron á evacuar la capital inmediatamente. Salió José el 30 cerrando la retaguardia en la noche del 31 el mariscal Moncey. Respiraron del todo y desembarazadamente aquellos habitantes en la mañana del 1.º de agosto. El 9 entró el fugitivo rey en Burgos con Bessieres, quien, segun órdenes recibidas, se habia replegado allí de tierra de Leon.

Acompañaron á los franceses en su retirada lágrimas y destrozos. Soldados desmandados y partidas sueltas, esparcieron la desolacion y espanto por los pueblos del camino ó los poco distantes. Rezagábanse, se perdian para merodear y pillar; saqueaban las casas, talaban los campos sin respetar las personas ni lugares mas sagrados. Buitrago, el Molar, Iglesias, Pedrezuela, Gandullas, Broajos, y sobre todo la villa de Venturada abrasada y destruida, conservarán largo tiempo triste memoria del horroroso tránsito del extranjero.

Continuó José su marcha y en Miranda de Ebro hizo parada, extendiéndose la vanguardia de su ejército á las órdenes del mariscal Bessieres hasta las puertas de Burgos. Terminóse así su malogrado y corto viage de Madrid, del que libres, y menos apremiados por los acontecimientos, pasaremos á referir los nuevos y esclarecidos triunfos que alcanzaron las armas españolas en las provincias de Aragon y Cataluña.

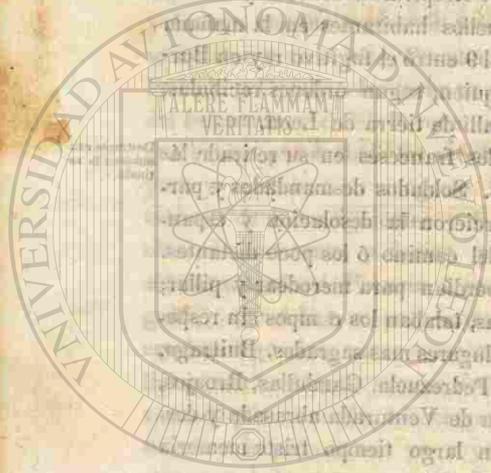
Destrozos causados en la retirada.

RESUMEN

DEL

LIBRO QUINTO.

P RIMER sitio y defensa de Zaragoza.—Asiento de la ciudad.—Estado apurado de la misma.—Salida de Palafox, 15 de junio.—Primera embestida de los franceses contra Zaragoza y su derrota, 15 de junio.—Don Lorenzo Calvo de Rozas.—Preparativos de defensa en Zaragoza.—Don Antonio San Génis.—Intimacion de Lefebvre Desnouettes.—El general Palafox en Epila.—Accion de Epila.—Piensa Palafox en volver á Zaragoza.—Entraña allí de Lazan el 24 de junio.—Juramento de los zaragozanos.—Amenaza villana de un polaco á Calvo.—Conferencia y proposiciones de los generales franceses.—Los franceses reforzados. Verdier general en gefe.—Vuélase un almacen de pólvora.—Ataque contra el monte Torrero.—Cas-

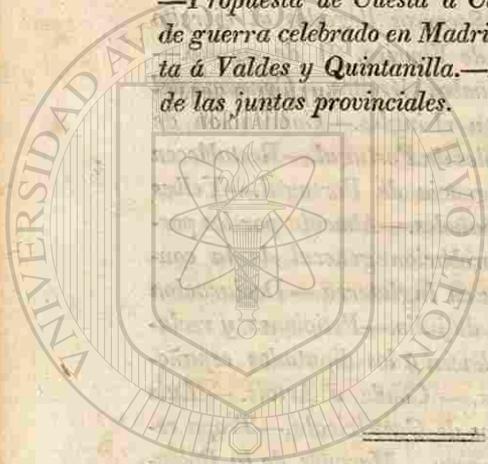


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE

tigo del comandante.—Llegada de un refuerzo á los españoles.—30 de junio, principia el bombardeo.—Nuevas obras de defensa de los sitiados.—Ataques del 1.º y 2 de julio.—Agustina Zaragoza.—Entrada de Palafox el 2 en Zaragoza.—Otros combates.—Puente echado por los franceses en San Lamberto.—Estrago hecho por los mismos.—Otras medidas de los sitiados.—Apodérase el enemigo de Villafeliche.—Otros combates.—Ataques del 3 y 4 de agosto.—Avanzan los franceses al Coso.—Salida de Palafox de Zaragoza.—Vuelve Lazan el 5 con socorros.—El 8 Palafox.—Continúan los choques y reencuentros.—Los franceses reciben el 6 orden de retirarse.—Contraorden poco despues.—Resolucion magnánima de los zaragozanos.—13, orden definitiva dada á los franceses de retirarse.—Llegada á Zaragoza de una division de Valencia.—Aléjanse los franceses de Zaragoza el 14.—Fin del sitio.—Alegria de los aragoneses, estado de la ciudad.—Cataluña.—Bloqueo de Figueras por los somatenes.—Socorre la plaza el general Reille.—Don Juan Clarós.—Vuelve Duhesme á Gerona.—Junta de Lérida.—Tropas de Menorca mandadas por el marqués del Palacio.—El conde de Caldagués va en socorro de Gerona.—Atacan los franceses á Gerona el 13 de agosto.—Son derrotados el 16.—Levantán el sitio.—Portu-

gal.—Estado de aquel reino y de su insurreccion.—Evora.—Expedicion inglesa enviada á Portugal.—Sir Arturo Wellesley.—Sale la expedicion de Cork.—Desembarco en Mondego.—Estado de Junot y sus disposiciones.—Accion de Roliza.—Socorros llegados al ejército inglés.—Batalla de Vimeiro, 21 de agosto.—Armisticio entre ambos ejércitos.—Convenio del almirante ruso con el inglés.—Convencion de Cintra.—Españoles de Portugal.—Restablecen los ingleses la regencia de Portugal.—Yelbes sitiada por los españoles.—Almeida por los portugueses.—Desaprobacion general de la convencion de Cintra en Inglaterra.—Declaracion de S. M. B. de 4 de julio.—Peticiones y reclamaciones que se hacen á los diputados españoles.—Dumourier.—Conde d'Artois.—Luis XVIII.—Príncipe de Castelcicala.—Tropa española en Dinamarca.—Marqués de la Romana.—Lobo.—Fábregues.—Se disponen á embarcarse las tropas del norte.—Kindelan.—Kindelan y Guerrero.—Juramento de los españoles en Langeland.—Dan la vela para España.—Trátase de reunir una junta central.—Situacion de Madrid.—Consejo de Castilla.—Sus manejos.—Opinion sobre aquel cuerpo.—Estado de las juntas provinciales.—Llegada á Gibraltar del príncipe Leopoldo de Sicilia.—Correspondencia entre las juntas.—Proceder del

consejo.—Entrada en Madrid de Llamas y Castaños.—Proclamacion de Fernando VII.—Insurreccion de Bilbao.—Movimientos en Guipuzcoa y Navarra.—Nuevos manejos del consejo.—Propuesta de Cuesta á Castaños.—Consejo de guerra celebrado en Madrid.—Prende Cuesta á Valdes y Quintanilla.—Acaba el gobierno de las juntas provinciales.



HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

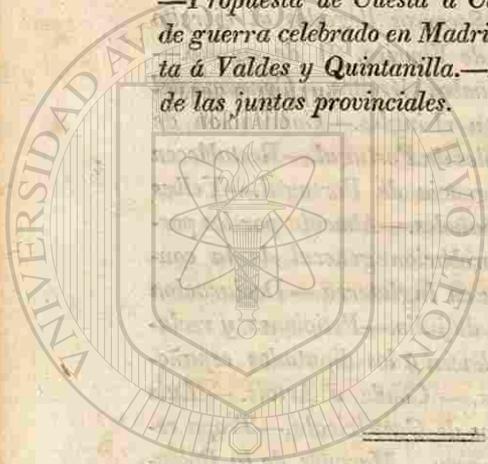
LIBRO QUINTO.

EN muro y sin torreones, segun nos ha transmitido Floro ¹, defendióse largos años la inmortal Numancia contra el poder de Roma. También desguarnecida y desmurada resistió al de Francia con tenaz porfía, si no por tanto tiempo, la ilustre Zaragoza. En esta como en aquella mullaron su fama ilustres capitanes: y los impetuosos y concertados ataques del enemigo tuvieron que estrellarse en los acerados pechos de sus invictos moradores. Por dos veces en ménos de un año cercaron los franceses á Zaragoza; una malograda-mente, otra con pérdidas é inauditos reveses. Cuanto fué de realce y nombre para Aragon la heroica defensa de su capital, fué de abatimiento y des-
Tomo II.

(1 Ap. n. L)

Primer sitio
y defensa de
Zaragoza.

consejo.—Entrada en Madrid de Llamas y Castaños.—Proclamacion de Fernando VII.—Insurreccion de Bilbao.—Movimientos en Guipuzcoa y Navarra.—Nuevos manejos del consejo.—Propuesta de Cuesta á Castaños.—Consejo de guerra celebrado en Madrid.—Prende Cuesta á Valdes y Quintanilla.—Acaba el gobierno de las juntas provinciales.



HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO QUINTO.

EN muro y sin torreones, segun nos ha transmitido Floro ¹, defendióse largos años la inmortal Numancia contra el poder de Roma. También desguarnecida y desmurada resistió al de Francia con tenaz porfía, si no por tanto tiempo, la ilustre Zaragoza. En esta como en aquella mullaron su fama ilustres capitanes: y los impetuosos y concertados ataques del enemigo tuvieron que estrellarse en los acerados pechos de sus invictos moradores. Por dos veces en ménos de un año cercaron los franceses á Zaragoza; una malograda-mente, otra con pérdidas é inauditos reveses. Cuanto fué de realce y nombre para Aragon la heroica defensa de su capital, fué de abatimiento y des-

Tomo II.

10

(1 Ap. n. L)

Primer sitio
y defensa de
Zaragoza.

doro para sus sitiadores aguerridos y diestros, no haberse enseñoreado de ella pronto y de la primera embestida.

Asiento de la ciudad.

Baña á Zaragoza, asentada á la derecha márgen, el caudaloso Ebro. Ciñela al mediodia y del lado opuesto Huerba, acanalado y pobre, que mas abajo rinde á aquel sus aguas, y casi en frente á donde desde el Pirineo viene tambien á fenecer el Gallego. Por la misma parte y á un cuarto de legua de la ciudad se eleva el monte Torrero, cuya altura atraviesa la acequia imperial, que así llaman al canal de Aragon por traer su origen del tiempo del emperador Carlos V. Antes del sitio hermo세aban á Zaragoza en sus contornos férces campiñas, viñedos y olivares con amenas y deleitables quintas, á que dan en la tierra el nombre de torres. A izquierda del Ebro está el arrabal, que comunica con la ciudad por medio de un puente de piedra, habiéndose destruido otro de madera en una riada que hubo en 1802. Pasaba la poblacion de 55,000 almas: menguó con las muertes y destrozos. No era Zaragoza ciudad fortificada; diciendo Colmanar¹, á manera de profecía, cosa ha de un siglo, „que estaba sin defensa, pero que reparaba esta falta el valor de sus habitantes.” Cercábala solamente una pared de diez á doce piés de alto y de tres de espesor, en parte de tapia y en otras de mamposteria, interpolada á veces y formada por algunos edificios y conventos, y en la que se cuentan ocho puertas que dan salida al campo. No léjos de una de ellas, que es la del Portillo, y extramuros, se

(1 Ap. n. 2.)

distingue la Aljafería, antigua morada de los reyes de Aragon, rodeada de un foso y muralla, cuyos cuatro ángulos guarnecen otros tantos bastiones. Las calles en general son angostas, excepto la del Coso, muy espaciosa y larga, casi en el centro de la ciudad, y que se extiende desde la puerta llamada del Sol hasta la plaza del Mercado. Las casas de ladrillo, y por la mayor parte de dos ó tres pisos. La adornan edificios y conventos bien cons-truidos y de piedra de sillería. La piedad admira dos suntuosas catedrales, la de nuestra Señora del Pilar y la de la Seo, en las que alterna por años para su asistencia el cabildo. El último templo anti-quísimo, el primero muy venerado de los naturales por la imágen que en su santuario se adora. Como no es de nuestra incumbencia hacer una descrip-cion especial de Zaragoza, no nos detendremos ni en sus antigüedades ni grandeza, reservando para despues hablar de aquellos lugares, que á causa de la resistencia que en ellos se opuso adquirieron desconocido renombre; porque allí las casas y edifi-cios fueron otras tantas fortalezas.

Si ningunas eran en Zaragoza las obras de for-tificacion, tampoco abundaban otros medios de de-fensa. Vimos cuan escasos andaban al levantarse en mayo. El corto tiempo transcurrido no habia dejado aumentarlos notablemente, y ántes bien se habian minorado con los descalabros padecidos en Tudela y Mallen. En semejante estado, déjase dis-currir la consternacion de Zaragoza al esparcirse la nueva, en la noche del 14 de junio, de haber sido

Estado apu-rado de Zar-zagoza.

aquel día derrotado Don José de Palafox en las cercanías de Alagon, segun dijimos en el anterior libro. Desapercibidos sus habitantes, tan solamente hallaron consuelo con la presencia de su amado caudillo, que no tardó en regresar á la ciudad. Mas el enemigo no dió descanso ni vagar. Siguieron de cerca á Palafox, y tras él vinieron proposiciones del general Lefebvre Desnouettes á fin de que se rindiese, con un pliego enderezado al propio objeto y firmado por los emisarios españoles Castelfranco, Villela y Pereira, que acompañaban al ejército frances, y de quienes ya hicimos mencion.

Fué la respuesta del general Palafox ir al encuentro de los invasores; y con las pocas tropas que le quedaban, algunos paisanos y piezas de campaña se colocó fuera no léjos de la ciudad al amanecer del 15. Estaba á su lado el marqués de Lazan y muchos oficiales, mandando la artillería el capitán Don Ignacio Lopez. Pronto asomaron los franceses, y trataron de acometer á los nuestros con su acostumbrado denuedo. Pero Palafox, viendo cuan superior era el número de sus contrarios, determinó retirarse, y ordenadamante pasó á Longares, pueblo seis leguas distante, desde donde continuó al puerto del Fresno cercano á Calatayud: queriendo engrosar su corta division con la que reunia y organizaba en dicha ciudad el baron de Versages.

Semejante movimiento, si bien acertado en tanto que no se consideraba á Zaragoza con medios para defenderse, dejaba á esta ciudad del todo des-

Salida de Palafox, 15 de junio.

amparada y á merced del enemigo. Así se lo imaginó fundadamente el general frances Lefebvre Desnouettes, y con sus 5 ó 6000 infantes y 800 caballos, á las nueve de la mañana del mismo 15, presentóse con ufanía delante de las puertas. Habian crecido dentro las angustias: no eran arriba de 300 los militares que quedaban entre miñones y otros soldados: los cañones pocos y mal colocados, como por gente á quien no guiaban oficiales de artillería, pues de los dos únicos con quien se contaba en un principio, Don Juan Cousul y Don Ignacio Lopez, el último acompañaba á Palafox, y el primero por orden suya hallábase de comision en Huesca. El paisanage andaba sin concierto, y por todas partes reinaba la indisciplina y confusion. Parecia por tanto que ningun obstáculo detendria á los enemigos, cuando el tiroteo de algunos paisanos y soldados desbandados los obligó á hacer parada y proceder precavidamente. De tan casual é impensado acontecimiento nació la memorable defensa de Zaragoza.

La perplejidad y tardanza del general frances alentó á los que habian empezado á hacer fuego, y dió á otros alas para ayudarlos y favorecerlos. Pero como aun no habia ni baterías ni resguardo importante, consiguieron algunos ginetes enemigos penetrar hasta dentro de las calles. Acometidos por algunos voluntarios y miñones de Aragon al mando del coronel Don Antonio de Torres, y acosados por todas partes por hombres, mugeres y niños, fue-

Primera embestida de los franceses contra Zaragoza, y su derrota, 15 de junio.

ron los mas de ellos despedazados cerca de nuestra Señora del Portillo, templo pegado á la puerta del mismo nombre.

Enfurecidos los habitantes y con mayor confianza en sus fuerzas despues de la adquirida si bien fácil ventaja, acudieron sin distincion de clase ni de sexo adonde amagaba el peligro, y llevando á brazo los cañones ántes situados en el mercado, plaza del Pilar y otros parages desacomodados, los trasladaron á las avenidas por donde el enemigo intentaba penetrar, y de repente hicieron contra sus huestes horrosas descargas. Creyó entónces necesario el general frances emprender un ataque formal contra las puertas del Cármen y Portillo. Puso su mayor conato en apoderarse de la última, sin advertir que situada á la derecha la Aljafería, eran flanqueadas sus tropas por los fuegos de aquel castillo, cuyas fortificaciones aunque endebles, le resguardaban de un rebate. Así sucedió que los que le guarnecian, capitaneados por un oficial retirado, de nombre Don Mariano Cerezo, militar tan bravo como patriota, escarmentaron la audacia de los que confiadamente se acercaban á sus muros. Dejaronles aproximarse, y á quema ropa los ametrallaron. En sumo grado contribuyó á que fuera mas cierta la artillería en sus tiros un oficial sobrino del general Guillelmi, quien encerrado allí con su tío desde el principio de la insurreccion, olvidándose del agravio recibido, solo pensó en no dar quiebra á su honra, y cumplió debidamente con lo que la patria

exigia de su persona. Igualmente fueron los franceses repelidos en la puerta del Cármen, sosteniendo por los lados el tremendo fuego, que de frente se les hacia, escopeteros esparcidos entre las tapias, alameda y olivares, cuya buena puntería causó en las filas enemigas notable matanza. Nadie rehusaba ir á la lid: las mugeres corrian á porfía á estimular á sus esposos y á sus hijos, y atropellando por medio del inminente riesgo, los socorrian con víveres y municiones. Los franceses aturdidos al ver tanto furor y ardimiento, titubeaban, y crecia con su vacilar el entusiasmo y valentia de los defensores. De nuevo no obstante y reiteradas veces embistieron la entrada del Portillo, desviándose de la Aljafería, y procurando cubrirse detras de los olivares y arboledas. Menester fué para poner término á la sangrienta y reñida pelea que sobreviniese la noche. Bajo su amparo se retiraron los franceses á media legua de la ciudad, y recogieron sus heridos, dejando el suelo sembrado de mas de 500 cadáveres. La pérdida de los españoles fué mucho mas reducida, abrigados de tapias y edificios. Y de aquella señalada victoria, que algunos llamaron de las Eras resultó el glorioso empeño de los zaragozanos de no entrar en pacto alguno con el enemigo y resistir hasta el último aliento.

Fuera de sí aquellos vecinos con la victoria alcanzada, ignoraban todavía el paradero del general Palafox. Grande fué su tristeza al saber su ausencia, y no teniendo fe en las autoridades antiguas

Don Lorenzo
Calvo de Ro-
zas.

ni en los demás gefes, los diputados y alcaldes de barrio á nombre del vecindario se presentaron luego que cesó el combate al corregidor é intendente Don Lorenzo Calvo de Rozas, que hechura de Palafox merecia su confianza. Instáronle para que hiciera sus veces, y condescendió con sus ruegos en tanto que aquel no volviera. Unia Calvo en su persona las calidades que el caso requeria. Declarado abiertamente en favor de la causa pública, habíase fugado de Madrid en donde estaba avecindado. Hombre de carácter firme y sereno, encerraba en su pecho, con apariencias de fibio, el entusiasmo y presteza de un alma impetuosa y ardiente. Autorizado como ahora se veía por la voz popular, y punzado por el peligro que á todos amenazaba, empleó con diligencia cuantos medios le sugería el deseo de proteger contra la invasion extraña la ciudad que se ponía en sus manos.

Preparativos
de defensa en
Zaragoza.

Prontamente llamó al teniente de rey Don Vicente Bustamante para que expidiese y firmase á los de su jurisdiccion las convenientes órdenes. Mandó iluminar las calles con objeto de evitar cualquiera sorpresa ó excesos; empezáronse á preparar sacos de tierra para formar baterías en las puertas de Sancho, el Portillo, Cármen y Santa Engracia; abriéronse zanjas ó cortaduras en sus avenidas; dispusiéronse á artillarlas, y se levantó en toda la tapia que circuía á la ciudad una banqueta para desde allí molestar al enemigo con la fusilería. Prevínose á los vecinos en estado de llevar

armas, que se apostasen en los diversos puntos, debiendo alternar noche y dia; ocupáronse los niños y mugeres en tareas propias de su edad y sexo, y se encargó á los religiosos hacer cartuchos de cañon y fusil, cumpliéndose con tan buen deseo y ahinco aquellas disposiciones, que á las diez de la noche se habia ya convertido Zaragoza en un taller universal, en el que todos se afanaban por desempeñar debidamente lo que á cada uno se habia encomendado.

Con mas lentitud se procedió en la construccion de baterías por falta de ingeniero que dirigiese la obra. Solo habia uno, que era Don Antonio San Genis, y este habia sido el 15 llevado á la cárcel por los paisanos que le conceptuaban sospechoso, habiendo notado que reconocia las puertas y la ronda de la ciudad. Ignoróse su suerte en medio de la confusion, pelea y agitacion de aquel dia y noche, y solo se le puso en libertad por órden de Calvo de Rozas en la mañana del 16. Sin tardanza trazó San Genis atinadamente varias obras de fortificacion, esmerándose en el buen desempeño, y ayudado en lugar de otros ingenieros por los hermanos Tabuenca arquitectos de la ciudad. Pintan estos pormenores, y por eso no son de mas, la situacion de los zaragozanos, y lo apurados y escasos que estaban de recursos y de hombres inteligentes en los ramos entónces mas necesarios.

Los franceses atónitos con lo ocurrido el 15, juzgaron imprudente empeñarse en nuevos ataques án-

Don Antonio
San Genis.

Intimacion
de Lefebvre
Desnouettes.

tes de recibir de Pamplona mayores fuerzas, con artillería de sitio, morteros y municiones correspondientes. Mientras que llegaba el socorro, queriendo Lefebvre probar la via de la negociacion, intimó el 17 que á no venir á partido, pasaria á cuchillo á los habitantes cuando entrase en la ciudad.

(1 Ap. p. 2.) Contestósele dignamente, y se prosiguió con mayor empeño en prepararse á la defensa.

El general Palafox en tanto vista la decision que habian tomado los zaragozanos de resistir á todo trance al enemigo, trató de hostigarle y llamar á otra parte su atencion. Unido al baron de Versages, contaba con una division de 6000 hombres y cuatro piezas de artillería. El 21 de junio pasó en Almunia reseña de su tropa, y el 23 marchó sobre Épila. En aquella villa hubo gefes que notando el poco concierto de su tropa, por lo comun allegadiza, opinaron ser conveniente retirarse á Valencia, y no empeorar con una derrota la suerte de Zaragoza. Palafox asistido de admirable presencia de ánimo, congregó su gente, y delante de las filas exhortando á todos á cumplir con el duro pero honroso deber que la patria les imponia, añadió que eran dueños de alejarse libremente aquellos á quienes no animase la conveniente fortaleza para seguir por el estrecho y penoso sendero de la virtud y de la gloria, ó que tachasen de temeraria su empresa. Respondióse á su voz con universales clamores de aprobacion, y ninguno osó desamparar sus banderas. De tamaña importancia es en los casos árdusos la

El general Palafox en Épila.

entera y determinada voluntad de un caudillo.

Seguro de sus soldados, hizo propósito Palafox de avanzar la mañana siguiente á la Muela, tres leguas de Zaragoza, queriendo coger á los franceses entre su fuerza y aquella ciudad. Pero barruntando estos su movimiento, se le anticiparon, y acometieron á su ejército en Épila á las nueve de la noche, hora desusada y en la que dieron de sobresalto é impensadamente sobre los nuestros por haber sorprendido y hecho prisionera una avanzada, y tambien por el descuido con que todavía andaban nuestras inexpertas tropas. Trabóse la refriega que fué empeñada y reñida. Como los españoles se vieron sobrecogidos, no hubo orden premeditado de batalla, y los cuerpos se colocaron segun pudo cada uno en medio de la obscuridad. La artillería dirigida por el muy inteligente oficial Don Ignacio López, se señaló en aquella jornada, y algunos regimientos se mantuvieron firmes hasta por la mañana que sin precipitacion tomaron la vuelta de Calatayud. En su número se contaba el de Fernando VII, que aunque nuevo sostuvo el fuego por espacio de seis horas, como si se compusiera de soldados veteranos. Tambien hombres sueltos de guardias españolas defendieron largo rato una batería de las mas importantes. Disputaron pues unos y otros el terreno á punto que los franceses no los incomodaron en la retirada.

Palafox convencido no obstante de que no era dado con tropas bisonas combatir ventajosamente

Accion de Épila.

Planes Palafox en volver á Zaragoza.

en campo raso, y de que seria mas útil su ayuda dentro de Zaragoza, determinó, superando obstáculos, meterse con los suyos en aquella ciudad, por lo que despues de haberse rehecho, y dejando en Catalunya un depósito al mando del baron de Versages, dividió su corta tropa en dos pequeños trozos: encargó el uno á su hermano Don Francisco, y acaudillando en persona el otro, volvió el 2 de julio á pisar el suelo zaragozano.

Entrada allí
el 24 de junio
de Lazan.

Ya habia allí acudido desde el 24 de junio su otro hermano el marques de Lazan, que era el gobernador, con varios oficiales, á instancias y por aviso del intendente Calvo de Rozas. Deseaba este un arrimo para robustecer aun mas sus acertadas providencias, acordar otras, comprometer en la defensa á las personas de distincion que no lo estuviesen todavía, imponer respeto á la muchedumbre congregando una reunion escogida y numerosa, y afirmarla en su resolucion por medio de un público y solemne juramento. Para ello convocó el 25 de junio una junta general de las principales corporaciones é individuos de todas clases, presidida por él de Lazan. En su seno expuso brevemente Calvo de Rozas el estado en que la ciudad se hallaba, y cuáles eran sus recursos, y excitó á los concurrentes á conadyugar con sus luces y patriótico zelo al sostenimiento de la causa común. Conformes todos aprobaron lo ántes obrado, se confirmaron en su propósito de vencer ó morir, y resolvieron que el 26 los vecinos, soldados, oficiales y paisanos armados pres-

Juramento
de los zarago-
zanos.

tarian en calles y plazas, en baterías y puertas, un público y magestuoso juramento. Amaneció aquel dia, y á una hora señalada de la tarde se pobló el aire de un grito asombroso y unánime, „de que los „defensores de Zaragoza juntos y separados derrarian hasta la última gota de su sangre por su „religion, su rey y sus hogares.”

Movió á curiosidad entre los enemigos la impen-sada agitacion que causó tan nueva solemnidad, y con ansia de informarse de lo que pasaba, aproximóse á la linea española un comandante de polacos acompañado de varios soldados; y aparentando deseos de tomar partido él y los suyos con los sitiados, pidió como seguro de su determinacion tratar con los gefes superiores. Salió Calvo de Rozas, indicó al comandante que se adelantase para conferenciar solos: hizolo así, mas á poco y alevosamente cercaron á Calvo los soldados del contrario. Encarónle las armas, y despues de preguntar lo que en Zaragoza ocurría, tuvo el comandante la descompuesta osadía de decirle, que no era su intento desamparar sus banderas; que habia solo inventado aquella artimaña para averiguar de qué provenia la inquietud de la ciudad, é intimar de nuevo por medio de una persona de cuenta la rendicion, siendo inevitable que al fin se sometiesen los zaragozanos al ejército frances, tan superior y aguerrido. Añadióle que á no consentir con lo que de él exigia, seria muerto ó prisionero. En vez de atemorizarse con la villana amenaza, reportado y

Amenaza
villana de un
polaco á Cal-
vo.

sereno contestóle Calvo: „Harto conocidas son vues-
 „tras malas artes y la máscara de amistad con que
 „encubris vuestras continuadas perfidias, para que
 „desprevenido y no muy sobre aviso acudiera yo á
 „vuestro llamamiento: los muertos ó prisioneros se-
 „reis vos y vuestros soldados si intentais traspasar
 „las leyes admitidas aun entre las naciones bárba-
 „ras. El castillo de donde estamos tan próximos, á
 „la menor señal mia disparará sus cañones y fusi-
 „les, que por disposcion anterior están ya apunta-
 „dos contra vosotros.” Alteróse el polaco con la ás-
 „pera contestacion, y reprimiendo la ira suavizó su
 altanero language, ciñéndose á proponer al inten-
 dente Calvo una conferencia con sus generales. Vi-
 no en ello, y tomando la vénia del de Lazan, se es-
 cogió por sitio el frente de la batería del Portillo.

Conferencia
 y proposicio-
 nes de los ge-
 nerales fran-
 ceses.

Todavía en el mismo dia avistáronse allí con Cal-
 vo y otros oficiales españoles autorizados por el go-
 bernador y vecindario, los generales franceses Le-
 febvre y Verdier recién llegado. Limitáronse las
 pláticas á insistir estos en la entrega de Zaragoza,
 ofreciendo olvido de lo pasado, respetar las perso-
 nas y propiedades, y conservar á los empleados en
 sus destinos; con la advertencia que de lo contrario
 convertirian en cenizas la ciudad, y pasarían á cu-
 chillo los moradores. Calvo contestó con brio, pro-
 metiendo sin embargo que daría cuenta de lo que
 proponian, y que en la mañana siguiente se les co-
 municaría la definitiva resolución, en cuya conformi-
 dad pasó el 27 temprano al campo frances Don

Emeterio Barredo llevando consigo una respuesta ^(1 Ap. n. 4)
 firmada por el marques de Lazan, en la que se des-
 echaban las insidiosas proposiciones del enemigo.

Claro era que estrechar el asedio y nuevas em-
 bestidas seguirian á repulsa tan temeraria, mayor-
 mente cuando los franceses habian engrosado su
 ejército, y cuando se habia mejorado su posicion.
 Por aquellos dias, ademas de haberse desembaraza-
 do de Palafox arrojándole de Epila, habian recibi-
 do de Pamplona y Bayona socorros de cuantía. Trá-
 jolos el general Verdier, quien por su mayor gra-
 duacion reemplazó en el mando en gefe á Lefebvre,
 y no ménos fueron por de pronto reforzados que
 con 3000 hombres, 30 cañones de grueso calibre,
 4 morteros, 12 obuses, y 800 portugueses á las ór-
 denes de Gómez Freire. Fundadamente pensaron
 entónces que con buen éxito podrian vencer la te-
 nacidad zaragozana.

Los france-
 ses reforza-
 dos. Verdier
 general en ge-
 fe.

Así fué que en el mismo dia 27 renovaron el fue-
 go, y dirigieron con particularidad su ataque con-
 tra los puestos exteriores. Repelidos con pérdida
 en las diversas entradas de la ciudad, de que qui-
 sieron apoderarse, no pudo impedirseles que se acer-
 casen al recinto. Como en sus maniobras se notó
 el intento de enseñorearse del monte Torrero, con
 diligencia se metieron en Zaragoza los víveres y
 municiones que estaban encerrados en aquellos al-
 macenes; mas tan oportuna precaucion originó un
 desastre. A las tres de la tarde estremeciéronse to-
 dos los edificios, zumbando y resonando el aire con

Véase us
 almacén de
 pólvora.

el disparo y caída de piedras, astillas y cascós. Tuviéronse los zaragozanos por muertos, y como si fuesen á ser sepultados en medio de ruinas. Desparvoridos y azorados huían de sus casas, ignorando de dónde provenía tanto ruido, turbacion y fracaso. Causábalo el haberse pegado fuego por descuido de los conductores á la pólvora que se almacenaba en el seminario conciliar, y este y la manzana de casas contiguas y las que estaban en frente, se volaron ó desplomaron, rompiéndose los cristales de la ciudad, con muertes y desdichas. Agregábase á la horrenda catástrofe la pérdida de la pólvora, tan necesaria en aquel tiempo, y en el que habia de todo apretada pobreza.

Y para que apareciese enteramente acrisolada la constancia aragonesa, los franceses, fiados en la desolacion y universal desconsuelo, reiteraron sus ataques en tan apurado momento. No se descorazonaron los defensores, ántes bien enfurecidos hicieron que se malograra la tentativa de los enemigos, inhumana en aquella sazón.

Desde aquel día no transcurrió uno en que no hubiese reñidas contiendas, escaramuzas, salidas, acometimientos de sitiados y sitiadores. Largo sería é imposible referir hazañas tantas y tan gloriosas, rara vez empañadas con alguna bastarda accion.

Túvose sin embargo por tal lo ocurrido en el monte Torrero. El comandante á cuyo cargo estaba el puesto, de nombre Falcon, ora por conmi-

Ataque contra el monte Torrero.

vencia, ora por desaliento, que es á lo que nos inclinamos, le desamparó vergonzosamente, y el enemigo enseñoreándose de aquellas alturas, causó en breve notables estragos.

El vecindario por su parte, irritado de la conducta del comandante español, le obligó mas adelante á que compareciese ante un consejo de guerra, y por sentencia de este fué arcabuceado. La misma suerte cupo durante el sitio al coronel Don Rafael Pesino, gobernador de las cinco villas, y á otros de ménos nombre, acusados de inteligencia con el enemigo. Ejemplar castigo, tachado por algunos de precipitado, pero que miraron otros como saludable freno contra los que flaqueasen por timidos ó tramasen alguna alevosia.

Empeñábase así la resistencia, y cobraban todos ánimo con los oficiales y soldados que á menudo acudían en ayuda de la ciudad sitiada. Llenó sobre todo de particular gozo la llegada á últimos de junio de 300 soldados del regimiento de Extremadura al mando del teniente coronel Don Domingo Larripa, que vimos allá detenido en Tárrega, sin querer cumplir las órdenes de Duhesme, y tambien la que por entónces ocurrió de 100 voluntarios de Tarragona, capitaneados por el teniente coronel Don Francisco Marcó del Pont. Compensábase con eso algun tanto el haber perdido las alturas de Torrero.

Mas dueños los franceses de semejante posicion, determinaron molestar la ciudad con balas, grana-

Castigo del comandante.

Llegada de un refuerzo á los españoles.

®

das y bombas. Para ello colocaron en aquella eminencia una batería formidable de cañones de grueso calibre y morteros. Levantaron otras en diversos puntos de la línea, con especialidad en el parage llamado de la Bernardona, enfrente de la Aljafería. Preparados de este modo, al terminarse el 30 de junio y á las doce de la noche rompieron el fuego, y dieron principio á un horroroso bombardeo. Los primeros tiros salvaron la ciudad sin hacer daño: acortáronlos, y las bombas penetrando por las bóvedas de la fábrica antigua de la iglesia del Pilar y arruinando varias casas, empezaron á causar quebrantos y destrozos.

Al amanecer, los vecinos, léjos de arredrarse á su vista, trabajaron á competencia y con sumo afán para disminuir las lástimas y desgracias. Construyéronse blindages en calles y plazas, torcióse el curso de Huerba y se le metió en la ciudad para apagar con presteza cualquiera incendio. Franqueáronse los sótanos, empleando dentro en trabajos útiles y que pedían resguardo á los que no eran llamados á guerrear. Para observar el fagonazo y avisar la llegada de las bombas, pusieronse atalayas en la torre que denominaban nueva, si bien fabricada en 1504, la cual elevándose en la plaza de San Felipe sola y sin arrimo, pareció acomodada al caso, aunque ladeada á la manera de la famosa de Pisa. No satisfechos los sitiados con estas obras y las ántes construidas, ideando otras, cortaron y zanjaron calles, atronaron casas y tapiales, apilaron sacos de tierra, trazaron y erigieron nuevas

30 de junio,
principio del
bombardeo.

Nuevas obras
de defensa de
los sitiales.

baterías, las cubrieron con cañones arrumbados por viejos en la Aljafería 6 con los que sucesivamente llegaban de Lérida y Jaca, y en fin, quemaron y talaron las huertas y olivares, los jardines y quintas que encubrian los aproches del enemigo, perjudicando á la defensa. Sus dueños no solamente descendian en la destruccion con desprendimiento magnánimo, sino que las mas veces ayudaban con sus brazos al total asolamiento. Y cuando lidiando en otro lado descubrian la llama que devoraba el fruto de años de sudor y trabajo, ó el antiguo solar de sus abuelos, ensoberbecíanse de cooperar así y con largueza á la libertad de la patria. ¿De qué no eran capaces varones dotados de virtudes tan esclarecidas?

Al bombardeo siguióse en la mañana del 1.º de julio un ataque general en todos los puntos. Empezaron á batir la Aljafería y puerta del Portillo, mandada por Don Francisco Marcó del Pont, los fuegos de la Bernardona. La puerta del Cármen encargada al cuidado de Don Domingo Larripa, fué casi al mismo tiempo embestida, y tampoco tardaron los enemigos en molestar la de Sancho, custodiada por el sargento mayor Don Mariano Renovales. Con todo, siendo su mayor empeño apoderarse de la del Portillo, hubo allí tal estrago, que muertos en una batería exterior todos los que la defendian, nadie osaba ir á reemplazarlos, lo cual dió ocasion á que se señalase una muger del pueblo, llamada Agustina Zaragoza. Moza esta de 22 años

Ataques del
1.º y 2.º de ju-
lio.

Agustina Za-
ragoza.

y agraciada de rostro, llevaba provisiones á los defensores cuando acaeció el mencionado abandono. Notando aquella valerosa hembra el aprieto y desánimo de los hombres, corrió al peligroso punto, y arrancando la mecha aun encendida de un artillero que yacia por el suelo, puso fuego á una pieza, é hizo voto de no desampararla durante el sitio sino con la vida. Imprimiendo su arrojo nueva audacia en los decaídos ánimos, se precipitaron todos á la batería, y renovóse tremendo fuego. Proeza muy semejante la de Agustina á la de María Pita en el sitio que pusieron los ingleses á la Coruña en 1589, fué premiada tambien de un modo parecido; y así como á aquella le concedió Felipe II el grado y sueldo de alférez vivo, remuneró Palafox á esta con un grado militar y una pension vitalicia.

Continuaba vivísimo el fuego, y nuestra artillería muy certera arredraba al enemigo, sin que hasta entónces hubiese oficial alguno de aquella arma que la dirigiese. No eran todavía las doce del dia, cuando entre el horroroso y mortífero estruendo del cañon se presentaron los subtenientes de aquel distinguido cuerpo Don Gerónimo Piñeiro y Don Francisco Rosete, que fugados de Barcelona corrian apresuradamente á tomar parte en la defensa de Zaragoza. Sin descanso, despues de largo viaje y fatigoso tránsito, se pusieron, el primero á dirigir los fuegos de la entrada del Portillo, y el segundo los de la del Cármen. Con la ayuda de oficiales inteligentes creció el brio en los nuestros, y

aumentóse el estrago en los contrarios. La noche cortó el combate, mas no el bombardeo, renovándose aquel al despuntar del alba con igual furia que el dia anterior. Las columnas enemigas con diversas maniobras intentaron enseñorearse del Portillo, y abierta brecha en la Aljafería, se arrojaron á asaltar aquella fortaleza; pero fuese que no hallasen escalas acomodadas, ó fuese mas bien la denodada valentía de los sitiados, los franceses repelidos se desordenaron y dispersaron en medio de los esfuerzos de gefes y oficiales. Otro tanto pasaba en el Portillo y Cármen. El marqués de Lazan, durante el ataque, recorrió la línea en los puntos mas peligrosos, remunerando á unos y alentando á otros con sus palabras.

Ya era entrada la tarde, desmayaban los enemigos, y los nuestros familiarizándose mas y mas con los riesgos de la guerra, desconocidos al mayor número, redoblaron sus esfuerzos alentados con un inesperado y para ellos halagüeño acontecimiento. De boca en boca y con rapidez se difundió que D. José de Palafox estaba de vuelta en la ciudad, y que pronto gozarian todos de su presencia. En efecto, penetrando en Zaragoza á las cuatro de la tarde de aquel dia, que era el 2, aparecióse de repente en donde se lidiaba, y á su vista arrebatados de entusiasmo, hicieron los nuestros tan firme rostro á los franceses, que sin insistir estos en nueva acometida, se contentaron con proseguir el bombardeo.

Entrada de
Palafox el 2
en Zaragoza.

Otros combates.

Viendo sin embargo que para aproximarse á las puertas era menester hacerse dueños de los conventos de San José y Capuchinos y otros puntos extramuros, comenzaron por entónces á embestirlos. En el convento de San José, asentado á la derecha del rio Huerba, no habia otro amparo que el de las paredes, en cuyo macizo se habian abierto troneras. Asaltáronle 400 polacos, y repelidos con gran pérdida, tuvieron que aguardar refuerzo, y aun así no se posesionaron de aquel puesto sino al cabo de horas de pelea. No fueron mas afortunados en el de Capuchinos, cercano á la puerta del Cármen. Lucharon los defensores cuerpo á cuerpo en la iglesia, en los claustros, en las celdas, y no desampararon el edificio hasta despues de haberle puesto fuego.

Puente echado por los franceses en San Lamberto.

Tambien quisieron los franceses cercar la ciudad por la orilla izquierda del Ebro, principalmente á causa de los socorros que la libre comunicacion proporcionaba. Para estorbarla pensaron en cruzar el rio, echando el 10 de julio un puente de balsas en San Lamberto. Salíó contra ellos el general Palafox con paisanos y una compañía de suizos que acababa de llegar. Batallaron largo tiempo, y vino con refuerzo á sostenerlos el intendente Calvo de Rozas, cuyo caballo fué derribado de una granada. Los enemigos no se atrevieron á pasar muy adelante, y aprovechando los nuestros el precioso respiro que daban, levantaron en el arrabal tres haterías, una en los tejares, y las otras dos en

Extrago hecho por los mismos.

Otros medidas de los sitiados.

el rastro de los clérigos y en San Lázaro: de las que protegidos los labradores, se escopetearon varias veces con los franceses en el campo de las Raniñas, y los ahuyentaron, distinguiéndose con frecuencia en la lid el famoso tío Jorge. Así que, los sitiadores no pudieron cerrar del todo las comunicaciones de Zaragoza, pero talaron los campos, quemaron las mieses, y extendiéndose hácia el Gállego, vióse desconsoladamente arder el puente de madera que da paso al camino carretero de Cataluña, y destruirse é incendiarse las aceñas y molinos harineros que abastecian la ciudad. Las angustias crecian, mas al par de ellas también el ardimiento de los sitiados. Se acopió la harina del vecindario para amasar solamente pan de municion que todos comian con gusto, y para fabricar pólvora se establecieron molinos movidos por caballos, y se cogió el azufre en donde quiera que lo habia: se lavó la tierra de las calles para tener salitre, y se hizo carbon con la caña del cañamo, tan alto en aquel pais. No poco cooperó al acierto y direccion de estos trabajos, como de los demas que ocurrieron, el sabio oficial de artilleria Don Ignacio López, quien desde entónces hasta el fin del sitio fué uno de los pilares en que estribó la defensa zaragozana.

Eran estas precauciones tanto mas necesarias, cuanto no solo los franceses ceñian mas y mas la plaza, sino que tambien previeron los sitiados que bien pronto intentarían destruir ó tomar los molinos.

Apodérase el
enemigo de
Villafeliche.

nos de pólvora de Villafeliche, á doce leguas de Zaragoza, que eran los que la proveían. Así sucedió. El varon de Versages desde Calatayud asomándose á las alturas inmediatas á aquel pueblo, impidió al principio que lograsen su objeto. Mas revolviendo sobre él los enemigos con mayores fuerzas, tuvo que replegarse y dejar en sus manos tan importantes fábricas.

Otros combates.

En medio del tropel de desdichas que oprimian á los zaragozanos, permanecían constantes sin que nada los abatiese. En continuada vela desbarataban las sorpresas que á cada paso tentaban sus contrarios. El 17 de julio, dueños ya estos del convento de Capuchinos, sigilosamente á las nueve de la noche procuraron ponerse bajo el tiro de cañon de la puerta del Carmen. Los nuestros lo notaron, y en silencio también aguardando el momento del asalto, rompieron el fuego y derribaron sin vida á los que se gloriaban ya de ser dueños del puesto. Con mayor furia renovaron los sitiadores sus ataques allí y en las otras puertas las noches siguientes: en todas infructuosamente, no habiendo podido tampoco apoderarse del convento de Trinitarios descalzos, sito extramuros de la ciudad.

En lucha tan encarnizada, los españoles á veces molestaban al enemigo con sus salidas, y no ménos quisieron que adelantarse hasta el monte Torrero. Aparentando pues un ataque formal por el paseo ántes deleitoso que de la ciudad iba á aquel punto, dieron otros de sobresalto en medio del día en el

campamento francés. Todo lo atropellaron, y no se retiraron sino cubiertos de sangre y despojos. Por las márgenes del Gállego, midieron igualmente unos y otros sus armas en varias ocasiones, y señaladamente en 29 de julio en que nuestros lanceros sacaron ventaja á los suyos con mucha honra y prez, sobresaliendo en los reencuentros el coronel Buitron, primer ayudante de Palafox.

Restaban aún nuevas y mas recias ocasiones en que se emplease y resplandeciese la bizarría y firmeza de los zaragozanos. Noche y día trabajaban sus enemigos para construir un camino cubierto que fuese desde el convento de San José por la orilla del Huerba hasta las inmediaciones de la Bernardona, y á su abrigo colocar morteros y cañones, no mediando ya entre sus baterías y las de los españoles sino muy corta distancia.

Aguardábase por momentos una general embestida, y en efecto en la madrugada del 3 de agosto el enemigo rompió el fuego en toda la línea, cayendo principalmente una lluvia de bombas y granadas en el barrio de la ciudad, situado entre las puertas de Santa Engracia y el Carmen, hasta la calle del Coso. El coronel de ingenieros frances Lacoste, ayudante de Napoleon, que había llegado después de comenzado el sitio, con razon juzgó no ser acertado el ataque ántes emprendido por el Portillo, y determinó que el actual se diese del lado de Santa Engracia, como mas directo y como punto no flanqueado por el castillo. La principal batería

Ataques del
3 y 4 de agosto.

de brecha estaba á 150 varas del convento, y constaba de 6 piezas de á 16 y de 4 obuses. Habian ademas establecido sobre todo el frente de ataque siete baterías, de las que la mas lejana estaba del recinto 400 varas. A tal distancia y tan reconcentrado, fácil es imaginarse cuán terrible y destructor sería su fuego. Sea de propósito ó por acaso, notóse que sus tiros con particularidad se asestaban contra el hospital general, en que habia gran número de heridos y enfermos, los niños expósitos y los dementes. Al caer las bombas, hasta los mas postrados, desnudos y despavoridos saltaron de sus camas y quisieron salvarse. Grande desolacion fué aquella. Mas con el zelo y actividad de buenos patrios, muchos, en particular niños y heridos, se trasladaron á parage mas resguardado. Prosiguió todo aquel dia el bombardeo, conmoviéndose unos edificios, desplomándose otros, y causando todo junto tal estampido y estruendo, que se difundia y retumbaba á muchas leguas de Zaragoza.

Al alborar del 4 descubrieron los enemigos su formidable batería en frente de Santa Engracia. No habia en derredor del monasterio foso alguno, coronando solo sus pisos varias piezas de artillería. Empezaron á batirle en brecha, acometiendo al mismo tiempo la entrada inmediata del mismo nombre, y distrayendo la atencion con otros ataques del lado del Cármen, Portillo y Aljafería. A las nueve de la mañana estaban arrasadas casi todas nuestras baterías y practicables las brechas.

Palafox, presentándose por todas partes, corria á donde habia mayor riesgo y sostenia la constancia de su gente. En lo recio del combate propúsole Le-fevre Desnouettes „paz y capitulacion.” Respondióle Palafox „guerra á cuchillo.” A su voz atropellábanse paisanos y soldados á oponerse al enemigo; y abalanzándose á dicho monasterio de Santa Engracia, célebre por sus antigüedades y por ser fundacion de los reyes católicos, se metian dentro sin que los arredrara ni el desplomarse de los pisos ni la caída de las mismas paredes que amagaba. A todo hacian rostro, nada los desviaba de su temerario arrojo. Y no parecia sino que las sombras de los dos célebres historiadores de Aragon Gerónimo Blancas y Zurita, cuyas cenizas allí reposaban, ahuyentadas del sepulcro al ruido de las armas y vagando por los atrios y bóvedas, los estimulaban y aguijaban á la pelea, representándoles vivamente los heróicos hechos de sus antepasados, que tan verídica y noblemente habian transmitido á la posteridad. Tanto tenia de sobrehumano el porfiado lidiar de los aragoneses.

Al cabo de horas, y cuando el terreno quedaba, no sembrado, sino cubierto de cadáveres, y en torno suyo ruinas y destrozos, pudieron los franceses avanzar y salir á la calle de Santa Engracia. Pisando ya el recinto, vanagloriábanse de ser dueños de Zaragoza, y formados y con arrogancia se encaminaban al Coso.

Mas pesóles muy luego su sobrada confianza. Co-

gidos y como enredados entre calles y casas, estuvieron expuestos á un horroroso fuego que de todos lados se les hacia á manera de granizada. Cortadas las bocacalles y parapetados los defensores con sacas de algodón y lana, y detras de las paredes de las mismas casas, los abrasaron, por decirlo así, á quemarropa por espacio de tres horas, sin que pudiesen salir al Coso, á donde desemboca la calle de Santa Engracia. Desesperanzaban ya los franceses de conseguirlo, cuando volándose un repuesto de pólvora que cerca tenían los españoles, con el daño y desórden que esta desgracia causó, fuéles permitido á los acometedores llegar al Coso, y posesionarse de dos grandes edificios que hay en ambas esquinas, el del convento de San Francisco á la izquierda, y el hospital general á la derecha. En este fué espantoso el ataque: prendióse fuego, y los enfermos que quedaban, arrojándose por las ventanas, caian sobre las bayonetas enemigas. Entre tanto, los locos encerrados en sus jaulas, cantaban, lloraban ó reian segun la manía de cada uno. Los soldados enemigos, tan fuera de sí como los mismos dementes, en el ardor del combate mataron á muchos y se llevaron á otros al monte Torrero, de donde despues los enviaron. Mucha sangre habia costado á los franceses aquel dia, habiendo sido tan de cerca ofendidos: contáronse entre el número de los muertos, oficiales superiores, y fué herido su mismo general en gefe Verdier.

Dueños de aquella parte, sentaron los enemigos

sus águilas victoriosas en la Cruz del Coso, templete con columnas en medio de la calle del mismo nombre. Todo parecia así perdido y acabado. Calvo de Rozas y el oficial Don Justo San Martin, fueron los últimos que á las cuatro de la tarde, despues de haberse volado el mencionado repuesto, desampararon la batería que enfilaba desde el Coso la avenida de Santa Engracia. Pero el primero no decayendo de ánimo, dirigióse por la calle de San Gil al arrabal, para desde allí juntar dispersos, rehacer su gente, traer los que custodiaban aquellos puntos entónces no atacados, y con su ayuda prolongar hasta la noche la resistencia, aguardando de fuera y ántes de la madrugada, segun verémos, auxilio y refuerzos.

Favoreció á su empresa lo ocurrido en el hospital general, y una equivocacion afortunada de los enemigos, quienes queriendo encaminarse al puente que comunica con el arrabal, en vez de tomar la calle de San Gil que tomó Calvo y es la directa, desfilaron por el arco de Cineja, callejuela torcida que va á la Torrenueva. Aprovechándose los aragoneses del extravío, los arremetieron en quella estrechura y los acribillaron y despedazaron. Obligóles á hacer alto semejante choque, y en el entretanto volviendo Calvo del arrabal con 600 hombres de refresco y otros muchos que se le agregaron, desembocaron juntos y de repente en la calle del Coso en donde estaba la columna francesa. Embistió con 50 hombres escogidos, y el primero el anciano capitán

Avanzan los franceses al Coso.

Cerezo que ya vimos en la Aljafería, yendo armado (para que todo fuera extraordinario) de espada y rodela, y bien unido con los suyos, se arrojaron todos como leones sobre los contrarios, sorprendidos con el súbito y furibundo ataque. Acometieron los demas por diversos puntos, y disparando desde las casas trabucazos y todo linage de mortíferos instrumentos, acosados los franceses y aterrados, se dispersaron y recogieron en los edificios de San Francisco y hospital general.

Anocheció al cesar la pelea, y vueltos los españoles del primer sobresalto, supieron por experiencia con cuánta ventaja resistirian al enemigo dentro de las calles y casas. Sosteníales tambien la firme esperanza de que con el alba apareceria delante de sus puertas un numeroso socorro de tropas, que así se lo habia prometido su idolatrado caudillo Don José de Palafox.

Salida de Palafox de Zaragoza.

Habia partido este de Zaragoza con sus dos hermanos á las doce del dia del 4, despues que los franceses, dueños del monasterio de Santa Engracia, estaban como atascados en las calles que daban al Coso. Presumiase con fundamento que no podrian en aquel dia vencer los obstáculos con que encontraban; mas al mismo tiempo careciendo de municiones y menguando la gente, temiase que acabarian por separarlos si no llegaban socorros de á fuera, y si ademas tropas de refresco no llenaban los huecos y animaban con su presencia á los tan fatigados si bien heroicos defensores. No estaban aquellas léjos

de la ciudad; pero dilatándose su entrada, pensóse que era necesario fuese Palafox en persona á acelerar la marcha. No quiso este sin embargo alejarse ántes que le prometiesen los zaragozanos que se mantendrian firmes hasta su vuelta. Hiciéronlo así, y teniendo fe en la palabra dada, convino en ir al encuentro de los socorros.

Correspondió á la esperanza el éxito de la empresa. A últimos de junio habia desde Cataluña penetrado en Aragon el 2.º batallon de voluntarios con 1200 plazas, al mando del coronel Don Luis Amat y Teran, 500 bombres de guardias españolas al del coronel Don José Manso, y ademas dos compañías de voluntarios de Lérida, cuya division se habia situado en Jelsa, diez leguas de Zaragoza. Cierito que con este auxilio y un convoy que bajo su amparo podria meterse en la ciudad sitiada, era dado prolongar la defensa hasta la llegada de otro cuerpo de 5000 hombres, procedente de Valencia, que se adelantaba por el camino de Teruel. El tiempo urgía; no sobraba la mas exquisita diligencia, por lo que, y á mayor abundamiento, despachóse al mismo Calvo de Rozas para enterar á Palafox de lo ocurrido despues de su partida, y servir de punzante espuela al pronto envío de los socorros. Alcanzó el nuevo emisario al general en Villafranca de Ebro, pasaron juntos á Osera, cuatro leguas de Zaragoza, en donde á las nueve de la noche entraron las tropas alojadas ántes en Jelsa y Pina.

En dicho pueblo de Osera celebróse consejo de

guerra, á que asistieron los tres Palafoxes con su estado mayor, el brigadier Don Francisco Osina, el coronel de artillería Don J. Navarro Sangran (estos dos procedentes de Valencia) y otros gefes. Informados por el intendente Calvo del estado de Zaragoza, sin tardanza se determinó que el marqués de Lazan con los 500 hombres de guardias españolas, formando la vanguardia se metiese en la ciudad en la madrugada del 5, que con la demas tropa le siguiese Don José de Palafox, y que su hermano Don Francisco quedase á la retaguardia con el convoy de víveres y municiones, custodiado tambien por Calvo de Rozas. Acordóse asimismo que para mantener con brio á los sitiados y consolarlos en su angustiada posicion, partiesen prontamente á Zaragoza como anunciadores y pregoneiros del socorro, el teniente coronel Don Emeterio Barredo y el tio Jorge, cuya persona rara vez se alejaba del lado de Palafox siendo capitán de su guardia. Partiéronse todos á desempeñar sus respectivos encargos, y la oportuna llegada á la ciudad de los mencionados emisarios, desbaratando los secretos manejos en que andaban algunos malos ciudadanos, confortó al comun de la gente y provocó el mas arrebatado entusiasmo.

Vuelve Lazan el 5 con socorro.

A ser posible, hubiera crecido de punto con la entrada pocas horas despues del marques de Lazan. Retardóse la de su hermano y la del convoy por un movimiento del general Lefebvre Desnouettes, quien mandaba en gefe en lugar del herido Verdier. Ha-

bíanle avisado la llegada de Lazan, y queria impedir la de los demas, juzgando acertadamente que le seria mas fácil destruirlos en campo abierto que dentro de la ciudad. Palafox desviándose á Villamayor, situado á dos leguas y media en una altura desde donde se descubre Zaragoza, esquivó el combate y aguardó oportunidad de burlar la vigilancia del enemigo. Para ejecutar su intento con apariencia fundada de buen éxito, mandó que de Huesca se le uniese el coronel Don Felipe Perena con 3000 hombres que allí habia adiestrado, y despues dejando á estos en las alturas de Villamayor para encubrir su movimiento, y valiéndose tambien de otros ardidés, engañó al enemigo, y de mañana y con el sol entró el dia 8 por las calles de Zaragoza. Déjase discurrir á qué punto se elevaria el júbilo y contentamiento de sus moradores, y cuán difícil seria contener sus ímpetus dentro de un término conveniente y templado.

El 8 Palafox con otro nuevo.

Los franceses, si bien sucesivamente habian acrecentado el número de su gente hasta rayar en el de 11,000 soldados, estaban descaecidos de espíritu, visto que de nada servian en aquella lid las ventajas de la disciplina, y que para ir adelante menester era conquistar cada calle y cada casa, arrancándolas del poder de hombres tan resueltos y constantes. Amilanáronse aun mas con la llegada de los auxilios que en la madrugada del 5 recibieron los sitiados, y con los que se divisaban en las cercanías.

Continúan
los choques y
reencuentros.

No por eso desistieron del propósito de enseñorearse de todos los barrios de la ciudad, y destruyendo las tapias, formaron detras líneas fortificadas, y construyeron ramales que comunicasen con los que estaban alojados dentro.

Desde el 5 hubo continuados tiroteos, peleábanse noche y dia en casas y edificios, incendiáronse algunos y fueron otros teatro de reñidas lides. En las mas brilló con sus parroquianos el beneficiado Don Santiago Sas y el tío Jorge. Tambien se distinguió en la puerta de Sancho otra muger del pueblo llamada Casta Alvarez, y mucho por todas partes Doña María Consolacion de Azlor, condesa de Bureta. A ningun vecino atemorizaba ya el bombardeo, y avezados á los mayores riesgos, bastábales le separacion de una calle ó de una casa para mirarse como resguardados por un fuerte muro ú ancho fosó. Debieran haberse eternizado muchos nombres que para siempre quedaron allí obscurecidos, pues siendo tantos y habiéndose convertido los zaragozanos en denodados guerreros, su misma muchedumbre ha perjudicado á que se perpetúe su memoria.

Los franceses
reciben el 6
orden de retirarse.

Por entónces empezó á susurrarse la victoria de Bailen. Daban crédito los sitiados á noticia para ellos tan plausible, y con desden y sonrisa la oian sus contrarios, cuando de oficio les fué á los últimos confirmada el dia 6 de agosto. Procuróse ocultar al ejército; pero por todas partes se traslucia, mayormente habiendo acompañado á la noticia la

orden de Madrid de que levantasen el sitio y se plegasen á Navarra. Meditaban los gefes franceses el modo de llevarlo á efecto, y hubieran bien pronto abandonado una ciudad para sus luestes tan ominosa, si no hubieran poco despues recibido contraorden del general Monthion desde Vitoria, á fin de que ántes de alejarse aguardasen nuevas instrucciones de Madrid del gefe de estado mayor Belliard. Permanecieron pues en Zaragoza, y continuaron todavía unos y otros en sus empeñados choques y reencuentros. Los franceses con desmayo, los españoles con animo mas levantado.

Contraorden poco despues.

Así fué que el 8 de agosto luego que entró Palafox congregóse un consejo de guerra, y se resolvió continuar defendiendo con la misma tenacidad y valentía que hasta entónces todos los barrios de la ciudad, y en caso que el enemigo consiguiese apoderarse de ellos, cruzar el rio, y en el arrabal percer juntos todos los que hubiesen sobrevivido. Felizmente su constancia no tuvo que exponerse á tan recia prueba, pues los franceses sin haber pasado del Coso recibieron el 13 la orden definitiva de retirarse. Llegó para ellos muy oportunamente, porque en el mismo dia caminando á toda priesa, y conducida en carros por los naturales del tránsito la division de Valencia al mando del mariscal de campo Don Felipe Saint-March, corrió á meterse precipitadamente en la ciudad invadida. Y tal era la impaciencia de sus soldados por arrojar al combate, que sin ser mandados y en union con los za-

Resolucion magnánima de los zaragozanos.

13, orden definitiva dada á los franceses de retirarse.

Llegada á Zaragoza de una division de Valencia.

ragozanos embistieron á las seis de la tarde desafiadamente al enemigo. Hallábase este á punto de desamparar el recinto, y al verse acometido apresuró la retirada volando los restos del monasterio de Santa Engracia. En seguida se reconcentró en su campamento del monte Torrero, y dispuesto á abandonar también aquel punto, prendió por la noche fuego á sus almacenes y edificios, clavó y echó en el canal la artillería gruesa, destruyó muchos pertrechos de guerra, y al cabo se alejó al amanecer del 14 de las cercanías de Zaragoza. La división de Valencia con otros cuerpos siguieron su huella, situándose en los linderos de Navarra.

Terminóse así el primer sitio de Zaragoza, que costó á los franceses mas de 3000 hombres y cerca de 2000 á los españoles. Célebre y sin ejemplo, mas bien que sitio pudiera considerársele como una continuada lucha ó defensa de posiciones diversas, en las que el entusiasmo y personal denuedo llevaba ventaja al calculado valor y disciplina de tropas aguerridas. Pues aquellos triunfos eran tanto mas asombrosos cuanto en un principio y los mas señalados fueron conseguidos, no por el brazo de hombres acostumbrados á la pelea y estrépitos marciales, sino por pacíficos labriegos que ignorando el terrible arte de la guerra, tan solamente habian encalecido sus manos con el áspero y penoso manejo de la azada y la podadera.

Al cerciorarse de la retirada de los franceses rompieron los moradores de Zaragoza en voces de

Aléjense los franceses de Zaragoza el 14.

Fin del sitio.

Alegría de los aragoneses. Estado de la ciudad.

alegría con lores eternos al Todopoderoso y gracias rendidas á la Virgen del Pilar, que su devoción miraba como la principal protectora de sus hogares. No daba facultad el gozo para reparar en qué estado quedaba la ciudad: triste era verdaderamente. La parte ocupada por los sitiadores, arruinada; los tejados de la que habia permanecido libre, hundidos por las granadas y bombas. En unos parages humeando todavía el fuego mal apagado, en otros desplomándose la techumbre de grandes edificios, y mostrándose en todos el lamentable espectáculo de la desolación y la muerte.

Celebráronse el 25 magníficas exequias por los que habian fallecido en defensa de su patria, de quienes nunca mejor pudiera repetirse con Pericles, „que en brevisimo tiempo y con breve suerte habian sin temor perecido en la cumbre de la gloria^{1.}” Concedió Palafox á los defensores muchos ^(1 Ap. n. 6.) privilegios, entre los que con razon algunos se graduaron de desmedidos. Mas este y otros desvíos desaparecieron y se ocultaron al resplandor de tantos é inmortales combates.

No desdijeron de aquella defensa las esclarecidas acciones que por entónces y con el mismo buen éxito que las primeras acaecieron en Cataluña. El Ampurdan habia imitado el ejemplo de los otros distritos de su provincia, y estaba ya sublevado cuando los franceses acometieron infructuosamente á Gerona la vez primera. El movimiento de sus somatenés fue provechoso á la defensa de aquella pla-

Cataluña.

Bloqueo de Figueras por los somatenés.

ragozanos embistieron á las seis de la tarde desafiadamente al enemigo. Hallábase este á punto de desamparar el recinto, y al verse acometido apresuró la retirada volando los restos del monasterio de Santa Engracia. En seguida se reconcentró en su campamento del monte Torrero, y dispuesto á abandonar también aquel punto, prendió por la noche fuego á sus almacenes y edificios, clavó y echó en el canal la artillería gruesa, destruyó muchos pertrechos de guerra, y al cabo se alejó al amanecer del 14 de las cercanías de Zaragoza. La división de Valencia con otros cuerpos siguieron su huella, situándose en los linderos de Navarra.

Terminóse así el primer sitio de Zaragoza, que costó á los franceses mas de 3000 hombres y cerca de 2000 á los españoles. Célebre y sin ejemplo, mas bien que sitio pudiera considerársele como una continuada lucha ó defensa de posiciones diversas, en las que el entusiasmo y personal denuedo llevaba ventaja al calculado valor y disciplina de tropas agueridas. Pues aquellos triunfos eran tanto mas asombrosos cuanto en un principio y los mas señalados fueron conseguidos, no por el brazo de hombres acostumbrados á la pelea y estrépitos marciales, sino por pacíficos labriegos que ignorando el terrible arte de la guerra, tan solamente habian encalecido sus manos con el áspero y penoso manejo de la azada y la podadera.

Al cerciorarse de la retirada de los franceses rompieron los moradores de Zaragoza en voces de

Aléjense los franceses de Zaragoza el 14.

Fin del sitio.

Alegría de los aragoneses. Estado de la ciudad.

alegría con lores eternos al Todopoderoso y gracias rendidas á la Virgen del Pilar, que su devoción miraba como la principal protectora de sus hogares. No daba facultad el gozo para reparar en qué estado quedaba la ciudad: triste era verdaderamente. La parte ocupada por los sitiadores, arruinada; los tejados de la que habia permanecido libre, hundidos por las granadas y bombas. En unos parages humeando todavía el fuego mal apagado, en otros desplomándose la techumbre de grandes edificios, y mostrándose en todos el lamentable espectáculo de la desolación y la muerte.

Celebráronse el 25 magníficas exequias por los que habian fallecido en defensa de su patria, de quienes nunca mejor pudiera repetirse con Pericles, „que en brevisimo tiempo y con breve suerte habian sin temor perecido en la cumbre de la gloria^{1.}” Concedió Palafox á los defensores muchos ^(1 Ap. n. 5) privilegios, entre los que con razon algunos se graduaron de desmedidos. Mas este y otros desvíos desaparecieron y se ocultaron al resplandor de tantos é inmortales combates.

No desdijeron de aquella defensa las esclarecidas acciones que por entónces y con el mismo buen éxito que las primeras acaecieron en Cataluña. El Ampurdan habia imitado el ejemplo de los otros distritos de su provincia, y estaba ya sublevado euando los franceses acometieron infructuosamente á Gerona la vez primera. El movimiento de sus somatenés fue provechoso á la defensa de aquella pla-

Cataluña.

Bloqueo de Figueras por los somatenés.

za, molestando con correrías las partidas sueltas del enemigo é interrumpiendo sus comunicaciones. Llevaron mas allá su audacia, y apoyados en algunos soldados de la corta guarnicion de Rosas, bloquearon estrechamente el castillo de San Fernando de Figueras, defendido por solos 400 franceses con escasas vituallas. Despechados estos de verse en apuro por la osadía de meros paisanos, quisieron vengarse incomodando con sus bombas á la villa y arruinándola sin otro objeto que el de hacer daño. Mas hubiéranse quizá arrepentido de su bárbara conducta, si estando ya casi á punto de capitular no los hubiera socorrido oportunamente el general Reille. Ayudante este de Napoleon habia por orden suya llegado á Perpiñan, y reunido precipitadamente algunas fuerzas. Con ellas y un convoy tocó el 5 de julio los muros de Figueras y ahuyentó á los somatenes.

Persuadido Reille que Rosas, aunque en parte desmantelada, atizaba el fuego de la insurreccion y suministraba municiones y armas, intentó el 11 del mismo julio tomarla por sorpresa; pero le salió vano su intento, habiendo sido completamente rechazado. A la vuelta tuvo que padecer bastante acosado por los somatenes, que en varios otros reencuentros, señaladamente en el del Alfar, desbarataron á los franceses. Era su principal caudillo Don Juan Claros, hombre de valor y muy práctico en la tierra.

Don Juan Claros,

Duhesme por su parte luego que volvió á Barce-

Socorre la plaza el general Reille.

lona despues de habérsele desgraciado su empresa de Gerona, no descansaba ni vivia tranquilo hasta vengar el recibido agravio. Juntó con premura los convenientes medios, y al frente de 6000 hombres, un tren considerable de artillería con municiones de boca y guerra, escalas y demas pertrechos conducentes á formalizar un sitio, salió de Barcelona el 10 de julio.

Confiado en el éxito de esta nueva expedicion contra Gerona, públicamente decia: *El 24 llego, el 25 la ataco, la tomo el 26, y el 27 la arraso.* Conci-so como César en las palabras, no se le asemejó en las obras. Por de pronto fué inquietado en todo el camino. Detuvieron á sus soldados entre Caldetas y San Pol las cortaduras que los somatenes habian abierto, y cuyo embarazo los expuso largo tiempo á los fuegos de una fragata inglesa y de varios buques españoles. Prosiguiendo adelante, se dividieron el 19 en dos trozos, tomando uno de ellos la vuelta de las asperezas de Vallgorquina, y el otro la ruta de la costa. De este lado tuvieron un reñido choque con la gente que mandaba Don Francisco Milans, y por el de la Montaña vencidos varios obstáculos, con pérdidas y mucha fatiga llegaron el 20 á Hostalrich, cuyo gobernador Don Manuel O-sullivan, de apellido extranjero, pero de corazon español y nacido en su suelo, contestó esforzadamente á la intimacion que de rendirse le hizo el general Goulas. Volvieron á unir las dos columnas francesas despues de otros reencuentros, y juntas avanzaron á Gerona,

Vuelve Duhesme á Gerona.

en donde el 24 se les agregó el general Reillé con mas de 2000 hombres que traia de Figueras. Aunque á vista de la plaza, no la acometieron formalmente hasta principios de agosto; y como el no haber conseguido el enemigo su objeto dependió en mucha parte de haberse mejorado la situacion del principado con los auxilios que de fuera vinieron, y con el mejor orden que en él se introdujo, será conveniente que acerca de uno y otro echemos una rápida ojeada.

Junta de Lérida.

Habíase congregado en Lérida á últimos de julio una junta general en que se representaron los diversos corregimientos y clases del principado. Fué su primera y principal mira aunar los esfuerzos, que si bien gloriosos, habian hasta entónces sido parciales, combinando las operaciones y arreglando la forma de los diversos cuerpos que guerreaban. Acordó juntar con ellos y otros alistados el número de 40,000 hombres, y buscó y encontró en sus propios recursos el medio de subvenir á su mantenimiento. Para lisonjear sin duda la opinion vulgar de la provincia, adoptó en la organizacion de la fuerza armada la forma antigua de los miqueletes. Motejóse con razon esta disposicion, como tambien el que dándoles mayor paga disgustase á los regimientos de línea. Los miqueletes, segun Melo, se llamaron ántes almogavares, cuyo nombre significa gente del campo, que profesaba conocer por señales ciertas el rastro de personas y animales. Mudaron su nombre en el de miquelets en memoria, di-

ce el mismo autor, de Miquelot de Prats, compañero del famoso César Borja. Pudo en aquel siglo y aun despues convenir semejante ordenación de paisanos, aunque muchos lo han puesto en duda; mas de ningun modo era acomodada al nuestro faltándole la conveniente disciplina y subordinacion.

Acudieron tambien á Cataluña por el propio tiempo parte de las tropas de las islas Baleares. Al principio se habian negado sus habitantes á desembarco. Peso en julio mas tranquilos, convinieron en que la guarnición de Mahon con el marqués del Palacio, que mandaba en Menorca desde el principio de la insurreccion, se hiciese á la vela para Cataluña. Dicho general, si bien habia suscitado alteraciones de que hubieran podido resultar males, y abierta division entre las dos islas de Mallorca y Menorca, habíase sin embargo mantenido firmemente adicto á la causa de la patria, y contestado con dignidad y energía á las insidiosas propuestas que le hicieron los franceses de Barcelona y sus parciales.

El 20 de julio salió, pues, de Menorca la expedicion compuesta de 4630 hombres con muchos víveres y pertrechos, y el 23 desembarcó en Tarragona. Dió su llegada grande impulso á la defensa de Cataluña, y trasladándose sin tardanza de Lérida á aquel puerto la junta del principado, nombró por su presidente al marqués del Palacio, y se instaló solemnemente el 6 de agosto.

Tropas de Menorca mandadas por el marqués del Palacio.

Se empezó desde entónces en aquella parté de España á hacer la guerra de un modo mejor y mas concertado. Al principio, sin otra guia ni apoyo que el valor de sus habitantes, redújose por lo general á ser defensiva y á incomodar separadamente al enemigo. Con este fin determinó el nuevo gefe tomar la ofensiva, reforzando la línea de somatenes que cubria la orilla del Llobregat. Escogió para mandar la tropa que enviaba á aquel punto al brigadier conde de Caldagues, quien se juntó con el coronel Baguet, gefe de los somatenes. La presencia de esta gente incomodaba á Lecchi, comandante de Barcelona en ausencia de Duhesme, mayormente cuando por mar le bloqueaban dos fragatas inglesas, de una de las cuales era capitán el despues tan conocido y famoso Lord Cochrane. Temíase el frances cualquiera tentativa, y creció su cuidado luego que supo haber los somatenes recobrado el 31 á Mongat, con la ayuda de dicho Cochrane, y capitaneados por Don Francisco Barceló.

El conde de Caldagues va en socorro de Gerona.

No queriendo desperdiciar la ocasion, y valiéndose de la inquietud y sobresalto del enemigo, pensó el marqués del Palacio en socorrer á Gerona. Al efecto, y creyendo que por sí y los somatenes podría distraer bastantemente la atencion de Lecchi, dispuso que el conde de Caldagues saliese de Martorell el 6 de agosto con tres compañías de Soria y una de granaderos de Borbon, al rededor de cuyo núcleo esperaba que se agruparian los somatenes del tránsito. Así sucedió, agregándose sucesivamente

Milans, Claros y otros al conde de Caldagues, que se encaminó por Tarrasa, Sabadell y Granollers á Hostalrich. El 15 se apróximaron todos á Gerona, y en Castellá, celebrándose un consejo de guerra y de concierto con los de la plaza, se resolvió atacar á los franceses el dia siguiente. Contaban los españoles 10,000 hombres, por la mayor parte somatenes.

Veamos ahora lo que allí habia ocurrido desde que el enemigo la habia embestido en los últimos dias de julio. El número de los sitiadores, si no se ha olvidado, ascendia á cerca de 9000 hombres; el de los nuestros, dentro del recinto, á 2000 veteranos, y ademas el vecindario muy bien dispuesto y entusiasmado. Los franceses, fuese desacuerdo entre ellos, fuesen órdenes de Francia, ó mas bien el trastorno que les causaban las nuevas que recibian de todas las provincias de España, continuaron lentamente sus trabajos sin intentar, ántes del 12 de agosto, ataque formal. Aquel dia intimaron la rendicion, y desechadas que fueron sus proposiciones, rompieron el fuego á las doce de la noche del 13. Aviváronle el 14 y 15, acometiéndolo con particularidad del lado de Monjuich, nombre que se da, como en Barcelona á su principal fuerte. Adelantaban en la brecha los enemigos, y muy luego hubieran estado practicable, si los sitiados trabajando con ahinco y guiados por los oficiales de Ultonia, no se hubiesen empleado en su reparo.

Apurados sin embargo andaban, á la sazón que el conde de Caldagues, colocado con su division en

Atacaron los franceses á Gerona el 13 de agosto.

Son derrotados el 16.

las cercanías, trató, estando todos de acuerdo, de atacar en la mañana del 16 las baterías que los sitiadores habían levantado contra Monjuich. Mas era tal el ardimiento de los soldados de la plaza, que sin aguardar la llegada de los de Caldagues, y mandados por Don Narciso de la Valeta, Don Enrique Odonell y Don Tadeo Aldea, se arrojaron sobre las baterías enemigas, penetraron hasta por sus troneras, incendiaron una, se apoderaron de otra, y quemaron sus montages. Hízose luego general la refriega: duró hasta la noche, quedando vencedores los españoles, no obstante la superioridad del enemigo en disciplina y orden. Escarmentados los franceses abandonaron el sitio, y volviéndose Reille al siguiente día á Figueras, enderezó Duhesme sus pasos camino de Barcelona. Pero este no atreviéndose á reparar por Hostalrich ni tampoco por la marina, ruta en varios puntos cortada y defendida con buques ingleses, se metió por en medio de los montes perdiendo carros y cañones, cuyo transporte impedían lo agrio de la tierra y la celeridad de la marcha. Llegó Duhesme dos días despues á la capital de Cataluña con sus tropas hambrientas y fatigadas y en lastimoso estado. Terminóse así su segunda expedición contra Gerona, no mas dichosa ni lucida que la primera.

Llevada en España á feliz término esta que podemos llamar su primer campaña, será bien volver nuestra vista á la que al propio tiempo acabaron los ingleses gloriosamente en Portugal.

Portugal.

Habia aquel reino proseguido en su insurrección, y padecido bastante algunos de sus pueblos con la entrada de los franceses. Cupo suerte á la de Leiria y Nazareth, habiendo sido igualmente desdichada la de la ciudad de Evora. Era en Portugal difícil el arreglo y union de todas sus provincias por hallarse interrumpidas las comunicaciones entre las del norte y mediodía, y árduo por tanto establecer un concierto entre ellas para lidiar ventajosamente contra los franceses. La junta de Oporto, animada de buen zelo, mas desprovista de medios y autoridad, procedía lentamente en la organización militar, y de Galicia con escasez y tarde le llegaron cerca de 2000 hombres de auxilio. La junta de Extremadura envió por su lado una corta división á las órdenes de Don Federico Moreti, con cuya presencia se fomentó el alzamiento del Alentejo en tal manera grave á los ojos de Junot, que dió orden á Loison para pasar prontamente á aquella provincia, desamparando la Beira, en donde este general estaba, despues de haber inútilmente pisado los lindes de Salamanca y las orillas de Duero. Supieron portugueses y españoles que se acercaban los enemigos, y al mando aquellos del general Francisco de Paula Leite, y los nuestros al del brigadier Moreti, los aguardaron fuera de las puertas de Evora, dentro de cuyos muros se había instalado la junta suprema de la provincia. Era el 29 de julio, y las tropas aliadas, no ofreciendo sino un conjunto informe de soldados y paisanos mal arma-

Estado de aquel reino y de su insurrección.

Evora.

dos y peor disciplinados, se dispersaron en breve, recogién dose parte de ellos á la ciudad. Los enemigos avanzaron; mas tuvieron dentro que vencer la pertinaz resistencia de los vecinos y de muchos de los españoles refugiados allí despues de la accion, y que guiados por Moreti y sobre todo por Don Antonio María Gallego, disputaron á palmos algunas de las calles. El último quedó prisionero. La ciudad fué entregada por el enemigo á saco, desahogando este horrorosamente su rabia en casas y vecinos. Moreti con el resto de su tropa se acogió á la frontera de Extremadura. En ella y en la plaza de Olivenza reunia los dispersos el general Leite. Tambien al mismo tiempo se ocupaba en el Algarbe el conde de Castro-marin en allegar y disciplinar reclutas; mas tan loables esfuerzos así de esta parte como otros parecidos en la del norte de Portugal, no hubieran probablemente conseguido el anhelado objeto de libertar el suelo lusitano de enemigos sin la pronta y poderosa cooperacion de la Gran Bretaña.

Expedicion inglesa enviada á Portugal.

Desde el principio de la insurreccion española habia pensado aquel gobierno en apoyarla con tropas suyas. Así se le ofreció á los diputados de Galicia y Asturias en caso que tal fuese el deseo de las juntas; mas estas prefirieron á todo los socorros de municiones y dinero, teniendo por infructuoso y aun quizá perjudicial, el envio de gente. Era entonces aquella opinion la mas acreditada, y fundábase en cierto orgullo nacional loable, mas hijo en parte

de la inexperiencia. Daba fuerza y séquito á dicha opinion el desconcepto en que estaban en el continente las tropas inglesas, por haberse hasta entonces malogrado desde el principio de la revolucion francesa casi todas sus expediciones de tierra. Sin embargo al paso que amistosamente no se admitió la propuesta, se manifestó que si el gobierno de S. M. B. juzgaba oportuno desembarcar en la península alguna division de su ejército, seria conveniente dirigirla á las costas de Portugal, en donde su auxilio serviria de mucho á los españoles poniéndoles á salvo de cualquiera empresa de Junot.

Abrazó la idea el ministerio ingles, y una expedicion preparada ántes de levantarse España, y segun se presume contra Buenos-Aires, mudó de rumbo, y recibió la orden de partir para las costas portuguesas. Púsose á su frente al teniente general Sir Arthuro Wellesley, conocido despues con el nombre de duque de Wellington, y de quien daremos breve noticia, siendo muy principal el papel que representó en la guerra de la península.

Cuarto hijo Sir Arthuro del vizconde Wellesley, conde de Mornington, habia nacido en Irlanda en 1769, el mismo año que Napoleon. De Eton pasó á Francia, y entró en la escuela militar de Angers para instruirse en la profesion de las armas. Comenzó su carrera en la desastrada campaña que en 1793 acaudilló en Holanda el duque de Yorck, donde se distinguió por su valor. Detenido á causa de temporales, no se hizo á la vela para América en

Sir Arthuro Wellesley.

95, según lo intentaba, y solo en 97 se embarcó con dirección á opuestas regiones, yendo á la India oriental en compañía de su hermano mayor el marques de Wellesley nombrado gobernador. Se aventajó por su arrojo y pericia militar en la guerra contra Tipoo-Saib y los Máratas, ganándoles con fuerzas inferiores la batalla decisiva de Assie. En 1805 de vuelta á Inglaterra tomó asiento en la cámara de los comunes, y se unió al partido de Pitt. Nombrado secretario de Irlanda, capitaneó despues la tropa de tierra que se empleó en la expedición de Copenhague. Hombre activo y resuelto al paso que prudente, gozando ya de justo y buen concepto como militar, sobremanera aumentó su fama en las venturosas campañas de la península española.

Sale la expedición de Cork.

Contaba ahora la expedición de su mando 10,000 hombres, los que bien provistos y equipados dieron la vela de Cork el 12 de julio. Al emparejar con la costa de España, paráronse delante de la Coruña, en donde desembarcó el 20 su general Wellesley. Andaba á la sazón aquella junta muy atribulada con la rota de Rioscco, y nunca podrian haber llegado mas oportunamente los ofrecimientos ingleses en caso de querer admitirlos. Reiterólos su gefe; pero la junta insistió en su dictámen, y limitándose á pedir socorros de municiones y dinero, indicó como mas conveniente el desembarco en Portugal. Prosiguieron pues su rumbo, y poniéndose de acuerdo el general de la expedición con Sir Carlos Cotton que mandaba el crucero frente de Lisboa, de

Desembarca en Mondego.

terminó echar su gente en tierra en la bahía de Mondego, fondeadero el mas acomodado.

No tardó Wellesley en recibir aviso de que otras fuerzas se le juntarian, entre ellas las del general Spencer, ántes en Jerez y puerto de Santa Maria, y tambien 10,000 hombres procedentes de Suecia al mando de Sir Juan Moore. Reunidas que fuesen todas estas tropas con otros cuerpos sueltos, debian ascender en su totalidad á 30,000 hombres incluso 2000 de caballería; pero con noticia tan placentera recibió otra el general Wellesley por cierto desagradable. Era pues que tomaria el mando en gefe del ejército Sir H. Dalrymple, haciendo de segundo bajo sus órdenes Sir H. Burrard. Recayó el nombramiento en el primero, porque habiendo seguido buena correspondencia con Castaños y los españoles, se creyó que así se estrecharian los vínculos entre ambas naciones con la cumplida armonía de sus respectivos caudillos.

No obstante la mudanza que se anunciaba, prevínose al general Wellesley que no por eso dejase de continuar sus operaciones con la mas viva diligencia. Autorizado este con semejante permiso, y quizá estimulado con la espuela del sucesor, trató sin dilacion de abrir la campaña. Desembarcadas ya todas sus tropas en 5 de agosto, y arribando con las suyas el mismo dia el general Spencer, pusieron el 9 en marcha hácia Lisboa. El 12 se encontraron en Leiria con el general portuguez Bernardino Freire, que mandaba 6000 infantes y 600

caballos de su nacion. No se ayinieron ambos gefes. Desaprobaba el portugues la ruta que queria tomar el británico, temeroso de que descubierta Coimbra, fuese acometida por el general Loison, quien de vuelta ya del Alentejo habia entrado en Tomar. Por tanto permaneció por aquella parte, cediendo solamente á los ingleses 1400 hombres de infantería y 250 de caballería que se les incorporaron. Wellesley prosiguió adelante, y el 15 avanzó hasta Caldas.

Estado de Junot, y sus disposiciones.

El desembarco de sus tropas habia excitado en Lisboa y en todos los pueblos extremado júbilo y alegría, enflaqueciendo el ánimo de Junot y los suyos. Preveían su suerte, principalmente estando ya noticiosos de la capitulacion de Dupont y retirada de José al Ebro. Derramadas sus fuerzas, no ofrecian en ningun punto suficiente número para oponerse á 15.000 ingleses que avanzaban. Tomó sin embargo Junot providencias activas para reconcentrar su gente en cuanto le era dable. Ordenó á Loison dirigirse á la Beira y flanquear el costado izquierdo de sus contrarios, y á Kellerman que ahuyentando las cuadrillas de paisanos de Alcázar de Sal y su comarca, evacuase á Setúbal y se le uniese. Negóse á prestarle ayuda Siniavin, almirante de la escuadra rusa fondeada en el Tajo, no queriendo combatir á no ser que acometiesen el puerto los buques ingleses.

Tampoco descuidó Junot celar que se mantuviese tranquila la populosa Lisboa, y para ello en nada

acertó tanto como en dejar su gobierno al cuidado del general Travot, de todos querido y apreciado por su buen porte. Custodiáronse con particular esmero los españoles que yacian en pontones, y se atendió á conservar libres las orillas del Tajo. Los franceses allí avecindados se mostraron muy aficionados á los suyos, y deseosos de su triunfo, formaron un cuerpo de voluntarios. El conde de Bourmont y otros emigrados, á quienes durante la revolucion se habian prodigado en Lisboa favores y consuelo, se unieron á sus compatriotas solicitando con instancia el mencionado conde que se le emplease en el estado mayor.

Tomadas estas disposiciones, pareció á Junot ser ocasion de ponerse á la cabeza de su ejército, é ir al encuentro de los ingleses. Pero ántes habian estos venido á las manos cerca de Roliza con el general Delaborde, quien saliendo de Lisboa el 6 de agosto y juntándose en Ovidos con el general Thomiers y otros destacamentos, habia avanzado á aquel punto al frente de 5000 hombres.

Eran sus instrucciones no empeñar accion hasta que se le agregasen las tropas en varios puntos esparcidas, y limitarse á contener á los ingleses. No le fué lícito cumplir aquellas, viéndose obligado á pelear con el ejército adversario. Habia este salido de su campo de Caldas en la madrugada del 17, y encaminándose hácia Ovidos. Se extiende desde allí hasta Roliza un llano arenoso cubierto de matorrales y arbustos, terminado por agrias colinas,

Accion de Roliza.

®

las que prolongándose del lado de Culumbeira, casi cierran por su estrechura y tortuosidad el camino que da salida al país situado á su espalda. Delaborde tomó posicion en un corto espacio que hay delante de Roliza, pueblo asentado en la meseta de una de aquellas colinas, y de cuyo punto dominaba el terreno que habian de atravesar los ingleses. Acercábanse estos divididos en tres trozos: mandaba el de la izquierda el general Ferguson, encargado de rodear por aquel lado la posicion de Delaborde, y de observar si Loison intentaba incorporársele. El capitán Trant con los portugueses debia por la derecha molestar el costado izquierdo de los franceses, quedando en el centro el trozo mas principal, compuesto de cuatro brigadas y á las órdenes inmediatas de Sir Arthuro, de cuyo número se destacó por la izquierda la del general Fane para darse la mano con la de Ferguson, del mismo modo que por la derecha, y para sostener á los portugueses se separó la del general Hill.

Delaborde, no creyéndose seguro en donde estaba, con prontitud y destreza se recogió, amparado de su caballería, detras de Columbeira, en parage de difícil acceso, y al que solo daban paso unas barrancas de pendiente áspera y con mucha maleza. Entónces los ingleses variaron la ordenacion del ataque, y uniéndose los generales Fane y Ferguson para rodear el flanco derecho del enemigo, acometieron su frente de posicion muy fuerte los generales Hill y Nightingale. Defendiéronse los

franceses con gran bizzarria, y cuatro horas duró la refriega. Delaborde herido y perdida la esperanza de que se le juntara Loison, pensó entónces en retirarse, temeroso de ser del todo deshecho por las fuerzas superiores de sus contrarios. Primeramente retrocedió á Azambugeira, disputando el terreno con empeño. Hizo despues una corta parada, y al fin tomó el angosto camino de Runha, andando toda la noche para colocarse ventajosamente en Montechique. Perdieron los ingleses 500 hombres, 600 los franceses. Gloriosa fué aquella accion para ambos ejércitos; pues peleando briosamente, si favoreció á los últimos su posicion, eran los primeros en número muy superiores. Con la victoria recobraron confianza los soldados ingleses, menguada por anteriores y funestas expediciones; y de allí tomó principio la fama del general Wellesley, acrecentada despues con triunfos mas importantes.

No habia Loison acudido á unirse con Delaborde, receloso de comprometer la suerte de su division. Sabia que los ingleses habian llegado á Leiria, le observaban de cerca los portugueses y unos 1500 españoles que de Galicia habia traído el marqués de Valladares: el país se mostraba hostil, y así no solo juzgó imprudente empeñarse en semejante movimiento, sino que tambien abandonando á Tomar, siguió por Torres-Novas á Santaren, y el 17 se incorporó en Cercal con Junot. Los portugueses luego que le vieron léjos, entraron en Abrantes y

se apoderaron de casi todo un destacamento que allí había dejado.

Junot por su parte, según acabamos de indicar, se había ya adelantado. El 15 de agosto, después de celebrar con gran pompa la fiesta de Napoleón, por la noche y muy á las calladas había salido de Lisboa. Falsas nuevas y el estado de su gente le retardaron en la marcha, y no le fué dado ántes del 20 reunir sus diversas y separadas fuerzas. Aquel día aparecieron juntas en Torres-Vedras, y se componían de 12,000 infantes y 1500 caballos. Quedaban además las competentes guarniciones en Yelbes, Almeida, Peniche, Palmela, Santaren y en los fuertes de Lisboa. Mandaba la primera división francesa el general Delaborde, la segunda Loison, y Kellerman la reserva. La caballería y artillería se pusieron al cuidado de los generales Margaron y Taviel y en la última arma mandaba la reserva el coronel entonces y después general Foy, célebre y bajo todos respectos digno de lo.

Socorros llegados al ejército inglés.

Era más numeroso el ejército inglés. Se le habían nuevamente agregado 4000 hombres á las órdenes de los generales Anstruther y Acland, y constaba en todo de más de 18,000 combatientes. Carecía de la suficiente caballería, limitándose á 200 ginetes ingleses y 250 portugueses. Después de la acción de Roliza no había Wellesley perseguido á su contrario. Para proteger el desembarco en Maceira de los 4000 hombres mencionados, había avanzado hasta Vimeiro, en donde casi al propio

tiempo se le anunció la llegada con 11,000 hombres de Sir Juan Moore. A este le ordenó que saltase con su gente en tierra en Mondego, y que yendo del lado de Santaren cubriese la izquierda del ejército. No tardó tampoco en saberse la llegada de Sir H. Burrard, nombrado segundo de Dalrymple en el mando: noticia por cierto poco grata para el general Wellesley, que esperaba por aquellos días coger nuevos laureles. Su plan de ataque estaba ya combinado. Con pleno conocimiento del terreno, tomando un camino costero, escabroso y estrecho, pensaba flanquear la posición de Torres-Vedras, y colocándose en Mafra, interponerse entre Junot y Lisboa. Había escogido aquellos vericuetos y ásperos sitios, por considerarlos ventajosos para quien como él andaba escaso de caballería. Al aviso de estar cerca Burrard, suspendió Wellesley su movimiento y se avistó á bordo con aquel general. Conferenciaron acerca del plan concertado, y juzgando Burrard ser arriesgada cualquiera tentativa en tanto que Moore no se les uniese, dispuso aguardarle y que permaneciese su ejército en la posición de Vimeiro.

Tuvo empero la dicha el general Wellesley de que Junot, no queriendo dar tiempo á que se juntasen todas las fuerzas británicas, resolvió atacar inmediatamente á las que en Vimeiro se mantenían tranquilas.

Está situado aquel pueblo no lejos del mar, en una cañada por donde corre el río Maceira. Al nor-

Batalla de Vimeiro 21 de agosto.

se apoderaron de casi todo un destacamento que allí había dejado.

Junot por su parte, según acabamos de indicar, se había ya adelantado. El 15 de agosto, después de celebrar con gran pompa la fiesta de Napoleón, por la noche y muy á las calladas había salido de Lisboa. Falsas nuevas y el estado de su gente le retardaron en la marcha, y no le fué dado ántes del 20 reunir sus diversas y separadas fuerzas. Aquel día aparecieron juntas en Torres-Vedras, y se componían de 12,000 infantes y 1500 caballos. Quedaban además las competentes guarniciones en Yelbes, Almeida, Peniche, Palmela, Santaren y en los fuertes de Lisboa. Mandaba la primera división francesa el general Delaborde, la segunda Loison, y Kellerman la reserva. La caballería y artillería se pusieron al cuidado de los generales Margaron y Taviel y en la última arma mandaba la reserva el coronel entonces y después general Foy, célebre y bajo todos respectos digno de lo.

Socorros llegados al ejército inglés.

Era más numeroso el ejército inglés. Se le habían nuevamente agregado 4000 hombres á las órdenes de los generales Anstruther y Acland, y constaba en todo de más de 18,000 combatientes. Carecía de la suficiente caballería, limitándose á 200 ginetes ingleses y 250 portugueses. Después de la acción de Roliza no había Wellesley perseguido á su contrario. Para proteger el desembarco en Maceira de los 4000 hombres mencionados, había avanzado hasta Vimeiro, en donde casi al propio

tiempo se le anunció la llegada con 11,000 hombres de Sir Juan Moore. A este le ordenó que saltase con su gente en tierra en Mondego, y que yendo del lado de Santaren cubriese la izquierda del ejército. No tardó tampoco en saberse la llegada de Sir H. Burrard, nombrado segundo de Dalrymple en el mando: noticia por cierto poco grata para el general Wellesley, que esperaba por aquellos días coger nuevos laureles. Su plan de ataque estaba ya combinado. Con pleno conocimiento del terreno, tomando un camino costero, escabroso y estrecho, pensaba flanquear la posición de Torres-Vedras, y colocándose en Mafra, interponerse entre Junot y Lisboa. Había escogido aquellos vericuetos y ásperos sitios, por considerarlos ventajosos para quien como él andaba escaso de caballería. Al aviso de estar cerca Burrard, suspendió Wellesley su movimiento y se avistó á bordo con aquel general. Conferenciaron acerca del plan concertado, y juzgando Burrard ser arriesgada cualquiera tentativa en tanto que Moore no se les uniese, dispuso aguardarle y que permaneciese su ejército en la posición de Vimeiro.

Tuvo empero la dicha el general Wellesley de que Junot, no queriendo dar tiempo á que se juntasen todas las fuerzas británicas, resolvió atacar inmediatamente á las que en Vimeiro se mantenían tranquilas.

Está situado aquel pueblo no lejos del mar, en una cañada por donde corre el río Maceira. Al nor-

Batalla de Vimeiro 21 de agosto.

te se eleva una sierra cortada al oriente por un escarpe en cuya hondonada está el lugar de Toledo. En dicha sierra no habian al principio colocado los ingleses sino algunos destacamentos. Al sudoeste se percibe un cerro en parte arbolado, que por detras continúa hácia poniente con cimas mas erguidas. Seis brigadas inglesas ocupaban aquel puesto. Habia otras dos á la derecha del rio en una eminencia escueta y roqueña que se levanta delante de Vimeiro. En la cañada ó valle se situaron los portugueses y la caballería.

A las ocho de la mañana del 21 de agosto se divisaron los franceses viniendo de Torres-Vedras. Imaginóse Wellesley ser su intento atacar la izquierda de su ejército, que era la sierra al norte; y como estaba desguarnecida, encaminó á aquel punto, una tras de otra, cuatro de las seis brigadas que coronaban las alturas de sudoeste y que era su derecha. No habia sido tal el pensamiento de los franceses. Mas observando su general dicho movimiento, envió sucesivamente para sostener á un regimiento de dragones, hácia allí destacado, dos brigadas al mando de los generales Brenier y Solignac.

No por eso desistió Junot de proseguir en el plan de ataque que habia concebido, y cuyo principal blanco era la eminencia situada delante de Vimeiro, en donde estaban apostadas, segun hemos dicho, dos brigadas inglesas, las cuales se respaldaban contra otras dos que aun permanecian en las alturas de sudoeste.

Rompió el combate el general Delaborde, siguió á poco Loison, y por instantes arreció la pelea furiosamente. La reserva bajo las órdenes de Kellerman, viendo que los suyos no se apoderaban de la eminencia, fué en su ayuda, y en uno de aquellos acometimientos hirieron á Foy. Rechazaban los ingleses á sus intrépidos contrarios, aunque á veces flaqueaba alguno de sus cuerpos. Junot en la reserva observaba y dirigia el principal ataque sin descuidar su derecha. Mas en aquella no tuvieron ventura los generales Solignac y Brenier, habiendo sido uno herido y otro prisionero.

A las doce del dia, despues de tres horas de inútil lucha y disminuido el ejército frances con la pérdida de mas de 1800 hombres, determinaron sus generales retirarse á una línea casi paralela á la que ocupaban los ingleses. Estos con parte de su fuerza todavía intacta, consideraron entónces como suya la victoria, habiéndose apoderado de trece cañones, y solo contando entre muertos y heridos unos 800 hombres. Parecia que era llegado el tiempo de perseguir á los vencidos con las tropas de refresco. Tal era el dictámen de Sir Arturo Wellesley, sin que ya fuese dueño de llevarle á cabo. Durante la accion habia llegado al campo el general Burrard, á quien correspondia el mando en gefe. Con escrúpulo cortesano dejó á Wellesley rematar una empresa dichosamente comenzada. Pero al tratar de perseguir al enemigo, recobrando su autoridad, opúsose á ello, é insistió en aguardar é

Moore. De prudencia pudo graduarse semejante opinion ántes de la batalla: tanta precaucion ahora si no disfrazaba zelosa rivalidad, excedia los límites de la timidez misma.

Los franceses por la tarde sin ser incomodados se fueron á Torres-Vedras. El 22 celebró Junot consejo de guerra, en el que acordaron abrir negociaciones con los ingleses por medio del general Kellerman, no dejando de continuar su retirada á Lisboa. Así se ejecutó; pero al tocar el negociador frances las líneas inglesas, habia desembarcado ya y tomado el mando Sir H. Dalrymple. Con lo que en ménos de dos dias tres generales se sucedieron en el campo británico: mudanza perjudicial á las operaciones militares y á los tratos que siguieron, apareciendo cuán erradamente á veces proceden aun los gobiernos mas prácticos y advertidos. Propuso Kellerman un armisticio, conformóse el general ingles, y se nombró para concluirle á Sir Arturo Wellesley. Convinieron los negociadores en ciertos artículos que debian servir de base á un tratado definitivo. Fueron los mas principales: 1.º Que el ejército frances evacuaria á Portugal, siendo transportado á Francia con artillería, armas y bagage por la marina británica. 2.º Que á los portugueses y franceses avecindados no se les molestaria por su anterior conducta política, pudiendo salir del territorio portugues con sus haberes en cierto plazo; y 3.º Que se consideraria neutral el puerto de Lisboa durante el tiempo necesario y conforme al

Armisticio
entre ambos
ejércitos.

derecho marítimo, á fin de que la escuadra rusa diese la vela sin ser á su salida incomodada por la británica. Señalóse una línea de demarcacion entre ambos ejércitos, quedando obligados recíprocamente á avisarse cuarenta y ocho horas de antemano en caso de volver á romperse las hostilidades.

Miéntas tanto Junot habia el 23 entrado en Lisboa, en donde los ánimos andaban muy alterados. Con la noticia de la accion de Roliza hubiérase el 20 conmovido la poblacion á no haberla contenido con su prudencia el general Travot. Mas permaneciendo viva la causa de la fermentacion pública, hubieron los franceses de acudir á precauciones severas, y aun al miserable y frágil medio de esparcir falsas nuevas, anunciando que habian ganado la batalla de Vimeiro. De poco hubieran servido sus medidas y artificios si oportunamente no hubiera llegado con su ejército el general Junot. A su vista forzoso le fué al patriotismo portugues reprimir ímpetus inconsiderados.

Por otra parte, el armisticio tropezaba con obstáculos imprevistos. El general Bernardino Freire agriamente representó contra su ejecucion, no habiendo tenido cuenta en lo estipulado ni con su ejército, ni con la junta de Oporto, ni tampoco con el principe regente de Portugal, cuyo nombre no sonaba en ninguno de los artículos. Aunque justa hasta cierto punto, fué desatendida tal reclamacion. No pudo serlo la de Sir C. Cotton, comandante de la escuadra británica, quien no qui-

so reconocer nada de lo convenido acerca de la neutralidad del puerto y de los buques rusos allí anclados. Tuvieron pues que romperse las negociaciones.

Mucho incomodó á Junot aquel inesperado suceso; y escuchando ántes que á sus apuros á la altivez de su pecho engreido con no interrumpida ventura, dispúsose á guerrear á todo trance. Mas sin recursos, angustiados los suyos y reforzados los contrarios con la division de Moore y un regimiento que el general Beresford traia de las aguas de Cádiz, se le ofrecian insuperables dificultades. Aumentábanse estas con el brio adquirido por la poblacion portuguesa, la que despues de las victorias alcanzadas, de tropel acudia á Lisboa y estrechaba las cercanías. Carecia tambien de la conveniente cooperacion del almirante ruso, indiferente á su suerte y firme en no prestarle ayuda. Tal porte enfureció tanto mas á Junot, cuanto la estancia de aquella escuadra en el Tajo habia sido causa del rompimiento de las negociaciones entabladas. Así mal de su grado, solo y vencido de la amarga situacion de su ejército, cedió Junot y asintió á la famosa convencion concluida en Lisboa el 30 de agosto entre el general Kellerman y J. Murray, cuartel maestro del ejército ingles. El ruso ajustó por sí en 3 de septiembre un convenio con el almirante ingles, segun el cual entregaba en depósito su escuadra al gobierno británico hasta seis meses despues de concluida la paz entre sus gobiernos res-

Convenio del almirante ruso con el ingles. (1 Ap. n. 6.)

pectivos, debiendo ser transportados á Rusia los gefes, oficiales y soldados que la tripulaban.

La convencion entre franceses é ingleses llamóse malamente de Cintra, por no haber sido firmada allí ni ratificada.¹ Constaba de 22 artículos, y ademas otros tres adicionales, partiendo de la base del armisticio ántes concluido. Los franceses no eran considerados como prisioneros de guerra, y debian los ingleses transportarlos á cualquiera puerto occidental de Francia entre Rochefort y Lorient. En el tratado se incluian las guarniciones de las plazas fuertes. Los españoles detenidos en pontones ó barcos en el Tajo, se entregaban á disposicion del general ingles, en trueque de los franceses que sin haber tomado parte en la guerra hubieran sido presos en España. No eran por cierto muchos, y los mas habian ya sido puestos en libertad. Entre los que todavia permanecian arrestados soltó los suyos la junta de Extremadura, condescendiendo con los deseos del general ingles. El número de españoles que gemian en Lisboa presos ascendia á 3.500 hombres, procedentes de los regimientos de Santiago y Alcántara de caballeria, de un batallon de tropas ligeras de Valencia, de granaderos provinciales y varios piquetes; los cuales bien armados y equipados desembarcaron en octubre á las órdenes del mariscal de campo Don Gregorio Laguna en la Rápita de Tortosa y en los Alfaques. Los demas artículos de la convencion tuvieron sucesivamente cumplido efecto. Algunos de ellos suscitaron aca-

Convencion de Cintra.

(1 Ap. n. 7.)

Españoles de Portugal.

loradas disputas, sobre todo, los que tenían relación con la propiedad de los individuos. Esto y falta de transportes dilataron la partida de los franceses.

Causaba su presencia desagradable impresion, y tuvieron los ingleses que velar noche y dia para que no se perturbarse la tranquilidad de Lisboa. No tanto ofendia á sus habitantes la franca salida que por la convencion se daba á sus enemigos, cuanto el poco aprecio con que en ella eran tratados el príncipe regente y su gobierno. No se mentaba ni por acaso su nombre, y si en el armisticio habia cabido la disculpa de ser un puro convenio militar, en el nuevo tratado en que se mezclaban intereses políticos no era dado alegar las mismas razones. De aquí se promovió un reñido altercado entre la junta de Oporto y los generales ingleses. Al principio quisieron estos aplacar el enojo de aquella; mas al fin desconocieron su autoridad y la de todas las juntas creadas en Portugal. Restablecieron en 18 de septiembre conforme á instruccion de su gobierno la regencia que al partir al Brasil habia dejado el príncipe Don Juan, y tan solo descartaron las personas ausentes ó comprometidas con los franceses. Portugal reconoció el nuevo gobierno, y se disolvieron todas sus juntas.

El 13 de septiembre dió la vela Junot, y su nave dirigió el rumbo á la Rochela. El 30 todas sus tropas estaban ya embarcadas, y unas en pos de otras arribaron á Guiberon y Lorient. Faltaban las de

Restablecen
los ingleses la
regencia de
Portugal.

las plazas, para cuya salida hubo nuevos tropiezos. El general español Don José de Arce, por órden de la junta de Extremadura habia asediado el 7 de septiembre á Yelbes, y obligado al comandante frances Girod de Novilars á encerrarse en el fuerte de La Lippe. Sobrado tardía era en verdad la tentativa de los españoles, y llevaba traza de haberse imaginado despues de sabida la convencion entre franceses é ingleses. Despacharon estos para cumplirla en aquella plaza un regimiento; pero Arce y la junta de Extremadura se opusieron vivamente á que se dejase ir libres á los que sus soldados sitiaban. Cruzáronse escritos de una y otra parte, hubo varias y aun empeñadas explicaciones, mas al cabo se arregló todo amistosamente con el coronel ingles Grahah. No anduvieron respecto de Almeida mas dóciles los portugueses, quienes cercaban la plaza. Hasta primeros de octubre no se removieron los obstáculos que se oponian á la entrega, y aun entónces hubo de serles á los franceses harto costosa. Libres ya y próximos á embarcarse en Oporto, sublevóse el pueblo de aquella ciudad con haber descubierto entre los equipages ornamentos y alhajas de iglesia. Despojados de sus armas y haberes, debieron la vida á la firmeza del ingles Sir Roberto Wilson que mandaba un cuerpo de portugueses, conteniendo á duras penas la embravecida furia popular.

Con el embarco de la guarnicion de Almeida quedaba del todo cumplida la convencion llamada

Yelbes sitiada por los españoles.

Almeida por los portugueses.

de Cintra. Fué penosa la travesía de las tropas francesas, maltratado el convóy por recios temporales. Cerca de 2000 hombres perecieron; naufragando tripulaciones y transportes: 22,000 arribaron á Francia, 29,000 habian pisado el suelo portúguez. Pocos meses adelante los mismos soldados aguerridos y mejor disciplinados volvieron de refresco sobre España.

Desaprobacion general de la convencion de Cintra en Inglaterra.

La convencion no solamente indignó á los portúguezes y fué censurada por los españoles, sino que tambien levantó contra ella el clamor de la Inglaterra misma. Llenos de satisfaccion y contento habian estado sus habitantes al eco de las victorias de Roliza y Vimeiro. De ello fuimos testigos, y de los primeros. Traemos á la memoria que en 1.º de septiembre y á cosa de las nueve de la noche, asistiendo á un banquete en casa de Mr. Canning, se anunció de improviso la llegada del capitán Campbell portador de ambas nuevas. Estaban allí presentes los demas ministros británicos; y á pesar de su natural y prudente reserva, con las victorias conseguidas desabrocharon sus pechos con júbilo colmado. No menor se mostró en todas las ciudades y pueblos de la gran Bretaña. Pero enturbióle bien luego la capitulacion concedida á Junot, creciendo el enojo á par de lo abultado de las esperanzas. Muchos decian que los españoles hubieran conseguido triunfo mas acabado. Tan grande era el concepto del brio y pericia militar de nuestra nacion, exagerado entónces, como despues sobradamente depri-

mido al llegar derrotas y contratiempos. Aparecia el despecho y la ira hasta en los papeles públicos, cuyas hojas se orlaban con bandas negras, pintando tambien en caricaturas é impresos á sus tres generales colgados de un patíbulo afrentoso. Cundió el enojo de los particulares á las corporaciones, y las hubo que elevaron hasta el solio enérgicas representaciones. Descolló entre todas la del cuerpo municipal de Lóndres. No en vano levanta en Inglaterra su voz la opinion nacional. A ella tuvieron que responder los ministros ingleses, nombrando una comision que informase acerca del asunto, y llamando á los tres generales Dalrymple, Burrard y Wellesley para que satisficiesen á los cargos. Hubo en el exámen de su conducta varios incidentes; mas al cabo conformándose S. M. B. con el unánime parecer de la comision, declaró no haber lugar á la formacion de causa, al paso que desechó los artículos de la convencion, cuyo contenido podria ofender ó perjudicar á españoles y portúguezes. Decision que á pocos agradó, y sobre la que se hicieron justos reparos.

Nosotros creemos que si bien hubieran podido sacarse mayores ventajas de las victorias de Roliza y Vimeiro, fué empero de gran proyecho el que se desembarazase á Portugal de enemigos. Con la convencion se consiguió pronto aquel objeto; sin ella quizá se hubiera empeñado una lucha mas larga, y España embarazada con los franceses á la es-

palda no hubiera tan fácilmente podido atender á su defensa y arreglo interior.

Estas pues habian sido las victorias conseguidas por las armas aliadas ántes del mes de septiembre en el territorio peninsular, con las que se logró despear su suelo hasta las orillas de Ebro. Por el mismo tiempo fueron tambien de entidad los tratos y conciertos que hubo entre el gobierno de S. M. B. y las juntas españolas, los cuales dieron ocasion á acontecimientos importantes.

Hablamos en su origen del modo lisonjero con que habian sido tratados los diputados de Asturias y Galicia. Se habian ido estrechando aquellas primeras relaciones, y ademas de los cuantiosos auxilios mencionados y que en un principio se despacharon á España, fueron despues otros nuevos y pecuniarios. ^(1 Ap. n. 7 bis) Creciendo la insurreccion y afirmándose maravillosamente, dió S. M. B. ^(2 Ap. n. 8.) una prueba solemne de adhesion á la causa de los españoles, publicando en 4 de julio una declaracion por la que se renovaban los antiguos vínculos de amistad entre ambas naciones. Realmente estaban ya restablecidos desde primeros de junio; pero á mayor abundamiento quisose dar á la nueva alianza toda autoridad por medio de un documento público y de oficio.

Peticiones y reclamaciones que se hacen á los diputados españoles.

La union franca y leal de ambos paises, y el tropel portentoso de inesperados sucesos, habian excitado en Inglaterra un vivo deseo de tomar partido con los patriotas españoles. No se limitó aquel á los

Declaracion de S. M. B. de 4 de julio.

naturales, no á aventureros ansiosos de buscar fortuna, cundió tambien á extranjeros, y subió hasta personajes célebres é ilustres. Los diputados españoles, careciendo de la competente facultad, se negaron constantemente á escuchar semejantes solicitudes. Seria prolijo reproducir aun las mas principales. Contentarémonos con hacer mencion de dos de las mas señaladas. Fué una la del general Dumourier: con ahinco solicitaba trasladarse á la península, y tener allí un mando, ó por lo ménos ayudar de cerca con sus consejos. Figurábase que ellos y su nombre desbaratarian las huestes de Napoleon. Tachado de vario é inconstante en su conducta, y tambien de poco fiel á su patria, mal hubiera podido merecer la confianza de otra adoptiva. De muy diverso origen procedia la segunda solicitud, y de quien bajo todos respetos y por sus desgracias y las de su familia merecia otro miramiento y atencion. Sin embargo, no les fué dado á los diputados acceder al noble sacrificio que queria hacer de su persona el conde de Artois (hoy Cálós X de Francia) partiendo á España á pelear en las filas españolas.

Acompañaron á estas gestiones otras no dignas de olvido. Pocos dias habian corrido despues de la llegada á Lóndres de los diputados de Asturias, cuando el duque de Blacas (entónces conde) se les presentó á nombre de Luis XVIII, ilustre cabeza de la familia de Borbon, con objeto de reclamar el derecho al trono español que asistia á la rama de Francia, extinguida que fuese la de Felipe V. Evi-

Dumourier.

Conde de Artois.

Luis XVIII.

tando tan espinosa cuestion por anticipada, se respondió de palabra y con el debido acatamiento á la reclamacion de un príncipe desventurado y venerable, léjos todavía de imaginarse que la insurreccion ne España le serviria de primer escalon para recuperar el trono de sus mayores. Mas secamente se replicó á la nota que al mismo propósito escribió á los diputados en favor de su amo, el príncipe de Castalcála, embajador de Fernando IV rey de las dos Sicilias. Provocó la diferencia en la contestacion el modo poco atento y desmañado con que dicho embajador se expresó, pues al paso que reivindicaba derechos de tal cuantía, estudiosamente aun en el estilo esquivaba reconocer la autoridad de las juntas. La relacion de estos hechos muestra la importancia que ya todos daban á la insurreccion de España, deprimida entónces y desfigurada por Napoleon.

Pero si bien eran lisonjeros aquellos pasos, no podian fijar tanto la atencion de los diputados como otros negocios que particularmente interesaban al triunfo de la buena causa. Para su prosecucion se agregaron en primeros de julio á los de Galicia y Asturias los diputados de Sevilla, el teniente general Don Juan Ruiz de Apodaca y el mariscal de campo Don Adrian Jácome. Unidos, no solamente promovieron el envío de socorros, sino que además volvieron la vista al Norte de Europa. Despacharon á Rusia un comisionado; mas ya fuése falta suya ó que aquel gabinete no estuviese todavía dispues-

Príncipe de
Castalcála.

to á desavenirse con Francia, la tentativa no tuvo ninguna resulta. Mas dichosa fué la que hicieron para libertar la division española que estaba en Dinamarca á las órdenes del marqués de la Romana, merced al patriotismo de sus soldados, y á la actividad y celo de la marina inglesa.

Hubiérase achacado á desvario pocos meses ántes el figurarse siquiera que aquellas tropas á tan gran distancia de su patria y rodeadas del inmenso poder y vigilancia de Napoleon, pisarian de nuevo el suelo español burlándose de precauciones, y aun sirviéndoles para su empresa las mismas que contra su libertad se habian tomado. Constaba á la sazón su fuerza de 14,198 hombres, y se componia de la division que en la primavera de 1807 habia salido de España con el marqués de la Romana, y de la que estaba en Toscana, y se le juntó en el camino. Por agosto de aquel año y á las órdenes del mariscal Bernadotte, príncipe de Ponte-Corvo, ocupaban dichas divisiones á Hamburgo y sus cercanías, despues de haber gloriosamente peleado algunos de los cuerpos en el sitio de Stralsunda. Resuelto Napoleon á enseñorearse de España, juzgó prudente colocarlos en parage mas seguro, y con pretexto de una invasion en Suecia, los aisló y dividió en el territorio danés. Estrechólos así entre el mar y su ejército. Napoleon determinó que ejecutasen aquel movimiento en marzo de 1808. Cruzó la vanguardia el pequeño Belt y desembarcó en Fionia. La impidió atravesar el gran Belt é ir á

Tropa española en Dinamarca.

Zelandia la escuadra inglesa que apareció en aquellas aguas. Lo restante de la fuerza española detenida en el Sleswic, se situó después en las islas de Langeland y Fionia y en la península de Jutlandia. Así continuó, excepto los regimientos de Asturias y Guadalajara que de noche y precavidamente consiguieron pasar el gran Belt y entrar en Zelandia. Las novedades de España, aunque alteradas y tardías, habían penetrado en aquel apartado reino. Pocas eran las cartas que los españoles recibían, interceptando el gobierno francés las que hablaban de las mudanzas intentadas ó ya acaecidas. Causaba el silencio desasosiego en los ánimos, y aumentaba el disgusto el verse las tropas divididas y desparramadas.

En tal congoja recibióse en junio un despácho de Don Mariano Luis de Urquijo, para que se reconociese y prestase juramento á José, con la advertencia „de que se diese parte si había en los regimientos algun individuo tan exaltado que no quisiera conformarse con aquella soberana resolución, desconociendo el interes de la familia real y de la nación española.” No acompañaron á este pliegó otras cartas ó correspondencia, lo que despertó nuevas sospechas. Tambien el 24 del mismo mes había al propio fin escrito al de la Romana el mariscal Bernadotte. El descontento de soldados y oficiales era grande, los susurros y hablillas muchos, y temíanse los gefes alguna seria desazon. Por tanto, adoptáronse para cumplir la orden recibida

convenientes medidas, que no del todo bastaron. En Fionia salieron gritos de entre las filas de Almansa y Princesa de *viva España y muera Napoleon*, y sobre todo el tercer batallon del último regimiento anduvo muy alterado. Los de Asturias y Guadalajara abiertamente se sublevaron en Zelandia, fué muerto un ayudante del general Fririon, y este hubiera perecido si el coronel del primer cuerpo no le hubiese escondido en su casa. Rodeados aquellos soldados, fueron desarmados por tropas danesas. Hubo tambien quien juró con condicion de que José hubiese subido al trono sin oposicion del pueblo español. Cortapisa honrosa y que ponía á salvo la mas escrupulosa conciencia, aun en caso de que obligase un juramento engañoso, cuyo cumplimiento comprometía la suerte ó independencia de la patria.

Mas semejantes ocurrencias excitaron mayor vigilancia en el gobierno francés. Aunque ofendidos é irritados, calladamente aguantaban los españoles hasta poder en cuerpo ó por separado libertarse de la mano que los oprimía. El mismo general en gefe vióse obligado á reconocer al nuevo rey, dirigiéndole, como á Bernadotte, una carta harto lisonjera. La contradiccion que aparece entre este paso y su posterior conducta, se explica con la situacion critica de aquel general y su carácter; por lo que daremos de él y de su persona breve noticia.

Don Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana, de una de las mas ilustres casas de Mallorca,

Marqués de la Romana.

habia nacido en Palma capital de aquella isla. Su edad era la de 46 años, de pequeña estatura, mas de complexion recia y enjuta, acostumbrado su cuerpo á abstinencia y rigor. Tenia vasta lectura, no desconociendo los autores clásicos, latinos y griegos, cuyas lenguas poseia. De la marina pasó al ejército al empezar la guerra de Francia en 1793, y sirvió en Navarra á las órdenes de su tío Don Juan Ventura Caro. Yendo de allí á Cataluña ascendió á general, y mostróse entendido y bizarro. Obtuvo despues otros cargos. Habiendo ántes viajado en Francia, se le miró como hombre al caso para mandar la fuerza española que se enviaba al Norte. Faltábale la conveniente entereza, pecaba de distraido, cayendo en olvidos y raras contradicciones. Juguete de aduladores, se enredaba á veces en malos é inconsiderados pasos. Por fortuna en la ocasion actual no tuvieron cabida aviesas insinuaciones, así por la buena disposicion del marqués, como tambien por ser casi unánime en favor de la causa nacional la decision de los oficiales y personas de cuenta que le rodeaban.

Bien pronto en efecto se les ofreció ocasion de justificar los nobles sentimientos que los animaban. Desde junio los diputados de Galicia y Asturias habian procurado por medio de activa correspondencia, ponerse en comunicacion con aquel ejército; mas en vano: sus cartas fueron interceptadas ó se retardaron en su arribo. Tambien el gobierno inglés envió un clérigo católico de nombre Robert-

son, el que si bien consiguió abocarse con el marqués de la Romana, nada pudo entre ellos concluirse ni determinarse definitivamente. Mientras tanto llegaron á Lóndres Don Juan Ruiz de Apodaca y Don Adrian Jácome, y como era urgente sacar, por decirlo así, de cautiverio á los soldados españoles de Dinamarca, concertáronse todos los diputados, y resolvieron que los de Andalucía enviasen al báltico á su secretario el oficial de marina Don Rafael Lobo, sugeto capaz y celoso. Proporcionó bu-

que el gobierno inglés, y haciéndose á la vela en julio, arribó Lobo el 4 de agosto al gran Belt, en donde con el mismo objeto se habia apostado á las órdenes de Sir R. Keats parte de la escuadra inglesa que cruzaba en los mares del Norte. Don Rafael Lobo ancló delante de las islas dinamarquesas, á tiempo que en aquellas costas se habia despertado el cuidado de los franceses por la presencia y proximidad de dicha escuadra. Deseoso de avisar su venida, empleó Lobo inútilmente varios medios de comunicar con tierra. Empezaba ya á desesperanzar, cuando el brioso arrojó del oficial de voluntarios de Cataluña Don Juan Antonio Fábregas, puso término á la angustia. Habia este ido con pliegos desde Langeland á Copenhague. A su vuelta, con propósito de escaparse, en vez de regresar por el mismo parage, buscó otro apartado, en donde se embarcó mediante un ajuste con dos pescadores. En la travesía columbrando tres navíos ingleses fondeados á cuatro leguas de la costa,

arrebatado de noble inspiracion, tiró del sable y ordenó á los dos pescadores, únicos que gobernaban la nave, hacer rumbo á la escuadra inglesa. Un soldado español que iba en su compañía, ignorando su intento, arredróse y dejó caer el fusil de las manos. Con presteza cogió el arma uno de los marineros, y mal lo hubiera pasado Fábregues, si pronto y resuelto este, dando al danés un sablazo en la muñeca, no le hubiese desarmado. Forzados pues se vieron los dos pescadores á obedecer al intrépido español. Déjase discurrir de cuánto gozo se embargarían los sentidos de Fábregues al encontrarse á bordo con Lobo, como tambien cuánta seria la satisfaccion del último, cerciorándose de que la suerte le proporcionaba seguro conducto de tratar y corresponder con los gefes españoles.

No desperdiciaron ni uno ni otro el tiempo que entónces era á todos precioso. Fábregues, á pesar del riesgo, se encargó de llevar la correspondencia, y de noche y á hurtadillas, le echó en la costa de Langeland un bote ingles. Avistóse á su arribo y sin tardanza con el comandante español, que tambien lo era de su cuerpo, Don Ambrosio de la Cuadra, confiado en su militar honradez. No se engañó, porque asintiendo á tan digna determinacion, prontamente y disfrazado despachó al mismo Fábregues para que diese cuenta de lo que pasaba al marqués de la Romana. Trasladóse á Fionia, en donde estaba el cuartel general, y desempeñó en breve y con gran celo su encargo.

Causaron allí las nuevas que traia profunda impresion. Crítica era en verdad y apurada la posicion de su gefe. Como buen patricio anhelaba seguir el pendon nacional, más como caudillo de un ejército pesábale la responsabilidad en que incurriera si su noble intento se desgraciaba. Perplejo se hubiera quizá mantenido á no haberle estimulado con su opinion y consejos los demas oficiales. Decidióse en fin al embarco, y convino secretamente con los ingleses en el modo y forma de ejecutarle. Al principio se habia pensado en que se suspendiese hasta que noticiosas del plan acordado las tropas que habia en Zelandia y Jutlandia, se moviesen todas á un tiempo ántes de despertar el recelo de los franceses. Mas informados estos de haber Fábregues comunicado con la escuadra inglesa, menester fué acelerar la operacion trazada.

Dieron principio á ella los que estahan en Langeland enseñoreándose de la isla. Prosiguió Romana y se apoderó el 9 de agosto de la ciudad de Nyborg, punto importante para embarcarse y repeler cualquiera ataque que intentasen 3000 soldados dinamarqueses existentes en Fionia. Los españoles acuartelados en Swendborg y Faaborg al mediodia de la misma isla, se embarcaron para Langeland tambien el 9, y tomaron tierra desembarazadamente. Con mas obstáculos tropezó el regimiento de Zamora, acantonado en Fridericia: engañóle Don Juan de Kindelan, segundo de Romana, que allí mandaba. Aparentando desear lo mismo que sus sol-

Dispónense
á embarcarse
las tropas del
Norte.

Kindelan.

dados, dispúsose á partir y aun embarcó su equipage; pero en el entretanto, no solo dió aviso de lo que ocurría al mariscal Bernadotte, sino que temiendo que se descubriese su perfidia, cautelosamente y por una puerta falsa se escapó de su casa. Amenazados por aquel desgraciado incidente, apresuráronse los de Zamora á pasar á Middlefahrt; y sin descanso caminaron desde allí por espacio de veintuna horas, hasta incorporarse en Nyborg con la fuerza principal, habiendo andado en tan breve tiempo mas de dieziocho leguas de España. Huido Kindelan y advertidos los franceses, parecia imposible que se salvaran los otros regimientos que habia en Jutlandia: con todo, lo consiguieron dos de ellos. Fué el primero el de caballería del rey. Ocupaba á Aarhus, y por el cuidado y celo de su anciano coronel, fletando barcas salvóse y arribó á Nyborg. Otro tanto sucedió con el del Infante, tambien de caballería, situado en Manders, y por consiguiente mas léjos y al norte. No tuvo igual dicha el de Algarbe, único que allí quedaba. Retardó su marcha por indecision de su coronel, y aunque mas cerca de Fionia que los otros dos, fué sorprendido por las tropas francesas. En aquel encuentro el capitán Costa que mandaba un escuadron, al verse vendido, prefirió acabar con su vida tirándose un pistoletazo. Imposible fué á los regimientos de Asturias y Guadalajara acudir al punto de Corsoer que se les habia indicado, como el mas vecino á Nyborg desde la costa opuesta de Zelandia. Desarmados ántes,

segun hemos visto, y cuidadosamente observados, envolviéronlos las tropas danesas al ir á ejecutar su pensamiento. Así que entre estos dos cuerpos, el de Algarbe de caballería, algunas partidas sueltas y varios oficiales ausentes por comision ó motivo particular, quedaron en el norte 5160 hombres, y 9038 fueron los que unidos en Langeland y pasada reseña se contaron prontos á dar la vela. Abandonáronse los caballos no habiendo ni transportes ni tiempo para embarcarlos. Muchos de los ginetes no tuvieron ánimo para matarlos, y siendo enteros y viéndose solos y sin freno, se extendieron por la comarca y esparcieron el desórden y espanto.

Don Juan de Kindelan habia en el intermedio llegado al cuartel general de Bernadotte, y no contento con los avisos dados, descubrió al capitán de artillería Don José Guerrero, encargado por Romana de una comision importante en el Sleswic. Arrestáronle, y enfurecido con la alevosía de Kindelan, apellidóle traidor delante de Bernadotte, quedando aquel avergonzado y mirándole despues al soslayo los mismos á quienes servía: merecido galardón á su villano proceder. Salvó la vida á Guerrero la hidalga generosidad del mariscal frances, quien le dejó escapar, y aun en secreto le proporcionó dinero.

Mas al paso que tan dignamente se portaba con un oficial honrado y benemérito, forzoso le fué obrando como general, poner en práctica cuantos medios estaban á su alcance para estorbar la evasión

Kindelan y
Guerrero.

Juramento de
los españoles
en Langeland.

dados, dispúsose á partir y aun embarcó su equipage; pero en el entretanto, no solo dió aviso de lo que ocurría al mariscal Bernadotte, sino que temiendo que se descubriese su perfidia, cautelosamente y por una puerta falsa se escapó de su casa. Amenazados por aquel desgraciado incidente, apresuráronse los de Zamora á pasar á Middlefahrt; y sin descanso caminaron desde allí por espacio de veintuna horas, hasta incorporarse en Nyborg con la fuerza principal, habiendo andado en tan breve tiempo mas de dieziocho leguas de España. Huido Kindelan y advertidos los franceses, parecia imposible que se salvaran los otros regimientos que habia en Jutlandia: con todo, lo consiguieron dos de ellos. Fué el primero el de caballería del rey. Ocupaba á Aarhus, y por el cuidado y celo de su anciano coronel, fletando barcas salvóse y arribó á Nyborg. Otro tanto sucedió con el del Infante, tambien de caballería, situado en Manders, y por consiguiente mas léjos y al norte. No tuvo igual dicha el de Algarbe, único que allí quedaba. Retardó su marcha por indecision de su coronel, y aunque mas cerca de Fionia que los otros dos, fué sorprendido por las tropas francesas. En aquel encuentro el capitán Costa que mandaba un escuadron, al verse vendido, prefirió acabar con su vida tirándose un pistoletazo. Imposible fué á los regimientos de Asturias y Guadalajara acudir al punto de Corsoer que se les habia indicado, como el mas vecino á Nyborg desde la costa opuesta de Zelandia. Desarmados ántes,

segun hemos visto, y cuidadosamente observados, envolviéronlos las tropas danesas al ir á ejecutar su pensamiento. Así que entre estos dos cuerpos, el de Algarbe de caballería, algunas partidas sueltas y varios oficiales ausentes por comision ó motivo particular, quedaron en el norte 5160 hombres, y 9038 fueron los que unidos en Langeland y pasada reseña se contaron prontos á dar la vela. Abandonáronse los caballos no habiendo ni transportes ni tiempo para embarcarlos. Muchos de los ginetes no tuvieron ánimo para matarlos, y siendo enteros y viéndose solos y sin freno, se extendieron por la comarca y esparcieron el desórden y espanto.

Don Juan de Kindelan habia en el intermedio llegado al cuartel general de Bernadotte, y no contento con los avisos dados, descubrió al capitán de artillería Don José Guerrero, encargado por Romana de una comision importante en el Sleswic. Arrestáronle, y enfurecido con la alevosía de Kindelan, apellidóle traidor delante de Bernadotte, quedando aquel avergonzado y mirándole despues al soslayo los mismos á quienes servía: merecido galardón á su villano proceder. Salvó la vida á Guerrero la hidalga generosidad del mariscal frances, quien le dejó escapar, y aun en secreto le proporcionó dinero.

Mas al paso que tan dignamente se portaba con un oficial honrado y benemérito, forzoso le fué obrando como general, poner en práctica cuantos medios estaban á su alcance para estorbar la evasión

Kindelan y
Guerrero.

Juramento de
los españoles
en Langeland.

de los españoles. Ya no era dado ejecutarlo por la violencia. Acudió á proclamas y exhortaciones, esparciendo además sus agentes falsas nuevas y procurando sembrar rencillas y desavenencias. Pero ¡cuán grandioso espectáculo no ofrecieron los soldados españoles en respuesta á aquellos escritos y manejos! Juntos en Langeland, clavadas sus banderas en medio de un círculo que formaron, y ante ellas hincados de rodillas, juraron con lágrimas de ternura y despecho ser fieles á su amada patria y desechar seductoras ofertas. No; la antigüedad con todo el realce que dan á sus acciones el transcurso del tiempo y la elocuente pluma de sus egregios escritores, no nos ha transmitido ningun suceso que á este se aventaje. Nobles é intrépidos sin duda fueron los griegos, cuando unidos á la voz de Jenofonte para volver á su patria, dieron á las falaces promesas del rey de Persia aquella elevada y sencilla respuesta: ¹ „Hemos resuelto atravesar el pais pacíficamente si se nos deja retirarnos al suelo patrio, y pelear hasta morir si alguno nos lo impidiese.“ Mas á los griegos no les quedaba otro partido que la esclavitud ó la muerte; á los españoles, permaneciendo sosegados y sujetos á Napoleon, con largueza se les hubieran dispensado premios y honores. Aventurándose á tornar á su patria, los unos, llegados que fuesen, esperaban vivir tranquilos y honrados en sus hogares; los otros, si bien con nuevo lustre, iban á empeñarse en una guerra larga, duradera y azarosa, exponiéndose, si caian prisioneros,

(1 Ap. n. 9.)

neros, á la tremenda venganza del emperador de los franceses.

Urgiendo volver á España, y siendo prudente alejarse de costas dominadas por un poderoso enemigo, abreviaron la partida de Langeland, y el 13 se hicieron á la vela para Gotemburgo en Suecia. En aquel puerto, entónces amigo, aguardaron transportes, y ántes de mucho dirigieron el rumbo á las playas de su patria, en donde no tardáremos en verlos unidos á los ejércitos lidiadores.

Dan la vela para España.

Habiendo llegado los asuntos públicos dentro y fuera del reino á tal punto de pronta é impensada felicidad, cierto que no faltaba para que fuese cumplida sino reconcentrar en una sola mano ó cuerpo la potestad suprema. Mas la discordancia sobre el modo y lugar, las dificultades que nacieron de un estado de cosas tan nuevo, y rivalidades y competencias retardaron su nombramiento y formacion.

Trátase de reunir una junta central.

Perjudicó tambien á la apetejada brevedad la situacion en que quedó á la salida del enemigo la capital de la monarquía. Los moradores, ausentes unos, y amedrentados otros con el duro escarmiento del 2 de mayo, ó no pudieron ó no osaron nombrar un cuerpo que, á semejanza de las demas provincias, tomase las riendas del gobierno de su territorio y sirviese de guia á todo el reino. Verdad es que Madrid ni por su poblacion ni por su riqueza no habiendo nunca ejercido, como acontece con algunas capitales de Europa, poderoso influjo en las demas ciudades, hubiera necesitado de mayor es-

Situacion de Madrid.

fuerzo para atraerlas á su voz y acelerar su ayuntamiento y concordia. Con todo, hubiéranse al fin vencido tamaños obstáculos si no se hubiera encontrado otro superior en el consejo real ó de Castilla; el cual, desconceptuado en la nacion por su incierta, tímida y reprehensible conducta con el gobierno intruso, tenia en Madrid todavía acérrimos partidarios en el numeroso séquito de sus dependientes y hechuras. Aunque érale dado con tal arrimo proseguir en su antigua autoridad, mantúvose quedo y como arrumbado á la partida de los franceses; ora por temor de que estos volviesen, ora tambien por la incertidumbre en que estaba de ser obedecido. Al fin y poco despues tomó bríos viendo que nadie le salia al encuentro, y sobre todo impelido del miedo con que á muchos sobrecogió un sangriento desman de la plebe madrileña.

Vivia en la capital retirado y obscurecido Don Luis Viguri, antiguo intendente de la Habana y uno de los mas menguados cortesanos del príncipe de la Paz, cuya desgracia, segun dijimos, le habia acarreado la formacion de una causa. Parece ser que no se aventajaba á la pública su vida privada, y que con frecuencia maltrataba de palabra y obra á un familiar suyo. Adiestrado este en la mala escuela de su amo, luego que se le presentó ocasion no la desaprovechó y trató de vengarse. Un dia, y fué el 4 de agosto, á tiempo que reinaba en Madrid una sorda agitacion, antojósele al mal aventurado Viguri desfogar su encubierta ira en el tan repeti-

Aesuiato de
Viguri.

damente golpeado doméstico, quien encolerizado apellidó en su ayuda al populacho, afirmando con verdad ó sin ella que su amo era partidario de José Napoleon. A los gritos arremolinóse mucha gente delante de las puertas de la habitacion. Asustado Viguri quiso desde un balcon apaciguar los ánimos; pero los gestos que hacia para acallar el ruido y voería, y poder hablar, fueron mirados por los concurrentes como amenazas é insultos, con lo que creció el enojo; y allanando la casa y cogiendo al dueño, le sacaron fuera é inhumanamente le arrastraron por las calles de Madrid.

Atemorizáronse al oír la funesta desgracia consejeros y cortesanos, estremeciéronse los de la parcialidad del intruso, y acongojéronse hasta los pacíficos y amantes del órden. Huérfana la capital y sin nueva corporacion que la rigiese, fácil le fué al consejo aprovechándose de aquel suceso y aprieto, recobrar el poder que se figuraba competirle. El bien comun y público sosiego pedian, no hay duda, el establecimiento de una autoridad estable y única; y lástima fué que el vecindario de Madrid no la hubiera por sí formado; y tal, que enfrenando las pasiones populares y atajando al consejo en sus ambiciosas miras, hubiese aunado, repetimos, y concertado mas prontamente las voluntades de las otras juntas.

No fué así; y el consejo destruyendo el impulso que Madrid hubiera debido dar, acrecentó con sus manejos y pretensiones los estorbos y enredos.

Consejo de
Castilla.

Sus manejos.

Cuerpo autorizado con excesivas y encontradas facultades, habia en todos tiempos causado graves daños á la monarquía, y se imaginaba que no solo gobernaria ahora á Madrid, sino que extenderia á todo el reino y á todos los ramos su poder é influjo. Admira tanta ceguedad y tan desapoderada ambicion en un tiempo en que escrupulosamente se escudriñaba su porte con el intruso, y en que hasta se le disputaba el legitimo origen de su autoridad. Así era que unos decian: „Si en realidad es el consejo, „segun pregona, el depositario de la potestad suprema en ausencia del monarca, ¿qué ha hecho para „conservar intactas las prerogativas de la corona? „¿qué en favor de la dignidad y derechos de la nacion? Sumiso al intruso ha reconocido sus actos, „ó por lo ménos los ha proclamado; y los eflugios „que ha buscado y las cortapisas que á veces ha „puesto, mas bien llevaban traza de ser un resguardo que evitase su personal compromiso, que la oposicion justa y elevada de la primera magistratura „del reino.” Otros subiendo hasta la fuente de su autoridad, „nacido el consejo (decian) en los flacos „y turbulentos reinados de los Juanes y Enriques, „tomó asiento y ensanchó su poderío bajo Felipe „II, cuando aquel monarca intentando descuajar la „hermosa planta de las libertades nacionales, tan „trabajadas ya del tiempo de su padre, procuraba „sustentar su dominacion en cuerpos amovibles á „su voluntad y de eleccion suya, sin que ninguna ley fundamental de la monarquía ni las córtés

Opinion sobre
aquel cuerpo.

„permitiesen tal como era su establecimiento, ni „deslindasen las facultades que le competian. Des„de entónces el consejo, aprovechándose de los calamitosos tiempos en que débiles monarcas ascendieron al sòlio, se erigió á veces en supremo legislador formando en sus autos acordados leyes generales, para cuya adopcion y circulacion no pedia „el beneplácito ni la sancion real. Ingirióse tambien en el ramo económico y manejo á su arbitrio „los intereses de todos los pueblos, sobre no reconocer en la potestad judicial limites ni traba. Así „acumulando en sí solo tan vasto poder, se remontaba á la cima de la autoridad soberana; y des„cendiendo despues á entrometerse en la parte mas „ínfima, si no ménos importante del gobierno, no podia construirse una fuente ni repararse un camino en la mas retirada aldea ó apartada comarca „sin que ántes hubiese dado su consentimiento. En „union con la inquisicion y asistido del mismo espíritu, al paso que esta cortaba los vuelos al entendimiento humano, ayudábala aquel con sus minuciosas leyes de imprenta, con sus tasas y restricciones. Y si en tiempos tranquilos tanto perjuicio y tantos daños (añadian) nos ha hecho el „consejo, institucion monstruosa de extraordinarias „y mal combinadas facultades, consentidas mas no „legitimadas por la voz nacional, ¿no tocaria en „frenesí dejarle con el antiguo poder cuando al mismo tiempo que la nacion se libertaba con energía „del yugo extranjero, el consejo que blasona ser

„cabecera del reino se ha mostrado débil, condescendiente y abatido, ya que no se le tenga por auxiliador y cómplice del enemigo?“

Tales discursos no estaban desnudos de razon, aunque participasen algun tanto de las pasiones que agitaban los ánimos. En su buen tiempo el consejo se habia por lo general compuesto de magistrados íntegros, que con imparcialidad juzgaban los pleitos y desavenencias de los particulares: entre ellos se habian contado hombres profundos como los Macanaces y Campomanes, que con gran caudal de erudicion y sana doctrina se habian opuesto á las usurpaciones de la curia romana, y procurado por su parte la mejora y adelantamientos de la nacion. Pero era el consejo un cuerpo de solos 25 individuos, los cuales por la mayor parte ancianos, y meros jurisperitos, no habian tenido ocasion ni lugar de extender sus conocimientos ni de perfeccionarse en otros estudios. Ocupados en sentenciar pleitos, responder á consultas y despachar negocios de comisiones particulares, no solamente faltaba á los mas el saber y práctica que requieren la formacion de buenas leyes y el gobierno de los pueblos, sino que tambien escasos de tiempo dejaban á subalternos ignorantes ó interesados la resolucion de importantísimos expedientes. Mal grave y sentido de todos tan antiguo, que en 1751 propuso al rey el célebre ministro marques de la Ensenada despojar al consejo de lo concerniente á gobierno, policia y economía, dejándole reducido á entender en la justicia

civil y criminal y asuntos del real patronato.

No le iba pues bien al consejo insistir ahora en la conservacion de sus antiguas facultades y aun en darles mayor ensanche. Con todo, tal fué su intento. Seguro ya de que su autoridad seria en Madrid respetada, dirigióse á los presidentes de las juntas y á los generales de los ejércitos: á estos para que se aproximasen á la capital; á aquellos para que diputasen personas que unidas al consejo tratasen de los medios de defensa: „tocando solo á él „(decia) resolver sobre medidas de otra clase y ex- „citar la autoridad de la nacion y cooperar con su „influjo, representacion y luces al bien general de „esta.“ Ensoberbecidas las juntas con el triunfo de su causa, déjase discurrir con qué enfado y desden replicarian á tan imprudente y desacordada propuesta. La de Galicia no solamente tachaba á cada uno de sus miembros de ser adicto á los franceses, sino que al cuerpo entero le echaba en cara haber sido el mas activo instrumento del usurpador. Palafox en su respuesta con severidad le decia: „Ese „tribunal no ha llenado sus deberes;“ y Sevilla le acusaba ante la nacion „de haber obrado contra las „leyes fundamentales. . . . de haber facilitado á los „enemigos todos los medios de usurpar el señorío „de España. . . . de ser, en fin, una autoridad nula „é ilegal, y ademas sospechosa de haber cometido „antes acciones tan horribles que podian calificarse „de delitos atrocísimos contra la patria. . . .“ Al mismo son se expresaron todas las otras juntas fue-

ra de la de Valencia, la cual en 8 de agosto aprobó los términos lisonjeros con que el consejo era tratado en un escrito leído en su seno por uno de sus miembros. Mas aquella misma junta, tan dispuesta en su favor, tuvo muy luego que retractarse mandando en 15 del propio mes „que ninguna autoridad de cualquiera clase mantuviese correspondencia directa ni se entendiese en nada con el „consejo.” Dió lugar á la mudanza de dictámen la presteza con que el último se metió á expedir órdenes como si ya no existiese la junta. Mal recibido de todos lados y aun ásperamente censurado, parecióle necesario al consejo dar un manifiesto en que sincerase su conducta y procedimientos: penoso paso á quien siempre habia desestimado el tribunal de la opinion pública. Mas no por eso desistió de su propósito, ni ménos descuidó emplear otros medios con que recobrar la autoridad perdida. Dábase particular confianza la desunion que reinaba en las juntas y varias contestaciones entre ellas suscitadas. Por lo que será bien referir las mudanzas acaecidas en su composicion, y las explicaciones y altercados que precedieron á la instalacion de un gobierno central.

Estado de las
juntas provin-
ciales.

En la forma interior de aquellos cuerpos contadas fueron las variaciones ocurridas. Habíase en Asturias congregado desde agosto una nueva junta que diese mas fuerza y legitimidad al levantamiento de mayo, nombrando ó reeligiendo sus concejos diputados que la compusiesen con pleno conocimiento del

objeto de su reunion. Ninguna alteracion sustancial habia acaecido en Galicia; pero su junta convidó á la anterior, para que de comun con ella y las de Leon y Castilla formasen todas una representacion de las provincias del norte. Se habian las dos últimas confundido y erigido en una sola despues de la aciaga jornada de Cabezon. Presidia á ambas el bailio Don Antonio Valdes, quien estando al principio de acuerdo con Don Gregorio de la Cuesta, acabó por desavenirse con él y enojarse poderosamente. Reunidas en Ponferrada, como punto mas resguardado, se trasladaron á Lugo, en cuya ciudad debia verificarse la celebracion de juntas propuesta por la de Galicia. Esta mudanza fué el origen y principal motivo del enfado de Cuesta, no pudiendo tolerar que corporaciones que consideraba como dependientes de su autoridad, se alejasen del territorio de su mando y pasasen á una provincia con cuyos gefes estaba tan encontrado.

Concurrieron sin embargo á Lugo las tres juntas de Galicia, Castilla y Leon. No la de Asturias, ya por cierto desvío que habia entre ella y la de Galicia, y tambien porque viendo próxima la reunion actual de todas las provincias del reino, juzgó excusado y quizá perjudicial el que hubiese una parcial entre algunas del norte. Al tratarse de la formacion de esta, hubo diversos pareceres acerca del modo de su formacion y composicion. Quién opinaba por córtes, y quién soñaba un gobierno que diese principio y encaminase á una federacion na-

cional. Adhería al primer dictámen Sir Carlos Stuart, representante del gobierno ingles, como medio mas acomodado á los antiguos usos de España. Pero las novedades introducidas en las constituciones de aquel cuerpo durante la dominacion de las casas de Austria y Borbon, ofrecian para su llamamiento dificultades casi insuperables; pues al paso de ser muchas las ciudades de Leon y Castilla que enviaban procuradores á córtés, solo tenia una voz el populoso reino de Galicia, y se veia privado de ella el principado de Asturias, cuna de la monarquía. Tal desarreglo pedia para su enmienda mas tiempo y sosiego de lo que entónces permitian las circunstancias. Por su parte la junta de Galicia, sabedora de la idea de la federacion, queria esquivar en sus vistas con las de Leon y Castilla, el tratar de la union de un solo y único gobierno central. Mas la autoridad de Don Antonio Valdes, que todas tres habian elegido por su presidente, pudiendo mas que el estrecho y poco ilustrado ánimo de ciertos hombres, y prevaleciendo sobre las pasiones de otros, consiguió que se aprobase su propuesta dirigida al nombramiento de diputados, que en representacion de las tres juntas acudiesen á formar con las demas del reino una central. Con tan prudente y oportuna determinacion, se evitaron los extravíos y aun lástimas que hubiera provocado la opinion contraria.

Asimismo cortaron cuerdos varones varias desavenencias movidas entre Sevilla y Granada. Pre-

tendia la primera que la última se le sometiese, olvidada de la principal parte que habian tenido las tropas de su general Reding en los triunfos de Bailen. La rivalidad habia nacido con la insurreccion, no siendo dable fijar ni deslindar los limites de nuevas y desconocidas autoridades; y en vez de desaparecer aquella, tomó con la victoria alcanzada extraordinario incremento. Llegó á tal punto la exaltacion y ceguera, que el inquieto conde de Tilly propuso en el seno de la junta sevillana, que una division de su ejército marchase á sojuzgar á Granada. Presente Castaños y airado, á pesar de su condicion mansa, levantóse de su asiento, y dando una fuerte palmada en la mesa que delante habia, exclamó: „Quién sin mi beneplácito se atreverá á dar la „órden de marcha que se pide? No conozco, añadió, distincion de provincias; soy general de la „nacion, estoy á la cabeza de una fuerza respetable, y nunca toleraré que otros promuevan la guerra civil.” Su firmeza contuvo á los discolos, y ambas juntas se conformaron en adelante con una especie de concierto concluido entre la de Sevilla y los diputados de Granada, Don Rodrigo Riquelme, regente de su chancillería, y el oidor Don Luis Guerrero, nombrados al intento y autorizados competentemente.

Diferian tan lamentables disputas la reunion del gobierno central; y como si estos y otros obstáculos naturales no bastasen por sí, nuevos intereses y pretensiones venian á aumentarlos. Recordará el lec-

tor los pasos que en Lóndres dió en favor de los derechos de su amo á la corona de España el príncipe de Castelcicala, embajador del rey de las dos Sicilias, y la repulsa que recibió de los diputados. No desanimado con ella su gobierno, ni tampoco con otra parecida que le dió el ministerio ingles, por julio envió á Gibraltar un emisario que hiciese nuevas reclamaciones. El gobernador Dalrymple le impidió circular papeles y propasarse á otras gestiones. Mas tras del emisario despachó el gobierno siciliano al príncipe Leopoldo, hijo segundo del rey, á quien acompañaba el duque de Orleans. Fondearon ambos el 9 de agosto en la bahía de Gibraltar; pero no viéndose apoyados por el gobernador, pasó el de Orleans á Inglaterra, y quedó en el puerto de su arribada el príncipe Leopoldo. Entretenia á este la esperanza de que á su nombre, y conforme quizá á secretos ofrecimientos, no tardaría en recibir una diputacion, y noticia de haber sido elevado á la dignidad de regente. Pero vano fué su aguardar; y era en efecto difícil que un príncipe de edad de diez y ocho años, extrangero, sin recursos ni anterior fama, y sin otro apoyo que lejanos derechos al trono de España, fuese acogido con solícita diligencia en una nacion en que era desconocido, y en donde para conjurar la tormenta que la azotaba se requerian otras prendas, mayor experiencia y muy diversos medios que los que asistian al príncipe pretendiente.

Hubo no obstante quien esparció por Sevilla la

Llegada á Gibraltar del príncipe Leopoldo de Sicilia.

voz de que convenia nombrar una regencia compuesta del mencionado príncipe, del arzobispo de Toledo cardenal del Borbon, y del conde del Montijo. Con razon se atribuyó la idea á los enemigos y parciales del último, quien conservando todavía cierta popularidad á causa de la parte que se le atribuía en la caída del príncipe de la Paz, procuraba, aunque en vano, subir á puesto de donde su misma inquietud le repelia. Mas los enredos y maquinias de ciertos individuos, eran desbaratados por la ambicion de otros ó la sensatez y patriotismo de las juntas.

Así fué, que á pesar del desencadenamiento de pasiones y de los obstáculos nacidos con la misma insurreccion, ó causados por la presencia del enemigo, ya desde junio habia llamado la atencion de las juntas: 1.º La formacion de un gobierno central; 2.º Un plan general con el que mas prontamente se arrojase á los franceses del suelo patrio. Al propósito entablóse entre ellas seguida correspondencia. Dió la señal la de Murcia, dirigiendo, con fecha de 22 de junio una circular en que decía: „Ciudades de voto en córtes, reunámonos, formemos un cuerpo, elijamos un consejo que á nombre de Fernando VII organice todas las disposiciones civiles, y evitemos el mal que nos amenaza, que es la division.... Capitanes generales.... de vosotros se debe formar un consejo militar, de donde emanen las órdenes que obedezcan los que rigen los ejércitos....” Propuso tambien Asturias,

Correspondencia entre las juntas.

en un principio, la convocacion de córtes con algunas modificaciones, y hasta Galicia, (no obstante la mencionada federacion de algunos proyectada) comisionó, cerca de las juntas del mediodia, á Don Manuel Torrado, quien ya en últimos de julio se hallaba en Murcia, despues de haberlas recorrido y propuesto una central, formada de dos vocales de cada una de las de provincia. En el propio sentido, y en 16 de dicho julio, habia la de Valencia pasado á las demas su opinion impresa; lo que tambien por su parte, y al mismo tiempo, hizo la de Badajoz. No fué en zaga á las otras la junta de Granada, la cual apoyando la circular de Valencia, se dirigió á su competidora la de Sevilla, y desentendiéndose de desavenencias, señaló como acomodado asiento para la reunion la última ciudad.

No por eso se apresuraba esta, ostentando siempre su altanera supremacía. Pesábale en tanto grado descender de la cumbre á que se habia elevado, que hubo un tiempo en que prohibió la venta y circulacion de los papeles que convidaban á la apetecida concordia. Apremiada en fin por la voz pública y estrechada por el dictámen de algunos de sus individuos entendidos y honrados, publicó, con fecha 3 de agosto, un papel en el que, examinando los diversos puntos que en el dia se ventilaban, proponia la formacion de una junta central, compuesta de dos vocales de cada una de las de provincia. Anduvo perezosa no obstante en acabar de escoger los suyos. Pero adhiriendo las otras juntas á las opor-

tas razones de su circular, cuyo contenido en sustancia, se conformaba con la opinion que las mas habian mostrado ántes de concertarse, y que era la mas general y acreditada, fueron todas sucesivamente escogiendo de su seno personas que las representasen en una junta única y central.

Por su parte el consejo todavia esperaba recuperar con sus amaños y tenaz empeño el poder que para siempre querian arrebatárle de las manos. Mas no por eso, y para cautivar las voluntades de los hombres ilustrados, mudó de rumbo, adoptando un sistema mas nuevo y conforme al interes público y al progreso de la nacion. Asustándose á la menor sombra de libertad, encadenó la imprenta con las mismas y aun mas trabas que ántes; redujo á dos veces por semana la diaria publicacion de la gaceta de Madrid; persiguió y aun llegó á formar causa á algunas personas que tenian en su poder papeles de las juntas, mayormente de la de Sevilla; y en fin, resucitó en cuanto pudo su trillada, lenta y añeja manera de gobernar. Persuadióse que todo le era lícito á trueque de dar ciertos decretos de alistamiento y acopio de medios que mostrasen su interes por la causa de la independencia, que tan mal habia ántes defendido. Y sobre todo, cobró esperanza con la llegada á Madrid de varios generales, en quienes presumia poder con buen éxito emplear su influjo.

Fué el primero que pisó el suelo de la capital con las tropas de Valencia y Murcia, Don Pedro

Proceder del
consejo.

®

Entrada en
Madrid de Lia-
mne y Castaños.

Gonzalez de Llamas, que habia sucedido á Cervellon removido del mando. Atravesó la puerta de Atocha con 8000 hombres á las seis de la mañana del dia 13 de agosto. A pesar de hora tan temprana, inmenso fué el concurso que salió á recibirle y extremado el entusiasmo. Pasó á frenesí al entrar el 23 por la misma puerta D. Francisco Javier Castaños, acompañado de la reserva de Andalucía. Sus soldados adornados con los despojos del enemigo, ofrecian en su variada y extraña mezcla el mejor emblema de la victoria alcanzada. Pasaron todos por debajo de un arco de sencilla y magestuosa arquitectura que habia erigido la villa de Madrid junto á sus casas consistoriales. A estas entradas triunfales siguiéronse otros festejos con la proclamacion de Fernando VII, hecha en esta ocasion por el legítimo alférez mayor de Madrid, marquez de Astorga. Mas no á todos contentaban tanto bullicio y fiestas, pidiendo con sobrada razon que se pusiera mayor conato y celeridad en perseguir al enemigo, y en aumentar y organizar cumplidamente la fuerza armada. Daban particular peso á sus justas quejas y reclamaciones, los acontecimientos por entónces ocurridos en Vizcaya y Navarra.

Habíase en la primera provincia levantado Bilbao al anunciarse la victoria de Bailen; y en 6 de agosto escogiendo su vecindario una junta, acordó un alistamiento general, y nombró por comandante militar, al coronel Don Tomas de Salcedo. Sobremanera inquietó á los franceses esta insurrec-

Proclamacion
de Fernando
VII.

Insurreccion
de Bilbao.

cion, ya por el ejemplo y ya tambien porque comprometida su posicion en las márgenes del Ebro. pudieran verse obligados á estrecharse mas contra la frontera. Creció su recelo á mayor grado, con asonadas y revueltas que hubo en Tolosa y pueblos de Guipúzcoa, y con las correrías que hacian, y gente que allegaban en Navarra D. Antonio Egoaguirre y Don Luis Gil. Habian estos salido de Zaragoza en 27 de junio para alborotar aquel reino. Despues de algun tiempo, Gil empezó á incomodar al enemigo por el lado de Orbaiceta, se apoderó de muchas municiones de aquella fábrica, y amenazó y sembró el espanto hasta el mismo pueblo frances de San Juan de Pié de Puerto. Egoaguirre tampoco se descuidó en la comarca de Lerin: formando un batallon con nombre de voluntarios de Navarra, recorrió la tierra, y llamó tanto la atencion, que el general D'Agout envió una columna desde Pamplona para atajar sus daños y alejarle del territorio de su mando.

José por su parte pensó en apagar prontamente la temible insurreccion de Bilbao. Para ello envió contra aquella poblacion una division á las órdenes del general Merlin. No era dado á sus vecinos sin tropa disciplinada resistir á semejante acontecimiento. ¹ Apostáronse sin embargo con aquella idea á media legua, y los franceses asomándose allí el 16 de agosto, desbarataron y dispersarou á los bilbainos, pereciendo miserablemente, y despues de haberse rendido prisionero el oficial de artillería

Movimiento
en Guipúzcoa
y Navarra.

(1 Ap. n. 10.)

Gonzalez de Llamas, que habia sucedido á Cervellon removido del mando. Atravesó la puerta de Atocha con 8000 hombres á las seis de la mañana del dia 13 de agosto. A pesar de hora tan temprana, inmenso fué el concurso que salió á recibirle y extremado el entusiasmo. Pasó á frenesí al entrar el 23 por la misma puerta D. Francisco Javier Castaños, acompañado de la reserva de Andalucía. Sus soldados adornados con los despojos del enemigo, ofrecian en su variada y extraña mezcla el mejor emblema de la victoria alcanzada. Pasaron todos por debajo de un arco de sencilla y magestuosa arquitectura que habia erigido la villa de Madrid junto á sus casas consistoriales. A estas entradas triunfales siguiéronse otros festejos con la proclamacion de Fernando VII, hecha en esta ocasion por el legítimo alférez mayor de Madrid, marquez de Astorga. Mas no á todos contentaban tanto bullicio y fiestas, pidiendo con sobrada razon que se pusiera mayor conato y celeridad en perseguir al enemigo, y en aumentar y organizar cumplidamente la fuerza armada. Daban particular peso á sus justas quejas y reclamaciones, los acontecimientos por entónces ocurridos en Vizcaya y Navarra.

Habíase en la primera provincia levantado Bilbao al anunciarse la victoria de Bailen; y en 6 de agosto escogiendo su vecindario una junta, acordó un alistamiento general, y nombró por comandante militar, al coronel Don Tomas de Salcedo. Sobremanera inquietó á los franceses esta insurrec-

Proclamacion
de Fernando
VII.

Insurreccion
de Bilbao.

cion, ya por el ejemplo y ya tambien porque comprometida su posicion en las márgenes del Ebro. pudieran verse obligados á estrecharse mas contra la frontera. Creció su recelo á mayor grado, con asonadas y revueltas que hubo en Tolosa y pueblos de Guipúzcoa, y con las correrías que hacian, y gente que allegaban en Navarra D. Antonio Egoaguirre y Don Luis Gil. Habian estos salido de Zaragoza en 27 de junio para alborotar aquel reino. Despues de algun tiempo, Gil empezó á incomodar al enemigo por el lado de Orbaiceta, se apoderó de muchas municiones de aquella fábrica, y amenazó y sembró el espanto hasta el mismo pueblo frances de San Juan de Pié de Puerto. Egoaguirre tampoco se descuidó en la comarca de Lerin: formando un batallon con nombre de voluntarios de Navarra, recorrió la tierra, y llamó tanto la atencion, que el general D'Agout envió una columna desde Pamplona para atajar sus daños y alejarle del territorio de su mando.

José por su parte pensó en apagar prontamente la temible insurreccion de Bilbao. Para ello envió contra aquella poblacion una division á las órdenes del general Merlin. No era dado á sus vecinos sin tropa disciplinada resistir á semejante acontecimiento. ¹ Apostáronse sin embargo con aquella idea á media legua, y los franceses asomándose allí el 16 de agosto, desbarataron y dispersarou á los bilbainos, pereciendo miserablemente, y despues de haberse rendido prisionero el oficial de artillería

Movimiento
en Guipúzcoa
y Navarra.

(1 Ap. n. 10.)

Don Luis Power, distinguido entre los suyos. Los auxilios que de Asturias llevaba el oficial ingles Roche, llegaron tarde, y Merlin entró en Bilbao, cuya ciudad fué con rigor tratada. En su correspondencia blasonaba el rey intruso de „haber apagado la insurreccion con la sangre de 1200 hombres.” Singular jactancia y extraña en quien como José, no era de corazon duro ni desapiadado.

El contratiempo de Bilbao que en Madrid provocaba las reclamaciones de muchos, difundíendose por las provincias aumentó el clamor ya casi universal contra generales y juntas, reparando que algunos de aquellos se entregaban demasidamente á divertimientos y regocijos, y que estas con zelos y rivalidades retardaban la instalacion de la junta central. Deseando el consejo aprovecharse de la irritacion de los ánimos, y valiéndose de los lazos que le unian con Don Gregorio de la Cuesta, su antiguo gobernador, se concordó con este, y discurren apoderarse del mando supremo. Mas como Cuesta carecia de la suficiente fuerza, fuéles necesario tantear á Castaños, entónces algo disgustado con la junta de Sevilla. Avistóse pues con el último Don Gregorio de la Cuesta, y le propuso (segun tenemos de la boca del mismo Castaños) dividir en dos partes el gobierno de la nacion, dejando la civil y gubernativa al consejo, y reservando la militar al solo cuidado de ellos dos, en union con el duque del Infantado. Era Castaños sobrado advertido para admitir semejante proposicion. Vis-

Nuevos mandos del consejo.

Propuesta de Cuesta á Castaños.

lumbra el motivo porque se le buscaba, y conocia que separando su causa de la de las juntas, quizá seria desobedecido del ejército, y aun de la division misma que se alojaba en Madrid. En tanto, para acallar el rumor público, se celebró en aquella capital el 5 de septiembre un consejo de guerra. Asistieron á él los generales Castaños, Llamas, Cuesta y la Peña, representandó á Blake el duque del Infantado, y á Palafox otro oficial cuyo nombre ignoramos. Discutiéronse largamente varios puntos, y Cuesta, llevado siempre de mira particular, promovió el nombramiento de un comandante en gefe. No se arrimaron los otros á su parecer, y tan sólo arreglaron un plan de operaciones, de que hablaremos más adelante. Cuesta, aunque aparentó conformarse, salió despechado de Madrid, y con ánimo, mas bien que de cooperar á la realizacion de lo acordado, de levantar obstáculos á la reunion de la junta central: para lo cual, y satisfacer al mismo tiempo su ira contra la junta de Leon, de la que, como hemos visto, estaba ofendido, arrestó á sus dos individuos Don Antonio Valdés y vizconde de la Quintanilla, que iban de camino para representar su voz en la central. Quiso tratarlos como rebeldes á su autoridad, y los encerró en el alcázar de Segovia: tropelia que excitó contra el general Cuesta la pública animadversion.

Vanos sin embargo salieron sus intentos, vanos otros enredos y maquinaciones. Por todas partes prevaleció la opinion mas sana, y los diputados ele-

Consejo de guerra celebrado en Madrid.

Fronde Cuesta á Valdés y Quintanilla.

gidos por las diversas juntas fueron poco á poco acercándose á la capital. Llegó pues el suspirado momento de la reunion de una autoridad central, debiendo con ella cesar la particular supremacia de cada provincia. Durante la cual, no habiendo habido lugar ni ocasion de hacer sustanciales reformas ni mudanzas en los diversos ramos de la administracion pública, tales como estaban dispuestos y arreglados al disolverse, por decirlo así, la monarquía en mayo, tales ó con cortísima diferencia se los entregaron las juntas de provincia á la central.

No disimulamos en el libro anterior ni en el curso de nuestra narracion los defectos de que dichas juntas adolecieron, las pasiones que las agitaron. Por lo mismo justo es tambien que ahora tribute- mos debidas alabanzas á su primera y grandiosa resolucion, á su ardiente celo, á su incontrastable fidelidad. Al acabar de su mando anublóse por largo tiempo la prosperidad de la patria; mas se dió principio á una nueva, singular y porfiada lucha, en que sobre todo resplandeció la firmeza y constancia de la nacion española.

Acaba el go-
bierno de las
juntas provin-
ciales.

RESUMEN

DEL

LIBRO SEXTO.

INSTALACION de la junta central en Aranjuez., 25 de septiembre.—Número de individuos.—Su composicion.—Floridablanca.—Jovellanos.—Diversos partidos de la central.—Su instalacion celebrada en las provincias.—Contestacion con el consejo.—Dictámen de Jovellanos.—Forma interior de la central.—Don Manuel Quintana.—Primeras providencias y decretos de la central.—Su manifiesto en 10 de noviembre.—Distribucion de los ejércitos.—Su marcha.—Marcha del de Galicia.—Ocupa á Bilbao.—Marcha del de Asturias.—Cuesta.—Su conducta.—Le sucedieron Eguía y Pignatelli.—Marcha de Llamas.—Detencion de Castaños en Madrid.—Su salida.—Plan concertado con Palafox.—Situacion del ejército del centro y

gidos por las diversas juntas fueron poco á poco acercándose á la capital. Llegó pues el suspirado momento de la reunion de una autoridad central, debiendo con ella cesar la particular supremacia de cada provincia. Durante la cual, no habiendo habido lugar ni ocasion de hacer sustanciales reformas ni mudanzas en los diversos ramos de la administracion pública, tales como estaban dispuestos y arreglados al disolverse, por decirlo así, la monarquía en mayo, tales ó con cortísima diferencia se los entregaron las juntas de provincia á la central.

No disimulamos en el libro anterior ni en el curso de nuestra narracion los defectos de que dichas juntas adolecieron, las pasiones que las agitaron. Por lo mismo justo es tambien que ahora tribute- mos debidas alabanzas á su primera y grandiosa resolucion, á su ardiente celo, á su incontrastable fidelidad. Al acabar de su mando anublóse por largo tiempo la prosperidad de la patria; mas se dió principio á una nueva, singular y porfiada lucha, en que sobre todo resplandeció la firmeza y constancia de la nacion española.

Acaba el go-
bierno de las
juntas provin-
ciales.

RESUMEN

DEL

LIBRO SEXTO.

INSTALACION de la junta central en Aranjuez, 25 de septiembre.—Número de individuos.—Su composicion.—Floridablanca.—Jovellanos.—Diversos partidos de la central.—Su instalacion celebrada en las provincias.—Contestacion con el consejo.—Dictámen de Jovellanos.—Forma interior de la central.—Don Manuel Quintana.—Primeras providencias y decretos de la central.—Su manifiesto en 10 de noviembre.—Distribucion de los ejércitos.—Su marcha.—Marcha del de Galicia.—Ocupa á Bilbao.—Marcha del de Asturias.—Cuesta.—Su conducta.—Le sucedieron Eguía y Pignatelli.—Marcha de Llamas.—Detencion de Castaños en Madrid.—Su salida.—Plan concertado con Palafox.—Situacion del ejército del centro y

del de Aragón.—Fuerza de los ejércitos españoles.—Situación de José y del ejército francés.—Exposición de sus ministros.—Fuerza del ejército francés.—Movimiento de los españoles.—Acción de Lerín, 26 de octubre.—Retirada de los castellanos de Logroño.—Arreglo que en su ejército hace el general Castaños.—Se sitúa en Cintruénigo y Calahorra.—Napoleon.—Su mensaje al senado.—Leva de nuevas tropas.—Conferencias de Erfurth.—Correspondencia con el gobierno inglés.—Fin de la correspondencia.—Discurso de Napoleon al cuerpo legislativo.—Fuerza y división del ejército francés.—Cruza Napoleon el Bidasoa.—Acción de Zorzoza, 31 de octubre.—De Valmaseda, 4 de noviembre.—Reconocimiento hacia Güeñes en 7 de noviembre.—Batalla de Espinosa, 10 y 11 de noviembre.—Disposiciones de Napoleon.—Acción de Burgos, 10 de noviembre.—Revuelve Soult contra Blake.—Diversas direcciones de los mariscales franceses.—Entrada en Burgos de Napoleon.—Su decreto de 12 de noviembre.—Ejército inglés.—Ejército del centro.—Don Francisco Palafox enviado por la central.—Diversos planes.—Marcha Lannes contra dicho ejército.—Replégase Castaños.—Batalla de Tudela, 23 de noviembre.—Retirada del ejército.—Su llegada á Sigüenza.—La Peña general en jefe.—San Juan en Somosierra.—Pasan los

franceses el puerto.—Situación de la central.—Cartas de los ministros de José.—Abandona la central á Aranjuez.—Situación de Madrid.—Muerte del marqués de Perales.—Napoleon delante de Madrid.—Ataque de Madrid.—Conferencia de Morla con Napoleon.—Capitulación.—Fáltase á la capitulación.—Decretos de Napoleon en Chamartin.—Españoles llevados á Francia.—Visita Napoleon el palacio real.—Su inquietud.—Contestación al corregidor de Madrid.—Juramento exigido de los vecinos.—Van los mariscales franceses en persecución de los españoles.—Total dispersión del ejército de San Juan.—Muerte cruel de este general.—Ejército del centro: sus marchas y retirada á Cuenca.—Rebelión del oficial Santiago.—Nómbrese por general en jefe al duque del Infantado.—Conde de Alacha.—Su retirada gloriosa.—La Mancha.—Toledo.—Muertes violentas.—Villacañas.—Sierramorena.—Juntas de los cuatro reinos de Andalucía.—Camposagrado.—Marqués del Palacio.—Marchan los franceses á Extremadura: estado de la provincia.—Excesos.—General Galluzo.—Su retirada.—Continúa la central su viage.—Sus providencias.—Sucede Cuesta á Galluzo.—Llega á Sevilla la central en 17 de diciembre.—Muerte de Floridablanca.—Situación penosa de la central.—Sus esperanzas.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO SEXTO.

Resueltas las dudas que se habían suscitado sobre el lugar más conveniente para la reunión de un gobierno central, tocábase ya al deseado momento de su instalación, y aun subsistía la misma y penosa incertidumbre. Los más se inclinaban al dictamen de la junta de Sevilla, que había al efecto señalado á Ciudad Real, ó cualquiera otro parage que no fuese la capital de la monarquía, sometida según pensaba al pernicioso influjo del consejo y sus allegados. El haberse en Aranjuez incorporado á los diputados de dicha junta los de otras varias, puso término á las dificultades, obligando á los que permanecían en Madrid vacilantes en su opinion, á conformarse con la de sus com-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA CENTRAL

pañeros, declarada por la celebracion en aquel sitio de las primeras sesiones. Antes de abrirse estas, y juntos unos y otros, tuvieron conferencias preparatorias, en las que se examinaron y aprobaron los poderes, y se resolvieron ciertos puntos de etiqueta ó ceremonial.

Por fin, el 25 de septiembre en Aranjuez y en su real palacio instalóse solemnemente el nuevo gobierno, bajo la denominacion de Junta suprema central gubernativa del reino. ^(1 Ap. n. 1.) Compuesta entónces de veinticuatro individuos, creció en breve su número, y se contaron hasta treinta y cinco, nombrados en su mayor parte por las juntas de provincia, erigidas al alzarse la nacion en mayo. De cada una vinieron dos diputados. Otros tantos envió Toledo sin estar en igual caso, y lo mismo Madrid y reino de Navarra. De Canarias solo acudió uno á representar sus islas. Fué elegido presidente el conde de Floridablanca, diputado por Murcia, y secretario general Don Martin Garay, que lo era por Extremadura.

Los vocales pertenecian á honrosas y principales clases del estado, contándose entre ellos eclesiásticos elevados en dignidad, cinco grandes de España, varios títulos de Castilla, antiguos ministros y otros empleados civiles y militares. Sin embargo, casi todos ántes de la insurreccion eran como repúblicos, desconocidos en el reino, fuera de Don Antonio Valdés, del conde de Floridablanca y de Don Gaspar Melchor de Jovellanos. El prime-

Instalacion de la junta central en Aranjuez, 25 de septiembre.

(1 Ap. n. 1.)

Número de individuos.

Su composicion.

ro, muchos años ministro de marina, mereció, al lado de leves defectos, justas alabanzas por lo mucho que en su tiempo se mejoró y acrecentó la armada y sus dependencias. Los otros dos, de fama esclarecida, requieren de nuestra pluma particular mencion, por lo que harémos de sus personas un breve y fiel traslado.

A los ochenta años cumplidos de su edad Don José Moñino, conde de Floridablanca, aunque trabajado por la vejez y achaques, conservaba despejada su razon y bastante fortaleza para sostener las máximas que le habian guiado en su largo y señalado ministerio. De familia humilde de Hellin en Murcia, por su aplicacion y saber habia ascendido á los mas eminentes puestos del estado. Fiscal del consejo real, y en union con su ilustre compañero el conde de Campomanes, habia defendido atinada y esforzadamente las regalías de la corona contra los desmanes del clero y desmedidas pretensiones de la curia romana. Por sus doctrinas y por haber cooperado á la expulsion de los jesuitas, se le honró con el cargo de embajador cerca de la Santa Sede, en donde contribuyó á que se diese el breve de supresion de la tan nombrada sociedad, y al arreglo de otros asuntos igualmente importantes. Llamado en 1777 al ministerio de estado, y encargado á veces del despacho de otras secretarías, fué desde entónces hasta la muerte de Carlos III, ocurrida en 1788, árbitro, por decirlo así, de la suerte de la monarquía. Con dificultad habrá

ministro á un tiempo mas ensalzado ni mas deprimido. Hombre de capacidad, entero, atento al desempeño de su obligacion, fomentó en lo interior casi todos los ramos, construyó caminos, y erigió varios establecimientos de pública utilidad. Fuera de España, si bien empeñado en la guerra impolítica y ruinosa de la independencia de los Estados- Unidos, emprendida segun parece mal de su grado, mostró á la faz de Europa impensadas y respetables fuerzas, y supo sostener entre las demas la dignidad de la nacion. Censurósele, y con justa causa, el haber introducido una policia suspicaz y perturbadora, como tambien sobrada aficion á persecuciones, cohonestando con la razon de estado tropelías hijas las mas veces del deseo de satisfacer agravios personales. Quizá los obstáculos que la ignorancia oponia á medidas saludables, irritaban su ánimo poco sufrido: ninguna de ellas fué mas tachada que la junta llamada de estado, y por la que los ministros debian, de comun acuerdo, resolver las providencias generales y otras determinadas materias. Atribuyósele á prurito de querer entrometerse en todo y decidir con predominio. Sin embargo, la medida en sí, y los motivos en que la fundó, no solo le justificaban, sino que tambien por ella sola se le podria haber calificado de práctico y entendido estadista. Despues del fallecimiento de Carlos III continuó en su ministerio hasta el año de 1792. Arredrado entónces con la revolucion francesa, y agriado por escritos satíricos contra su

persona, propendió aun mas á la arbitrariedad á que ya era tan inclinado. Pero ni esto, ni el conocimiento que tenia de la corte y sus manejos, le valieron para no ser prontamente abatido por Don Manuel Godoy, aquel coloso de la privanza regia, cuyo engrandecimiento, aunque disimulaba, veia Floridablanca con recelo y aversion. Desgraciado en 1792, y encerrado en la ciudadela de Pamplona, consiguió al cabo que se le dejase vivir tranquilo y retirado en la ciudad de Murcia. Allí estaba en el mayo de la insurreccion, y noblemente respondió al llamamiento que se le hizo, siendo falsas las protestas que la malignidad inventó en su nombre. Afecto en su ministerio á ensanchar mas y mas los límites de la potestad real, rompiendo cuantas barreras quisieran oponérsele, habia crecido con la edad el amor á semejantes máximas, y quiso como individuo de la central que sirviesen de norte al nuevo gobierno, sin reparar en las mudanzas ocasionadas por el tiempo, y en las que reclamaban escabrosas circunstancias.

Atento á ellas y formado en muy diversa escuela, seguia en su conducta la vereda opuesta Don Gaspar Melchor de Jovellanos, concordando sus opiniones con las mas modernas y acreditadas. Desde muy mozo habia sido nombrado magistrado de la audiencia de Sevilla: ascendiendo despues á alcalde de casa y corte y á consejero de órdenes, desempeñó estos cargos, y otros no ménos importantes, con integridad, celo y atinada ilustracion. Elevade

Jovellanos.



en 1797 al ministerio de gracia y justicia, y no pudiendo su inflexible honradez acomodarse á la corrompida corte de María Luisa, recibió bien pronto su exoneracion. Motivóla con particularidad el haber procurado alejar de todo favor é influjo á Don Manuel Godoy, con quien no se avenia ningun plan bien concertado de pública felicidad. Quiso al intento aprovecharse de una coyuntura en que la reina se creia desairada y ofendida. Mas la ciega pasion de esta, despertada de nuevo con el artificioso y reiterado obsequio de su favorito, no solo preservó al último de fatal desgracia, sino que causó la del ministro y sus amigos. Desterrado primero á Gijon, pueblo de su naturaleza, confinado despues en la cartuja de Mallorca, y al fin atropelladamente y con crueldad, encerrado en el castillo de Bellver de la misma isla, sobrellevó tan horrorosa y atroz persecucion con la serenidad y firmeza del justo. Libertóle de su larga cautividad el levantamiento de Aranjuez, y ya hemos visto cuán dignamente al salir de ella, desechó las propuestas del gobierno intruso, por cuyo noble porte y sublime y reconocido mérito, le eligió Asturias para que fuese en la central uno de sus dos representantes. Escritor sobresaliente, y sobre todo, armonioso y elocuentísimo, dió á luz como literato y como publicista obras selectas, siendo en España las que escribió en prosa de las mejores si no las primeras de su tiempo. Protector ilustrado de las ciencias y de las letras, fomentó con esmero la educacion de la ju-

ventud, y echó en su instituto asturiano, de que fué fundador, los cimientos de una buena y arreglada enseñanza. En su persona y en el trato privado, ofrecia la imágen que nos tenemos formada de la pundonorosa dignidad y apostura de un español del siglo XVI, unida al saber y exquisito gusto del nuestro. Achacábanle aficion á la nobleza y sus distinciones; pero sobre no ser extraño en un hombre de su edad y nacido en aquella clase, justo es decir que no procedia de vano orgullo ni de pueril apego al blason de su casa, sino de la persuasion en que estaba de ser útil y aun necesario en una monarquía moderada el establecimiento de un poder intermedio entre el monarca y el pueblo. Así estuvo siempre por la opinion de una representacion nacional dividida en dos cámaras. Suave de condicion, pero demasiadamente tenaz en sus propósitos, á duras penas se le desviaba de lo una vez resuelto, al paso que de ánimo candoroso y recto solia ser sorprendido y engañado, defecto propio del varon excelente, que (como decia Ciceron, su autor predilecto) „dificilísimamente cae en sospecha de la perversidad de los otros." Tal fué Jovellanos, cuya nombradía resplandecerá y aun descollará entre las de los hombres mas célebres que han honrado á España.

Fija de antemano la atencion nacional en los dos respetables varones de que acabamos de hablar, siguieron los individuos de la central el impulso de la opinion, arrimándose los mas á uno ú á otro de

[1 Ap. n. 2]

dichos dos vocales. Pero como estos entre sí disientan, dividiéronse los pareceres, prevaleciendo en un principio y por lo general el de Floridablanca. Con su muerte y las desgracias no dejó mas adelante de triunfar á veces el de Jovellanos, ayudado de Don Martin de Garay, cuyas luces naturales, fácil despacho y práctica de negocios, le dieron sumo poder é influjo en las deliberaciones de la junta.

Pero á uno y otro partido de los dos, si así pueden llamarse, en que se dividió la central, faltábales actividad y presteza en las resoluciones. Floridablanca anciano y doliente, Jovellanos entrado tambien en años y con males, avezados ambos á la regularidad y pausa de nuestro gobierno, no podian sobreponerse á la costumbre y á los hábitos en que se habian criado y envejecido. Su autoridad llevaba en pos de sí á los demas centrales, hombres en su mayoría de probidad, pero escasos de sobresalientes ó notables prendas. Dos ó tres mas arrojos y atrevidos, entre los que principalmente sonaba Don Lorenzo Calvo de Rozas, acreditado en el sitio de Zaragoza, querian en vano sacar á la junta de su sosegado paso. No era dado á su corto número ni á su anterior y casi desconocido nombre vencer los obstáculos que se oponian á sus miras.

Así fué que en los primeros meses, siguiendo la central en materias políticas el dictámen de Floridablanca, y no asistiéndole ni á él ni á Jovellanos para las militares y económicas el vigor y pron-

Diversos partidos en la central.

ta diligencia que la apretada situacion de España exigia, con lástima se vió que el nuevo gobierno, obrando con lentitud y tibieza en la defensa de la patria, y ocupándose en pormenores, recejaba en lo civil y gubernativo á tiempos añejos y de aciaga recordacion.

Mas ántes, y al saberse en las provincias su instalacion, fué celebrada esta con general aplauso y desoidas las quejas en que prorumpieron algunas juntas, señaladamente las de Sevilla y Valencia: las cuales, pesarosas de ir á ménos en su poder, habian intentado convertir los diputados de la central en meros agentes sometidos á su voluntad y capricho, dándoles facultades coartadas. Pasóse pues por encima de las instrucciones que aquellas habian dado, arreglándose á lo que prevenian los poderes de otras juntas, y segun los que se creaba una verdadera autoridad soberana é independiente y no un cuerpo subalterno y encadenado. Y si en ello pudo haber algun desvío de legitimidad, el bien y union del reino reclamaban que se tomase aquel rumbo, si no se queria que cada provincia prosiguiese gobernándose separadamente y á su antojo.

Tampoco faltaron, como era de temer, desavenencias con el consejo real. En 26 de septiembre le habia dado cuenta la junta central de su instalacion, previniéndole que prestado que hubiesen sus individuos el juramento debido, expidiese las cédulas, órdenes y provisiones competentes para que obedeciesen y se sujetasen á la nueva autoridad to-

En instalacion celebrada en las provincias

Comentales con el consejo.

das las de la monarquía. Por aquel paso, desaprobado de muchos, persuadido tal vez el consejo de que la junta había menester su apoyo para ser reconocida en el reino, cobró aliento, y después de dilatar una contestación clara y formal, al cabo envió el 30 con el juramento pedido una exposición de sus fiscales, en la que estos se oponían á que se prestase dicho juramento, reclamando el uso y costumbres antiguas. Aunque el consejo no había seguido el parecer fiscal, le remitió no obstante á la junta acompañado de sus propias meditaciones, dirigidas principalmente á que se adoptasen las tres siguientes medidas: 1.^a Reducir el número de vocales de la central, por ser el actual contrario á la ley 3.^a, Partida 2.^a, título 15, en que hablándose de las minoridades en los casos en que el rey difunto no hubiese nombrado tutores, dice: „que los guardadores deben ser uno ó tres, ó cinco, e non mas.“ 2.^a La extincion de las juntas provinciales: y 3.^a La convocacion de cortes conforme al decreto dado por Fernando VII en Bayona.

Justas como á primera vista parecían estas peticiones, no solo no eran por entónces hacederas, sino que procediendo de un cuerpo tan desopinado como lo estaba el consejo, achacáronse á odio y desquite contra las autoridades populares nacidas de la insurrección. Sobre los generales y conocidos motivos, otros particulares al caso contribuyeron á dar mayor valor á semejante interpretación. Pues en cuanto al primer punto el consejo que ahora juz-

gaba ser harto numerosa la junta central, había en agosto provocado á los presidentes de las de provincia, para que¹ „no siendo posible adoptar de pronto, en circunstancias tan extraordinarias los medios que designaban las leyes y las costumbres nacionales... diputasen personas de su mayor confianza que reuniéndose á las nombradas por las juntas establecidas en las demas provincias y al consejo, pudiesen conferenciar... de manera que partiendo todas las providencias y disposiciones de este centro comun, fuese tan expedito como conveniente el efecto.“ Por lo cual si se hubiera condescendido con la voluntad del consejo, lejos de ser ménos en número los individuos de la central, se hubiera esta engrosado con todos los magistrados de aquel cuerpo. Además, la citada ley de Partida en que estribaba la opinion para reducir los centrales y la formación de regencia, puede decirse que nunca fué cumplida, empezando por la misma minoridad de Don Fernando IV el Emplazado, nieto del legislador que promulgó la ley, y acabando en la de Carlos II de Austria. La otra petición del consejo de suprimir las juntas provinciales, pareció sobradamente desacordada. Perjudicial la conservación de estas en tiempos pacíficos y serenos, no era todavía ocasion de abolirlas permaneciendo el enemigo dentro del reino, y solo sí de deslindar sus facultades y limitarlas. Tampoco agradó, aunque en apariencia lisonjera, la 3.^a petición de convocar la representación nacional. Dudábase de la

Tomo II. 17

(1 Ap. n. 3.)

buena fe con que se hacia la propuesta; habiéndose constantemente mostrado el consejo hosco y espartadizo á solo el nombre de cortes, sin contar con que se requeria mas espacio para convenir en el modo de su llamamiento, conforme á las mudanzas acaecidas en la monarquía. Las insinuaciones del consejo se llevaron pues tan á mal, que intimidado no insistió por entónces en su empeño.

Dictámen de Jovellanos.

Coincidia sin embargo hasta cierto punto con su dictámen el de algunos individuos de la central, y de los mas ilustrados, entre ellos el de Jovellanos. Desde el día de la instalacion y reuniéndose á puerta cerrada mañana y noche, fué uno de los primeros acuerdos de la junta nombrar una comision de cinco vocales que hiciese su reglamento interior. En ella provocó Jovellanos como medida prévia, tratar de la institucion y forma del nuevo gobierno. No asintiendo los otros á su parecer, le reprodujo el 7 de octubre en el seno de la misma junta, pidiendo que se anunciase inmediatamente „á la nacion que seria reunida en córtes luego que el enemigo hubiese abandonado nuestro territorio; y si „esto no se verificase ántes, para el octubre de 1810; „que desde luego se formase una regencia interina „en el dia 1.º del año inmediato de 1809; que instalada la regencia, quedasen existentes la junta „central y las provinciales; pero reduciendo el número de vocales en aquella á la mitad, en estas á „cuatro, y unas y otras sin mandó ni autoridad, y „solo en calidad de auxiliares del gobierno.” Este

dictámen, aunque justamente apreciado, no fué admitido, suspendiéndose para mas adelante su resolucion. Creian unos que era mas urgente ocuparse en medidas de guerra que en las políticas y de gobierno, y á otros pesábales bajar del puesto á que se veian elevados. Era tambien dificultoso agradar á las provincias en la eleccion de regencia: esta solamente habia de constar de tres ó cinco individuos; y no siendo por tanto dado á todas ellas tener en su seno un representante, hubieran nacido de su formacion quejas y desabrimientos. Ademas, el gobierno electivo y limitado de la regencia, sin el apoyo de otro cuerpo mas numeroso y que deliberase en público como el de las córtes, no hubiera probablemente podido resistir á los embates de la opinion tan varia y suspicaz en medio de agitaciones y revueltas. Y la convocacion de aquellas, segun hemos insinuado, pedia mas desahogo y prévia meditacion: por cuyas causas y la premura de los tiempos continuó la junta central en todo el goce y poderío de la autoridad soberana.

En su virtud, y para el mejor y mas pronto despacho de los negocios, arregló su forma interior y se dividió en otras tantas secciones cuantos ministerios habia en España, á saber: estado, gracia y justicia, guerra, marina y hacienda, resolviendo en sesiones plenas las providencias que aquellas proponian. Y para reducir su accion á unidad, se creó una secretaría general, á cuya cabeza se puso al célebre literato y buen patriota Don Manuel Quintana.

Forma interior de la central.

Don Manuel Quintana.

tana: eleccion que á veces sirvió al crédito de la central, pues valiéndose de su pluma para proclamas y manifiestos, media la muchedumbre por la dignidad del language, las ideas y providencias del gobierno.

Primeras providencias y decretos de la central.

Desgraciadamente estas no correspondieron á aquel durante los primeros meses. Por de pronto y ántes de todo ocupáronse los centrales en honores y condecoraciones. Al presidente se le dió el tratamiento de alteza; á los demas vocales el de excelencia, reservándose el de magestad á la junta en cuerpo. Adornaron sus pechos con una placa que representaba ambos mundos; se señalaron el sueldo de 120,000 reales, é incurrieron por consiguiente en los mismos deslices que las juntas de provincia, sin ser ya iguales las circunstancias.

No desdijeron otros decretos de estos primeros y desacertados. Mandóse suspender la venta de manos muertas, y aun se pensó en anular los contratos de las hechas anteriormente. Permitióse á los ex-jesuitas volver á España en calidad de particulares. Restableciéronse las antiguas trabas de la imprenta, y se nombró inquisidor general; y afiigiendo y contristando así á los hombres ilustrados, la junta ni contentó ni halagó al clero, sobradamente avisado para conocer lo inoportuno de semejantes providencias.

Por otra parte, tampoco acallaba las habilllas y disgusto que aquellas promovian, con las que tomaba en lo económico y militar. Verdad es que si al-

gun tanto dependia su inaccion de las vanas ocupaciones en que se entretenia, gran parte tuvo tambien en ella el estado lastimoso de la nacion, la cual habiendo hecho un extraordinario esfuerzo ya casi exhausta al levantarse en mayo, acabó de agotar sus recursos para hacer rostro á las urgentes necesidades del momento. Y la administracion pública de antemano desordenada, desquiciándose del todo con el gran sacudimiento, yacia por tierra. Reconstruirla, era obra más larga y no propia de un gobierno como la central, cuya forma, si bien imposible ó difícil de mejorarse entónces, no por eso dejaba de ser viciosísima y monstruosa; puesto que cuerpo sobradamente numeroso como potestad ejecutiva, resolvía lentamente por lo detenido y embarazoso de sus deliberaciones, y escaso de vocales para ejercer la legislativa, ni podian ilustrarse suficientemente las materias, ni buscar luces ni arriño en la opinion, teniendo que ser secretas sus discusiones por la índole de su institucion misma.

Trató no obstante la central, aunque perezosamente, de bienquistarse con la nacion, circulando en 10 de noviembre un manifiesto que llevaba la fecha de 26 de octubre, y en el que con maestria se trazaba el cuadro del estado de cosas y la conducta que la junta seguiria en su gobierno. No solamente mencionaba en su contenido los remedios prontos y vigorosos que era necesario adoptar, no solo trataba de mantener para la defensa de la patria 500,000 infantes y 50,000 caballos, sino que

Su manifiesto en 10 de noviembre.

tambien daba esperanza de que se mejorarían para lo venidero nuestras instituciones. Si este papel se hubiera esparcido con anticipacion, y sobre todo, si los hechos se hubieran conformado con las palabras, asombroso y fundado hubiera sido el concepto de la junta central. Mas habia corrido el mes de octubre, entrado noviembre, comenzado las desgracias, y no por eso se veía que los ejércitos se proveyesen y aumentasen.

Estos habian sido divididos por decreto suyo en cuatro grandes y diversos cuerpos. 1.º Ejército de la izquierda que debia constar del de Galicia, Asturias, tropas venidas de Dinamarca, y de la gente que se pudiera allegar de las montañas de Santander y pais que recorriese. 2.º Ejército de Cataluña, compuesto de tropas y gente de aquel principado, de las divisiones desembarcadas de Portugal y Mallorca, y de las que enviaron Granada, Aragon y Valencia. 3.º Ejército del centro que debia comprender las cuatro divisiones de Andalucía y las de Castilla y Extremadura con las de Valencia y Murcia, que habian entrado en Madrid con el general Llamas. Tambien habia esperanzas de que obrasen por aquel lado los ingleses en caso de que se determinasen á avanzar hácia la frontera de Francia. 4.º Ejército de reserva, compuesto de las tropas de Aragon y de las que durante el sito de Zaragoza se les habian agregado de las tropas de Valencia y otras partes. Nombróse tambien una junta general de guerra, y presidente de ella al gene-

ral Castaños, aunque por entónces debia seguir al ejército. Mas estas providencias no tuvieron entero y cumplido efecto, impidiéndolo en parte otras disposiciones, y los contratiempos y desastres que sobrevinieron, en cuya relacion vamos á entrar.

Ya ántes de la instalacion de la central y en el consejo militar celebrado en Madrid en 5 de septiembre, de que hicimos mencion, se habia acordado que al paso que el general Llamas con las tropas de Valencia y Murcia marchase á Calahorra, y Castaños con las de Andalucía á Soria, se arriaran Cuesta y las de Castilla al Burgo de Osma, y Palafox con las suyas á Sangüesa y orillas del rio Aragon; recomendando ademas á Galluzo, que mandaba las de Extremadura, el ir á unirse á las que se encaminaban al Ebro. Blake por su lado debia avanzar con los gallegos y asturianos hácia Burgos y provincias vascongadas. Descabellado como era el plan, desparramando sin orden en varios puntos y en una línea extendida, escasas, mal disciplinadas y peor provistas tropas, se procedió despacio en su ejecucion, no habiéndose nunca del todo realizado. Nuevas disputas y pasiones contribuyeron á ello, y principalmente lo mal entendido y combinado del mismo plan, falta de recursos, desorden en la distribucion, y aquella lentitud característica al parecer de la nacion española, y de la que segun el gran Bacon, habia ya en su tiempo nacido el proverbio ¹ „me venga la muerte de España, porque vendria tarde.”

Su marcha.

(1 Ap. n. 4.)

Marcha del de Galicia.

Con todo, el ejército de Galicia después de la rota de Rioseco, habiéndose algún tanto organizado en Manzanal y Astorga, emprendió su marcha á las órdenes de su general Don Joaquin Blake en los últimos días de agosto, y dividido en tres columnas, se dirigió por la falda meridional de la cordillera que separa á Leon y á Búrgos de Asturias y Santander. Al promediar el mes se hallaban las tres columnas en Villarcayo, punto que se tuvo por acomodado y central para posteriores operaciones. Ascendía su número á 22,728 infantes y 400 caballos distribuidos en cuatro divisiones. La cuarta al mando del marques de Portago se movió la vuelta de Bilbao para asegurar la comunicacion con aquella costa, y esperando sorprender á los franceses. Mas avisados estos por los tiros indiscretos de una avanzada española, pudieron con corta pérdida retirarse y desocupar la villa. No la guardaron mucho tiempo nuestras tropas, porque revolviendo sobre ellas con refuerzo el mariscal Ney, recién llegado de Francia, obligó á Portago á recogerse por Valmaseda sobre la Nava. Insistió días después el general Blake en recuperar á Bilbao, y acudiendo en persona con superiores fuerzas, necesario le fué al general frances Merlin evacuar de nuevo dicha villa en la noche del 11 de octubre.

Ocupa á Bilbao.

Marcha del de Asturias.

En el mismo día y ocupando á Quincoces orilla izquierda del Ebro, se incorporaron al ejército de Galicia las tropas de Asturias, capitaneadas por Don Vicente María de Acevedo. Habia este suce-

dido en el mando, desde 28 de junio, al marques de Santa Cruz de Marcenado, á cuyo patriotismo é instruccion no acompañaban las raras prendas que pide la formacion de un ejército nuevo y allegadizo. El Acevedo, militar antiguo, firme y severo, y adornado de luces naturales y adquiridas, habia conseguido disciplinar bastantemente 8000 hombres, con los que resolvió salir á campaña. Iban en dos trozos, uno le regia Don Cayetano Valdes, otro Don Gregorio Quiros. Gefe de escuadra el primero, le vimos en Mahon mandando á principios de año la fuerza naval surta en aquel puerto, y ya ántes la nacion le habia distinguido y colocado entre sus mejores y mas arrojados marinos. Al ruido del alzamiento de Asturias habia acudido á esta provincia, cuna de su familia. El segundo, natural de ella y oficial de guardias españolas, era justamente tenido por hombre activo, inteligente y bizarro. Unidas pues las tropas de Asturias y Galicia, concertaron sus movimientos, y el 25 de octubre se situó el general Blake con parte de ellas entre Zornoza y Durango.

Al propio tiempo Don Gregorio de la Cuesta ántes que en cumplir lo acordado en 5 de septiembre en Madrid, pensó en satisfacer sus venganzas. Referimos cómo de vuelta de la capital habia detenido y preso en el alcázar de Segovia á los diputados de Leon Don Antonio Valdes y vizeconde de Quintanilla. Adelante con su propósito queria juzgarlos como rebeldes á su autoridad en consejo militar, es-

Cuesta, su conducta.

cogiendo para fiscal de la causa al conde de Cartaojal. Dispuso tambien que la ciudad de Valladolid nombrase en su lugar otros dos vocales por Castilla, con lo que hubieron de aumentarse los choques y la confusion. Felizmente no halló Cuesta abrigo en la opinion, y desaprobando la central su conducta, le mandó comparecer en Aranjuez, y previno á Cartaojal que soltase los presos. Obedecieron ambos; y puesto el ejército de Castilla bajo las órdenes de su segundo gefe Don Francisco Eguia, se acercó á Logroño, en donde definitivamente le sucedió y tomó el mando Don Juan Pignatelli. Mas estas mudanzas y trasiego de gefes menguó y desconcertó la tropa castellana, llena sí de entusiasmo y ardor, pero bisoña y poco arreglada. Su número no pasaba de 8000 hombres con pocos caballos.

Le suceden Eguia y Pignatelli.

Marcha de Llamas.

Por su parte y deseoso de poner en práctica el plan resuelto, partió de Madrid el primero de todos, y en septiembre Don Pedro González de Llamas. Mandaba á los valencianos y murcianos con que habia entrado en la capital, y salió de ella con unos 4500 hombres infantes y ginetes. Enderezó su marcha á Alfaro, orilla derecha de Ebro, y situó en primeros de octubre su cuartel general en Tudela. Siguiéronle de cerca la 2.^a y 4.^a division de Andalucía, regidas ambas por el general Don Manuel de la Peña, y cuya fuerza ascendia á 10,000 hombres. Castaños permaneció en Madrid, y no faltaba quien motejase su tardanza, en la que tuvieron principal

parte manejos y tramas del consejo, y zelos, piques, y desavenencias de la junta de Sevilla.

Dijeron algunos que tambien se detenia, esperando en que la central le nombraria generalísimo en remuneracion de lo que habia trabajado por instalarla. Apoyaban la conveniencia de semejante medida Sir Carlos Stuard que de Galicia habia venido á Madrid y Aranjuez, y lord William Bentinck enviado desde Portugal por el general Dalrymple para concertarse con Castaños acerca de las operaciones militares. El pensamiento era sin duda útil para la union y conformidad en la direccion de los ejércitos; pero á su cumplimiento se oponian las rivalidades de otros generales, las que reinaban dentro de la misma junta central, y el temor de que no tuviese Castaños la actividad y firmeza que aquellos tiempos requerian.

Detencion de Castaños en Madrid.

Salió este al fin de Madrid el 8 de octubre, y el 17 llegó á Tudela. Convidado por Palafox pasó á Zaragoza, y allí acordaron el 20, como continuacion de lo ántes resuelto, que el ejército del centro con el de Aragon amenazase á Pamplona, poniéndose una division á espaldas de esta plaza al mismo tiempo que el de Blake, á quien se enviaria aviso, marchase por la costa á cortar la comunicacion con Francia.

Su salida.

Plan concertado con Palafox.

Al último le dejamos entre Zorzoza y Durango; los dos primeros, ó sea mas bien la parte de ellos que se habia acercado al Ebro, estaba por entónces así distribuida: A Logroño le ocupaban los 8000

castellanos al mando de su general Don Juan de Pignatelli; á Lodosa Don Pedro Grimarest con la 2.^a division de Andalucía, estando la 4.^a á las órdenes de Don Manuel de la Peña en Calahorra, y siendo ambas de 10,000 hombres segun queda dicho. Los 4500 valencianos y murcianos permanecian situados en Tudela y á su frente Don Pedro Roca sucesor de Llamas, encargado de otro puesto cerca del gobierno supremo. Del ejército de Aragon habia en Sangüesa 8000 hombres que regia Don Juan O-neil, enviado de Valencia con un corto refuerzo, y á su retaguardia en Egea otros 5000 al mando de Don Felipe Saint-March. Con tan contadas fuerzas y en linea tan dilatada, juzgaron los prudentes y entendidos ser desacertado el plan convenido en Zaragoza para tomar la ofensiva; puesto que el total de soldados españoles, avanzados á mediados de octubre hasta Vizcaya y orillas de Ebro, no llegaba á 70,000 hombres, teniendo Blake 30,000 asturianos y gallegos (los de Romana todavía no estaban incorporados), y Castaños unos 36,000 entre castellanos, andaluces, valencianos, murcianos y aragoneses. Parecerá tanto mas arreglado á la razon aquel dictámen, si volviendo la vista al enemigo examinamos su estado, su número, su posicion.

Fuerza de los ejércitos españoles.

Situación de José y del ejército frances.

José Bonaparte despues de haber salido de Madrid habia permanecido en los lindes de la provincia de Burgos ó en Vitoria. Allí se entretuvo en dar algunos decretos, en trazar marchas y expediciones que no tuvieron cumplido efecto, y en crear

una órden militar. Sus ministros apremiados por las circunstancias presentaron un escrito en el que¹ „exponiendo que el interes de España exigia no „confundir su buena armonía y amistad para con „la Francia, con su cooperacion á los fines y planes „de mayor extension en que se hallaba empeñado „el gefe de ella...” indicaban que... „convenia „poder anunciar á la nacion que aunque gobernada „por el hermano del emperador conforme á los tratados de Bayona, fuese libre de ajustar una paz „separada con la Inglaterra... que esto calmaria „las fundadas zozobras sobre las posesiones de América... &c. &c.” El escrito se creyó digno de ser presentado á Napoleon, y para llevarle y apoyarle de palabra, fueron en persona á Paris los ministros Azanza y Urquijo. Por loables que fuesen las intenciones de los que escribieron la exposicion, no se hace creible dieran aquel paso con probabilidad de buen éxito, conociendo á Napoleon y su política, ó si tal pensaron, forzoso es decir que andaban harto desalumbrados. Mas el emperador de los franceses no paró mientes en los discursos de los ministros españoles de José, y solo se ocupó en mejorar y reforzar su ejército.

Este en los primeros tiempos de su retirada habia caído en gran desánimo, y los mas de sus soldados, excepto los del mariscal Bessieres, iban al Ebro casi sin órden ni formacion. Perseguidos entonces é inquietados, fácilmente hubieran sido del todo desranchados y dispersos, ó por lo ménos no se hubie-

Exposicion de sus ministros. (1 Ap. n. 5.)

ran detenido hasta pisar tierra de Francia. Pero los españoles descansando sobre los laureles adquiridos, flojos, escasos tambien de recursos, les dieron espacio para repararse. Así fué que los franceses ya mas serenos y engrosados con gente de refresco, se distribuyeron en tres grandes cuerpos, el del centro mandado por el mariscal Ney, que ya dijimos acababa de llegar de Francia, y los de la izquierda y derecha gobernados cada uno por los mariscales Moncey y Bessieres. Habia ademas una reserva compuesta en parte de soldados de la guardia imperial, y en donde estaba José con el mariscal Jourdan su mayor general, enviado de Paris últimamente para desempeñar aquel cargo. De suerte que todos juntos componian en septiembre una masa compacta de mas de 50,000 combatientes, entre ellos 11,000 de caballeria, con la particular ventaja de estar reconcentrados y prontos á acudir por el radio á cualquier punto que fuese acometido, cuando los nuestros para darse la mano tenian que recorrer la extendida y prolongada curva que formaban en torno de los enemigos, quienes sin contar con los de Cataluña y guarniciones de Pamplona y San Sebastian, estaban tambien respaldados por fuerzas que mandaba en Bayona el general Drouet, y con la confianza de recibir de su propio pais por la intermediacion todo género de prontos y eficaces auxilios.

Movimiento
de los espa-
ñoles.

A pesar de eso y de aumentarse sus filas cada dia con nuevas tropas, manteníanse los franceses quie-

tos y sobre la defensiva, á tiempo que los españoles trataron de ejecutar el plan adoptado en Zaragoza. Era el 27 de octubre el señalado para dar comienzo á la empresa, mas dias ántes ya habian los nuestros con su impaciencia movidose por su frente. Los castellanos desde Logroño, sentado á la márgen derecha del Ebro, cruzando á la opuesta. se habian adelantado á Viana, y Grimarest extendíose desde Lodosa á Lerin. Los aragoneses por el lado de Sangüesa tambien avanzaron acompañados de muchos paisanos. Y tan grande fué el número de estos, que Moncey sobresaltado dió cuenta á José, quien destacó del cuerpo de Bessieres dos divisiones para reforzar las tropas que estaban por la parte de Aragon y Navarra.

El 20 de octubre mandó el general Grimarest á Don Juan de la Cruz Mourgeon ocupar á Lerin con los tiradores de Cádiz, una compañía de voluntarios catalanes y unos cuantos caballos. Para apoyarle quedaron en Carcar y Sesma otros destacamentos. Cruz tenia orden de retirarse si le atacaban superiores fuerzas; y habiendo expuesto lo difícil de ejecutar dicha orden caso de que el enemigo se posesionase con su caballería de un llano que se extiende de Lerin camino de Lodosa, le ofreció Grimarest sostenerle con oportuno socorro.

Cruz en cumplimiento de lo que se le mandaba, fortificó segun pudo el convento de Capuchinos y el palacio cuyo edificio habia de ser su último refugio. No tardó en saber que iba á ser atacado, y de

Accion de Lerin, 26 de octubre.

ran detenido hasta pisar tierra de Francia. Pero los españoles descansando sobre los laureles adquiridos, flojos, escasos tambien de recursos, les dieron espacio para repararse. Así fué que los franceses ya mas serenos y engrosados con gente de refresco, se distribuyeron en tres grandes cuerpos, el del centro mandado por el mariscal Ney, que ya dijimos acababa de llegar de Francia, y los de la izquierda y derecha gobernados cada uno por los mariscales Moncey y Bessieres. Habia ademas una reserva compuesta en parte de soldados de la guardia imperial, y en donde estaba José con el mariscal Jourdan su mayor general, enviado de Paris últimamente para desempeñar aquel cargo. De suerte que todos juntos componian en septiembre una masa compacta de mas de 50,000 combatientes, entre ellos 11,000 de caballeria, con la particular ventaja de estar reconcentrados y prontos á acudir por el radio á cualquier punto que fuese acometido, cuando los nuestros para darse la mano tenian que recorrer la extendida y prolongada curva que formaban en torno de los enemigos, quienes sin contar con los de Cataluña y guarniciones de Pamplona y San Sebastian, estaban tambien respaldados por fuerzas que mandaba en Bayona el general Drouet, y con la confianza de recibir de su propio pais por la intermediacion todo género de prontos y eficaces auxilios.

Movimiento
de los espa-
ñoles.

A pesar de eso y de aumentarse sus filas cada dia con nuevas tropas, manteníanse los franceses quie-

tos y sobre la defensiva, á tiempo que los españoles trataron de ejecutar el plan adoptado en Zaragoza. Era el 27 de octubre el señalado para dar comienzo á la empresa, mas dias ántes ya habian los nuestros con su impaciencia movidose por su frente. Los castellanos desde Logroño, sentado á la márgen derecha del Ebro, cruzando á la opuesta, se habian adelantado á Viana, y Grimarest extendíose desde Lodosa á Lerin. Los aragoneses por el lado de Sangüesa tambien avanzaron acompañados de muchos paisanos. Y tan grande fué el número de estos, que Moncey sobresaltado dió cuenta á José, quien destacó del cuerpo de Bessieres dos divisiones para reforzar las tropas que estaban por la parte de Aragon y Navarra.

El 20 de octubre mandó el general Grimarest á Don Juan de la Cruz Mourgeon ocupar á Lerin con los tiradores de Cádiz, una compañía de voluntarios catalanes y unos cuantos caballos. Para apoyarle quedaron en Carcar y Sesma otros destacamentos. Cruz tenia orden de retirarse si le atacaban superiores fuerzas; y habiendo expuesto lo difícil de ejecutar dicha orden caso de que el enemigo se posesionase con su caballería de un llano que se extiende de Lerin camino de Lodosa, le ofreció Grimarest sostenerle con oportuno socorro.

Cruz en cumplimiento de lo que se le mandaba, fortificó segun pudo el convento de Capuchinos y el palacio cuyo edificio habia de ser su último refugio. No tardó en saber que iba á ser atacado, y de

Accion de Lerin, 26 de octubre.

ello dió aviso el 25 al general Grimarest. En efecto en la madrugada del 26 le acometieron los enemigos valerosamente rechazados por sus tropas. Con mas gente insistieron aquellos en su propósito á las nueve de la mañana, y los nuestros replegándose al palacio no dieron oídos á la intimacion que de rendirse se les hizo. Renovaron varias veces los franceses sus embestidas con 6000 infantes, con artillería y 700 ú 800 caballos, y los de Cruz que no excedían de 1000 continuaron en repelerlos hasta entrada la noche con la esperanza de que Grimarest, segun lo prometido, vendria en su auxilio. Los destacamentos de Carcar y Sesma, aunque lo intentaron, no pudieron por su corta fuerza dar ayuda. Amaneció el dia siguiente, y sin municiones ni noticia de Grimarest, se vió forzado Cruz á capitular con el enemigo, quien celebrando su valor y el de su gente, le concedió salir del palacio con todos los honores de la guerra, debiendo despues ser cangeados por otros prisioneros. Brillante accion fué la de Lerin, aunque desgraciada, siendo los tiradores de Cadiz soldados nuevos, no familiarizados con los rigores de la guerra. Censuróse al Grimarest haber avanzado hasta Lerin aquellas tropas para abandonarlas despues á su aciaga suerte; pues en vez de correr en su auxilio, con pretexto de una órden de La Peña, evacuó á Lodosa, y repasando el Ebro, se situó en la torre de Sartaguda.

O-neil mas dichoso en aquellos dias obligó al enemigo á retirarse de Nardues á Monreal: corta

compensacion de la anterior pérdida y de la que se experimentó en Logroño. El mariscal Ney habia atacado y repelido el 24 los puestos avanzados de las tropas de Castilla, colocándose el 25 en las alturas que hacen frente á aquella ciudad del otro lado del Ebro. El general Castaños que entónces se encontraba allí, mandó á Pignatelli que sostuyese el punto, á no ser que los enemigos cruzando el rio se adelantasen por la derecha, en cuyo caso se situaria en la sierra de Cameros sobre Nalda. Ordenó tambien que el batallon ligero de Campomayor fuese á reforzarle y desalojar al enemigo de las alturas ocupadas. Inútiles prevenciones. Castaños volvió á Calahorra, y Pignatelli evacuó el 27 á Logroño con tal precipitacion y desórden, que no parando hasta Cintruénigo, dejó al pié de la sierra de Nalda sus cañones, y los soldados desparramados, que durante veinticuatro horas le siguieron unos en pos de otros. El pavor que se habia apoderado de sus ánimos era tanto ménos fundado, quanto que 1500 hombres al mando del conde de Cartaojal, volviendo á Nalda, recobraron los cañones en el sitio en que quedaron abandonados, y á donde no habia penetrado el enemigo.

El general Castaños, justamente irritado contra Pignatelli, le quitó el mando, é incorporando la colecticia gente de Castilla en sus otras divisiones, hizo algunas leves mudanzas en su ejército. Por de pronto formó una vanguardia de 4000 hombres de infantería y caballería, regida por el conde de Car-

Retirada de los
castellanos de
Logroño.

Arreglo que en
su ejército ha-
ce el general
Castaños.

taojal, la cual habia de maniobrar por las faldas de la sierra de Cameros desde el frente de Logroño hasta el de Lodosa, y dió el nombre de 5.ª division á los 4500 valencianos y murcianos repartidos entre Alfaro y Tudela al mando de Don Pedro Roca.

Reconcentró la demas fuerza en Calahorra y sus alrededores, y escarmentado con lo ocurrido se resolvió ántes de emprender cosa alguna á aguardar las demas tropas que debian agregarse al ejército del centro, y respuesta del general Blake al plan comunicado.

Napoleon en tanto se preparaba á destruir en su raiz la noble resistencia de un pueblo cuyo ejemplo era de temer cudiese á las naciones y reyes que gemian bajo su imperial dominacion. En un principio se habia figurado que con las tropas que tenia en la península podria comprimir los aislados y parciales esfuerzos de los españoles, y que su alzamiento de corta duracion pasaria silencioso en la historia del mundo. Desvanecida su ilusion con los triunfos de Bailen, la tenaz defensa de Zaragoza y las proezas de Cataluña y Valencia, pensó apagar con extraordinarios medios un fuego que tan grande hoguera habia encendido. Fué anuncio precursor de su propósito el publicar en 6 de septiembre en el Monitor y por primera vez una relacion circunstanciada de las novedades de la península, si bien pintadas y desfiguradas á su sabor.

Habia precedido en 4 del mismo mes á esta publicacion un message del emperador al senado con

Se sitúa en
Cintruénigo y
Calahorra.

Napoleon.

su mensaje al
senado.

Su mensaje al
senado.

tres exposiciones, de las que dos eran del ministro de negocios extranjeros Mr. de Champagny y una del de la guerra Mr. Clarke. Las del primero llevaban fecha de 24 de abril y 1.º de septiembre. En la de abril, despues de manifestar Mr. Champagny la necesidad de intervenir en los asuntos de España, asentaba que la revolucion francesa habiendo roto el útil vínculo que ántes unia á ambas naciones gobernadas por una sola estirpe, era político y justo atender á la seguridad del imperio frances, y libertar á España del influjo de Inglaterra; lo cual, añadia, no podria realizarse, ni reponiendo en el trono á Carlos IV ni dejando en él á su hijo. En la exposicion de septiembre hablábase ya de las renunciias de Bayona, de la constitucion allí aprobada, y en fin, se revelaban los disturbios y alborotos de España, provocados, segun el ministro, por el gobierno británico que intentaba poner aquel pais á su devocion y tratarle como si fuera provincia suya. Mas aseguraba que tamaña desgracia nunca se efectuaria estando preparados para evitarla 2.000.000 de hombres valerosos que arrojarian á los ingleses del suelo peninsular.

Pronosticaban tan jactanciosas palabras demanda de nuevos sacrificios. Tocó especificarlos á la exposicion del ministro de la guerra. En ella pues se decia, que habiendo resuelto S. M. I. juntar al otro lado de los Pirineos mas de 200,000 hombres, era indispensable levantar 80,000 de la conscripcion de los años de 1806, 7, 8 y 9, y ordenar que

Leva de nuev
vas tropas.

otros 80,000 de la del 10 estuviesen prontos para el enero inmediato. Al día siguiente, leídas estas exposiciones y el mensaje que las acompañaba, contestó el senado aprobando y aplaudiendo lo hecho, y las medidas propuestas; y asegurando también que la guerra con España era „política, justa y necesaria.” A tan mentido y abyecto lenguaje había descendido el cuerpo supremo de una nación culta y poderosa.

Por anteriores órdenes habían ya empezado á venir del norte de Europa muchas de las tropas francesas allí acantonadas. A su paso por París hizo reseña de varias de ellas el emperador Napoleón, pronunciando para animarlas una arenga enfática y ostentosa.

Conferencias
de Erfurth.

No satisfecho este con las numerosas huestes que encaminaba á España, trató también de asegurar el buen éxito de la empresa, estrechando su amistad y buena armonía con el emperador de Rusia. Sin determinar tiempo se había en Tilsit convenido en que más adelante se avistarian ambos príncipes. Los acontecimientos de España, incertidumbre sobre la Alemania y aun dudas sobre la misma Rusia, obligaron á Napoleón á pedir la celebración de las proyectadas visitas. Accedió á su demanda el emperador Alejandro, quien y el de Francia, puestos ambos de acuerdo, llegaron á Erfurth, lugar señalado para la reunión, el 27 de septiembre. Concurrieron allí varios soberanos de Alemania, siendo el de Austria representado por su embajador, y el

de Prusia por su hermano el príncipe Guillermo. Reinó entre todos la mayor alegría, satisfacción y cordialidad, pasándose los días y las noches en diversiones y festines, sin reparar que en medio de tantos regocijos no solo legítimos monarcas sancionaban la usurpación más escandalosa, y autorizaban una guerra que ya había hecho correr tantas lágrimas, sino que también tachando de insurrección la justa defensa y de rebeldía la lealtad, abrían ancho portillo por donde más adelante pudieran ser acometidos sus propios pueblos y atropellados sus derechos. Ni motivos tan poderosos, ni tales temores detuvieron al emperador Alejandro. Contento con los obsequios de su aliado y algunas concesiones, reconoció por rey de España á José, y dejó á Napoleón en libertad de proceder en los asuntos de la península según conviniese á sus miras.

Más al propio tiempo y para aparentar deseos de paz, cuando después de lo estipulado era imposible ajustarla, determinaron entablar acerca de tan grave asunto correspondencia con Inglaterra. Ambos emperadores escribieron en una y sola carta al rey Jorge III, y sus ministros respectivos pasaron notas con aviso de que plenipotenciarios rusos se enviarían á París para aguardar la respuesta de Inglaterra: los que en unión con los de Francia concurrirían al punto del continente que señalase para tratar.

Correspondencia con el gobierno inglés.

En contestación Mr. Canning escribió el 28 de octubre dos cartas á los ministros de Rusia y Fran-

cia, acompañadas de una nota común á ambos. Al primero le decia, que aunque S. M. B. deseaba dar respuesta directa al emperador su amo, el modo desusado con que este habia escrito le impedia considerar su carta como privada y personal, siendo por tanto imposible darle aquella señal de respeto sin reconocer títulos que nunca habia reconocido el rey de la Gran Bretaña. Que la proposicion de paz se comunicaria á Suecia y á España. Que era necesario estar seguro de que la Francia admitiria en los tratados al gobierno de la última nacion, y que tal sin duda debia de ser el pensamiento del emperador de Rusia, segun el vivo interes que siempre habia mostrado en favor del bienestar y dignidad de la monarquía española; lo cual bastaba para no dudar que S. M. I. nunca seria inducido á sancionar por su concurrencia ó aprobacion usurpaciones fundadas en principios no ménos injustos que de peligroso ejemplo para todos los soberanos legítimos. En la carta al ministro de Francia se insistia en que entrasen como partes en la negociacion Suecia y España.

El mismo Mr. Canning respondió ampliamente en la nota que iba para dichos dos ministros á la carta autógrafa de ambos emperadores. Sentábase en ella que los intereses de Portugal y Sicilia estaban confiados á la amistad y proteccion del rey de la Gran Bretaña, el cual tambien estaba unido con Suecia, así para la paz como para la guerra. Y que si bien con España no estaba ligado por ningun

tratado formal, habia sin embargo contraido con aquella nacion á la faz del mundo empeños tan obligatorios como los mas solemnes tratados; y que por consiguiente el gobierno que allí mandaba á nombre de S. M. C. Fernando VII, deberia asimismo tomar parte en las negociaciones.

El ministro ruso replicó no haber dificultad en cuanto á tratar con los soberanos aliados de Inglaterra; pero que de ningun modo se admitirian los plenipotenciarios de los insurgentes españoles (así los llamaba), puesto que José Bonaparte habia ya sido reconocido por el emperador su amo como rey de España. Méno sufrida y mas amenazadora fué la contestacion de Mr. Champagny, ministro de Francia.

Dióse fin á la correspondencia con nuevos oficios en 9 de diciembre de Mr. Canning, concluyendo este con repetir al frances: „Que S. M. B. estaba resuelto á no abandonar la causa de la nacion española y de la legítima monarquía de España; (añadiendo) que la pretension de la Francia de que se excluyese de la negociacion el gobierno central y supremo que obraba en nombre de S. M. C. Fernando VII, era de naturaleza á no ser admitida por S. M. sin condescender con una usurpacion que no tenia igual en la historia del universo.”

Contaba Napoleon tan poco con esta negociacion, que volviendo á Paris el 18 de octubre, y abriendo el 25 el cuerpo legislativo, despues de to-

Fin de la correspondencia.

Discurso de Napoleon al cuerpo legislativo.

car en su discurso muy por encima el paso dado en favor de las paces, dijo: „Parto dentro de pocos días para ponerme yo mismo al frente de mi ejército, coronar con la ayuda de Dios en Madrid al rey de España, y plantar mis águilas sobre las fortalezas de Lisboa.” Palabras incompatibles con ningún arreglo ni pacificación, y tan conformes con lo que en su mente habia resuelto, que sin aguardar respuesta de Lóndres á la primera comunicacion, partió de Paris el 29 de octubre llegando á Bayona en 3 de noviembre.

Fuerza y division del ejército francés.

Empezaban ya entónces á tener cumplida ejecucion las providencias que habia acordado para sujetar y domeñar en poco tiempo la altiva España. Sus tropas acudian de todas partes á la frontera, y variando por decreto de septiembre la forma que tenia el ejército de José, le incorporó al que iba á reforzarle, dividiendo su conjunto en ocho diversos cuerpos á las órdenes de señalados caudillos, cuyos nombres y distribucion nos parece conveniente especificar.

- 1.^{er} Cuerpo. Mariscal Victor, duque de Bellune.
- 2.^o Cuerpo. Mariscal Bessieres, duque de Istria.
- 3.^{er} Cuerpo. Mariscal Moncey, duque de Cornegliano.
- 4.^o Cuerpo. Mariscal Lefebvre, duque de Dantzick.
- 5.^o Cuerpo. Mariscal Mortier, duque de Treviso.
- 6.^o Cuerpo. Mariscal Ney, duque de Elchingen.

7.^o Cuerpo. El general Saint-Cyr.

8.^o Cuerpo. El general Junot, duque de Abrantes.

A veces, segun iremos viendo, se substituyeron nuevos gefes en lugar de los nombrados. El total de hombres, sin contar con enfermos y demas bajas, ascendia á 250,000 combatientes, pasando de 50,000 los caballos. De estos cuerpos el 7.^o estaba destinado á Cataluña, el 5.^o y 8.^o llegaron mas tarde. Los otros en su mayor parte aguardaban ya á su emperador para inundar, á manera de raudal arrebatado, las provincias españolas.

Napoleon cruzó el Bidasoa el 8 de noviembre acompañado de los mariscales Soult y Lannes, duques de Dalmacia y de Monte-bello. Llegó el mismo dia á Vitoria, donde estaba José y el cuartel general. Las tropas francesas habian conservado del lado de Navarra y Castilla casi las mismas posiciones que ocuparon despues de las jornadas de Lerin y Logroño. No así por el de Vizcaya. Inquieto el mariscal Lefebvre, sucesor del general Merlin, de los movimientos del ejército de Don Joaquin Blake, habia pensado con el 4.^o cuerpo arrojarle de Zorzoza.

Firme el general español desde el 25 de octubre en conservar aquel sitio, celebró en 28 un consejo de guerra. Los mas prudentes estuvieron por replegarse: hubo quien opinó por acometer sin dilacion al enemigo. Andaba indeciso el general en gefe, no pareciéndole acertado el último dictámen, y recelo-

Cruza Na-
poleon el Bida-
soa.

so de abrazar el primero en una sazón en que los pueblos tildaban de traidor al general que los dejaba con su retirada á merced del enemigo. Entre dudas llegó el 31 de octubre, dia en que el mariscal Lefebvre atacó á los españoles. La fuerza que este tenia era de 26,000 hombres, la nuestra 16,500.

Habia tambien contado Blake con que apoyaria su derecha la division de Martinengo con algunos caballos mandados por el marques de Malespina, y una de Asturias gobernada por Don Vicente Maria de Acevedo. Mas avanzando ambas hasta Villaró y Dima, se vieron separadas del cuerpo principal del ejército por fragosas sierras y caminos intransitables. Grande inadvertencia ordenar un movimiento sin cabal noticia del terreno.

El mariscal Lefebvre al amanecer del 31 empezó su embestida á favor de una densa niebla. Las vanguardias de ambos ejércitos estaban á un lado y otro de la hondonada que forma el monte de San Martin y la altura arbolada de Bernagoitia, por donde atraviesa el camino real. La vanguardia española, regida por el brigadier Don Gabriel de Mendizabal, enseñoreaba la última posicion de las nombradas, que fué acometida primeramente por la division del general Villate. Apoyaron y siguieron á este las divisiones de los generales Sebastiani y Leval, y empeñada toda nuestra vanguardia, peleó largo rato esforzadamente. Causábale gran daño la artillería enemiga sin que á sus fuegos pudiera responder careciendo de igual arma. Rota

Accion de Zor-
noza, 31 de oc-
tubre.

al fin se recogió al amparo de la 1.^a y 4.^a division apostadas en el monte de San Miguel. La 1.^a del mando de Don Genaro Figueroa, oficial sabio y bizarro, repelió con su vivo y acertado fuego al enemigo, impidiéndole apoderarse de un mogote que ocupaba en dicho monte; pero la 4.^a, falta de cañones como lo demas del ejército, fué arrollada, habiendo el enemigo avanzado su artillería por el camino real, y sosteniéndola con infantería y caballería. Entónces Blake, conociendo su desventaja, determinó retirarse, para lo que poniéndose á la cabeza de los granaderos provinciales, y siguiéndole la reserva mandada por Don Nicolas Mahy, contuvo al enemigo y dió lugar á que todas las fuerzas, reuniéndose á las faldas del monte de Santa Cruz de Bizcargui, emprendiesen la retirada. La 3.^a division al mando de Don Francisco Riquelme, estuvo alejada de las otras en la orilla opuesta del rio, en donde sosteniendo un choque del enemigo, se replegó separadamente no siéndole dado unirse al grueso del ejército. Los franceses, atentos á la aspereza de la tierra y á que los nuestros se retiraban en bastante buen orden, dejaron de perseguirlos de cerca y molestarlos. La pérdida fué corta de ambas partes: quizá la victoria hubiera sido mas dudosa si el general español no se hubiera de antemano despojado de la artillería, enviándola camino de Bilbao. Ha habido quien le disculpe con el propósito que tenia de retirarse; pero ciertamente fué descuido quedarse del todo desprovisto de tan nece-

saria ayuda enfrente de un enemigo activo y emprendedor. Blake continuó por la noche su marcha, y sin detenerse en Bilbao mas que para acopiar algunas vituallas, uniéndose despues con Riquelme, tomaron juntos la vuelta de Valmaseda. El mariscal Lefebvre los siguió de léjos hasta Güeñes, en donde habiendo dejado para observarlos al general Villatte con 7000 hombres, retrocedió á Bilbao.

José, aunque desaprobaba como precipitada la tentativa de aquel mariscal, no siendo ya dueño de evitarla, mandó de Vitoria que una division del 1.^{er} cuerpo del mariscal Victor se extendiese por el valle de Orduña para favorecer los movimientos de Lefebvre, y que otra del 2.^o cuerpo se dirigiese á Berberena, ya para unirse con la primera, ó ya para perseguir á Blake si se retiraba del lado de Villarcayo. La del valle de Orduña se encontró en su marcha con los generales Acevedo y Martinengo, que vimos separados del ejército en Villaró. Inciertos estos gefes de la suerte de Blake, é informados tarde y confusamente de la accion de Zornoza, creyeron arriesgada su posicion y trataron de alejarse por Oquendo, Miravalles y Llodio. En el camino y cerca de Menagaray fué su encuentro con la mencionada division francesa. Presentáronle los nuestros firme rostro, é imaginándose los contrarios haber tropezado con todo el ejército de Blake, no insistieron en atacar, y se replegaron á Orduña. Los españoles entónces mejoraron su posicion colocándose en una altura agria cerca de Orrantia.

Blake el 3 de noviembre se habia reconcentrado en la Nava, dos leguas mas allá de Valmaseda yendo de Bilbao. Poco ántes se le incorporó la mayor parte de la fuerza que habia venido de Dinamarca y que estaba á las órdenes del conde de San Roman, y en el mismo Nava, otra division de Asturias á las de Don Gregorio Quiros, componiendo en todo los que se reunieron de 8 á 9000 hombres. La caballería venida del norte, hallándose desmontada, habia partido al mediodia de España para proveerse de caballos. Reforzado así el ejército de Blake, y enterado este del aprieto de Acevedo y Martinengo, sin tardanza determinó librarlos. Movióse pues hácia Valmaseda, cuyo punto debia acometer la 4.^a division, ahora mandada por Don Estevan Porlier, en tanto que la de San Roman se dirigia al Berron una legua distante; la 3.^a y la asturiana de Quiros á Arciniega, y lo demas de la fuerza á Orrantia, en donde era de presumir permaneciesen las divisiones comprometidas. No se engañaron, encontrándose luego unos y otros con inexplicable gozo.

Fué en aquel mismo instante cuando se rompió el fuego por los que se habian adelantado á Valmaseda, cuyo camino corre al pié de las alturas que ocupaban las divisiones extraviadas. Atacado impensadamente el general frances Villatte, retiróse con demasiada priesa, hasta que volviendo en sí, juntó su gente á la ribera izquierda del Salcedon. Visto lo cual por el general Acevedo, se aproximó

De Valmaseda, 4 de noviembre.

con cuatro cañones de montaña á una de las dos eminencias que forman el valle de Valmaseda, y enviando por un rodeo dos batallones para que estrechasen á los franceses por retaguardia, sobrecojió á estos, que desbaratados huyeron en el mayor desórden hasta Gúeñes. Perdieron un cañon, carros de municiones y muchos equipages, entre los que se contaba el del general Villatte. Debióse principalmente la victoria al acierto y pronta decision de Don Vicente María de Acevedo.

Napoleon supo en Bayona los ataques ocurridos desde el 31, y desagradóle que el mariscal Lefebvre hubiese comenzado á guerrear ántes de su llegada, y aun tambien que José le prestase ayuda: ya porque juzgase expuesto un movimiento parcial y aislado, ó ya mas bien porque no quisiese que empezasen triunfos y victorias ántes de que él en persona capitanease su ejército. Sin embargo, temeroso de alguna desgracia, mandó prontamente que el mariscal Lefebvre con el 4.º cuerpo continuase desde Bilbao en perseguir á Blake, y que el mariscal Victor con el 1.º marchase por Orduña y Amurrio contra Valmaseda, formando un total de 50,000 hombres.

Avanzaban ambos mariscales á la propia sazón que Blake, queriendo aprovecharse de la ventaja alcanzada en Valmaseda, y reconocer las fuerzas del enemigo, iba el 7 la vuelta de San Pedro de Gúeñes. La víspera habia el general español enviado sobre su izquierda á Sopuerta la 4.ª division, que

Reconocimiento hácia Gúeñes en 7 de noviembre.

no pudiendo reincorporarse al ejército, se retiró por Lanestosa á Santander. El mismo dia, no queriendo tampoco Blake dejar descubierta su derecha, dirigió camino de Villarcayo y de Medina de Pomar al marques de Malespina con los 400 caballos que habia y algunos infantes. Por su lado el general en gefe se encontró con el mariscal Lefebvre; peleando los españoles con bizarría, particularmente la division de Figueroa y el batallon de estudiantes de Santiago, apellidado literario. Al caer la noche hubieron los nuestros de replegarse vista la superioridad del enemigo, y á pesar de ser el tiempo muy lluvioso, prosiguieron ordenadamente su retirada, ocupando el 8 á Valmaseda y pueblos vecinos.

La tarde de dicho dia, agolpándose del lado de Orduña y de Bilbao todas las fuerzas de los mariscales Victor y Lefebvre que caminaban á unirse, levantaron los nuestros su campo dirigiéndose á la Nava. Quedaron á la retaguardia, para proteger el movimiento, algunos batallones de la division de Martinengo y asturianos al mando de Don Nicolas de Llano Ponte, quien poco avisado, dejándose cortar por el enemigo, nunca se volvió á incorporar con el grueso del ejército, yéndose del lado de Santander. Los mariscales franceses se juntaron en Valmaseda, y Blake llegó el 9 en la tarde á Espinosa de los Monteros.

Disminuíase su ejército teniendo desde el 31 que pelear á la continua con el enemigo, la lluvia, el frio, el hambre, la desnudez. Rigorosa suerte aun para

soldados veteranos y endurecidos; insoportable para bisonos y poco disciplinados. La escasez de víveres fué extrema, viéndose obligados hasta los mismos gefes á mantenerse con mazorcas de maiz y malas frutas. Provenia miseria tanta del mal arreglo en el ramo de hacienda, y de haber contado el general en gefe con ser abastecido por la costa, sin cuidar convenientemente de adoptar otros medios; enseñando la práctica militar, como ya decia Velez, „que la penuria, mas veces que la pelea, acaba con un ejército, y que el hambre es mas cruel que el hierro del enemigo.”

Acosado nuestro ejército por tantos males, pensábase que el general Blake no se aventuraria á combatir contra un enemigo mas numeroso, aguerido y bien provisto. Esperanzado sin embargo en que le asistiése favorable estrella, determinó probar la suerte de una batalla delante de Espinosa de los Monteros.

Batalla de Espinosa, 10 y 11 de noviembre.

(2 Ap. n. 7.)

Es esta villa muy conocida en España por el privilegio de que gozan sus naturales de hacer de noche la guardia al rey cerca de su cuarto; y cuya concesion, segun cuentan, sube á Don Sancho Garcia conde de Castilla. Está situada en la ribera izquierda del Trueba, y los españoles, colocándose en el camino que viene de Valmaseda, dejaron á su espalda el rio y la villa. En una altura elevada, de difícil acceso y á la siniestra parte, pusieron los asturianos capitaneados por los generales Acevedo, Quiros y Valdes. La 1.ª division y la reserva

con sus respectivos gefes Don Genaro Figueroa y Don Nicolas Mahy, seguian en la línea descendiendo al llano. El general Riquelme y su 3.ª division ocupó en el valle lo mas abierto del terreno, y la vanguardia, al mando de Don Gabriel de Mendizábal con seis piezas de artillería dirigidas por el capitán Don Antonio Roselló, se colocó en un altozano á la derecha de Espinosa, desde donde se enfilaban las principales avenidas. Por el mismo lado y mas adelante en un espeso bosque y sobre una loma estaba la division del norte que gobernaba el conde de San Roman, quedando no léjos de la artillería y algo detras por su derecha la 2.ª de Martiengo. La fuerza de los españoles no llegaba á 21,000 combatientes.

A la una de la tarde del 10 empezó á avistarse el enemigo en número de 25,000 hombres mandados por el mariscal Victor. Se habia este juntado con el mariscal Lefebvre en Valmaseda y separándose en la Nava, dirigiéndose el segundo á Villarcayo y siguiendo el primero la huella de Blake con esperanzas ambos de envolverle. Se empeñó la refriega por donde estaban las tropas del norte, embistiendo el bosque el general Paschod. Durante dos horas le defendieron los nuestros con intrepidez; mas cargando el enemigo en mayor número, fué al fin abandonado. La artillería, manejada con acierto por Roselló, dirigió entónces un fuego muy vivo contra el bosque, y caminando por órden de Blake para sostener á San Roman la division de Riquelme.

soldados veteranos y endurecidos; insoportable para bisonos y poco disciplinados. La escasez de víveres fué extrema, viéndose obligados hasta los mismos gefes á mantenerse con mazorcas de maiz y malas frutas. Provenia miseria tanta del mal arreglo en el ramo de hacienda, y de haber contado el general en gefe con ser abastecido por la costa, sin cuidar convenientemente de adoptar otros medios; enseñando la práctica militar, como ya decia Velez, „que la penuria, mas veces que la pelea, acaba con un ejército, y que el hambre es mas cruel que el hierro del enemigo.”

Acosado nuestro ejército por tantos males, pensábase que el general Blake no se aventuraria á combatir contra un enemigo mas numeroso, aguerido y bien provisto. Esperanzado sin embargo en que le asistiése favorable estrella, determinó probar la suerte de una batalla delante de Espinosa de los Monteros.

Batalla de Espinosa, 10 y 11 de noviembre.

(2 Ap. n. 7.)

Es esta villa muy conocida en España por el privilegio de que gozan sus naturales de hacer de noche la guardia al rey cerca de su cuarto; y cuya concesion, segun cuentan, sube á Don Sancho Garcia conde de Castilla. Está situada en la ribera izquierda del Trueba, y los españoles, colocándose en el camino que viene de Valmaseda, dejaron á su espalda el rio y la villa. En una altura elevada, de difícil acceso y á la siniestra parte, pusieron los asturianos capitaneados por los generales Acevedo, Quiros y Valdes. La 1.ª division y la reserva

con sus respectivos gefes Don Genaro Figueroa y Don Nicolas Mahy, seguian en la línea descendiendo al llano. El general Riquelme y su 3.ª division ocupó en el valle lo mas abierto del terreno, y la vanguardia, al mando de Don Gabriel de Mendizábal con seis piezas de artillería dirigidas por el capitán Don Antonio Roselló, se colocó en un altozano á la derecha de Espinosa, desde donde se enfilaban las principales avenidas. Por el mismo lado y mas adelante en un espeso bosque y sobre una loma estaba la division del norte que gobernaba el conde de San Roman, quedando no léjos de la artillería y algo detras por su derecha la 2.ª de Martiengo. La fuerza de los españoles no llegaba á 21,000 combatientes.

A la una de la tarde del 10 empezó á avistarse el enemigo en número de 25,000 hombres mandados por el mariscal Victor. Se habia este juntado con el mariscal Lefebvre en Valmaseda y separándose en la Nava, dirigiéndose el segundo á Villarcayo y siguiendo el primero la huella de Blake con esperanzas ambos de envolverle. Se empeñó la refriega por donde estaban las tropas del norte, embistiendo el bosque el general Paschod. Durante dos horas le defendieron los nuestros con intrepidez; mas cargando el enemigo en mayor número, fué al fin abandonado. La artillería, manejada con acierto por Roselló, dirigió entónces un fuego muy vivo contra el bosque, y caminando por órden de Blake para sostener á San Roman la division de Riquelme.

me, se encendió de nuevo la pelea. Cundió por toda la línea, y aun la izquierda de los asturianos avanzó para llamar la atención del enemigo. La derecha no solo se mantenía, sino que volviendo á ganar terreno, estaban las tropas del norte prontas á recuperar el bosque, cuando la obscuridad de la noche impidió la continuacion del combate, glorioso para los españoles, pero con tan poca ventura, que perdieron dos de sus mejores gefes, el conde de San Roman y Don Francisco Riquelme, mortalmente heridos.

Los españoles, si bien alentados con haber infundido respeto al enemigo, ya no podian sobrellevar tanto cansancio y trabajos, careciendo aun de las provisiones mas precisas. Malas frutas habian comido aquellos dias, pero ahora apenas les quedaba tan menguado recurso. Sus heridos yacian abandonados, y si algunos eran recogidos, no podia suministrárseles alivio en medio de sus quejidos y lamentos. En balde se esmeraba el general en gefe; en balde sus oficiales en buscar por Espinosa socorros para su gente. Los vecinos habian huido espantados con la guerra; la tierra de suyo escasa estaba ahora con aquella ausencia mas empobrecida, aumentándose la confusion y el duelo en medio de la lobretez de la noche. A su amparo obligó el hambre á muchos soldados á desarrancarse de sus banderas, particularmente á los de la division del norte, que eran los que mas habian padecido.

Al contrario los franceses; bien alimentados, re-

tirados sus heridos y puestos otros en lugar de los que el dia 10 habian combatido, se disponian á pelear en la mañana siguiente. Hubiera el general español obrado con cordura, si atendiendo á las lástimas y apuros de sus soldados hubiese á la callada y por la noche alzado el campo, y buscado del lado de Santander ó del de Reinosa bastimentos, y alivio á los males. Mas lisonjeándose de que el enemigo se retiraria, y queriendo sacar ventaja del esfuerzo con que sus soldados habian lidiado, se inclinó á permanecer inmóvil y exponerse á nuevo combate.

No tuvo que aguardar largo tiempo: desde el amanecer le renovaron los franceses. Habian en la víspera notado que en la izquierda de los españoles estaban tropas bisoñas, y tambien que la altura que ocupaban, como mas elevada, era la llave de la posicion. Así se determinaron á empezar por allí el ataque, siendo el general Maison con su brigada quien primero embistió á los asturianos. Resistieron estos con denuedo, y á la voz de sus dignos gefes Acevedo, Quiros y Valdes, conserváronse firmes y serenos, no obstante su inexperiencia. Advirtió el general enemigo el influjo de dichos gefes, y sobre todo que uno de ellos montado en un caballo blanco, corriendo á los puntos mas peligrosos, exhortaba á su tropa con la palabra y el gesto. Sin tardaza (segun nos ha contado años adelante en Paris el mismo general) destacó tiradores diestros, para que apuntando cuidadosamente disparasen contra los

gefes, y en especial contra el del caballo blanco, que era el desgraciado Quiros. La órden causó grave mal á los españoles y decidió la accion. Los tiradores, abrigados de lo irregular y quebrado del terreno, esparcidos en diversos sitios, arcabuceaban, por decirlo así, á nuestros oficiales, sin que recibiesen notable daño del fuego cerrado de nuestras columnas. La poca práctica de la guerra y el escasear de soldados hábiles, impidió usar del mismo medio que empleaban los enemigos. A poco fué traspasado de dos balazos Don Gregorio Quiros, heridos los generales Acevedo y Valdes, con otros gefes, entre los que se contaron los distinguidos oficiales Don Joaquin Escario y Don José Peon. La muerte y heridas de caudillos tan amados sembró profunda afliccion en las filas asturianas, y flaqueando algunos cuerpos, siguióse en todos el mayor desórden. Quiso sostenerlos Blake enviando á Don Gabriel de Mendizábal para que tomase el mando; mas ya era tarde. La dispersion habia comenzado, y los franceses, posesionándose de la altura, perseguian á los asturianos, cuyo mayor número huyendo, se emiscó por las asperezas del valle de Pas.

El centro del ejército español y su derecha, que en la noche se habian agrupado alrededor del altzano donde estaba Roselló con la artillería, tan luego como se dispersó la izquierda, se vieron acometidos por la division francesa de Ruffin. Algun tiempo se mantuvieron nuestros soldados en su pues-

to, aunque inquietos con la huida de los asturianos; pero en breve comenzando unos á ciar y otros á desarreglarse, ordenó el general Blake la retirada, sostenida por la reserva de Don Nicolas Mahy y las seis piezas del capitan Roselló, perdidas luego en el paso del Trueba. Hubiera á los nuestros servido de mucho en aquel trance y en lo demas de la retirada, la corta division con 400 caballos que mandaba el marqués de Malespina, y á los que el general Blake habia ordenado pasar á Villarcayo. Temeroso dicho marqués de ser envuelto por el mariscal Lefebvre que iba del mismo lado, en vez de aproximarse á Espinosa, tomó otro rumbo, y su division se unió despues en diversas partidas á distintos y lejanos ejércitos. La pérdida de los españoles en las acciones de Espinosa fué muy considerable, su dispersion casi completa. La de los franceses cortísima el 11, no dejó la víspera de ser de importancia.

Señaló Don Joaquin Blake para reunion de sus tropas la villa de Reinosa, en donde estaba el parque general de artillería y los almacenes. Llegó el 12 con pocas fuerzas esperando poder rehacerse algun tanto, y dar vida con las provisiones que allí habia á sus hambrientos y desmayados soldados. Pero la activa diligencia del enemigo y las desgracias que se agolparon, no le dejaron vagar ni respiro.

Desde que en 8 de noviembre habia Napoleon entrado en Vitoria, se sentia por do quiera su pre-

sencia. Servíale como de mágico impulso poder inmenso, bélico renombre, imperiosa y presta voluntad. Ya contamos como de Bayona mismo había ordenado al 1.º y 4.º cuerpo perseguir al general Blake. Y ahora poniendo particular conato en enderezar sus pasos á Madrid, cuya toma resonaria en Europa favorablemente á sus miras, arregló para ello y en breve un plan general de ataque. Asegurada que fué su derecha por los mencionados 1.º y 4.º cuerpos, encargó al 3.º del mando del mariscal Moncey, que observase desde Lodosa el ejército del centro y de Aragon, dejando ademas en Logroño á los generales Lagrange y Colbert, del 6.º cuerpo, cuya principal fuerza, capitaneada por su mariscal Ney, debía caminar á Aranda de Duero. Tomó el mando del 2.º cuerpo el mariscal Soult, y su anterior gefe Bessieres fué encargado de gobernar la caballería. Ambos con Napoleon al frente de la guardia imperial y la reserva, siguieron el camino real de Madrid dirigiéndose á Burgos.

Accion de
Burgos, 10 de
noviembre.

En esta ciudad habia comenzado á entrar el ejército de Extremadura, compuesto de unos 18,000 hombres distribuidos en tres divisiones, y á su frente el conde de Belveder, mozo inexperto, nombrado por la junta central para reemplazar á Don José Galluzo. La 1.ª division estaba allí desde el 7 de noviembre: se le juntó la 2.ª en la tarde del 9, quedando todavía atras y hácia Lerma la 3.ª Así que solo se contaban dentro de la ciudad y cercanías 12,000 hombres, de ellos 1200 de caballería. Fiado

Belveder en algunas favorables y leves escaramuzas, vivia tranquilo y de modo que á los oficiales de la 2.ª division que á su llegada fueron á cumplimentarle, recomendóles el descanso, bastándole por entónces, segun dijo, las fuerzas de la 1.ª division para rechazar á los franceses caso que le atacasen. Tan ignorante estaba de la superioridad del enemigo, y tan olvidado de la endeble organizacion de sus tropas.

Serian las seis de la mañana del 10, cuando el general Lasalle con la caballería francesa llegó á Villafria, tres cuartos de legua de Gamonal, á donde se habia adelantado la 1.ª division de Belveder; mandada por Don José Maria de Alós. Los franceses como no tenian consigo infantería, retrocedieron para aguardarla á Ruvena, con lo que alentados los nuestros resolvieron empeñar una accion. Lasalle rehecho, forzó á los que le seguian á replegarse otra vez á Gamonal, á cuyo punto habia ya acudido lo demas del ejército español. La derecha de este ocupaba un bosque del lado del rio Arlanzon, y la izquierda las tápias de una huerta ó jardin, cubriendo el frente algunos cuerpos con diez y seis piezas de artillería. Las tropas mas bisonas se pusieron detras de las mejor enrequecidas, como lo eran un batallon de guardias españolas, algunas compañías de walonas, el 2.º de Mallorca y granaderos provinciales.

Fué pues aproximándose el ejército enemigo; y extendiéndose por nuestra derecha el general Lasa-

lle, se colocó en un llano situado entre el bosque y el río, al paso que la infantería veterana del general Mouton intrépidamente acometió dicho bosque guarnecido por la derecha española, la cual creyéndose envuelta por Lasalle, comenzó en breve á cesar, no obstante el vivo fuego que desde el frente hacian nuestros cañones. La caballería guiada por Don Juan Henestrosa, hombre valiente, pero mas devoto que entendido militar, trató de dar una carga á la enemiga. Henestrosa, que en realidad mandaba tambien en jefe, invocando á los santos del cielo y con tanta bravura como imprudencia, arremetió contra los ginetes franceses, quienes fácilmente le repelieron y desbarataron. Entónces fueron del todo deshechos los del bosque; y la izquierda, aunque no atacada de cerca, comenzó á huir y desbandarse. La pelea duró poco, y vencidos y vencedores entraron mezclados en Burgos.

El mariscal Bessieres, tirando por la orilla del río con la caballería pesada, acuchilló á los soldados fugitivos y cogió varios cañones, habiéndose perdido catorce, y ademas otros que quedaron en el parque. La pérdida de los españoles fué considerable, aunque mayor la dispersion y el desórden; teniendo que arrepentirse, y dolorosamente, el general Belveder, de haberse empeñado con ligereza en accion tan desventajosa. Entregaron los vencedores al pillage la ciudad de Burgos, apoderándose de 2000 sacas de lana fina pertenecientes á ricos ganaderos. Llegó el mismo dia el conde de Belve-

der á Lerma con muchos dispersos, en donde se encontró con la 3.^a division de Extremadura, ausente de la batalla. Perseguido por los enemigos, pasó á Aranda de Duero, y no seguro todavía allí, prosiguió hasta Segovia, en cuya ciudad fué relevado del mando por la junta central que nombró para sucederle á Don José de Heredia.

El mariscal Soult, con la natural presteza de su nacion, enviando del lado de Lerma una columna que persiguiese á los españoles, y otra camino de Palencia y Valladolid, salió en persona el mismo 10 hácia Reinosa, con intento de interceptar á Blake en su retirada. Inútilmente habia este confiado en dar en aquella villa descanso á sus tropas, pues noticioso de que por Villarcayo se acercaba el mariscal Lefebvre, ya habia el 13 movido su artillería con direccion á Leon por Aguilar de Campo. Iban con ella enfermos y heridos huyendo de un peligro sin pensar en el otro no ménos terrible con que tropezaron. Caminaban cuando se les anunció la aparicion por su frente de tropas francesas: la artillería precipitando su marcha y usando de adecuados medios, pudo salvarse; mas de los heridos los hubo que fueron víctima del furór enemigo. En su número se contó al general Acevedo. Encontráronle cazadores franceses del regimiento del coronel Tascher, y sin miramiento á su estado, ni á su grado, ni á las sentidas súplicas de su ayudante D. Rafael del Riego, traspasáronle á estocadas. Riego,

Revueille
Soult
contra
Blake.

el mismo que fué despues tan conocido y desgraciado, quedó en aquel lance prisionero.

Blake, acosado y temiendo no solo á los que le habian vencido en Espinosa, sino tambien á los mariscales Lefebvre y Soult, que cada uno por su lado venian sobre él; no pudiendo ya ir á Leon por tierra de Castilla, salió de Reinosa en la noche del 13, y se enriscó por montañas y abismos, enderezándose al valle de Cabuérniga. Llegó allí á su colmo la necesidad y miseria. El ánimo de Blake andaba del todo contristado y abatido, mayormente teniendo que entregar á nuevo gefe de un dia á otro y en tan mal estado las pobres reliquias de su ejército, lo cual le era de gran pesadumbre. La central habia nombrado general en gefe del ejército de la izquierda al marqués de la Romana. Noticioso Blake en Zornoza del sucesor, no por eso dejó de continuar el plan de campaña comenzado. Una indisposicion, segun parece, detuvo á Romana en el camino, no uniéndose al ejército sino en Renedo, cuando estaba en completa derrota y dispersion. En tal aprieto pareció ser mas conveniente dejar á Blake el cuidado de la marcha, ordenándole que se recogiese por la Liébana á Leon, en cuya ciudad y ribera derecha del Ezla debia hacer alto y aguardarle.

Diversas direcciones de los mariscales franceses.

De su lado los mariscales franceses, ahuyentado Blake, tomaron diversos rumbos. El mariscal Lefebvre con el cuarto cuerpo, despues de descansar algunos dias, se encaminó por Carrion de los Con-

des á Valladolid. El primer cuerpo del mando de Victor juntóse en Burgos con Napoleon, marchando Soult con el segundo á Santander; de cuyo puerto hecho dueño, y dejando para guarnecerle la division de Bonnet, persiguió por la costa los dispersos y tropas asturianas que se retiraban á su país natal. Tuvo en San Vicente de la Barquera un choque con 4000 de ellos, al mando de Don Nicolas de Llano Ponte: los deshizo y dispersó; y yendo por la Liébana en busca de Blake franqueando las angosturas de la Montaña, y despejándola de soldados españoles, desembocó rápidamente en las llanuras de tierra de Campos.

Napoleon al propio tiempo y despues de lo jornada de Gamonal, habia sentado su cuartel general en Burgos. Los vecinos habian huido de la ciudad; y soledad y silencio no interrumpido sino por la algazara del soldado vencedor, fué el recibimiento que ofreció al emperador de los franceses la antigua capital de Castilla. Mas él poco cuidadoso del modo de pensar de los habitantes, revistadas las tropas y tomadas otras providencias, dió el 12 de noviembre un decreto, en el que concedia en nombre suyo y de su hermano *perdon general y plena y entera amnistia* á todos los españoles que en el espacio de un mes, despues de su entrada en Madrid, depusieran las armas y renunciassen á toda alianza y comunicacion con los ingleses, incluso los generales y las juntas. Eran exceptuados de aquel beneficio los duques del Infantado, de Híjar, de Medina,

Entrada en Burgos de Napoleon.

Su decreto de 12 de noviembre.

celi. de Osuna, el marques de Santa Cruz del Viso, los condes de Fernan-Núñez y de Altamira, el príncipe de Castelfranco, Don Pedro Cevallos y el obispo de Santander, á quienes se declaraba enemigos de España y Francia, y traidores á ambas coronas; mandando que, aprendidas sus personas, fuesen entregados á una comision militar, pasados por las armas, y confiscados todos sus bienes, muebles y raices que tuviesen en España y reinos extrangeros. Si bien admira la proscripcion de unos individuos cuyo mayor número, si no todos, habia pasado á Francia por engaño ó mal de su grado, y prestado allí un juramento que llevaba visos de forzado, crece el asombro al ver en la isla al obispo de Santander, que nunca habia reconocido al gobierno intruso, ni rendido obediencia á José ni á su dinastía. Es tambien de notar que este decreto de Napoleon fué el primero de proscripcion que se dió entonces en España, no habiendo todavía las juntas de provincia ni la central, ofrecido semejante ejemplo, aunque estuvieran, como autoridades populares, mas expuestas á ser arrastradas por las pasiones que dominaban. Siguieron despues los gobiernos de España el camino abierto por Napoleon: camino largo, y que solo tiene término en el cansancio, en las muchas victimas, ó en el recíproco temor de los partidos.

En Burgos dudó algun tiempo el emperador de los franceses si revolveria contra Castaños, ó si prosiguiendo por la anchurosa Castilla iria al en-

uentro del ejército ingles, que presumia se adelantaba á Valladolid. Mas luego supo que aquel no daba indicio de moverse de los contornos de Salamanca. Habia allí venido desde Lisboa al mando de Sir Juan Moore, sucesor del general Dalrymple, llamado á Lóndres, segun vimos, á dar cuenta de su conducta por la convencion de Cintra. El gobierno ingles, aunque lentamente, habia decidido que 30,000 infantes y 5000 caballos de su ejército obrarian en el norte de España; para lo cual se desembarcarian de Inglaterra 10,000 hombres, sacándose los otros de los que habia en Portugal, en donde solo se dejaba una division. Conforme á lo determinado, y en cumplimiento de orden que se le comunicó en 26 de octubre, salió de Lisboa el general Moore, y marchando con la principal fuerza sobre Almeida y Ciudad-Rodrigo, llegó á Salamanca el 13 de noviembre. La mayor parte de la artilleria y caballeria, con 3000 infantes á las órdenes de Sir Juan Hope, la envió por la izquierda de Tajo á Badajoz, á causa de la mayor comodidad de los caminos, debiendo despues pasar á unírsele á Castilla. De Inglaterra habia arribado á la Coruña el 13 de octubre Sir David Baird con los 10,000 hombres indicados; mas aquella junta, insistiendo en no querer su ayuda, impidió que desembarcasen bajo el pretexto de que necesitaba la venia de la central. Con tal ocurrencia, otros motivos que se alegaron, y la destruccion de una parte de los ejércitos españoles, no solo rotardaron los ingleses su marcha, sino que

tambien apareció que tenían escasa voluntad de internarse en Castilla.

Napoleon, penetrando pues su pensamiento, hizo correr la tierra llana por 8000 caballos, así para tener en respeto al ingles, como para aterrar á los habitantes, y resolvió destruir al ejército español del centro antes de avanzar á Madrid.

Ejército del centro.

No era dado á dicho ejército ni por su calidad ni por su fuerza, competir con las aguerridas y numerosas tropas del enemigo. Sus filas solamente se habian reforzado con una parte de la 1.^a y 3.^a division de Andalucía y algunos reclutas, empeorándose su situacion con interiores desavenencias. Porque censurado su gefe Don Francisco Javier Castaños de lento y sobradamente circunspecto, los que no eran parciales suyos, y aun los que anhelaban por mayor diligencia, sin atender á las dificultades procuraron y consiguieron que se enviasen á su lado personas que le moviesen y aguijasen.

Don Francisco de Palafox, enviado por la central.

Recayó la eleccion en Don Francisco de Palafox, hermano del capitán general de Aragon, é individuo de la junta central, autorizado con poderes extensos, y á quien acompañaban el marques de Coupigny y el conde del Montijo. Siendo el Palafox hombre estimable, pero de poco valer; Coupigny, extrangero y mal avenida desde Bailen con Castaños; y el del Montijo, mas inclinado á meter cizaña que á concertar ánimos, claro era que con los comisionados, en vez de alcanzarse el objeto deseado, solo se aumentarían tropiezos y embarazos.

Diversos planes.

Todos juntos y en 5 de noviembre, agregándose los otros generales y Don José Palafox que vino de Zaragoza, celebraron consejo de guerra, en el que se acordó, no muy á gusto de Castaños, atacar al enemigo, á pesar de lo desprovisto y no muy bien ordenado del ejército español. Disputas y nuevos altercados dilataron la ejecucion, hasta que del todo se suspendió con las noticias infaustas que empezaron á recibirse del lado de Blake. Proyectáronse otros planes sin resulta, y agriados muchos contra Castaños, alcanzaron que la junta central diese el mando de su ejército al marqués de la Romana, á quien antes se habia conferido el de la izquierda. Y en ello se ve cuán á ciegas y atribulada andaba entónces la autoridad suprema, no pudiéndose llevar á efecto su resolucion por la lejanía en que estaba el marqués, y la priesa que se dió el enemigo á acometer y dispersar nuestros ejércitos.

En esto corrió el tiempo hasta el 19 de noviembre en que por los movimientos de los franceses sospechó el general Castaños ser peligrosa y crítica su situacion. No se engañaba. El mariscal Lannes, duque de Montebello, á quien una caída de caballo habia detenido en Vitoria, ya restablecido se adelantaba, encargado por Napoleon de capitanear en gefe las tropas de los generales Lagrange y Colbert, del sexto cuerpo, en union con las del tercero, del mando del mariscal Moncey, á las que debia agregarse la division del general Maurice Mathieu, recién llegado de Francia, y componiendo en todo

30,000 hombres de infantería, 5000 de caballería y 60 cañones. Se juntaron estas fuerzas desde el 20 al 22 en Lodosa y sus carcanías. Con su movimiento habia de darse la mano otro del cuerpo de Ney, que constaba de mas de 20,000 hombres, cuyo gefe, destrozado que fué el ejército de Extremadura, avanzaba desde Aranda de Duero y el Burgo de Osma á Soria, donde entró el 21. De esta manera trataban los franceses, no solo de impedir al ejército del centro su retirada hácia Madrid, sino tambien de sorprenderle por su flanco y envolverle.

Don Francisco Javier Castaños conservó hasta el 19 su cuartel general en Cintruénigo, y la posicion de Calahorra que habia tomado despues de las desgracias de Lerin y Logroño. Juzgó entónces prudente replegarse y ocupar una línea desde Tarazona á Tudela, extendiéndose por las márgenes del Queiles, y apoyando su derecha en el Ebro. Sus fuerzas, si se unian con las de Aragón, escasamente ascendian á 41,000 hombros, entre ellos 3700 de caballería. De las últimas estaba la mayor parte en Caparroso, y rehusaban incorporarse sin expresa orden del general Palafox. Felizmente llegó este á Tudela el 22, y con anuencia suya se aproximaron, celebrándose por la noche en dicha ciudad un consejo de guerra. Los Palafoxes opinaron por defender á Aragón, sosteniendo que de ello pendia la seguridad de España. Con mejor acuerdo discurria Castaños en querer arrimarse á las provincias marítimas y meridionales, de cuantiosos recursos; no

Replégase
Castaños.

cifrándose la defensa del reino en la de una parte suya interior, y por tanto mas difícil de ser socorrida. Nada estaba resuelto, segun acontece en tales consejos, quando temprano en la mañana hubo aviso de que se descubrian los enemigos del lado de Alfaro.

Apresuradamente tomáronse algunas disposiciones para recibirlos. Don Juan O-neil que con los aragoneses acampaba desde la víspera al otro lado de Tudela, empezó en la madrugada á pasar el puente, ignorándose hasta ahora por qué dejó aquella operacion para tan tarde. Aunque sus batallones tenian obstruidas las calles de la ciudad, poco á poco las evacuaron y se colocaron fuera ordenadamente. Estaba tambien allí la quinta division regida por Don Pedro Roca, y compuesta de valencianos y murcianos. Se colocó esta en las inmediaciones y altura de Santa Bárbara, situada en frente de Tudela yendo á Alfaro. Por la misma parte, y siguiendo la orilla de Ebro, se extendieron algunos aragoneses; pero el mayor número de estos tiró á la izquierda y hácia el espacioso llano de olivos, que termina en el arranque de colinas que van á Cascaute. Ambas fuerzas reunidas constaban de 20,000 hombres. En el pueblo que acabamos de nombrar estaba ademas la cuarta division de Andalucía con su gefe la Peña, y en Tarazona la segunda del mando de Grimarest con la parte que habia de la primera y tercera. De suerte que la totalidad del ejército se derramaba por el espacio de

Batalla de
Tudela, 23 de
noviembre.

30,000 hombres de infantería, 5000 de caballería y 60 cañones. Se juntaron estas fuerzas desde el 20 al 22 en Lodosa y sus carcanías. Con su movimiento habia de darse la mano otro del cuerpo de Ney, que constaba de mas de 20,000 hombres, cuyo gefe, destrozado que fué el ejército de Extremadura, avanzaba desde Aranda de Duero y el Burgo de Osma á Soria, donde entró el 21. De esta manera trataban los franceses, no solo de impedir al ejército del centro su retirada hácia Madrid, sino tambien de sorprenderle por su flanco y envolverle.

Don Francisco Javier Castaños conservó hasta el 19 su cuartel general en Cintruénigo, y la posicion de Calahorra que habia tomado despues de las desgracias de Lerin y Logroño. Juzgó entónces prudente replegarse y ocupar una línea desde Tarazona á Tudela, extendiéndose por las márgenes del Queiles, y apoyando su derecha en el Ebro. Sus fuerzas, si se unian con las de Aragón, escasamente ascendian á 41,000 hombros, entre ellos 3700 de caballería. De las últimas estaba la mayor parte en Caparroso, y rehusaban incorporarse sin expresa orden del general Palafox. Felizmente llegó este á Tudela el 22, y con auencia suya se aproximaron, celebrándose por la noche en dicha ciudad un consejo de guerra. Los Palafoxes opinaron por defender á Aragón, sosteniendo que de ello pendia la seguridad de España. Con mejor acuerdo discurria Castaños en querer arrimarse á las provincias marítimas y meridionales, de cuantiosos recursos; no

Replégase
Castaños.

cifrándose la defensa del reino en la de una parte suya interior, y por tanto mas difícil de ser socorrida. Nada estaba resuelto, segun acontece en tales consejos, quando temprano en la mañana hubo aviso de que se descubrian los enemigos del lado de Alfaro.

Apresuradamente tomáronse algunas disposiciones para recibirlos. Don Juan O-neil que con los aragoneses acampaba desde la víspera al otro lado de Tudela, empezó en la madrugada á pasar el puente, ignorándose hasta ahora por qué dejó aquella operacion para tan tarde. Aunque sus batallones tenian obstruidas las calles de la ciudad, poco á poco las evacuaron y se colocaron fuera ordenadamente. Estaba tambien allí la quinta division regida por Don Pedro Roca, y compuesta de valencianos y murcianos. Se colocó esta en las inmediaciones y altura de Santa Bárbara, situada en frente de Tudela yendo á Alfaro. Por la misma parte, y siguiendo la orilla de Ebro, se extendieron algunos aragoneses; pero el mayor número de estos tiró á la izquierda y hácia el espacioso llano de olivos, que termina en el arranque de colinas que van á Cascaute. Ambas fuerzas reunidas constaban de 20,000 hombres. En el pueblo que acabamos de nombrar estaba ademas la cuarta division de Andalucía con su gefe la Peña, y en Tarazona la segunda del mando de Grimarest con la parte que habia de la primera y tercera. De suerte que la totalidad del ejército se derramaba por el espacio de

Batalla de
Tudela, 23 de
noviembre.

cuatro leguas que media entre la última ciudad y la de Tudela.

Aquí se trabó la acción principal con la quinta división y los aragoneses. Los que de estos habían ido por la orilla del río, repelieron al principio al enemigo, quien luego arremetió contra los del llano, conceptuado centro del ejército español por formar su izquierda las divisiones citadas de Cascante y Tarazona. Los atacó el general Maurice Mathieu sostenido por la caballería de Lefebvre Desnouettes. Los enemigos subiendo abrigados del olivar á una de las colinas en que el centro español se apoyaba, flanquearonle; pero acudiendo por orden de Castaños Don Juan O-neil á desalojarlos, y prolongando por detras de la altura ocupada un batallón de guardias españolas, se vieron los franceses obligados á retirarse precipitadamente siguiendo los nuestros el alcance. Eran las tres de la tarde y la suerte nos era favorable, á la sazón que el general Morlot rechazando á los aragoneses de la derecha, avanzó orilla del río hasta Tudela, con lo que la quinta división para no ser envuelta, abandonó la altura é inmediaciones de Santa Bárbara. También entónces reparándose el general Maurice Mathieu y cargando de nuevo, comenzó á flaquear nuestro centro, contra el que dando en aquella ocasión una acometida la caballería de Lefebvre penetró por medio, le desordenó, y aún acabó de desconcertar la derecha revolviendo contra ella. Castaños á la misma hora pensó en dirigirse

adonde estaba la Peña, pero envuelto en el desorden y casi atropellado, se recogió á Borja, punto en que se encontraron varios generales, excepto Don José de Palafox que de mañana se había ido á Zaragoza.

En tanto que se veía así atacada y deshecha la mitad del ejército español, acometió á la división de la Peña junto á Cascante el general Lagrange, trabóse vivo choque, y tal que herido el último cejó su caballería. Creíanse los españoles victoriosos; pero acudiendo gran golpe de infantería, rehiciéronse los ginetes enemigos, y fué á su vez rechazado la Peña, y forzado á meterse en Cascante. Como espectadoras se habían en Tarazona mantenido las otras fuerzas de Andalucía, y no sabemos á qué achacar la morosidad y tardanza del general Grimarest, quien á pesar de haber para ello recibido temprano orden de Castaños, no se aproximó á Cascante hasta de noche. Todas estas divisiones andaluzas pudieron sin embargo retirarse ordenadamente hácia Borja conservando su artillería. Excitó solamente algun desasosiego el volarse en una ermita un repuesto de pólvora, recelándose que eran enemigos. Fué gran dicha que no viniera de Soria según pudiera el mariscal Ney. Deteniéndose este allí tres dias para dar descanso á su gente ó por otras causas, dejó á los nuestros libre y franca la retirada.

Perdiéronse en Tudela los almacenes y la artillería del centro y derecha del ejército, quedando 2000 prisioneros y muchos muertos. Pudiera decirse que

esta batalla se dividió en dos separadas acciones, la de Tudela y la de Cascante, sin que los españoles se hubieran concertado ni para la defensa, ni para el ataque. De lo que resulta grave cargo á los caudillos que mandaban, como tambien de que no se emplease una parte considerable de tropas, fuese culpa suya ó de gefes subalternos que no obedecieron. Igualmente quedó cortada, segun veremos despues, una parte de la vanguardia que guiaba el conde de Cartaojal. Cúmulo de desventuras que prueba sobrada imprevision y abandono.

Despues de la batalla las reliquias de los aragoneses, y casi todos los valencianos y murcianos que de ella escaparon, se metieron en Zaragoza, como igualmente los mas de sus gefes. Castaños prosiguió á Calatayud adonde llegó el 25 con el ejército de Andalucía. En persecucion suya entró el mismo dia en Borja el general Maurice Mathieu, y allí se le unió el 26 con su gente el mariscal Ney. Hasta entonces no se habia encontrado en su retirada el ejército español con los franceses. En Calatayud, recibiendo aviso de la junta central de que Napoleon avanzaba á Somosierra, y órden para que Castaños fuese al remedio, juntó este los gefes de las divisiones, y acordaron salir el 27 via de Sigüenza, debiendo hacer espaldas un cuerpo de 5000 hombres de infantería ligera, caballería y artillería, al mando del general Venegas. Luego vino este á las manos con el enemigo. A dos leguas de Calatayud cerca de Bubicra se apostó, segun ór-

Retirada del ejército.

den del general en gefe, para defender el paso y dar tiempo á que se alejasen las divisiones. Con dobladas fuerzas asomó el 29 el general Maurice Mathieu, trabándose desde la mañana hasta las cuatro de la tarde un reñido y sangriento choqué. Se pararon de resultas en su marcha los franceses, y se logró que llegasen salvas á Sigüenza nuestras divisiones. En esta ciudad, destinado el general Castaños á desempeñar otras comisiones, se encargó interinamente del mando del ejército del centro Don Mannel de la Peña. Y por ahora allí le dejaremos para ocuparnos en referir otros acontecimientos de no menor cuantía.

Su llegada á Sigüenza.

La Peña general en gefe.

Derrotados ó dispersos los ejércitos de la izquierda, Extremadura y centro, creyó Napoleon poder sin riesgo avanzar á Madrid, mayormente cuando los ingleses estaban léjos para estorbárselo, y no con bastantes fuerzas para osar interponerse entre él y la frontera de Francia. Urgíale entrar en la capital de España, así porque imaginaba ahogar pronto con aquel suceso la insurreccion, como tambien para asombrar á Europa con el terrible y veloz progreso de sus armas.

Corto embarazo se ofrecia ya por delante al cumplimiento de su deseo. La junta central despues de la rota de Burgos habia encargado á Don Tomas de Morla y al marqués de Castelar atendiesen á la defensa de Madrid, y de los pasos de Guadarrama, Fonfria, Navacerrada y Somosierra. Como mas expuesto se cuidó en especial del último punto, en-

viando para guarnecerle á Don Benito San Juan con los cuerpos que habian quedado en Madrid de la primera y tercera division de Andalucía y con otros nuevos, á los que se agregaron reliquias del ejército de Extremadura, en todo 12,000 hombres y algunos cañones. Endeble reparo para contener en su marcha al emperador de los franceses.

Con todo, á fin de asegurarla obró este precavidamente, tomando varias y atentas disposiciones. Mandó á Moncey ir sobre Zaragoza, á Ney continuar en perseguiamiento de Castaños, á Soult tener en respeto al ejército ingles, y á Lefebvre inundar por su derecha la Castilla, extendiéndose hácia Valladolid, Olmedo y Segovia. Dejó consigo la guardia imperial, la reserva y el primer cuerpo del mariscal Victor para penetrar por Somosierra y caer sobre Madrid.

San Juan en Somosierra.

Salió el 28 de Aranda de Duero, y el 29 sentó en Boceguillas su cuartel general. Don Benito San Juan se preparaba á Recibirle. En lo alto del puerto habia levantado aceleradamente algunas obras de campaña, y colocado en Sepúlveda una vanguardia á las órdenes de Don Juan José Sarden. Con ella se encontraron los franceses en la madrugada del 28, acometiéndola 4000 infantes y 1000 caballos. En vano se esforzaron por romperla y hacerse dueños de la posición que defendia. Al cabo de horas de refriega, se retiraron y dejaron el campo libre á los nuestros; mas de poco sirvió. Temores y voces esparcidas por la malevolencia, forza-

ron á los gefes á replegarse á Segovia en la noche del 29, dejando á San Juan desamparado y solo en Somosierra con el resto de las fuerzas.

Siendo estas escasas, no era aquel paso de tan difícil acceso como se creía. Dominado el camino real hasta lo alto del puerto por montañas laterales que le siguen en sus vueltas y sesgos, y enseñoada la misma cumbre por cimas mas elevadas, era necesario ó cubrir con tropas ligeras los puntos mas eminentes, ó exponerse, segun sucedió, á que el enemigo flanquease la posición. Densa niebla encapotaba las fraguras al nacer del 30, en cuya hora atacando á nuestro frente con seis cañones y una numerosa columna el general Senarmont, desprendiéronse otras dos tambien enemigas por derecha é izquierda para atacar nuestros costados. Repelióse con denuedo por el frente la primera embestida, á tiempo que Napoleon llegó al pié de la sierra. Irritado este é impaciente con la resistencia, mandó entónces soltar á escape por la calzada y contra la principal batería española, los lanceros polacos y cazadores de la guardia al mando del general Mont-Brun. Los primeros que acometieron cubrieron el suelo con sus cadáveres, y en una de las cargas quedó gravemente herido de tres balazos Mr. Felipe de Segur, estimable autor de la historia de a campaña de Rusia. Insistiendo de nuevo en atacar la caballería francesa, y á la sazón que sus columnas de derecha é izquierda se habian á favor de la niebla encaramado por los lados, empezaron

Pasan los franceses el puerto.

los nuestros á flaquear abandonando al cabo sus cañones, de que se apoderaron los ginetes enemigos. San Juan queriendo contener el desórden de los suyos, recorrió el campo con tal valor y osadía, que envuelto por lanceros polacos se abrió paso, llegando por trochas y atajos y herido en la cabeza á Segovia, en cuya ciudad se unió á Don José Heredia que juntaba dispersos.

Con semejante desgracia Madrid quedaba descubierta, y el gobierno supremo en sumo riesgo, si de Aranjuez no se transferia en breve á parage seguro. Ya al promediar noviembre y á propuesta de Don Gaspar Melchor de Jovellanos se habia pensado en ello, mas con tal lentitud, que fué menester que el 28 se dijese haber asomado hácia Villarejo partidas enemigas para ocuparse seriamente en el asunto. El compromiso de la junta era grande, y mayor por un incidente ocurrido en aquellos dias. Figurándose el enemigo que con la ruina y descalabros padecidos podria entrarse en acomodamiento, habia convidado por medio de los ministros de José á las autoridades supremas á que se sometiesen y evitasen mayores males con prolongar la resistencia. Al propósito escribieron aquellos tres cartas concebidas en idéntico y literal sentido, una al conde de Floridablanca, y las otras dos al decano del consejo real y al corregidor de Madrid. La central sobremanaera indignada, decretó en 24 de noviembre que dichos escritos fuesen quemados por mano del verdugo, declarando infidentes y desleales á sus

Situacion de la central.

Cartas de los ministros de José.

autores, y encargando á la sala de alcaldes la sustanciacion y fallo de la causa. Con lo cual se respondió á la propuesta, é igualmente al decreto de proscripcion de Napoleon, aunque no tan militar ni arbitrariamente. Mas semejante resolucion metiendo á la junta en nuevos comprometimientos, la impelia á atender á su propia seguridad.

Las horas ya eran contadas. El 30 exploradores enemigos se habian divisado en Móstoles, y el 1.º de diciembre muy de mañana súpose lo acaecido en Somosierra. Con afan y temprano el mismo dia congregó el presidente á los individuos de la junta, para que se enterasen de los partes recibidos. Pensóse inmediatamente en abandonar á Aranjuez, pero antes se encaminaron á la capital los recursos disponibles, se acordaron otras providencias, y se resolvió elegir diferentes vocales que fuesen á inflamar el espíritu de las provincias. Deliberóse en seguida acerca del parage en que el gobierno debería fijar su residencia. Variaron los pareceres, señalóse al fin Badajoz. Para mayor comodidad del viage se dispuso que los individuos de la junta se repartiesen en tandas, y para el fácil despacho de los negocios urgentes se escogió una comision activa, compuesta de los señores Floridablanca, Astorga, Valdes, Jovellanos, Contamina y Garay. Unos en pos de otros salieron todos de Aranjuez en la tarde y noche del 1.º al 2 de diciembre. Apenas con escolta, en medio de tales angustias, tuvieron la dicha de que los pueblos no los molestaran, y de

Abandona la central á Aranjuez.

que los franceses no los alcanzasen y cogiesen. Libres de particular contratiempo, llegaron á Talavera de la Reina, en donde volveremos á encontrarlos.

Situación de Madrid.

En tanto reinaba en Madrid la mayor agitacion. Don Tomas de Morla y el capitan general de Castilla la Nueva, marqués de Castelar, habian discurrido calmarla, y aun por órden de la central promulgaron edictos que pintaban con amortiguados colores las desgracias sucedidas. Sin embargo, no fué dado por mas tiempo ocultarlas, acudiendo prófugos de todos lados. Alterada á su vista la muchedumbre, se agolpó á casa de Castelar que disfrutaba de la confianza pública, y pidió el 30 de noviembre con gran vocería que se la armase. Así lo prometió, y desde entónces con mayor diligencia y ahinco se atendió á fortificar la capital y distribuir á sus vecinos armas y municiones. Madrid no era en verdad punto defendible, y las obras que se trazaron levantadas atropelladamente, no fueron tampoco de grande ayuda. Redujéronse á unos fosos delante de las fuerzas exteriores, en donde se construyeron baterías á barbata que artillaban cañones de corto calibre. Se aspillaron las tapias del recinto, abriéndose cortaduras ó zanjas en ciertas calles principales, como la de Alcalá, carrera de San Gerónimo y Atocha. Tambien se desempedrarón muchas de ellas, y acumulándose las piedras en las casas, se parapetaron las ventanas con almo-

hadas y colchones. Todos corrían á trabajar, siendo el entusiasmo general y extremado.

En 1.º de diciembre se confió el gobierno político y militar á una junta que se instaló en la casa de Correos. A su cabeza estaba el duque del Infantado como presidente del consejo real, y eran además individuos el capitan general, el gobernador y corregidor, como tambien varios ministros de los consejos y regidores de la villa. La defensa de la plaza se encargó exclusiva y particularmente á Don Tomas de Morla, que gozaba de concepto de oficial mas inteligente que el gobernador Don Fernando de la Vera y Pantoja. En Madrid no habia sino 300 hombres de guarnicion y dos batallones con un escuadron de nueva leva. Corrió la voz aquel dia de que el enemigo estaba á cinco leguas, y el vecindario léjos de amilanarse, se inflamó con ímpetu atropellado. Repartiéronse 8000 fusiles, chuzos y hasta armas viejas de la armería. Y para guardar órden se citó á todos por la tarde al Prado, desde donde á cada uno debia señalarse destino. Escasearon los cartuchos, y aun para muchos faltaron. Pedíanlos los concurrentes con instancia; mas respondiendo Morla que no los habia, y dentro de algunos habiéndose encontrado en vez de pólvora arena, creció la desconfianza, lanzáronse gritos amenazadores, y todo pronosticaba estrepitosa conmocion.

Habia entendido como regidor el marqués de Perales en la formacion de los cartuchos, y contra él

Muerte del marqués de Perales.

y su mayordomo se empezó á clamar desafortadamente. Este marqués era ántes el ídolo de la plebe madrileña; presumia de imitarla en usos y traheres; con nadie sino con ella se trataba, y aun casi siempre se le veia vestido á su manera con el traje de majo. Pero acusado con razon ó sin ella de haber visitado á Murat y recibido de este obsequios y buen acogimiento, cambiósese el favor de los barrios en ojeriza. Juntóse tambien para su desdicha la ira y zelos de una antigua manceba á quien por otra habia dejado. Tenia el marqués por costumbre escoger sus amigas entre las mugeres mas hermosas y desenfadadas del vulgo, y era la abandonada hija de un carnicero. Para vengar esta lo que reputaba ultrage, no solo dió pábulo al cuento de ser el marqués autor de los cartuchos de arena, sino que tambien inventó haber él mismo pactado con los franceses la entrega de la puerta de Toledo. Sabido es que entre el bajo pueblo nada halla tanto séquito como lo que es infundado y absurdo, y en este caso con mayor facilidad, saliendo de la boca de quien se creia depositaria de los secretos del marqués. Vivía este en la calle de la Magdalena, inmediata al barrio del Avapies (de todos el más desasegado), y sus vecinos se agolparon á la casa, la allanaron, cosieron al dueño á puñaladas, y puesto sobre una estera le arrastraron por las calles. Tal fué el desastrado fin del marqués de Perales, víctima inocente de la ceguedad y furor popular, pero que ni era general, ni anciano, ni habia nunca

sido mirado como hombre respetable, segun lo afirma cierto historiador ingles, empeñado en desdorar y ennegrecer las cosas de España. La connoccion no fué mas allá: personas de influjo y otros cuidados la sosegaron.

En la mañana del 2 aparecieron sobre las alturas del norte de Madrid las divisiones de dragones de los generales La Tour Maubourg y La Houssaie: ántes solo se habian columbrado partidas sueltas de caballería. A las doce Napoleon mismo llegó á Chamartín y se alojó en la casa de campo del duque del Infantado. Aniversario aquél dia de la batalla de Austerlitz y de su coronacion, se lisonjeaba seria tambien el de su entrada en Madrid. Con semejanza esperanza no tardó en presentarse en sus cercanías é intimar por medio del mariscal Bessieres la rendicion á la plaza. Respondióse con desden, y aun corrió peligro de ser atropellado el oficial enviado al efecto. No habia la infanteria francesa acabado de llegar, y Napoleon recorriendo los alrededores de la villa meditaba el ataque para el siguiente dia. En este no hubo sino tiroteos de avanzadas y correrías de la caballería enemiga, que detenia, despojaba y á veces mataba á los que inhábiles para la defensa salian de Madrid. Con mas dicha y por ser todavia en la madrugada oscura y nebulosa, pudo alejarse el duque del Infantado, comisionado por la junta permanente para ir hácia Guadalajara en busca del ejército del centro, al que se consideraba cercano. Por la noche el mariscal

Napoleon de
lante de Ma-
drid.

de agosto
1808

®

Victor hizo levantar baterías contra ciertos puntos, principalmente contra el Retiro: y á las doce de la misma el mariscal Berthier, príncipe de Neufchatel, mayor general del ejército imperial, repitió nueva intimacion, valiéndose de un oficial español prisionero, á la que se tardó algunas horas en contestar.

Ataque de Madrid.

Amaneció el 3 cubierto de niebla, la cual disipándose poco á poco, aclaró el dia á las nueve de la mañana, y apareció bellissimo y despejado. Napoleon, preparado el ataque, dirigió su especial conato á apoderarse del Retiro, llamando al propio tiempo la atencion por las puertas del Conde-duque y Fuencarral, hasta la de Recoletos y Alcalá, y colocándose él en persona cerca de la fuente Castellana. Mas barriendo aquella cañada y cerros inmediatos una batería situada en lo alto de la escuela de la veterinaria, cayeron algunos tiros junto al emperador, que diciendo: *Estamos muy cerca*, se alejó lo suficiente para librarse del riesgo. Gobernaba dicha batería un oficial de nombre Vasallo, y con tal acierto, que contuvo á la columna enemiga que queria meterse por la puerta de Recoletos para coger por la espalda la de Alcalá. Los ataques de las otras puertas no fueron por lo general sino simulados, ó no hubo sino ligeras escaramuzas, señalándose en la de los Pozos una cuadrilla de cazadores que se habia apostado en las casas de Bringas allí contiguas. Tambien hubo entre la del Conde-duque y Fuencarral vivo tiroteo, en los que fué

herido en el pié de una bala el general Maison. Mas el Retiro, cuya eminencia dominando á Madrid es llave de la posicion, fué el verdadero y principal punto atacado. Los franceses ya en tiempo de Murat habian reconocido su importancia. Los generales españoles, fuese descuido ó fatal acaso, no se habian esmerado en fortificarle.

Treinta piezas de artillería dirigidas por el general Senarmont rompieron el fuego contra la tapia oriental. Sus defensores que no eran sino paisanos, y un cuerpo recién levantado á expensas de D. Francisco Mazarredo, resistieron con serenidad, hasta que los fuegos enemigos abrieron un ancho boqueron por donde entraron sus tiradores y la division del general Villatte. Entónces los nuestros decayendo de ánimo, fueron ahuyentados, y los franceses derramándose con celeridad por el Prado, obligaron á los comandantes de las puertas de Recoletos, Alcalá y Atocha á replegarse á las cortaduras de sus respectivas é inmediatas calles. Pero como aquellas habian sido excavadas en la parte mas elevada, quedaron muchas casas y edificios á merced del soldado extranjero que las robó y destrozó. Tocó tan mala suerte á la escuela de mineralogía, calle del Turco, en donde pereció una preciosísima coleccion de minerales de España y América, reunida y arreglada al cabo de años de trabajo y penosa tarea.

La pérdida del Retiro no causó en la poblacion desaliento. En todos los puntos se mantuvieron fir-

mes, y sobre todo, en la calle de Alcalá en donde fué muerto el general francés Bruyere. Castelar en tanto respondió á la segunda intimacion pidiendo una suspension de armas durante el dia 3 para consultar á las demas autoridades y ver las disposiciones del pueblo, sin lo cual nada podia resolver definitivamente. Eran las doce de la mañana cuando llegó esta respuesta al cuartel general frances, é invadido ya el Retiro, desistió Napoleon de proseguir en el ataque, prefiriendo á sus contingencias el medio mas suave y seguro de una capitulacion. Pero para conseguirla, mandó al de Neufchatel que diese á Castelar una réplica amenazadora diciendo: „In-
„mensa artillería está preparada contra la villa,
„minadores se disponen para volar sus principales
„edificios. . . . las columnas ocupan la entrada de
„las avenidas. . . . mas el emperador siempre gene-
„roso en el curso de sus victorias, suspende el ata-
„que hasta las dos. Se concederá á la villa de Ma-
„drid proteccion y seguridad para los habitantes pa-
„cíficos, para el culto y sus ministros, en fin, olvi-
„do de lo pasado. Enarbólese bandera blanca ántes
„de las dos, y envíense comisionados para tratar.”

La junta establecida en correos mandó cesar el fuego, y envió al cuartel general frances á Don Tomas de Morla y á Don Bernardo Iriarte. Avocáronse estos con el príncipe de Neufchatel, quien los presentó á Napoleon: vista que atemorizó á Morla, hombre de corazon pusilánime, aunque de fiera y africana figura. Napoleon le recibió ásperamente

Conferencia
de Morla con
Napoleon.

Echóle en cara su proceder contra los prisioneros franceses de Bailen, sus contestaciones con Dupont, hasta le recordó su conducta en la guerra de 1793 en el Rosellon. Por último dijo: „Vaya usted á
„Madrid, doy de tiempo para que se me responda de
„aquí á las seis de la mañana. Y no vuelva usted
„sino para decirme que el pueblo se ha sometido.
„De otro modo usted y sus tropas serán pasados
„por las armas.”

Demudado volvió á Madrid el general Morla, y embarazosamente dió cuenta á la junta de su comision. Tuvo que prestarle ayuda su compañero Iriarte, mas sereno aunque anciano y no militar. Hubo disenso entre los vocales: prevaleció la opinion de la entrega. El marques de Castelar no queriendo ser testigo de ella, partió por la noche, con la poca tropa que habia, camino de Extremadura. También y ántes el vizconde de Gante que mandaba la puerta de Segovia salió subrepticamente del lado del Escorial en busca de San Juan y Heredia.

Capitulacion.

A las seis de la mañana del 4 Don Tomas de Morla y el gobernador Don Fernando de la Vera y Pantoja pasaron al cuartel general enemigo con la minuta de la 1.ª capitulacion. Napoleon la aprobó en todas sus partes con cortísima variacion, si bien se contenian en ella artículos que no hubieran debido entrar en un convenio puramente militar.

[1.ª p. n. 5.]

El general Belliard despues de las diez del mismo dia, entró en Madrid y tomó sin obstáculo posesion de los puntos principales. Solo en el nuevo cuartel
Tomo II.

mes, y sobre todo, en la calle de Alcalá en donde fué muerto el general francés Bruyere. Castelar en tanto respondió á la segunda intimacion pidiendo una suspension de armas durante el dia 3 para consultar á las demas autoridades y ver las disposiciones del pueblo, sin lo cual nada podia resolver definitivamente. Eran las doce de la mañana cuando llegó esta respuesta al cuartel general frances, é invadido ya el Retiro, desistió Napoleon de proseguir en el ataque, prefiriendo á sus contingencias el medio mas suave y seguro de una capitulacion. Pero para conseguirla, mandó al de Neufchatel que diese á Castelar una réplica amenazadora diciendo: „Inmensa artillería está preparada contra la villa, minadores se disponen para volar sus principales edificios. . . . las columnas ocupan la entrada de las avenidas. . . . mas el emperador siempre generoso en el curso de sus victorias, suspende el ataque hasta las dos. Se concederá á la villa de Madrid proteccion y seguridad para los habitantes públicos, para el culto y sus ministros, en fin, olvido de lo pasado. Enarbólese bandera blanca á las dos, y envíense comisionados para tratar.“

La junta establecida en correos mandó cesar el fuego, y envió al cuartel general frances á Don Tomas de Morla y á Don Bernardo Iriarte. Avocáronse estos con el príncipe de Neufchatel, quien los presentó á Napoleon: vista que atemorizó á Morla, hombre de corazon pusilánime, aunque de fiera y africana figura. Napoleon le recibió ásperamente

Conferencia
de Morla con
Napoleon.

Echóle en cara su proceder contra los prisioneros franceses de Bailen, sus contestaciones con Dupont, hasta le recordó su conducta en la guerra de 1793 en el Rosellon. Por último dijo: „Vaya usted á Madrid, doy de tiempo para que se me responda de aquí á las seis de la mañana. Y no vuelva usted sino para decirme que el pueblo se ha sometido. De otro modo usted y sus tropas serán pasados por las armas.“

Demudado volvió á Madrid el general Morla, y embarazosamente dió cuenta á la junta de su comision. Tuvo que prestarle ayuda su compañero Iriarte, mas sereno aunque anciano y no militar. Hubo disenso entre los vocales: prevaleció la opinion de la entrega. El marques de Castelar no queriendo ser testigo de ella, partió por la noche, con la poca tropa que habia, camino de Extremadura. También y ántes el vizconde de Gante que mandaba la puerta de Segovia salió subrepticamente del lado del Escorial en busca de San Juan y Heredia.

Capitulacion.

A las seis de la mañana del 4 Don Tomas de Morla y el gobernador Don Fernando de la Vera y Pantoja pasaron al cuartel general enemigo con la minuta de la 1.ª capitulacion. Napoleon la aprobó en todas sus partes con cortísima variacion, si bien se contenian en ella artículos que no hubieran debido entrar en un convenio puramente militar.

[1.ª p. 5.]

El general Belliard despues de las diez del mismo dia, entró en Madrid y tomó sin obstáculo posesion de los puntos principales. Solo en el nuevo cuartel

de guardias de Corps se recogieron algunos con ánimo de defenderse, y fué menester tiempo y la presencia del corregidor para que se rindieran.

Silencioso quedó Madrid despues de la entrega, y contra Morla se abrigaba en el pecho de los habitantes odio reconcentrado. Tacháronle de traidor, y confirmáronse en la idea con verle pasar al bando enemigo. Solo hubo de su parte falta de valor y deshonoroso proceder. Murió años adelante ciego, lleno de pesares, aborrecido de todos.

Consiguióse con la defensa de Madrid si no detener al ejército frances, por lo ménos probar á Europa que á viva fuerza y no de grado se admitia á Napoleon y á su hermano. Respecto de lo cual, oportuna aunque familiarmente decia Mr. de Pradt, capellan mayor del emperador, primero obispo de Poitiers, y despues arzobispo de Malinas, „que Jo-„sé habia sido echado de Madrid á puntapiés y recibido á cañonazos.”

El 6 se desarmó á los vecinos, y no se tardó en faltar á la capitulacion, esperanza de tantos hombres ciegos y sobradamente confiados. Dieron la señal de su quebrantamiento los decretos que desde Chamartin y á fuer de conquistador empezó el mismo dia 4 á fulminar Napoleon, quien arrojando todo embozo, y sin mentar á su hermano, mostróse como señor y dueño absoluto de España.

Fué el primero contra el consejo de Castilla. Decíase en su contexto que por haberse portado aquella corporacion con *tanta debilidad como superche-*

Fáltase á la capitulacion.

Decretos de Napoleon en Chamartin.

ria, se destituian sus individuos, considerándolos *cobardes é indignos de ser los magistrados de una nacion brava y generosa*. Quedaban ademas detenidos en calidad de rehenes: por cuyo decreto el artículo 6.º de la capitulacion con afan apuntado por los del consejo, y segun el cual debian conservarse „las leyes, costumbres y tribunales en su actual „constitucion,” se barrenaba y destruia.

Siguiéronse á este el de la abolicion de la inquisicion, el de la reduccion de conventos á una tercera parte, el de la extincion de los derechos señoriales y exclusivos, y el de poner aduanas en la frontera de Francia. Varios de estos decretos reclamados constantemente por los españoles ilustrados, no dejaron de cautivar al partido del gobierno intruso ciertos individuos enojados con los primeros pasos de la central, dando á otros plausible pretexto para hacerse tornadizos.

Mas semejantes resoluciones de suyo benéficas, aunque procedentes de mano ilegítima, fueron acompañadas de otras crueles é igualmente contrarias á lo capitulado. Se cogió y llevó á Francia á Don Arias Mon, decano del consejo, y á otros magistrados. El príncipe de Castelfranco, el marques de Santa Cruz del Viso y el conde de Altamira, ó sea de Trastamara, comprendidos en el decreto de proscripcion de Burgos, fueron tambien presos y conducidos á Francia, conmutándose la pena de muerte en la de perpetuo encierro, sin embargo de que por los artículos primero, segundo y tercero de la capi-

Español
los llevados á
Francia.



tulacion se aseguraba la libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos, militares y empleados de Madrid. Igual suerte cupo en un principio al duque de Sotomayor, de que le libró especial favor. Estuvo para ser mas rigurosa la del marques de San Simon, emigrado frances al servicio de Espana: fué juzgado por una comision militar, y condenado á muerte, habiendo defendido contra sus compatriotas la puerta de Fuencarral. Las lágrimas y encarecidos ruegos de su desconsolada hija alcanzaron gracia, limitándose la pena de su padre á la de confinacion en Francia.

Napoleon permanecia en Chamartin, y solo una vez y muy de mañana atravesó á Madrid y se encaminó á palacio. Aunque se le presentó suntuosa la morada real, segun sabemos de una persona que le acompañaba, por nada preguntó con tanto anhelo como por el retrato de Felipe II: detúvose durante algunos minutos delante de uno de los mas notables, y no parecia sino que un cierto instinto le llevaba á considerar la imágen de un moarca que si bien en muchas cosas se le desemejaba, coincidia en gran manera con él en su amor á exclusiva, dura é ilimitada dominacion, así respecto de propios como de extraños.

La inquietud de Napoleon crecia segun que corrían dias sin recoger el pronto y abundante esquilmo que esperaba de la toma de Madrid. Sus correos comenzaban á ser interceptados, y escasas y tardías eran las noticias que recibia. Los ejércitos

Visitan Napoleon el palacio real.

Su inquietud.

españoles si bien deshechos, no estaban del todo aniquilados, y era de temer se convirtiesen en otros tantos núcleos, en cuyo derredor se agrupasen oficiales y soldados, al paso que los franceses teniendo que derramarse enflaquecian sus fuerzas, y aun desaparecian sobre la haz espaciosa de España. En las demas conquistas dueño Napoleon de la capital, lo habia sido de la suerte de la nacion invadida: en esta ni el gobierno ni los particulares, ni el mas pequeño pueblo de los que no ocupaba se habian presentado libremente á prestarle homenaje. Impacientábale tal proceder, sobre todo cuando nuevos cuidados podrian llamarle á otras y lejanas partes. Mostró su enfado al corregidor de Madrid que el 16 de diciembre fué á Chamartin á cumplimentarle y á pedirle la vuelta de José segun se habia exigido del ayuntamiento: díjole pues Napoleon que por los derechos de conquista que le asistian podia gobernar á España nombrando otros tantos vireyes cuantas eran sus provincias. Sin embargo añadió, que consentiria en ceder dichos derechos á José, cuando todos los ciudadanos de la capital le hubieran dado pruebas de adhesion y fidelidad por medio de un juramento „que saliese no solamente de la boca, sino del corazon, y que fuese sin restriccion jesuítica.”

Sujetóse el vecindario á la ceremonia que se pedia, y no por eso trataba Napoleon de reponer á José en el trono, cosa que á la verdad interesaba poco á los madrileños, molestados con la presencia

Contestacion al corregidor de Madrid.

Juramento exigido de los vecinos.

de cualquiera gobierno que no fuera el nacional. El emperador habia dejado en Burgos á su hermano, quien sin su permiso vino y se le presentó en Chamartin, donde fué tan mal recibido, que se retiró á la Monclova y luego al Pardo, no gozando de rey sino escasamente la apariencia.

Mas que en su persona ocupábase Napoleon en averiguar el paradero de los ingleses, y en disipar del todo las reliquias de las tropas españolas. El 8 de diciembre llegó á Madrid el cuerpo de ejército del duque de Dantzick, y con diligencia despachó Napoleon hácia Tarancon al mariscal Bessieres, dirigiendo sobre Aranjuez y Toledo al mariscal Victor y á los generales Milliaud y Lasalle.

Por este lado y la vuelta de Talavera se habia retirado Don Benito San-Juan, quien despues de haber recogido en Segovia dispersos, y en union con Don José Heredia, se habia apostado en el Escorial ántes de la entréga de Madrid. Pensaban ir ambos generales al socorro de la capital, y aun instados por el vizconde de Gante, que con aquel objeto, segun vimos, habia ido á su encuentro, se pusieron en marcha. Acercábase, cuando esparcida la voz de estar muy apretada la villa y otras sinietras, empezó una dispersion horrorosa, abandonando los artilleros y carreteros cañones y carruages. Comenzó por donde estaba San Juan, cundió á la vanguardia que mandaba Heredia, y ni uno ni otro fueron parte á contenerla. Algunos restos llegaron en la madrugada del 4 casi á tocar las puertas de

Van los mariscales franceses en persecucion de los españoles.

Total dispersion del ejército de San Juan.

Madrid, en donde noticiosos de la capitulacion, sueltos y á manera de bandidos, corrieron como los primeros, asolando los pueblos y maltratando á los habitadores hasta Talavera, punto de reunion que fué teatro de espantosa tragedia.

Habituados á la rapiña y al crimen las mal llamadas tropas, pesábales volver á someterse al orden y disciplina militar. Su caudillo Don Benito San-Juan, no era hombre para permitir mas tiempo la holganza y los excesos encubiertos bajo la capa del patriotismo, de lo cual, temerosos los alborotadores y cobardes, difundieron por Talavera que los gefes los habian traidoramente vendido. Con lo que apandillándose una banda de hombres y soldados desalmados, se metieron en la mañana del 7 en el convento de Agustinos, y guiados por un furibundo fraile, penetraron en la celda en donde se albergaba el general San Juan. Empezó este á arengarlos con serenidad, y aun á defenderse con el sable, no bastando las razones para aplacarlos. Desarmáronle, y viéndose perdido, al querer arrojarle por una ventana, tres tiros le derribaron sin vida. Su cadáver despojado de los vestidos, mutilado y arrastrado, le colgaron por último de un árbol en medio de un paseo público, y así expuesto, no satisfechos todavía, le acribillaron á balazos. Faltan palabras para calificar debidamente tamaña atrocidad, ejecutada por soldados contra su propio gefe, y promovida y abanderizada por quien iba revestido del hábito religioso.

Muerte cruel de este general.

Ejército del
centro. Sus
marchas y re-
tornada á Cuen-
ca.

No tan relajado, aunque harto decaído, estaba por el lado opuesto el ejército del centro. El hambre, los combates, el cansancio, voces de traición, la fuga, el mismo desamparo de los pueblos, uniéndose á porfía y de tropel, habían causado grandes claros en las filas. Cuando le dejamos en Sigüenza, estaba reducido su número á 8000 hombres casi desnudos. Mas sin embargo, determinaron los gefes cumplir con las órdenes del gobierno, é ir á reforzar á Somosierra. Empezó la infantería su ruta por Atienza y Jadraque, y la artillería y caballería en busca de mejores caminos, tomaron la vuelta de Guadalajara siguiendo la izquierda del Henares. No tardaron los primeros en variar de rumbo, y caminar por donde los segundos con el aviso de Castelar, recibido en la noche del 1.º al 2 de diciembre, de haber los enemigos forzado el paso de Somosierra. Continuando pues todo el ejército á Guadalajara, la 1.ª y 4.ª division entraron por sus calles en la noche del 2 junto con la artillería y caballería. Casi al propio tiempo llegó á dicha ciudad el duque del Infantado; y el 3, avisándose con La Peña y celebrando junta de generales, se acordó: 1.º Enviar parte de la artillería á Cartagena, como se verificó; y 2.º, dirigirse con el ejército por los altos de San Torcaz, pueblecito á dos leguas de Alcalá y á su oriente, y extenderse á Arganda, para que desde aquel punto, si ser pudiera, se metiese la vanguardia con un convoy de víveres por la puerta de Atocha. En la marcha tu-

vieron noticia los gefes de la capitulación de Madrid, y obligados por tanto á alejarse, resolvieron cruzar el Tajo por Aranjuez y guarecerse de los montes de Toledo. Plan demasiadamente arriesgado, y que por fortuna estorbó con sus movimientos el enemigo sin gran menoscabo nuestro. Caminaron los españoles el 6, y descansaron en Villarejo de Salvanés. Allí les salió al encuentro Don Pedro de Llamas, encargado por la central de custodiar con pocos soldados el punto de Aranjuez, que acababa de abandonar forzado por la superioridad de fuerzas francesas. Interceptado de este modo el camino, se decidieron los nuestros á retroceder y pasar el Tajo por las barcas de Villamanrique, Fuentidueñas y Estremera, y abrigándose de las sierras de Cuenca, sentar sus reales en aquella ciudad, parage acomodado para repararse de tantas fatigas y penalidades. Así y por entónces se libraron las reliquias del ejército del centro, de ser del todo aniquiladas en Aranjuez por el mariscal Victor, y en Guadalajara por la numerosísima caballería de Bessieres, y el cuerpo de Ney que entró el 6 viniendo de Aragon. No hubo sino alguno que otro reencuentro, y haber sido acuchillados en Nuevo-Bas-

tan los cansados y zagueros. A los males enumerados y al encarnizado seguimiento del enemigo, agregáronse en su marcha al ejército del centro discordias y conspiraciones. El 7 de diciembre, estando en Belinchon el cuartel general, se mandó ir á la villa de Yebra á la 1.ª y 4.ª

Rebelion de 1
oficial Santa-
go.

division que regia entónces el conde de Villariego. A mitad del camino y en Mondéjar, Don José Santiago, teniente coronel de artillería, el mismo que en mayo fué de Sevilla para levantar á Granada, se presentó al general de las divisiones diciéndole, que estas en vez de proseguir á Cuenca, querian retroceder á Madrid para pelear con los franceses, y que á él le habian escogido por caudillo; pero que suspendia admitir el encargo hasta ver si el general, aprobando la resolucion, se hacia digno de continuar capitaneándolos. Rehusó Villariego la inesperada oferta, y reprendiendo al Santiago, encomendóle contener el mal espíritu de la tropa: singular conspirador y singular gefe. La artillería, como era de temer, en vez de apaciguarse, se apostó en el camino de Yebra, y forzó á la tropa que iba á continuar su marcha á volver atras. Intentó Villariego arengar á los sublevados que aparentaron escucharle, mas quiso que de nuevo prosiguiesen su ruta; y gritando unos á *Madrid*, y otros á *Despeñaperros*, tuvo que desistir de su empeño y despachar al coronel de Pavia, principe de Anglona, para que informase de lo ocurrido al general en gefe, el cual creyó prudente separar la infantería y alejarla de la caballería y artillería. Los peones, dirigiéndose á Illana, debian cruzar el vado y barcas de Maquilon; los ginetes y cañones con solos dos regimientos de infantería, Ordenes y Lorca, las de Estremera: mandando á los primeros el mismo Villariego, y á los segundos Don Andres

de Mendoza. Ciertas precauciones y la repentina mudanza en la marcha, suspendieron algun tiempo el alboroto: mas el dia 8, al querer salir de Tarancón, encrespóse de nuevo, y sin rebozo se puso Santiago á la cabeza.

Pareciéndole al Mendoza que el carácter y respetos del conde de Miranda, comandante de carabineros reales, que allí se hallaba, eran mas acomodados para atajar el mal que los que á su persona asistian, propuso al conde, y este aceptó, substituirle en el mando. Llamado Don José Santiago por el nuevo gefe, retúvole este junto á su persona; y hubo vagar para que adoptadas prontas y vigorosas providencias, se continuase, aunque con trabajo, la marcha á Cuenca. El Santiago fué conducido á dicha ciudad, y arcabuceado despues en 12 de enero con un sargento y cabo de su cuerpo.

Mas el mal habia echado tan profundas raices, y andaban las voluntades tan mal avenidas, que para arrancar aquellas y aunar estas, juzgó conveniente Don Manuel La Peña celebrar un consejo de guerra en Alcázar de Huete, y desistiéndose del mando, proponer en su lugar por general en gefe al duque del Infantado. Admitióse la propuesta, consintió el duque, y aprobó despues la central, con que se legitimaron unos actos que solo disculpaba lo árduo de las circunstancias.

La mayor parte del ejército entró en Cuenca en 10 de diciembre. Mas remisa estuvo, y llegó en desórden la 2.ª division al mando del general Gri-

Nómbrese
por general
en gefe al duque
del Infantado.

®

marest, que fué atacada en Santa Cruz de la Zarza en la noche del 8, y ahuyentada por el general Mont-Brun. Y el terror y la indisciplina fueron tales, que casi sin resistencia corrió dicha division precipitadamente y á la primera embestida camino de Cuenca.

En esta ciudad, reunido el ejército del centro y abrigado de la fragosa tierra que se extendia á su espalda, terminó su retirada de 86 leguas, emprendida desde las faldas del Moncayo, memorable sin duda, aunque costosa; pues al cabo, en medio de tantos tropiezos, reencuentros, marchas y contramarchas, escaseces y sublevaciones, salvóse la artillería y bastante fuerza, para con su apoyo formar un nuevo ejército, que combatiendo al enemigo ó trabajándole, le distrajese de otros puntos, y contribuyese al bueno y final éxito de la causa comun.

Descansaban pues y se reponian algun tanto aquellos soldados, cuando con asombro vieron el 16 entrar por Cuenca una corta division que se contaba por perdida. Recordará el lector como despues del acontecimiento de Logroño, incorporada la gente de Castilla en el ejército de Andalucía, se formó una vanguardia de 4000 hombres al mando del conde de Cartaojal, destinada á maniobrar en la sierra de Cameros. El 22 de noviembre, segun orden de Castaños, se habia retirado dicho gefe por el lado de Agreda á Borja, y despues de una leve refriega con partidas enemigas, prosiguiendo á Calatayud, se habia allí unido al grueso del ejérci-

Conde de Alacha. Su retirada gloriosa.

to, de cuya suerte participó en toda la retirada. Mas de este cuerpo de Cartaojal quedó el 21 en Nalda, separado y como cortado un trozo á las órdenes del conde de Alacha.

No desanimándose ni los soldados ni su caudillo, aconsejado de buenos oficiales al verse rodeados de enemigos, y ellos en tan pequeño número, emprendieron una retirada larga, penosa y atrevida. Por espacio de veinte dias acampando y marchando á dos y tres leguas del ejército frances, cruzando empinados montes y erizadas breñas, descalzos y casi desnudos en estacion cruda, apénas con alimento, desprovistos de todo consuelo, consiguieron, venciendo obstáculos para otros insuperables, llegar á Cuenca conformes y aun contentos de presentarse no solo salvos, sino con el trofeo de algunos prisioneros franceses. Tanta es la constancia, sobriedad é intrepidez del soldado español bien capitaneado.

Pero la estancia en Cuenca del ejército del centro, si bien por una parte le daba lugar para recobrar y le ponía mas al abrigo de una acometida, por otra dejaba á la Mancha abierta y desamparada. Es cierto que sus vastas llanuras nunca hubieran sido bastantemente protegidas por las reliquias de un ejército, á cuya caballería no le era dado hacer rostro á la formidable y robusta de las huestes enemigas. Así fué que el mariscal Victor, sentando ya en 11 de diciembre su cuartel general en Aranjuez y Ocaña, desparramó por la Mancha baja gruesas partidas que se proveian de vituallas en

La Mancha.

marest, que fué atacada en Santa Cruz de la Zarza en la noche del 8, y ahuyentada por el general Mont-Brun. Y el terror y la indisciplina fueron tales, que casi sin resistencia corrió dicha division precipitadamente y á la primera embestida camino de Cuenca.

En esta ciudad, reunido el ejército del centro y abrigado de la fragosa tierra que se extendia á su espalda, terminó su retirada de 86 leguas, emprendida desde las faldas del Moncayo, memorable sin duda, aunque costosa; pues al cabo, en medio de tantos tropiezos, reencuentros, marchas y contramarchas, escaseces y sublevaciones, salvóse la artillería y bastante fuerza, para con su apoyo formar un nuevo ejército, que combatiendo al enemigo ó trabajándole, le distrajese de otros puntos, y contribuyese al bueno y final éxito de la causa comun.

Descansaban pues y se reponian algun tanto aquellos soldados, cuando con asombro vieron el 16 entrar por Cuenca una corta division que se contaba por perdida. Recordará el lector como despues del acontecimiento de Logroño, incorporada la gente de Castilla en el ejército de Andalucía, se formó una vanguardia de 4000 hombres al mando del conde de Cartaojal, destinada á maniobrar en la sierra de Cameros. El 22 de noviembre, segun orden de Castaños, se habia retirado dicho gefe por el lado de Agreda á Borja, y despues de una leve refriega con partidas enemigas, prosiguiendo á Calatayud, se habia allí unido al grueso del ejérci-

Conde de Alacha. Su retirada gloriosa.

to, de cuya suerte participó en toda la retirada. Mas de este cuerpo de Cartaojal quedó el 21 en Nalda, separado y como cortado un trozo á las órdenes del conde de Alacha.

No desanimándose ni los soldados ni su caudillo, aconsejado de buenos oficiales al verse rodeados de enemigos, y ellos en tan pequeño número, emprendieron una retirada larga, penosa y atrevida. Por espacio de veinte dias acampando y marchando á dos y tres leguas del ejército frances, cruzando empinados montes y erizadas breñas, descalzos y casi desnudos en estacion cruda, apénas con alimento, desprovistos de todo consuelo, consiguieron, venciendo obstáculos para otros insuperables, llegar á Cuenca conformes y aun contentos de presentarse no solo salvos, sino con el trofeo de algunos prisioneros franceses. Tanta es la constancia, sobriedad é intrepidez del soldado español bien capitaneado.

Pero la estancia en Cuenca del ejército del centro, si bien por una parte le daba lugar para recobrar y le ponía mas al abrigo de una acometida, por otra dejaba á la Mancha abierta y desamparada. Es cierto que sus vastas llanuras nunca hubieran sido bastantemente protegidas por las reliquias de un ejército, á cuya caballería no le era dado hacer rostro á la formidable y robusta de las huestes enemigas. Así fué que el mariscal Victor, sentando ya en 11 de diciembre su cuartel general en Aranjuez y Ocaña, desparramó por la Mancha baja gruesas partidas que se proveian de vituallas en

La Mancha.

sus feraces campiñas, y pillaban y maltrataban pueblos abandonados á su rapacidad por los fugitivos habitantes.

Toledo

Habian contado algunos con que Toledo haria resistencia. Mas desaperecida la ciudad y cundiendo por sus hogares el terror que esparcian la rota y dispersion de los ejércitos, abrió el 19 de diciembre sus puertas al vencedor; habiendo ántes salido de su recinto la junta provincial, muchos de los principales vecinos, y despachado á Sevilla 12,000 espadas de su antigua y celebrada fábrica.

Muertes vio
lentas.

Ciertos y contados pueblos ofrecieron la imágen de la mas completa anarquía, atropellando ó asesinando pasajeros. Doloroso sobre todo fué lo que aconteció en Malagon y Ciudad-Real. Por el último pasaba preso á Andalucía Don Juan Duro, canónigo de Toledo y antiguo amigo del príncipe de la Paz: ni su estado, ni su dignidad, ni sus súplicas le guarecieron de ser bárbaramente asesinado. La misma suerte cupo en el primer pueblo á Don Miguel Cayetano Soler, mimistro de hacienda de Carlos IV, que tambien llevaban arrestado: atrocidades que hubieran debido evitarse, no exponiendo al riesgo de transitar por lugares agitados personajes tan aborrecidos.

Villacañas.

Templa por dicha la amargura de tales excesos la conducta de otras poblaciones, que empleando dignamente su energía, y cediendo al noble impulso del patriotismo ántes que á los consejos de la prudencia, detuvieron y escarmentaron á los inva-

sores. Señalóse la villa de Villacañas, una de las comprendidas en el gran priorato de San Juan. Varias partidas de caballería enemiga que quisieron penetrar por sus calles, fueron constantemente rechazadas en diferentes embestidas que dieron en los dias del 20 al 25 de diciembre. Alabó el gobierno y premió la conducta de Villacañas, cuya poblacion quedó, durante algun tiempo, libre de enemigos, en medio de la Mancha inundada de sus tropas.

Éstas, antes de terminar diciembre, se habian extendido hasta Manzanares, y amagaban aproximarse á las gargantas de Sierramorena. Muchos oficiales y soldados del ejército del centro se habian acogido á aquellas fraguras. Unos obligados de la necesidad; otros huyendo vergonzosamente del peligro. Sin embargo, como estos eran los ménos, túvose á dicha su llegada, porque daba cimientto á formar y organizar centenares de alistados que acudian de las Andalucías y la Mancha.

Sierramorena.

Las juntas de aquellos cuatro reinos, vista la dispersion de los ejércitos y en dudas del paradero de la central, trataron de reunirse en la Carolina, enviando allí dos diputados de cada una que las representasen, invitando tambien á lo mismo á la de Extremadura y á otra que se habia establecido en Ciudad-Real. Pero la central, fuese prevision ó temores de que se le segregasen estas provincias, habia comisionado á Sierramorena al marqués de Campo Sagrado, individuo suyo, con órden de pro-

Junta de los
cuatro reinos
de Andalucía.Campo Sa-
grado.

mover los alistamientos y de poner en estado de defensa aquella cordillera. El 6 de diciembre ya se hallaba en Andújar, como asimismo el marqués del Palacio, encargado del mando en gefe del ejército, que se reunía en Despeñaperros, habiendo sido antes llamado de Cataluña, según en su lugar veremos. De Sevilla enviaron los útiles y cañones necesarios para fortificar la sierra, á donde tambien y con felicidad, retrocedieron desde Manzares 14 piezas que caminaban á Madrid. Por este término se consiguió al promediar diciembre, que en la Carolina y contornos se juntasen 6000 infantes y 300 caballos, cubriéndose y reforzándose sucesivamente los diversos pasos de la sierra.

Cortos eran en verdad semejantes medios, si el enemigo con sus poderosas fuerzas hubiera intentado penetrar en Andalucía. Pero distraída su atención á varios puntos, y fija principalmente en el modo de destruir al ejército inglés, único temible que quedaba, trató de seguir á este en Castilla, y obrar además del lado de Extremadura, como movimiento que podría ayudar á las operaciones de Portugal en caso que los ingleses se retirasen hácia aquel reino.

Para lograr el último objeto, marchó sobre Talavera el 4.º cuerpo del mando del mariscal Lefebvre, compuesto de 22,000 infantes y 3000 caballos. La provincia de Extremadura, aunque hostigada y revuelta con exacciones y dispersos, se mantenía firme y muy entusiasmada. Mas el despacho que

Marqués del
Palacio.

Marchan los
franceses á
Extremadura

Estado de la
provincia,

causaban las desgracias, convirtió á veces la energía en ferocidad. Fueron en Badajoz el 16 de diciembre inmolados dos prisioneros franceses, el coronel de milicias Don Tiburcio Carcelen y el ex-tesorero general Don Antonio Noriega, antiguo allegado del príncipe de la Paz. También pereció en la villa de Usagre su alcalde mayor. Los asesinatos descubiertos en ambos pueblos, fueron juzgados y pagaron su crimen con la vida. Estas muertes, con las que hemos contado, y alguna otra que relatémos despues, que en todo no pasaron de doce, fueron las que desdoraron este segundo período de nuestra historia, en el cual, rompiéndose de nuevo en ciertas provincias los vínculos de la subordinación y el orden, quedó suelta la rienda á las pasiones y venganzas particulares.

El general Galluzo, sucesor del desventurado San Juan, escogió la orilla izquierda del Tajo como punto propio para detener en su marcha á los franceses. Fué su primera idea guardar los vados y cortar los principales puentes. Cuéntanse de estos cuatro desde donde el Tiétar y Tajo se juntan en una madre hasta Talavera; y son el del Cardenal, el de Almaraz, el del Conde y el del Arzobispo. El segundo por donde cruza el camino de Badajoz á Madrid, mereció particular atención, colocándose allí en persona el mismo Galluzo. La trabazon de su fábrica era tan fuerte y compacta, que por entonces no se pudo destruir, y solo sí resquebrajarle en parte; 5000 hombres le guarnecieron. Don Fran-

Excesos.

cisco Trias fué enviado el 15 de diciembre al del Arzobispo, del que ya enseñoreados los enemigos, tuvo que limitarse á quedar en observacion suya. Los otros dos puentes fueron ocupados por nuestros soldados.

Su retirada.

Los franceses se contentaron al principio con escaramuzar en toda la linea hasta el dia 24, en que viniendo por el del Arzobispo, atacaron el frente y flanco derecho del general Trias, y le obligaron á recogerse á la sierra camino de Castañar de Ibor. También fué amagado en el propio dia el del conde, que sostuvo Don Pablo Morillo, subteniente entonces, general ahora.

Noticioso Galluzo de lo ocurrido con Trias y tambien de que los enemigos habian avanzado á Valdelacasa, se replegó á Jaraicejo tres leguas á retaguardia de Almaraz, dejando para guardar el puente los batallones de Irlanda y Mallorea y una compañía de zapadores. Así como los otros fué luego atacado este punto, del que se apoderó al cabo de una hora de fuego la division del general Valence, cogiendo 300 prisioneros.

Pensó Galluzo detenerse en Jaraicejo; pero creyéndose poco seguro con la toma del punte de Almaraz, á las tres de la tarde del 25 ordenadamente emprendió su retirada á Trujillo cuatro leguas distante. Este movimiento y voces que esparcia el miedo ó la traicion, aumentaron el desórden del ejército, y temiase otra dispersion. Por ello, y la superioridad de fuerzas con que el enemigo se adelan-

taba, juntó Galluzo un consejo de guerra (menguado recurso á que nuestros generales continuamente acudian), y se decidió retirarse á Zalamea, veintitres leguas de Trujillo y del lado de la sierra que parte términos con Andalucía. El 28 llegó el ejército á su destino, si ejército merece llamarse lo que ya no era sino una sombra. De la artillería se salvaron diez y siete piezas, once de ellas se enviaron de Miajadas á Badajoz, y seis siguieron á Zalamea. A este punto llegaron despues y en mejor órden 1200 hombres de los del puente del Conde y del Arzobispo.

Los franceses penetraron el 26 hasta Trujillo, quedando á merced suya la Extremadura, y muy expuesta y desapercibida la Andalucía. Otros acontecimientos los obligaron á hacer parada y retroceder prontamente, dando lugar á la junta central para reparar en parte tanto daño.

El viage de esta habia continuado sin otra interrupcion ni descanso que el preciso para el despacho de los negocios. En todos los pueblos por donde transitaba era atendida y acatada, contribuyendo mucho á ello los respetables nombres de Florida-blanca y Jovellanos, y la esperanza de que la patria se salvaria salvándose la autoridad central. En Talavera, en cuya villa la dejamos, celebró dos sesiones. Detúvose en Trujillo cuatro dias, y recibiendo en esta ciudad pliegos del general Escalante enviado al ejército ingles, en los que anunciaba la ineficacia de sus oficios con el general Sir Juan Moore

Continúa la central su viage.

para que obrase activamente en Castilla; puesta la junta de acuerdo con el ministro británico Mr. Frere, nombraron, la primera á Don Francisco Javier Caro individuo suyo, y el segundo á Sir Carlos Stuart, á fin de que encarecidamente y de palabra repitiesen las mismas instancias á dicho general; siendo esencial su movimiento y llamada para evitar la irrupcion de las Andalucías.

Se expidieron tambien en Trujillo premiosas órdenes para el armamento y defensa á los generales y juntas, y se resolvió no ir á Badajoz sino á Sevilla, como ciudad mas populosa y centro de mayores recursos.

Al pasar la junta por Mérida una diputacion de la de aquella ciudad, le pidió en nombre del pueblo que eligiese por capitán general de la provincia y jefe de sus tropas á Don Gregorio de la Cuesta, que en calidad de arrestado seguía á la junta. No convino esta en la petición, dando por disculpa que se necesitaba *averiguar* el dictámen de la suprema de la provincia congregada en Badajoz, la cual sostuvo á Galluzo, hasta que tan atropellada y desordenadamente se replegó á Zalamea. Entónces la voz pública pidiendo por general á Cuesta, bienquisto en la provincia en donde ántes habia mandado, unióse á su clamor la junta provincial, y la central, aunque con repugnancia, accedió al nombramiento. Cuesta llamó de Zalamea las tropas y estableció su cuartel general en Badajoz, en cuya plaza empezó á habilitar el ejército para resistir al

Sucedo Cuesta á Galluzo.

enemigo, y emprender despues nuevas operaciones.

Mas en esta providencia, oportuna sin duda y militar, no faltó quien viese la enemistad del general Cuesta con la junta central, quedando abierta la Andalucía á las incursiones del enemigo, y por tanto Sevilla, ciudad que habia el gobierno escogido para su asiento. Temerosa debió de andar la misma junta ya de un ataque de los franceses, ó ya de los manejos y siniestras miras de Cuesta; pues ántes de acabar diciembre nombró al brigadier Don José Serrano Valdembro para cubrir con cuantas fuerzas pudiese los puntos de Santa Olalla y el Ronquillo, y las gargantas occidentales de Sierra-morena.

La junta central entró en Sevilla el 17 de diciembre. Grande fué la alegría y júbilo con que fué recibida, y grandes las esperanzas que comenzaron á renacer. Abrió sus sesiones en el real alcázar el dia siguiente 18, y notóse luego que mudaba algun tanto y mejoraba de rumbo. Los contratiempos, la experiencia adquirida, los clamores y la muerte del conde de Floridablanca, influyeron en ello extraordinariamente. Falleció dicho conde en el mismo Sevilla el 28 de diciembre, cargado de años y oprimido por padecimiento de espíritu y de cuerpo. Celebróse en su memoria magnífico funeral, y se le dispensaron honores de infante de Castilla. Fué nombrado en su lugar vice-presidente de la junta el marqués de Astorga, grande de España, y digno por su conducta política, honrada índole y alta

Llega á Sevilla la central en 17 de diciembre.

Muerte de Floridablanca.

Situación
y penosa de la
central.

gerarquía de recibir tan honorífica distincion.

El estado de las cosas era sin embargo crítico y penoso. De los ejércitos no quedaban sino tristes reliquias en Galicia, Leon y Asturias, en Cuenca, Badajoz y Sierramorena. Algunas otras se habian acogido á Zaragoza ya sitiada; y Cataluña aunque presentase una diversion importante, no bastaba por sí sola á impedir la completa ruina y destruccion de las demas provincias y del gobierno. Dudábase de la activa cooperacion del ejército ingles, arrimado sin menearse contra Portugal y Galicia, y solo se vivia con la esperanza de que el anhelo por repelerle del territorio peninsular, empeñaria á Napoleon en su seguimiento, y dejaria en paz por algun tiempo el levante y mediodía de España, con cuyo respiro se podrian rehacer los ejércitos y levantar otros nuevos, no solamente por medio de los recursos que estos paises proporcionasen, sino tambien con los que arribaron á sus costas de las ricas provincias situadas allende el mar.

Sus esperanzas.

APÉNDICE

DEL

LIBRO CUARTO.

NUMERO 1.

Esta proclama está inserta en la Gaceta de Madrid del 7 de julio de 1808.

NUMERO 2.

Respuesta dada por el Illmo. Sr. obispo de Orense á la junta de gobierno, con motivo de haber sido nombrado diputado para la junta de Bayona.

Exmo. Sr.—Muy señor mio: un correo de la Co-ruña me ha entregado en la tarde del miércoles 25 de este la de V. E. con fecha del 19, por la que entre lo demas que contiene, me he visto nombrado para asistir á la asamblea que debe tenerse en Bayona de Francia, á fin de concurrir en cuanto pudiese á la felicidad de la monarquía, conforme á los deseos del gran emperador de los franceses, celoso de elevarla al mas alto grado de prosperidad y de gloria.

Aunque mis luces son escasas, en el deseo de la verdadera felicidad y gloria de la nacion no debo ceder á nadie, y nada omitiria que me fuese practicable y creyese conducente á ello. Pero mi edad

Situación
y penosa de la
central.

gerarquía de recibir tan honorífica distincion.

El estado de las cosas era sin embargo crítico y penoso. De los ejércitos no quedaban sino tristes reliquias en Galicia, Leon y Asturias, en Cuenca, Badajoz y Sierramorena. Algunas otras se habian acogido á Zaragoza ya sitiada; y Cataluña aunque presentase una diversion importante, no bastaba por sí sola á impedir la completa ruina y destruccion de las demas provincias y del gobierno. Dudábase de la activa cooperacion del ejército ingles, arrimado sin menearse contra Portugal y Galicia, y solo se vivia con la esperanza de que el anhelo por repelerle del territorio peninsular, empeñaria á Napoleon en su seguimiento, y dejaria en paz por algun tiempo el levante y mediodía de España, con cuyo respiro se podrian rehacer los ejércitos y levantar otros nuevos, no solamente por medio de los recursos que estos paises proporcionasen, sino tambien con los que arribaron á sus costas de las ricas provincias situadas allende el mar.

Sus esperanzas.

APÉNDICE

DEL

LIBRO CUARTO.

NUMERO 1.

Esta proclama está inserta en la Gaceta de Madrid del 7 de julio de 1808.

NUMERO 2.

Respuesta dada por el Illmo. Sr. obispo de Orense á la junta de gobierno, con motivo de haber sido nombrado diputado para la junta de Bayona.

Exmo. Sr.—Muy señor mio: un correo de la Co-ruña me ha entregado en la tarde del miércoles 25 de este la de V. E. con fecha del 19, por la que entre lo demas que contiene, me he visto nombrado para asistir á la asamblea que debe tenerse en Bayona de Francia, á fin de concurrir en cuanto pudiese á la felicidad de la monarquía, conforme á los deseos del gran emperador de los franceses, celo-oso de elevarla al mas alto grado de prosperidad y de gloria.

Aunque mis luces son escasas, en el deseo de la verdadera felicidad y gloria de la nacion no debo ceder á nadie, y nada omitiria que me fuese practicable y creyese conducente á ello. Pero mi edad

de 73 años, una indisposicion actual, y otras notorias y habituales, me impiden un viage tan largo y con un término tan corto, que apénas basta para él, y ménos para poder anticipar los oficios, y para adquirir las noticias é instrucciones que debian preceder. Por lo mismo me considero precisado á exonerarme de este encargo, como lo hago por esta, no dudando que el Serenísimo Sr. duque de Berg y la suprema junta de gobierno estimarán justa y necesaria mi súplica de que admitan una excusa y exoneracion tan legitima.

Al mismo tiempo, por lo que interesa al bien de la nacion, y á los designios mismos del emperador y rey, que quiere ser como el ángel de paz y el protector tutelar de ella, y no olvida lo que tantas veces ha manifestado, el grande interes que toma en que los pueblos y soberanos sus aliados aumenten su poder, sus riquezas y dicha en todo género, me tomo la libertad de hacer presente á la junta suprema de gobierno, y por ella al mismo emperador rey de Italia, lo que ántes de tratar de los asuntos á que parece convocada, diria y protestaria en la asamblea de Bayona, si pudiese concurrir á ella.

Se trata de curar males, de reparar perjuicios, de mejorar la suerte de la nacion y de la monarquía; ¿pero sobre qué bases y fundamentos? ¿Hay medio aprobado y autorizado, firme y reconocido por la nacion para esto? ¿Quiere ella sujetarse, y espera su salud por esta via? ¿Y no hay enfermeda-

des tambien que se agravan y exasperan con las medicinas, de las que se ha dicho: *Tangant vulnera sacra nullæ manus!* ¿Y no parece haber sido de esta clase la que ha empleado con su aliado y familia real de España el poderoso protector, el emperador Napoleon? Sus males se han agravado tanto, que está como desesperada su salud. Se ve internada en el imperio frances, y en una tierra que la habia desterrado para siempre; y vuelto á su cuna primitiva, halla el túmulo por una muerte civil, en donde la primera rama fué cruelmente cortada por el furor y la violencia de una revolucion insensata y sanguinaria. Y en estos términos ¿qué podrá esperar España? ¿Su curacion le será mas favorable? Los medios y medicinas no lo anuncian. Las renunciaciones de sus reyes en Bayona, é infantes en Burdeos, en donde se cree que no podian ser libres, en donde se han contemplado rodeados de la fuerza y del artificio, y desnudos de las luces y asistencia de sus fieles vasallos: estas renunciaciones, que no pueden concebirse, ni parecen posibles, atendiendo á las impresiones naturales del amor paternal y filial, y al honor y lustre de toda la familia que tanto interesa á todos los hombres honrados: estas renunciaciones que se han hecho sospechosas á toda la nacion, y de las que pende toda la autoridad de que justamente puede hacer uso el emperador y rey, exigen para su validacion y firmeza, y á lo ménos para la satisfaccion de toda la monarquía española, que se ratifiquen estando los reyes é infante que las

han hecho libres de toda coaccion y temor. Y nada seria tan glorioso para el grande emperador Napoleon, que tanto se ha interesado en ellas, como devolver á la España sus augustos monarcas y familia, disponer que dentro de su seno, y en unas cortes generales del reino, hiciesen lo que libremente quisiesen, y la nacion misma, con la independencia y soberanía que le compete, procediese en consecuencia á reconocer por su legitimo rey al que la naturaleza, el derecho y las circunstancias llamasen al trono español.

Este magnánimo y generoso proceder seria el mayor elogio del mismo emperador, y seria mas grande y admirable por él, que por todas las victorias y laureles que le coronan y distinguen entre todos los monarcas de la tierra, y aun saldria la España de una suerte funestisima que la amenaza, y podria finalmente sanar de sus males y gozar de una perfecta salud, y dar despues de Dios las gracias, y tributar el mas sincero reconocimiento á su salvador y verdadero protector, entónces el mayor de los emperadores de Europa, el moderado, el justo, el magnánimo, el benéfico Napoleon el grande.

Por ahora la España no puede dejar de mirarlo bajo otro aspecto muy diferente: se entrevée, si no se descubre, un opresor de sus príncipes y de ella: se mira como encadenada y esclava cuando se la ofrecen felicidades: obra, aun mas que del artificio, de la violencia y de un ejército numeroso que ha sido admitido como amigo, ó por la indiscrecion y timi-

dez, ó acaso por una vil traicion, que sirve á dar una autoridad que no es fácil estimar legitima.

¿Quién ha hecho teniente gobernador del reino al Srmo. Sr. duque de Berg? ¿No es un nombramiento hecho en Bayona de Francia por un rey piadoso, digno de todo respeto y amor de sus vasallos, pero en manos de lados imperiosos por el ascendiente sobre su corazon, y por la fuerza y el poder á que le sometió? ¿Y no es una artificiosa quimera nombrar teniente de su reino á un general que manda un ejército que le amenaza, y renunciar inmediatamente su corona? ¿Solo ha querido volver al trono Cárlos IV para quitarlo á sus hijos? ¿Y era forzoso nombrar un teniente que impidiese á la España por esta autorizacion y por el poder militar cuantos recursos podia tener para evitar la consumacion de un proyecto de esta naturaleza? No solo en España, en toda la Europa dudo se halle persona sincera que no reclame en su corazon contra estos actos extraordinarios y sospechosos, por no decir mas.

En conclusion, la nacion se vé como sin rey, y no sabe á qué atenerse. Las renunciaciones de sus reyes, y el nombramiento de teniente gobernador del reino, son actos hechos en Francia, y á la vista de un emperador que se ha persuadido hacer feliz á España con darle una nueva dinastía que tenga su origen en esta familia tan dichosa, que se crée incapaz de producir príncipes que no tengan ó los mismos, ó mayores talentos para el gobierno de los

pueblos que el invencible, el victorioso, el legislador, el filósofo, el grande emperador Napoleon. La suprema junta de gobierno, á mas de tener contra sí cuanto va insinuado, su presidente armado y un ejército que la cerca, obligan á que se la considere sin libertad, y lo mismo sucede á los consejos y tribunales de la corte. ¡Qué confusion, qué caos, y qué manantial de desdichas para España! No puede evitarla una asamblea convocada fuera del reino, y sugetos que componiéndola, ni pueden tener libertad, ni aun teniéndola creerse que la tuvieran. Y si se juntasen á los movimientos tumultuosos que pueden temerse dentro del reino, pretensiones de príncipes y potencias extrañas, socorros ofrecidos ó solicitados, y tropas que vengau á combatir dentro de su seno contra los franceses y el partido que les siga; ¡qué desolacion y qué escena podrá concebirse mas lamentable? La compasion, el amor y la solicitud en su favor del emperador, podia ántes que curarla causarla los mayores desastres.

Ruego pues con todo el respeto que debo se hagan presentes á la suprema junta de gobierno los que considero justos temores y dignos de su reflexion, y aun de ser expuestos al grande Napoleon. Hasta ahora he podido contar con la rectitud de su corazon, libre de la ambicion, distante del dolo y de una política artificiosa, y espero, aunque reconociendo no puede estar la salud de España en esclavizarla, no se empeñe en curarla encadenada

porque no está loca ni furiosa. Establézcase primero una autoridad legítima, y trátese despues de curarla.

Estos son mis votos, que no he temido manifestar á la junta y al emperador mismo, porque he contado con que si no fuesen oídos, serán á lo ménos mirados, como en realidad lo son, como efecto de mi amor á la patria y á la augusta familia de sus reyes, y de las obligaciones de consejo, cuyo título temporal sigue al obispado en España. Y sobre todo los contemplo, no solo inútiles, sino necesarios á la verdadera gloria y felicidad del ilustre héroe que admira la Europa, que todos veneran, y á quien tengo la felicidad de tributar con esta ocasion mis humildes y obsequiosos respetos. Dios guarde á V. E. muchos años. Orense 29 de mayo de 1808. —Exmo. Sr.—B. L. M. de V. E. su afecto capellán.—Pedro, obispo de Orense.—Exmo. Sr. Don Sebastian Piñuela."

NUMERO 3.

Esta proclama está inserta en la Gaceta de Madrid del 14 de junio de 1808.

NUMERO 4.

Esta proclama en el Diario de Madrid de 1.º de junio de 1808.

NUMERO 5.

Gaceta de Madrid de 14 de junio de 1808.

NUMERO 6.

Todas estas gratulatorias pueden leerse en el Diario de Madrid del 12 de junio de 1808, y en las Caecetas de aquel tiempo.

NUMERO 7.

Esta proclama está inserta en el Diario de Madrid del 15 de junio de 1808.

NUMERO 8.

Habiendo aceptado la cesion de la corona de España que mi muy caro y muy amado hermano el emperador de los franceses &c. hizo á favor de mi persona, segun el aviso que se comunicó al consejo con fecha de 4 del corriente; he venido en nombrar por mi lugar teniente general á S. A. I. y R. el gran duque de Berg, segun se lo participo con esta fecha, encargándole que haga expedir todos los decretos que le convengan, á fin de que los tribunales y los empleados de todas clases continúen en el ejercicio de sus funciones respectivas; por exigirlo así el bien general del reino, que es y será siempre el objeto de mis desvelos. Tendrálo entendido el consejo para su inteligencia y cumplimiento en la parte que le toca.—Yo el rey.—En Bayona á 10 de junio de 1808.—Al decano del consejo.

NUMERO 9.

El agosto emperador de los franceses, nuestro muy caro y muy amado hermano, nos ha cedido

todos los derechos que habia adquirido á la corona de las Españas por los tratados ajustados en los dias 5 y 10 de mayo próximo pasado. La Providencia, abriéndonos una carrera tan vasta, sin duda que ha penetrado nuestras intenciones: la misma nos dará fuerzas para hacer la felicidad del pueblo generoso que ha confiado á nuestro cuidado. Solo ella puede leer en nuestra alma, y no serémos felices hasta el dia en que correspondiendo á tantas esperanzas, podamos darnos á Nos mismo el testimonio de haber llenado el glorioso cargo que se nos ha impuesto. La conservacion de la santa religion de nuestros mayores en el estado próspero en que la encontramos, la integridad y la independencia de la monarquía serán nuestros primeros deberes. Tenemos derecho para contar con la asistencia del clero, de la nobleza y del pueblo, á fin de hacer revivir aquel tiempo en que el mundo entero estaba lleno de la gloria del nombre español; y sobre todo, deseamos establecer el sosiego, y fijar la felicidad en el seno de cada familia por medio de una buena organizacion social. Hacer el bien público con el menor perjuicio posible de los intereses particulares será el espíritu de nuestra conducta; y por lo que á Nos toca, como nuestros pueblos sean dichosos, en su felicidad cifrarémos toda nuestra gloria. A este precio ningun sacrificio nos será costoso. Para el bien de la España, y no para el nuestro, nos proponemos reinar. El consejo lo tendrá entendido, y lo comunicará á nuestros pueblos.—Yo el

rey.—En Bayona á 10 de junio de 1808.—Al decano del consejo.

NUMERO 10.

Este discurso está inserto en el suplemento á la Gaceta de Madrid del 21 de junio de 1808.

NUMERO 11.

Señor: todos los españoles que componen la comitiva de sus AA. RR. los príncipes Fernando, Carlos y Antonio, noticiosos por los papeles públicos de la instalacion de la persona de V. M. C. en el trono de la patria de los exponentes, con el consentimiento de toda la nacion, procediendo consecuentes al voto unánime, manifestado al emperador y rey en la nota adjunta, de permanecer españoles sin substraerse de sus leyes en modo alguno, ántes bien queriendo siempre subsistir sumisos á ellas, consideran como obligacion suya muy urgente la de conformarse con el sistema adoptado por su nacion, y rendir como ella sus mas humildes homenajes á V. M. C., asegurándole tambien la misma inclinacion, el mismo respeto y la misma lealtad que han manifestado al gobierno anterior, de la cual hay las pruebas mas distinguidas; y creyendo que esta misma fidelidad pasada será la garantía mas segura de la sinceridad de la adhesion que ahora manifiestan, jurando como juran obediencia á la nueva constitucion de su pais, y fidelidad al rey de España José I.

La generosidad de V. M. C., su bondad y su hu-

manidad, les hacen esperar que considerando la necesidad que estos príncipes tienen de que los exponentes continúen sirviéndoles en la situacion en que se hallan, se dignará V. M. C. confirmar el permiso que hasta ahora han tenido de S. M. I. y R. para permanecer aquí: y asimismo continuarle por atencion á los mismos príncipes con igual magnanimidad el goce de los bienes y empleos que tenían en España, con las otras gracias que á petición suya les tiene concedidas S. M. I. y R., hermano augusto de V. M. C., y constan de la adjunta nota que tienen el honor de presentar á los piés de V. M. C. con la mas humilde súplica.

Una vez asegurados por este medio de que sirviendo á sus AA. RR. serán considerados como vasallos fieles de V. M. C. y como españoles verdaderos, prontos á obedecer ciegamente la voluntad de V. M. C. hasta en lo mas mínimo; si se les quisiere dar otro destino participarán completamente de la satisfaccion de todos sus compatriotas, á quienes debe hacer dichosos para siempre un monarca tan justo, tan humano y tan grande en todo sentido como V. M. C.

Ellos dirigen á Dios los votos mas fervorosos y unánimes para que se verifiquen estas esperanzas, y para que Dios se digne conservar por muchos años la preciosa vida de V. M. C. En fin, con el mas profundo y mas sincero respeto, tienen el honor de ponerse á los piés de V. M. C. sus mas humildes servidores y fieles subditos en nombre de to-

das las personas de la comitiva de los príncipes.— El duque de San Carlos, Don Juan de Escoiquiz, el marquez de Ayerbe, el marquez de Feria Don Antonio Correa, Don Pedro Macanaz.—Valencey 22 de junio de 1808.—[*Llorente, tom. I. pag. 105.*]

NUMERO 12.

He recibido con sumo gusto la carta de V. M. I. y R. de 15 del corriente, y le doy gracias por las expresiones afectuosas con que me honra, y con las cuales yo he contado siempre. Las repito á V. M. I. por su bondad en favor de la solicitud del duque de San Carlos y de Don Pedro Macanaz, que tuve el honor de recomendar. Doy muy sinceramente en mi nombre y de mi hermano y tio á V. M. I. la enhorabuena de la satisfaccion de ver instalado á su querido hermano en el trono de España. Habiendo sido objeto de todos nuestros deseos la felicidad de la generosa nacion que habita su vasto territorio, no podemos ver á la cabeza de ella un monarca mas digno, ni mas propio por sus virtudes para asegurársela, ni dejar de participar al mismo tiempo del grande consuelo que nos da esta circunstancia. Deseamos el honor de profesar amistad con S. M., y este afecto nos ha dictado la carta adjunta que me atrevo á incluir, rogando á V. M. I. que despues de leida se digne presentarla á S. M. C. Una mediacion tan respetable nos asegura que será recibida con la cordialidad que deseamos. Siere: perdonad una libertad que nos tomamos, por la

confianza sin limites que V. M. I. nos ha inspirado. Y con la seguridad de todo nuestro afecto y respeto, permitid que yo le renueve los mas sinceros é invariables sentimientos, con los cuales tengo el honor de ser, Sire, de V. M. I. y R. su muy humilde y muy obediente servidor.—Fernando.—[*Llorente, tom. I, pag. 102.*]

NOTA. La carta escrita á José que se cita en la anterior, la oyeron todos los diputados de Bayona y se quedo con el original Don Miguel Jose de Azanza.

NUMERO 13.

En la Gaceta de Madrid del 13 de julio de 1808 y siguientes.

NUMERO 14.

Marques de San Felipe en sus comentarios, año de 1700.

NUMERO 15.

Capitulaciones ajustadas entre los respectivos generales de los ejércitos español y frances.

„Los Exmos Sres. conde de Tilly, y Don Francisco Javier Castaños, general en gefe del ejército de Andalucía, queriendo dar una prueba de su alta estimacion al Exmo. Sr. general Dupont, grande águila de la legion de honor &c. así como al ejército de su mando por la brillante y gloriosa defensa que han hecho contra un ejército muy superior en número, y que le envolvía por todas partes, y el Sr. general Chavet, encargado con plenos poderes por S. E. el Sr. general en gefe del ejército frances, y

el Exmo. Sr. general Marescot, grande águila &c. han convenido en los artículos siguientes:

1.º Las tropas del mando del Exmo. Sr. general Dupont quedan prisioneras de guerra, exceptuando la division de Vedel y otras tropas francesas que se hallan igualmente en Andalucía.

2.º La division del general Vedel, y generalmente las demas tropas francesas de la Andalucía que no se hallan en la posicion de las comprendidas en el artículo antecedente, evacuarán la Andalucía.

3.º Las tropas comprendidas en el artículo 2.º conservarán generalmente todo su bagage; y para evitar todo motivo de inquietud durante su viage, dejarán su artillería, tren y otras armas al ejército español, que se encarga de devolvérselas en el momento de su embarque.

4.º Las tropas comprendidas en el artículo 1.º del tratado, saldrán del campo con los honores de la guerra, dos cañones á la cabeza de cada batallon y los soldados con sus fusiles, que se rendirán y entregarán al ejército español á cuatrocientas toesas del campo.

5.º Las tropas del general Vedel y otras que no deben rendir sus armas, las colocarán en pabellones sobre su frente de banderas, dejando del mismo modo su artillería y tren, formándose el correspondiente inventario por oficiales de ambos ejércitos, y todo les será devuelto, segun queda convenido en el artículo 3.º

6.º Todas las tropas francesas de Andalucía pasarán á Sanlúcar y Rota por los tránsitos que se les señale, que no podrán exceder de cuatro leguas regulares al dia con los descansos necesarios para embarcarse en buques con tripulacion española, y conducirlos al puerto de Rochefor en Francia.

7.º Las tropas francesas se embarcarán asi que lleguen al puerto de Rota, y el ejército español garantizará la seguridad de su travesía contra toda empresa hostil.

8.º Los señores generales, gefes y demas oficiales conservarán sus armas, y los soldados sus mochilas.

9.º Los alojamientos, víveres y forrages durante la marcha y travesía se suministrarán á los señores generales y demas oficiales, así como á la tropa á proporcion de su empleo, y con arreglo á los goces de las tropas españolas en tiempo de guerra.

10. Los caballos que segun sus empleos corresponden á los señores generales, gefes y oficiales del estado mayor, se transportarán á Francia mantenidos con la racion de tiempo de guerra.

11. Los señores generales conservarán cada uno un coche y un carro; los gefes y oficiales de estado mayor un coche solamente exentos de reconocimiento, pero sin contravenir á los reglamentos y leyes del reino.

12. Se exceptuan del artículo antecedente los carruages tomados en Andalucía, cuya inspeccion hará el general Chavert.

13. Para evitar la dificultad del embarque de los caballos de los cuerpos de caballería y los de artillería comprendidos en el artículo 2.º, se dejarán unos y otros en España pagando su valor, según el aprecio que se haga por dos comisionados español y frances.

14. Los heridos y enfermos del ejército frances que queden en los hospitales, se asistirán con el mayor cuidado, y se enviarán á Francia con escolta segura, así que se hallen buenos.

15. Como en varios parages, particularmente en el ataque de Córdoba, muchos soldados á pesar de las órdenes de los señores generales y del cuidado de los señores oficiales, cometieron excesos que son consiguientes é inevitables en las ciudades que hacen resistencia al tiempo de ser tomadas, los señores generales y demas oficiales tomarán las medidas necesarias para encontrar los vasos sagrados que pueden haberse quitado, y entregarlos si existen.

16. Los empleados civiles que acompañan al ejército frances no se considerarán prisioneros de guerra, pero sin embargo, gozarán durante su transporte á Francia todas las ventajas concedidas á las tropas francesas, con proporcion á sus empleos.

17. Las tropas francesas empezarán á evacuar la Andalucía el dia 23 de julio. Para evitar el gran calor se efectuará por la noche la marcha, y se conformarán con la jornada diaria, que arreglarán los señores gefes del estado mayor español y frances,

evitando el que las tropas pasen por las ciudades de Córdoba y Jaen.

18. Las tropas francesas en su marcha irán escoltadas de tropa española, á saber: 300 hombres de escolta por cada columna de 3000 hombres, y los señores generales serán escoltados por destacamentos de caballería de línea.

19. A la marcha de las tropas precederán siempre los comisionados español y frances para asegurar los alojamientos y víveres necesarios, según los estados que se les entregarán.

20. Esta capitulacion se enviará desde luego á S. E. el duque de Róvigo, general en gefe de los ejércitos franceses en España, con un oficial frances escoltado por tropa de línea española.

21. Queda convenido entre los dos ejércitos que se añadirán como suplemento á esta capitulacion los artículos de cuanto pueda haberse omitido para aumentar el bienestar de los franceses durante su permanencia y pasage en España.—Firmado."

Articulos adicionales igualmente autorizados.

1.º Se facilitarán dos carretas por batallon para transportar las maletas de los señores oficiales.

2.º Los señores oficiales de caballería de la division del señor general Dupont conservarán sus caballos solamente para hacer su viage y los entregarán en Rota, punto de su embarco, á un comisionado español encargado de recibirlos. La tropa

de caballería de guardia del señor general en jefe, gozará la misma facultad.

3.º Los franceses enfermos que están en la Mancha, así como los que haya en Andalucía, se conducirán á los hospitales de Andújar, ú otro que parezca mas conveniente.

Los convalescientes les acompañarán á medida que se vayan curando; se conducirán á Rota, donde se embarcarán para Francia bajo la misma garantía mencionada en el artículo 6.º de la capitulación.

4.º Los Exmos. Sres. conde de Tilly y general Castaños prometen interceder con su valimiento para que el señor general Erselinaut, el señor coronel La Grange y el señor teniente coronel Roseti, prisioneros de guerra en Valencia, se pongan en libertad, y conduzcan á Francia bajo la misma garantía expresada en el artículo anterior.—Firmado.—
[Véase la *Lealtad española*, tom. II.]

NUMERO 16.

Mémoires du duc de Rovigo, volum. 3, cap. 18.

APÉNDICE

LIBRO QUINTO.

NUMERO 1.

Numantia, quantum Carthaginiis, Capuæ, Corinthi opibus inferior, ita virtutis nomine et honore par omnibus, summumque, si viros æstimes, Hispaniæ decus: quippe quæ sine muro, sine turribus, modice edito in tumulo apud flumen Durium sita, quatuor millibus Celtiberorum, quadraginta millium exercitum per annos quatuordecim sola sustinuit; nec sustinuit modo, sed sævius aliquanto perculit, pudendisque faderibus affectit.—L. A. Flori, lib. 2, cap. 18.

NUMERO 2.

Annales d'Espagne et de Portugal par Don Juan Alvarez de Colmenar, tom. 5.º, pág. 431, edicion de Amsterdam.

NUMERO 3.

Respuesta dada á la intimacion del general Lefebvre, comandante en jefe del ejército frances que sitiaba á Zaragoza, publicada en la Gaceta del 20 de junio de 1808.

Zaragoza es mi cuartel general á 18 de junio.

de caballería de guardia del señor general en jefe, gozará la misma facultad.

3.º Los franceses enfermos que están en la Mancha, así como los que haya en Andalucía, se conducirán á los hospitales de Andújar, ú otro que parezca mas conveniente.

Los convalescientes les acompañarán á medida que se vayan curando; se conducirán á Rota, donde se embarcarán para Francia bajo la misma garantía mencionada en el artículo 6.º de la capitulación.

4.º Los Exmos. Sres. conde de Tilly y general Castaños prometen interceder con su valimiento para que el señor general Erselinaut, el señor coronel La Grange y el señor teniente coronel Roseti, prisioneros de guerra en Valencia, se pongan en libertad, y conduzcan á Francia bajo la misma garantía expresada en el artículo anterior.—Firmado.—
[Véase la *Lealtad española*, tom. II.]

NUMERO 16.

Mémoires du duc de Rovigo, volum. 3, cap. 18.

APÉNDICE

LIBRO QUINTO.

NUMERO 1.

Numantia, quantum Carthaginiis, Capuæ, Corinthi opibus inferior, ita virtutis nomine et honore par omnibus, summumque, si viros æstimes, Hispaniæ decus: quippe quæ sine muro, sine turribus, modice edito in tûmulo apud flumen Durium sita, quatuor millibus Celtiberorum, quadraginta millium exercitum per annos quatuordecim sola sustinuit; nec sustinuit modo, sed sævius aliquanto perculit, pudendisque faderibus affectit.—L. A. Flori, lib. 2, cap. 18.

NUMERO 2.

Annales d'Espagne et de Portugal par Don Juan Alvarez de Colmenar, tom. 5.º, pág. 431, edicion de Amsterdam.

NUMERO 3.

Respuesta dada á la intimacion del general Lefebvre, comandante en jefe del ejército frances que sitiaba á Zaragoza, publicada en la Gaceta del 20 de junio de 1808.

Zaragoza es mi cuartel general á 18 de junio.

Si S. M. el emperador envia á V. á restablecer la tranquilidad, que nunca ha perdido este pais, es bien inútil se tome S. M. estos cuidados. Si debo responder á la confianza que me ha hecho este valeroso pueblo, sacándome del retiro en que estaba para poner en mi mano su custodia, es claro que no llenaria mi deber abandonándole á la apariencia de una amistad tan poco verdadera.

Mi espada guarda las puertas de la capital, y mi honor responde de su seguridad: no deben tomarse pues este trabajo esas tropas que aun estarán cansadas de los dias 15 y 16. Sean enhorabuena infatigables en sus lides; yo lo seré en mis empeños.

Léjos de haberse apagado el incendio que levantó la indignacion española, á vista de tantas alevosias se eleva por momentos.

Se conoce que las espías que V. paga son infieles. Gran parte de Cataluña se ha puesto bajo mi mando: lo mismo ha hecho otra no menor de Castilla. Los capitanes generales de esta y de Valencia están unidos conmigo. Galicia, Extremadura, Asturias y los cuatro reinos de Andalucía, están resueltos á vengar sus agravios. Las tropas francesas cometen atrocidades indignas de hombres; saquean, insultan y matan impunemente á los que ningun mal les han hecho: ultrajan la religion, y queman sus sagradas imágenes de un modo inaudito.

Ni esto ni el todo que V. observa, aun despues de los dias 15 y 16, son propios para satisfacer á un pueblo valiente: V. hará lo que quiera; y yo ha-

ré lo que debo.—B. L. M. de V.—El general de las tropas de Aragon.

NUMERO 4.

Segunda y última respuesta dada al general del ejército frances que sitiaba á Zaragoza, en 27 de junio de 1808.

El intendente de este ejército y reino me ha transmitido las proposiciones que V. le ha hecho, reducidas á que yo permita la entrada en esta capital de las tropas francesas que están bajo su mando, que vienen con la idea de desarmar al pueblo, restablecer la quietud, respetar las propiedades y hacernos felices, conduciéndose como amigos, segun lo han hecho en los demas pueblos de España que han ocupado, ó bien si no me conformare á esto, que se rinda la ciudad á discrecion. Los medios que ha empleado el gobierno frances para ocupar las plazas que le quedan en España, y la conducta que ha observado su ejército, han podido persuadir á V. la respuesta que yo daria á sus proposiciones. El Austria, la Italia, la Holanda, la Polonia, Suecia, Dinamarca y Portugal, presentan, no ménos que este pais, un cuadro muy exacto de la confianza que debe inspirar el ejército frances.

Esta ciudad y las valerosas tropas que la guardan, han jurado morir ántes que sujetarse al yugo de la Francia; y la España toda, en donde solo quedan ya restos del ejército frances, está resuelta á lo mismo.

Tenga V. presentes las contestaciones que le dió ocho días ha, y los decretos de 31 de mayo y 18 de este mes, que se le incluyeron, y no olvide V. que una nacion poderosa y valiente, decidida á sostener la justa causa que defiende, es invencible, y no perdonará los delitos que V. ó su ejército cometan. Zaragoza 26 de junio de 1808.—Por el capitán general de Aragon.—El marqués de Lazan.

NUMERO 5.

Se omite por estar en griego.

NUMERO 6.

Artículos del convenio hecho entre el vice-almirante Siniavin, caballero de la órden de San Alejandro, y el almirante Sir Carlos Cotton Baronet, para la redencion de la escuadra rusa anclada en la ribera del Tajo, publicados en la Gaceta extraordinaria de Londres de 16 de septiembre.

1.º Los navíos de guerra del emperador de Rusia que están en el Tajo, se entregarán inmediatamente al almirante Sir Carlos Cotton con todas sus municiones: serán enviados á Inglaterra, en donde los tendrá S. M. B. como en depósito para restituir á S. M. I. seis meses despues de la conclusion de la paz entre su S. M. B. y S. M. I. el emperador de todas las Rusias.

2.º El vice-almirante Siniavin con todos los oficiales marinos y marineros que están á sus órdenes, volverán á Rusia sin ninguna condicion ó es-

tipulacion que les impida servir en lo sucesivo: serán convoyados por gente de guerra y navíos propios, á expensas de S. M. B.

Dado y concluido á bordo del navío Twardai en el Tajo, y á bordo del Ibernica, navío de S. M. B. en la embocadura de la ribera, á 3 de septiembre de 1808.—Signado.—De Siniavin.—Carlos Cotton.

NUMERO 7.

Convencion definitiva para la evacuacion de Portugal por las tropas francesas, publicada en la gaceta extraordinaria de Londres.

Los generales en jefe de los ejércitos inglés y frances en Portugal, habiendo determinado negociar y concluir un tratado para la evacuacion de este reino por las tropas francesas sobre las bases del concluido el 22 del presente para una suspension de armas, han habilitado á los infrascritos oficiales para negociarlo en su nombre, á saber: de parte del general en jefe del ejército británico al teniente coronel Murray, cuartelmaestre general, y de la del general en jefe del francés á Mr. Kellerman, general de division, á quienes han dado la facultad necesaria para negociar y concluir un convenio al efecto, sujetos sin embargo á su ratificacion respectiva, y á la del almirante comandante de la escuadra británica en la embocadura del Tajo. Los oficiales, despues de haber cangeado sus plenos poderes, se han convenido en los artículos siguientes.

1.º Todas las plazas y fuertes del reino de Portugal ocupados por las tropas francesas, se entregarán al ejército británico en el estado en que se hallen al tiempo de firmarse este tratado. 2.º Las tropas francesas evacuarán á Portugal con sus armas y bagages; no serán consideradas como prisioneras de guerra, y á su llegada á Francia tendrán libertad para servir. 3.º El gobierno ingles suministrará los medios de transporte para el ejército frances, que desembarcará en uno de los puertos de Francia, entre Rochefort y L'Orient inclusivamente. 4.º El ejército frances llevará consigo toda su artillería de calibre frances con lo á ella anexo. Toda la demas artillería, armas, municiones, como tambien los arsenales militares y navales, serán entregados al ejército y navíos británicos en el estado en que se hallen al tiempo de la ratificación de este tratado. 5.º El ejército frances llevará consigo todos sus equipages, y todo lo que se comprende bajo el nombre de propiedad de un ejército, y se le permitirá disponer de la parte de ella que el comandante en gefe juzgue inútil para embarcar. Del mismo modo todos los individuos del ejército tendrán libertad para disponer de su propiedad privada, con plena seguridad en lo sucesivo para los compradores. 6.º La caballería podrá embarcar sus caballos, así como tambien los generales y oficiales de cualquiera graduacion, quedando á disposicion de los comandantes británicos los medios de transportarlos: el número de caballos que podrán embar-

car las tropas, no excederá de 600, ni el de los gefes de 200. De todos modos el ejército frances tendrá libertad para disponer de los que no puedan embarcarse. 7.º El embarco se hará en tres divisiones, y la última de ellas se compondrá de las guarniciones de las plazas, de la caballería, artillería, enfermos y equipage del ejército. La primera division se embarcará dentro de siete dias de la fecha de la ratificación. 8.º La guarnicion de Yelbes y sus fuertes de Peniche y Palmela, se embarcará en Lisboa. La de Almeida en Oporto ó en el puerto mas cercano. 9.º Todos los enfermos ó heridos que no puedan embarcarse con las tropas, se confían al ejército británico, cuyo gobierno pagará lo que gasten mientras estén en este pais, quedando de cuenta de la Francia abonarlo cuando marchen. El gobierno ingles proporcionará su vuelta á Francia por destacamentos como de 200 hombres á un tiempo. 10. Luego que los barcos que lleven el ejército á Francia lo hayan desembarcado en los puertos arriba dichos, ó en cualquiera otro de aquel pais adonde el temporal los fuerce á ir, se les proporcionará toda comodidad para volver á Inglaterra sin dilacion y seguridad, ó pasaporte para no ser apresados hasta que lleguen á un puerto amigo. 11. El ejército frances se reconcentrará en Lisboa y dos leguas alrededor. El ingles á tres leguas, por manera que haya siempre una entre los dos ejércitos. 12. Los fuertes de San Julian, Buxio y Cascaes, serán ocupados por las tropas británi-

cas cuando se ratifique este convenio. Lisboa y su ciudadela con los fuertes y baterías, el lazareto y el fuerte de San José los ocuparán cuando se embarque la segunda division, como tambien el puerto con todas las embarcaciones armadas. Las fortalezas de Yelbes, Almeida, Peniche y Palmela, se entregarán á las tropas británicas así que lleguen para ocuparlas. El general en gefe ingles notificará á las guarniciones de estas plazas y á las tropas que las sitian, este convenio, para poner fin á las hostilidades. 13. Se nombrarán comisionados por ambas partes, para acelerar la ejecucion de este convenio. 14. Si se suscitase alguna duda sobre la inteligencia de algun artículo, se interpretará á favor del ejército frances. 15. Desde la ratificacion, todas las deudas atrasadas de contribuciones, requisiciones &c., no podrán reclamarse por el gobierno frances contra los portugueses, ni ningun otro que resida en este pais; pues todo lo que se haya pedido ó impuesto despues que el ejército frances entró en Portugal por diciembre de 1807, y no se haya pagado aún, queda cancelado, y se levantan los embargos puestos en los bienes de los deudores para que se les restituya y queden á su libre disposicion. 16. Todos los súbditos de Francia ó de cualquier otra potencia su aliada ó amiga que se hallen en Portugal con domicilio ó sin él, serán protegidos, sus propiedades serán respetadas, y tendrán libertad para acompañar al ejército frances, ó permanecer aquí. En todo caso se les asegura su

propiedad con la libertad de retenerla ó de disponer de ella; y pasando el producto de la venta á Francia ó cualquier otro pais adonde vayan á fijar su residencia, se les concede un año para el intento. Sin embargo, ninguna de estas estipulaciones podrá servir de pretexto para una especulacion comercial. 17. Ningun portugués será responsable por su conducta política durante la ocupacion de este pais por el ejército frances; y todos los que han continuado en el ejercicio de sus empleos, ó que los han aceptado durante el gobierno frances, quedan bajo la proteccion de los comandantes ingleses, quienes les sostendrán para que no se les cause vejacion en sus personas y bienes; y podrán tambien aprovecharse de las estipulaciones del artículo 16. 18. Las tropas españolas detenidas á bordo de los navios en el puerto de Lisboa, serán entregadas al general en gefe ingles, quien se obliga á obtener de los españoles la restitucion de los súbditos franceses, sean militares ó civiles, que hayan sido detenidos en España, sin haber sido hechos prisioneros en batalla, ó en consecuencia de operaciones militares, sino con ocasion del 29 de mayo y dias siguientes. 19. Inmediatamente se hará un cange de prisioneros de todas graduaciones que se hayan hecho en Portugal desde el principio de las presentes hostilidades. 20. Para la reciproca garantía de este convenio, se entregarán rehenes de la clase de oficiales generales por parte del ejército frances, del ingles y de su armada. El oficial

del ejército británico será restituido luego que se dé cumplimiento á los artículos pertenecientes al ejército: el de la escuadra y el frances cuando las tropas hayan desembarcado en su pais. 21. Se permitirá al general frances enviar un oficial á Francia con el presente convenio, y el almirante británico le dará una embarcacion que le convoye á Burdeos ó á Rochefort. 22. Se hará porque el almirante británico acomode á S. E. el general en gefe y oficiales principales del ejército frances á bordo de los navíos de guerra. Dado y concluido en Lisboa á 30 de agosto de 1808.—Firmado.—Jorge Murray.—Kellerman.

Artículos adicionales.

1.º Los empleados civiles del ejército hechos prisioneros, sea por las tropas británicas ó por las portuguesas en cualquier parte de Portugal, serán restituidos, como de costumbre, sin cange.

2.º El ejército frances subsistirá de sus propios almacenes hasta el dia del embarco, y la guarnicion hasta la evacuacion de las fortalezas. El remanente de los almacenes se entregará en la forma acostumbrada al gobierno británico, quien se encarga de la subsistencia y caballos del ejército desde el tiempo referido hasta su llegada á Francia, con la condicion de ser reembolsado por el gobierno frances del exceso de gastos á la estimacion que por ambas partes se dé á los almacenes entregados al ejército ingles. Las provisiones que estén á bordo

de los navíos de guerra de que está en posesion el ejército frances, se tomarán en cuenta, por el gobierno ingles, así como los almacenes de la fortaleza.

3.º El general en gefe de las tropas británicas tomará las medidas necesarias para restablecer la libre circulacion de los medios de subsistencia entre el pais y la capital.—Dado, &c.

NUMERO 8.

En la corte, palacio de la reina, el 4 de julio de 1808. Presente en el consejo de S. M. el rey.

Habiendo S. M. tomado en consideracion los esfuerzos gloriosos de la nacion española para liberar su pais de la tiranía y usurpacion de Francia, y los ofrecimientos que ha recibido de varias provincias de España de su disposicion amistosa hácia este reino; se ha dignado mandar y manda por la presente de acuerdo con su consejo privado:

1.º Que todas las hostilidades contra España de parte de S. M., cesen inmediatamente.

2.º Que se levante el bloqueo de todos los puertos de España, á excepcion de los que se hallan todavía en poder de los franceses.

3.º Que todos los navíos ó buques pertenecientes á España sean libremente admitidos en los puertos de los dominios de S. M., como lo fueron ántes de las hostilidades.

4.º Que todas las embarcaciones españolas que sean encontradas por la mar por los navíos ó corsarios de S. M., sean tratadas como las de las na-

ciones amigas, y se les permita hacer todo tráfico permitido á las neutrales.

5.º Que todos los navíos ó mercaderías pertenecientes á los individuos establecidos en las colonias españolas, que fueren detenidos por los navíos de S. M. despues de la fecha de la presente, han de ser conducidos al puerto, y conservados cuidadosamente en segura custodia, hasta que se averigüe si las colonias donde residen los dueños de los referidos navíos ó efectos, han hecho causa comun con España contra el poder de la Francia.

Y SS. EE. los comisionados de la real tesorería, los secretarios de estado de S. M., los comisionados del almirantazgo, y los jueces de los tribunales del viz-almirantazgo, han de tomar para el cumplimiento de los anteriores artículos las medidas que respectivamente les corresponden.—Firmado.—Esteban Coterell.

NUMERO 9.

Se omite por estar en griego.

NUMERO 10.

Estas palabras están insertas en una memoria escrita por José á su hermano Napoleon en Miranda de Ebro á 16 de septiembre de 1808, cogida con otros papeles en la batalla de Vitoria.

APÉNDICE

LIBRO SEXTO.

NUMERO 1.

Lista de los individuos que compusieron la junta suprema central gubernativa de España é Indias por el orden alfabético de las provincias que los nombraron.

POR ARAGON.

D. Francisco Palafox y Melcí, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, brigadier del ejército, y oficial de reales guardias de Corps.

Don Lorenzo Calvo de Rozas, vecino de Madrid é intendente del ejército y reino de Aragon.

ASTURIAS.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos, caballero de la orden de Alcántara, del consejo de estado de S. M., y ántes ministro de gracia y justicia.

Marques de Campo-Sagrado, teniente general del ejército é inspector general de las tropas del principado de Asturias.

CANARIAS.

Marques de Villanueva del Prado.

ciones amigas, y se les permita hacer todo tráfico permitido á las neutrales.

5.º Que todos los navíos ó mercaderías pertenecientes á los individuos establecidos en las colonias españolas, que fueren detenidos por los navíos de S. M. despues de la fecha de la presente, han de ser conducidos al puerto, y conservados cuidadosamente en segura custodia, hasta que se averigüe si las colonias donde residen los dueños de los referidos navíos ó efectos, han hecho causa comun con España contra el poder de la Francia.

Y SS. EE. los comisionados de la real tesorería, los secretarios de estado de S. M., los comisionados del almirantazgo, y los jueces de los tribunales del viz-almirantazgo, han de tomar para el cumplimiento de los anteriores artículos las medidas que respectivamente les corresponden.—Firmado.—Esteban Coterell.

NUMERO 9.

Se omite por estar en griego.

NUMERO 10.

Estas palabras están insertas en una memoria escrita por José á su hermano Napoleon en Miranda de Ebro á 16 de septiembre de 1808, cogida con otros papeles en la batalla de Vitoria.

APÉNDICE

LIBRO SEXTO.

NUMERO 1.

Lista de los individuos que compusieron la junta suprema central gubernativa de España é Indias por el orden alfabético de las provincias que los nombraron.

POR ARAGON.

D. Francisco Palafox y Melcí, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, brigadier del ejército, y oficial de reales guardias de Corps.

Don Lorenzo Calvo de Rozas, vecino de Madrid é intendente del ejército y reino de Aragon.

ASTURIAS.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos, caballero de la orden de Alcántara, del consejo de estado de S. M., y ántes ministro de gracia y justicia.

Marques de Campo-Sagrado, teniente general del ejército é inspector general de las tropas del principado de Asturias.

CANARIAS.

Marques de Villanueva del Prado.

CASTILLA LA VIEJA.

Don Lorenzo Bonifaz y Quintano, dignidad de prior de la Santa iglesia de Zamora.

Don Francisco Javier Caro, catedrático de leyes de la universidad de Salamanca.

CATALUÑA.

Marques de Villel conde de Darnius, grande de España y gentil hombre con ejercicio.

Baron de Sabasona.

CÓRDOBA.

Marques de la Puebla de los Infantes, grande de España.

Don Juan de Dios Gutierrez Rabé.

EXTREMADURA.

Don Martin de Garay, intendente de Extremadura, y ministro honorario del consejo de guerra: fué el primer secretario general, y despachó interinamente los negocios de estado.

Don Felix Ovalle, tesorero de ejército de Extremadura.

GALICIA.

Conde de Gimonde.

Don Antonio Aballe.

GRANADA.

Don Rodrigo Riquelme, regente de la chancillería de Granada.

Don Luis de Funes, canónigo de la santa iglesia de Santiago.

JAEN

Don Francisco Castanedo, canónigo de la santa

iglesia de Jaen, provisor y vicario general de su obispado.

Don Sebastian de Jócano, del consejo de S. M. en el tribunal de contaduría mayor, y contador de la provincia de Jaen.

LEON.

Frey Don Antonio Valdes, bailio gran cruz de la órden de San Juan, caballero del Toison de oro, gentil hombre de cámara con ejercicio, capitán general de la armada, consejero de estado, y ántes ministro de marina é interino de Indias.

El vizconde de Quintanilla.

MADRID.

Conde de Altamira, marques de Astorga, grande de España, caballero del Toison de oro, gran cruz de la órden de Carlos III, caballero mayor y gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio. Fué presidente de la junta.

Don Pedro de Silva, patriarca de las Indias, gran cruz de la órden de Carlos III y ántes mariscal de campo de los reales ejércitos. Falleció en Aranjuez y no fué reemplazado.

MALLORCA.

Don Tomas de Verí, caballero de la órden de San Juan, teniente coronel del regimiento de voluntarios de Palma, conde &c.

MURCIA.

Conde de Floridablanca, caballero del Toison de oro, gran cruz de la órden de Carlos III, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, y ántes

primer secretario de estado, interino de gracia y justicia. Fué el primer presidente de la junta central. Falleció en Sevilla y fué subrogado por el

Marques de San Mamés, que no tomó posesion.

Marques del Villar.

NAVARRA.

Don Miguel de Balanza. }
Don Carlos de Amatria. } Individuos de la muy ilustre diputacion del reino de Navarra.

TOLEDO.

Don Pedro de Ribero, canónigo de la santa iglesia de Toledo. Fué secretario general.

Don José Garcia de la Torre, abogado de los reales consejos.

SEVILLA.

Don Juan de Vera y Delgado, arzobispo de Lacedicea, coadministrador del Sr. cardenal de Borbón en el de Sevilla, y despues obispo de Cádiz. Fué presidente de la junta central.

Conde de Tilli.

VALENCIA.

Conde de Contamina, grande de España, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio.

Príncipe Pio, grande de España, coronel de milicias. Falleció en Aranjuez y fué subrogado por el

Marques de la Romana, grande de España, teniente general de los reales ejércitos y general en gefe del ejército de la izquierda.

Es de advertir que aunque 35 los individuos de la central, nunca hubo reunidos sino 34, habiendo

fallecido en Aranjuez sin ser reemplazado Don Pedro de Silva.

NUMERO 2.

Nam ut quisque est vir optimus, ita difficillimè esse alios improbos suspicatur. (Cic. ad Quintum Fratrem lib. 1.º, Epist. 1.º)

NUMERO 3.

Véase el manifiesto de los procedimientos del consejo real.

NUMERO 4.

Et Hispani tarditatis notati sunt: *me venga la muerte de España: veniet mors mea de Hispania.* Tum scio cunctanter veniet. Franc. Baconi de Verulamio. Sermones fideles—25 de expediendis negotiis.

NUMERO 5.

Véase la memoria escrita por los Sres. Azanza y Ofárril.

NUMERO 6.

Sapius enim penuria quam pugna consumit exercitum et ferro savior fames est. (Veget. de re militari lib. 3, c. 3.)

NUMERO 7.

Véase Mariana: *Historia de España*, lib. 8, cap. 11.

NUMERO 8.

Capitulacion que la junta militar y política de Madrid propone á S. M. I. y R. el emperador de los franceses.

ARTÍCULO 1.º La conservacion de la religion

católica apostólica y romana sin que se tolere otra, segun las leyes.—*Concedido.*

ART. 2.º La libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos y residentes en Madrid, y los empleados públicos: la conservacion de sus empleos, ó su salida de esta corte, si les conviniere. Igualmente las vidas, derechos y propiedades de los eclesiásticos seculares y regulares de ambos sexos, conservándose el respeto debido á los templos, todo con arreglo á nuestras leyes y prácticas.—*Concedido.*

ART. 3.º Se asegurarán tambien las vidas y propiedades de los militares de todas graduaciones.—*Concedido.*

ART. 4.º Que no se perseguirá á persona alguna por opinion ni escritos políticos, ni tampoco á los empleados públicos por razon de lo que hubieren ejecutado hasta el presente en el ejercicio de sus empleos, y por obediencia al gobierno anterior, ni al pueblo por los esfuerzos que ha hecho para su defensa.—*Concedido.*

ART. 5.º No se exigirán otras contribuciones que las ordinarias que se han pagado hasta el presente.—*Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.*

ART. 6.º Se conservarán nuestras leyes, costumbres y tribunales en su actual constitucion.—*Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.*

ART. 7.º Las tropas francesas ni los oficiales no serán alojados en casas particulares sino en

cuarteles y pabellones, y no en los conventos ni monasterios, conservando los privilegios concedidos por las leyes á las respectivas clases.—*Concedido, bien entendido que habrá para los oficiales y para los soldados cuarteles y pabellones mueblados conforme á los reglamentos militares, á no ser que sean insuficientes dichos edificios.*

ART. 8.º Las tropas saldrán de la villa con los honores de la guerra, y se retirarán donde les convenga.—*Las tropas saldrán con los honores de la guerra; desfilarán hoy 4 á las dos de la tarde; dejarán sus armas y cañones: los paisanos armados dejarán igualmente sus armas y artillería, y despues los habitantes se retirarán á sus casas y los de fuera á sus pueblos.*

Todos los individuos alistados en las tropas de línea de cuatro meses á esta parte, quedarán libres de su empeño y se retirarán á sus pueblos.

Todos los demas serán prisioneros de guerra hasta su cange, que se hará inmediatamente entre igual número grado á grado.

ART. 9.º Se pagarán fiel y constantemente las deudas del estado.—*Este objeto es un objeto politico que pertenece á la asamblea del reino, y que pertenece de la administracion general.*

ART. 10. Se conservarán los honores á los generales que quieran quedarse en la capital, y se concederá la libre salida á los que no quieran.—*Concedido: continuando en su empleo, bien que el*

pago de sus sueldos será hasta la organización definitiva del reino.

ART. II ADICIONAL. Un destacamento de la guardia tomará posesion hoy 4 á medio dia de las puertas de palacio. Igualmente á medio dia se entregarán las diferentes puertas de la villa al ejército frances.

A medio dia el cuártel de guardias de Corps y el hospital general se entregarán al ejército frances.

A la misma hora se entregarán el parque y almacenes de artillería é ingenieros á la artillería é ingenieros franceses.

Las cortaduras y espaldones se deshárán, y las calles se repararán.

El oficial frances que debe tomar el mando de Madrid acudirá á medio dia con una guardia á la casa del principal, para concertar con el gobierno las medidas de policia y restablecimiento del buen órden y seguridad pública en todas las partes de la villa.

Nosotros los comisionados abajo firmados, autorizados de plenos poderes para acordar y firmar la presente capitulacion, hemos convenido en la fiel y entera ejecucion de las disposiciones dichas anteriormente.

Campo imperial delante de Madrid 4 de diciembre de 1808.—Fernandó de la Vera y Pantoja.—Tomas de Morla.—Alejandro (*Príncipe de Neuchatel*). Véase la gaceta de gobierno de Sevilla de 6 de enero de 1809.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

<i>Napoleon renuncia la corona de España en</i>	11
<i>José.....</i>	19
<i>Congreso y constitucion de Bayona.....</i>	36
<i>Entrada de José en España.....</i>	38
<i>Derrota de Cabezon.....</i>	47
<i>Accion del Bruch en Cataluña.....</i>	57
<i>Entrada de Dupont en Andalucía.....</i>	64
<i>Expedicion de Moncey contra Valencia.....</i>	70
<i>Defensa de esta capital.....</i>	82
<i>Saqueo de Cuenca por Caulincourt.....</i>	89
<i>Batalla de Rioseco.....</i>	97
<i>Entrada de José en Madrid.....</i>	108
<i>Batalla de Bailen.....</i>	125
<i>Salen de Madrid los franceses.....</i>	133
<i>Primer sitio de Zaragoza.....</i>	163
<i>Fin de este sitio.....</i>	175
<i>Embisten los franceses la plaza de Gerona, y son vencidos.....</i>	179
<i>Venida de tropas inglesas á Portugal al mando de sir Arturo Wellesley.....</i>	183
<i>Accion de Roliza.....</i>	187
<i>Batalla de Vimero.....</i>	
<i>Juramento de las tropas españolas en Langeland, al mando del marques de la Romana, y</i>	

pago de sus sueldos será hasta la organización definitiva del reino.

ART. II ADICIONAL. Un destacamento de la guardia tomará posesion hoy 4 á medio dia de las puertas de palacio. Igualmente á medio dia se entregarán las diferentes puertas de la villa al ejército frances.

A medio dia el cuártel de guardias de Corps y el hospital general se entregarán al ejército frances.

A la misma hora se entregarán el parque y almacenes de artillería é ingenieros á la artillería é ingenieros franceses.

Las cortaduras y espaldones se deshárán, y las calles se repararán.

El oficial frances que debe tomar el mando de Madrid acudirá á medio dia con una guardia á la casa del principal, para concertar con el gobierno las medidas de policia y restablecimiento del buen órden y seguridad pública en todas las partes de la villa.

Nosotros los comisionados abajo firmados, autorizados de plenos poderes para acordar y firmar la presente capitulacion, hemos convenido en la fiel y entera ejecucion de las disposiciones dichas anteriormente.

Campo imperial delante de Madrid 4 de diciembre de 1808.—Fernandó de la Vera y Pantoja.—Tomas de Morla.—Alejandro (*Príncipe de Neuchatel*). Véase la gaceta de gobierno de Sevilla de 6 de enero de 1809.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

<i>Napoleon renuncia la corona de España en</i>	11
<i>José.....</i>	19
<i>Congreso y constitucion de Bayona.....</i>	36
<i>Entrada de José en España.....</i>	38
<i>Derrota de Cabezon.....</i>	47
<i>Accion del Bruch en Cataluña.....</i>	57
<i>Entrada de Dupont en Andalucia.....</i>	64
<i>Expedicion de Moncey contra Valencia.....</i>	70
<i>Defensa de esta capital.....</i>	82
<i>Saqueo de Cuenca por Caulincourt.....</i>	89
<i>Batalla de Rioseco.....</i>	97
<i>Entrada de José en Madrid.....</i>	108
<i>Batalla de Bailen.....</i>	125
<i>Salen de Madrid los franceses.....</i>	133
<i>Primer sitio de Zaragoza.....</i>	163
<i>Fin de este sitio.....</i>	175
<i>Embisten los franceses la plaza de Gerona, y son vencidos.....</i>	179
<i>Venida de tropas inglesas á Portugal al mando de sir Arturo Wellesley.....</i>	183
<i>Accion de Roliza.....</i>	187
<i>Batalla de Vimero.....</i>	
<i>Juramento de las tropas españolas en Langeland, al mando del marques de la Romana, y</i>	

su vuelta á España.....	209
Proclamacion solemne de Fernando VII en Madrid.....	226
Instalacion de la junta central en Aranjuez...	236
Accion de Lerin.....	259
Entra Napoleon en España.....	269
Accion de Zornoza.....	270
Batalla de Espinosa.....	276
Accion de Burgos.....	282
Entrada de Napoleon en esta ciudad	287
Batalla de Tudela.....	293
Paso de Somosierra por los franceses.....	299
Napoleon sobre Madrid: capitulacion.....	309
Asesinato del general San Juan.....	315
Retirada del conde de Alacha.....	320
Llega la junta central á Sevilla.....	329

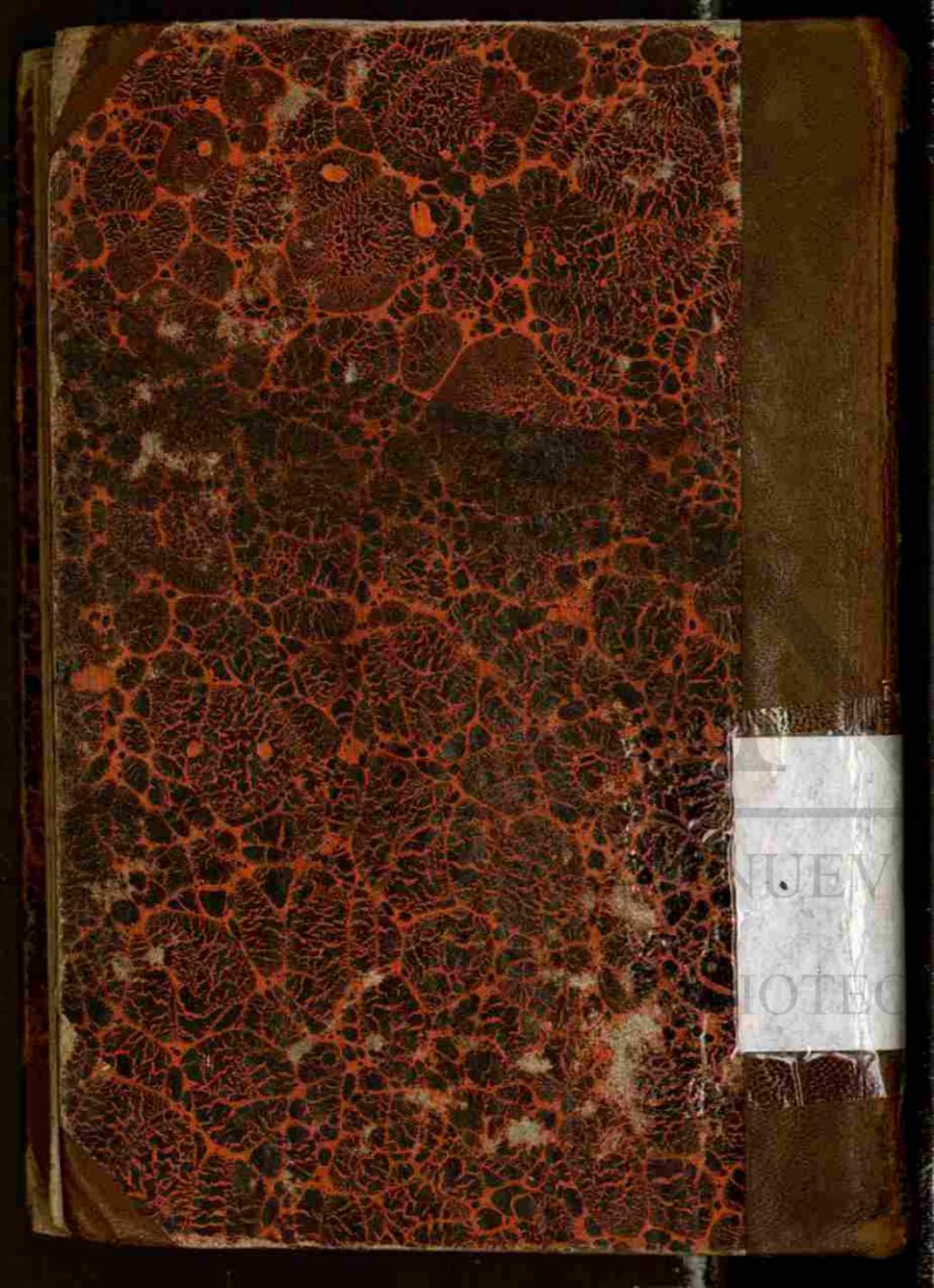
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



®



NUEV
BIBLIOTEC